FÁBULAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 343

FEDRO

FÁBULAS

•

AVIANO

FÁBULAS

•

FÁBULAS DE RÓMULO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO CASCÓN DORADO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Eustaquio Sánchez Salor.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2005.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 44047-2005.
ISBN 84-249-2790-7.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.
Encuadernación Ramos.

FEDRO

FÁBULAS

INTRODUCCIÓN

LA FORTUNA DE FEDRO

No es corriente iniciar este tipo de introducciones comentando la fortuna del autor, pero el caso de Fedro es particular en este punto. Difícil es encontrar entre los poetas clásicos alguno que desee tanto la gloria o reclame con tanta insistencia el reconocimiento de sus méritos ante la posteridad[1]. Introdujo el género en Roma y es, sin duda, uno de los autores de mayor influjo en la historia de la fábula. Sin embargo, no parece que gozara entre sus coetáneos de mucha

[1] Cf. A. Cascón, *El pensamiento de Fedro en la tradición fabulística greco-latina,* Madrid, 1998, pág. 100. En el epílogo al libro II lamenta que su obra llegue a manos de personas que no sepan valorarla, pero afirma que aguantará «con el corazón endurecido hasta que la Fortuna se avergüence de su error» (vv. 15-19). En el prólogo al libro III el poeta afirma que la posteridad se deleitará con sus escritos (v. 32: *habebunt certe quo se oblectent posteri);* más adelante, y en el mismo prólogo, asegura que la gloria debida a los poetas le será concedida (v. 61: *quom iam mihi sollemnis dabitur gloria);* también en el epílogo al libro IV señala que el nombre de Particulón vivirá en sus escritos mientras las letras latinas estén en auge (vv. 4-6: *quare.../ Particulo, chartis nomen victurum meis/ dum manebit pretium litteris).*

fama y los juicios de la posteridad o no existen o son más bien negativos.

Su obra tiene un indudable valor literario, como intentaremos mostrar en las páginas siguientes; tiene también interés desde el punto de vista sociológico —su voz, como dijo Rostagni, es la voz de los humildes[2]—; e incluso las ideas que se vierten en sus narraciones tienen la suficiente coherencia y originalidad como para haber sido asumidas por muchos de los fabulistas que le sucedieron. Es claro que su colección de fábulas no puede figurar entre las grandes obras de la literatura latina, pero no es menos cierto que su escaso renombre es injusto para sus merecimientos. Fedro parece haber sido víctima de dos circunstancias que le han impedido alcanzar la fortuna debida:

—La primera, las características del género: la fábula fue utilizada ya en la Antigüedad con fines didácticos y esa costumbre ha gozado de una tradición tan larga que, creo, todavía hoy se emplea en nuestras aulas de la Enseñanza Secundaria para iniciar a los alumnos en los rudimentos del latín y el griego. Las fábulas de Fedro no se han visto libres de esa utilización didáctica y ello ha provocado que se hayan hecho selecciones, de acuerdo a criterios gramaticales y morales, que casi nunca han dejado ver la importancia del conjunto.

Además, se trata de un género muy abierto, donde abundan las colecciones parafrásticas, y con un mismo argumento encontramos versiones de fábulas de muy distinta calidad; en las colecciones conservadas hay muchas que son obra de redactores poco capacitados que han superado, sin embargo, el crisol de la posteridad, porque en el *mare magnum* de la tradición fabulística parece haber sido muy difícil separar la paja del grano. Se trata de autores que alteraron la intención de los apólogos y rebajaron el estilo, contribuyendo decisivamente a esa consideración de género menor que hoy tiene la fábula.

[2] Así titulaba este crítico italiano el capítulo de su *Storia della letteratura latina* dedicado al fabulista: «Fedro, il poeta degli humili» (Turín, 1964, II, pág. 377).

—La segunda, la existencia de Esopo y La Fontaine, fabulistas que gozan de reconocida fama universal. El primero, por ser inventor del género; el segundo, por haberlo cultivado con gran elegancia literaria. Pero lo cierto es que de Esopo no sabemos ni siquiera si existió realmente; y, si llegó a existir, sus relatos se perdieron, de manera que lo que hoy conocemos como fábulas de Esopo son unas paráfrasis prosaicas, la mayoría de escasa calidad literaria, que parecen haber sido redactadas entre los siglos IV y IX d. C.[3]. Pero quedó su nombre para designar el género: a ese conglomerado de narraciones de diversa tipología que aparecía en las colecciones se le llamó *lógos Aisópou*, *fabulae Aesopiae.* Y su nombre perduró en el tiempo y hoy todo el mundo conoce a Esopo, pero nadie conoce a Fedro, que compuso la colección de fábulas en verso más antigua de cuantas conservamos, muy superior en calidad literaria a las fábulas anónimas en prosa que conocemos como 'fábulas de Esopo'.

Qué decir de La Fontaine. Su obra es, sin duda, más extensa que la de Fedro. No me atreveré a hacer comparaciones en cuanto al estilo literario, pero sí creo estar autorizado a decir que el influjo del romano en el francés, insuficientemente reconocido, determina en buena parte las características de su obra. Sin embargo, Saint-Beuve elogiaba profu-

[3] La datación de estas fábulas es discutida. Son tres las colecciones de fábulas base para las ediciones modernas de Esopo: la *Augustana,* que F. R. ADRADOS sitúa en el siglo IV o V d. C., aunque el fondo de la Colección pueda ser más antiguo (Cf., *Historia de la Fábula...*, II, pág. 264), la *Vindobonense,* del siglo VI, y la *Accursiana,* del siglo IX.

samente a La Fontaine y decía que de Fedro era imposible leer más allá de cuatro fábulas[4].

De manera que algunas características del género y el agobiante protagonismo de Esopo y La Fontaine han relegado a Fedro a una oscuridad —casi peor, grisura— que él parecía prever, cuando se quejaba en los prólogos y epílogos de sus libros del escaso interés que despertaba su obra[5], de que sus lectores no entendían la intención que subyacía en sus fábulas[6], de los reproches que le hacían los críticos[7], o cuando insistía en que sus fábulas no eran de Esopo, sino escritas al estilo esópico[8]. Pero no parece que sus advertencias sirvieran de mucho; tal vez, porque muchos impacientes, como Saint Beuve, no pasaron de la cuarta fábula.

Desde luego, entre sus coetáneos es elocuente el silencio de Séneca, que en el año 43 d. C. decía a Polibio que el género no había sido cultivado por los romanos (*intentatum ingeniis romanis opus*)[9], silencio que hizo pensar a algunos críticos[10] que Séneca no consideraba a Fedro un escritor relevante, aunque nosotros preferimos pensar, con F. della Corte[11], que el de Córdoba desconocía la obra de Fedro por su lenta difusión, sobre todo si tenemos en cuenta que el filósofo se encontraba en el exilio; además, era difícil que un poeta modesto y humilde fuese conocido en los círculos doctos y aristocráticos en los que Séneca se movía.

Lo cierto es que después ningún otro autor romano lo menciona, a excepción de Marcial y Aviano. Pero la alusión de Marcial a las «chanzas del malvado Fedro» (*iocos improbi Phaedri*)[12] ha sido puesta en tela de juicio por algunos eruditos como A. Friedländer[13], quien cree que el poeta de

[4] C. A. Sainte-Beuve, *Causeries du lundi, La Fontaine* (cit. E. Mandruzzato, *Fedro. Favole*, Milán, 1979, págs.71-72).

[5] Cf., sobre todo, II epílogo, vv. 15-19 y III, prólogo, 31-32.

[6] Cf. el promitio de IV 2: «es rara la inteligencia que comprende lo que el cuidado del poeta ha escondido en el rincón más oculto» y el epimitio de IV 11: «Nadie más que su autor podrá explicar cuantas cosas útiles contiene esta fábula».

[7] Cf. epíl. II 10-11: «Si la envidia quisiera denigrar mis esfuerzos, no me arrebatará, sin embargo, la conciencia de que mi trabajo merece la alabanza» y 15- 17: «Pero si, por el contrario, mi docto trabajo se topa con los charlatanes, a los que la naturaleza engendró en mala hora y no son capaces más que de criticar a los que son mejores...». También en pról. IV, 15-16: «Si la maldad quiere denigrarlo (el libro) por no ser capaz de imitarlo, que lo denigre».

[8] A lo largo de los cinco libros de las fábulas se observa cómo Fedro intenta reivindicar progresivamente su obra frente a la del fabulista griego. Así, aunque en el prólogo al libro I le reconoce como inventor del género (v. 1: *Aesopus auctor... materiam repperit)* y en el epílogo al libro II afirma que pretende continuar su obra con talante emulativo (v. 7: *nec haec invidia, verum est aemulatio*), en el prólogo al libro III manifiesta, sin embargo, que él ha imaginado más fábulas que Esopo y que «ha hecho del sendero de aquél un amplio camino» (vv. 38-39); del mismo modo, en el prólogo al libro IV, establece ya su famosa distinción entre fábulas *Aesopias* y *Aesopi,* indicando que con temas nuevos él ha creado muchos más relatos que aquél (vv.11-13: «fábulas, que yo llamo esópicas, no de Esopo, puesto que él enseñó unas pocas y yo he escrito muchas»); finalmente, en el prólogo al libro V acaba afirmando que la aparición del nombre de Esopo en su obra es una mera etiqueta que tiene la finalidad de dar mayor prestigio a sus fábulas (vv.1-3: «Si aquí y allá intercalo el nombre de Esopo, a quien ya antes he reconocido lo que debía, debes saber que es por causa de su autoridad»).

[9] Cf. Séneca, *Cons. a Polib.* VIII 3: «no oso inducirte a que escribas con tu acostumbrada gracia fábulas y apólogos esópicos, un género no cultivado por el ingenio romano».

[10] A. Lorenzi, (*Fedro,* Firenze, 1955, págs. 7-12) expone las diversas opiniones de la crítica sobre este punto.

[11] «Phaedriana», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 17 (1939), pág. 139.

[12] Cf. Marcial, III 20, 1-5: «Dime Musa qué hace mi Canio Rufo: ¿Acaso consigna en páginas inmortales las obras dignas de recuerdo de los tiempos de Claudio o aquellas que un escritor falso atribuye a Nerón?, ¿o bien imita las chanzas del malvado Fedro?»

[13] *M. V. Martialis epigrammaton libri,* Leipzig, 1886, I, pág. 292.

Bílbilis se refiere a un mimógrafo poco conocido o L. Carratello[14], quien extrañamente considera que en el verso se alude al diálogo platónico del mismo nombre. De manera que si las referencias de sus contemporáneos son escasas, todavía una parte de la crítica moderna parece no creerse que pudieran existir, cuando lo normal es pensar que Marcial se refiere a Fedro, aunque sólo sea porque el fabulista emplea en ocasiones el término *iocus* para designar a sus relatos y con mucha frecuencia el adjetivo *improbus*.

La mención que Aviano (s. v d. C.) hace de Fedro en el prólogo de sus fábulas es interesante porque establece que las fábulas de nuestro autor se contenían en cinco libros (*Phaedrus etiam partem aliquam quinque in libellos resoluit)* y no en cuatro o en seis, como alguna vez se ha dicho, y también porque nos da su nombre en nominativo en la forma *Phaedrus*. Sin embargo, lo coloca por detrás de Babrio, que cronológicamente es posterior, y ni siquiera dice que escribiera en verso, lo que sí subraya en su caso y en el de Babrio. Por lo demás, es sabido que Aviano tiene como fuente principal los apólogos babrianos y, aunque parece conocer la obra de Fedro, se sirvió escasamente de ella[15]; de modo que se da la paradoja de que el único fabulista latino que con claridad y, sin discusión por parte de la crítica, se refirió a nuestro poeta, no sintió su influencia.

Después su obra fue fuente principal de muchas colecciones medievales, pero su nombre nunca apareció en ellas. Aviano, un fabulista mucho más modesto, mantuvo su nombre en la tradición fabulística medieval, pero no Fedro. Los argumentos de las fábulas fedrianas nutren principalmente la colección de fábulas latinas en prosa más importante de

[14] Cf. «Marciale, Canio Rufo e Fedro», *Giornale italiano di filologia* 17 (1964), 122-148.

[15] Cf. *infra*, Introducción a AVIANO, págs. 221-228.

época medieval, el llamado *Romulus,* pero el nombre que aparece en ellas es el de Esopo, hasta el punto de que la colección se conoce también como el *Aesopus latinus*.

En realidad, el nombre de Fedro no volvió a cobrar brillo hasta que P. Pithou publicó en 1596 el llamado por su nombre manuscrito *Pithoeanus*. A partir de entonces su obra empieza a adquirir una mayor difusión, hasta llegar a La Fontaine. Fedro está en la base de numerosas fábulas de La Fontaine, que es, como se ha dicho, su mejor imitador[16], pero este hecho, que el propio fabulista francés reconoce en el prólogo a sus fábulas, ha sido ignorado o escasamente valorado por los estudiosos del género.

En el XVIII Lessing, fabulista y teórico del género[17], acusaba a Fedro de haber desvirtuado la intención de la fábula griega, sin tener en cuenta el mérito de sus aportaciones. En fin, Samaniego confiesa en el prólogo a sus fábulas su admiración por la concisión de Fedro, pero niega haberlo seguido, lo que resulta del todo incomprensible, ya que el romano parece haber sido fuente principal de su obra[18].

Sólo recientemente algunos críticos han empezado a reconocer el interés de las fábulas de Fedro, pero de manera parcial y esporádica. Por ello todavía había espacio para un

[16] Cf. M. MAÑAS, *Fedro/Aviano. Fábulas*, pág. 80.

[17] En 1759 publicó sus *Fábulas* en prosa junto con sus «Consideraciones sobre la esencia de la fábula».

[18] De las ciento cincuenta y siete fábulas de SAMANIEGO, al menos treinta y cinco están basadas en apólogos fedrianos. En algunas de ellas sigue tan fielmente el modelo latino que no resultaría exagerado hablar de traducciones versificadas; ello demuestra que Samaniego no sólo aprecia los temas fedrianos, sino también el estilo y el tono de sus fábulas. Sobre este punto, cf. A. CASCÓN, «Fedro en Samaniego», *Revista de Filología Románica* IV (1986), 249-270, y «Fedro y Samaniego: influjo estilístico y cambios ideológicos», *Noua et uetera, Nuevos horizontes de la Filología latina,* Madrid, 2002, vol.II, págs. 661-669.

capítulo como éste, un tanto reivindicativo de su figura, siguiendo, en cierto modo, el tono, pesimista y a duras penas resignado, que el propio Fedro empleó en algunos pasajes de su obra.

Pero tratemos de aproximarnos ahora a lo que sabemos de su vida, que desgraciadamente no es mucho.

VIDA DE FEDRO

Algunas fábulas de Fedro y, sobre todo, los prólogos y epílogos de sus libros revelan ciertos datos biográficos, que, aunque son sumamente controvertidos, constituyen un punto de arranque en la indagación de los principales hitos de su vida.

Desde luego los datos externos a su obra nos ayudan muy poco; quizá sólo sirvan para tratar de establecer cuáles eran sus *tria nomina*. En este sentido, Havet[19] aportó una inscripción[20], que cree alude a un descendiente de nuestro fabulista, en la que se menciona a un *C. Iulius Phaeder,* hijo de *Gaius*. El *nomen Iulius* estaría en consonancia con el encabezamiento del manuscrito *P*, donde se dice que el fabulista era *libertus Augusti;* si este Augusto era Octavio, como parece probable, Fedro necesariamente habría adoptado el *nomen Iulius* de su patrono.

Sin embargo, el *cognomen Phaeder* en nominativo se contradice con la forma *Phaedrus,* que utiliza Aviano. Marchesi[21] apunta la solución: el griego *Phaîdros* admite la doble forma *Phaeder y Phaedrus,* como *Eúandros*, *Evander* y *Evandrus*. La forma fóneticamente latina sería *Phaeder; Phaedrus* es un cultismo, préstamo directo del griego, que se impone en latín vulgar. Con independencia de que el fabulista sintiera predilección por alguna de las dos formas —*Phaeder* con toda probabilidad— se comprende que Aviano pudiera escribir *Phaedrus* cuatro siglos después. El *praenomen Gaius,* que aparece en la inscripción y se corresponde con el del emperador, es también una posibilidad aceptable.

[19] L. Havet, *Phaedri Augusti liberti. Fabulae Aesopiae,* París, 1895, pág. 260.

[20] *CIL* VI 20181: *C. IULIUS C. F. PHAEDER ET IULIA C. F. CAPRE...PATRI OP...D.S.*

En el prólogo al libro III Fedro revela su origen tracio, orgulloso de haber nacido más cerca de Grecia que el frigio Esopo y de contar con paisanos tan ilustres como los divinos Lino y Orfeo. Unos versos más arriba afirma, sin embargo, que nació en el monte Píero (*Ego quem Pierio mater enixa est iugo*) que se ubica en Macedonia; los críticos han tratado de solucionar esta aparente contradicción con opiniones distintas: que Fedro no tenía buenos conocimientos geográficos[22], que en las vicicitudes de la guerra Fedro había nacido en Macedonia, aunque sus antepasados eran tracios[23], que con la alusión al Píero el fabulista pretende ganarse a los círculos filohelénicos[24], etc.

El Píero estaba muy próximo a Tracia, y el fabulista se consideraba tracio; parece que la alusión al monte donde

[21] C. Marchesi, *Fedro e la favola latina,* Florencia, 1923, pág. 36.

[22] Según L. Hervieux (*Les fabulistes latins. Depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du moyen âge*, Hildesheim-Nueva York, 1970, págs. 7-12), el Pierio había pertenecido a Tracia en etapas anteriores y Fedro desconocía que en su época ya formaba parte de Macedonia.

[23] Tal opinión es defendida por F. della Corte, «Phaedriana», pág. 137, y A. Lorenzi, *Fedro,* págs. 29-33.

[24] Cf. E. Mandruzzato, *Fedro...*, pág. 18.

habitaban las musas, en línea con la referida a Lino y Orfeo, es una metáfora con la que el poeta indica su excelente predisposición para la poesía. Por lo demás, no faltaba grandemente a la verdad, ya que, aunque tracio, pudo nacer bastante cerca de allí.

Apoyándose en la fábula III 15, donde Fedro hace un encendido elogio de la maternidad adoptiva, algunos críticos han postulado que el fabulista era hijo de una cortesana que lo abandonó cuando era de corta edad[25]. La verdad es que la fábula, ausente en la tradición esópica, resulta demasiado sentida para no tener algo personal, de manera que puede aceptarse que fuera expuesto y recibiera la protección de alguna nodriza. Es aventurado determinar en qué lugar se produjo esta posible exposición y su posterior adopción, pero cabe preguntarse si ésta ocurrió antes o después de su llegada a la urbe.

Parece claro que Fedro es autor de formación eminentemente latina[26], como lo demuestran su dominio de la lengua y su adhesión a la cultura romana frente a la griega. Ello permite suponer que o bien nació en un colonia romana[27] o bien llegó en edad temprana a Roma. La mayor parte de la crítica se inclina por esta posibilidad; en concreto F. della Corte[28] supuso que Fedro, todavía niño, pudo ser conducido a Roma entre los años 13 y 11 a. C. entre los esclavos traídos por L. Calpurnio Pisón[29] tras su feroz represión en Tracia y Macedonia. Aunque la hipótesis resulta difícil de de-

[25] Así, C. Marchesi, *Fedro...*, pág. 53 y A. Lorenzi, *Fedro*, págs. 35 y ss.

[26] Sobre este punto, cf. A. Cascón, *El pensamiento de Fedro...*, págs, 52-53.

[27] Cf. Havet, *Phaedri...*, pág. 261.

[28] «Phaedriana», pág. 139.

[29] Cónsul el año 15 a. C.

mostrar, es sugestiva, y puede añadirse que en tales circunstancias Fedro pudo perder a su madre o ser abandonado por ella.

Si hacemos caso al título del códice *Pithoeanus (Phaedri Augusti liberti liber fabularum),* hemos de pensar que Fedro fue manumitido por Augusto. Los especialistas discuten sobre la fecha de la manumisión y los motivos que se la valieron. L. Havet[30] considera que Fedro alcanzó la manumisión cuando la recibió su padre, pero en nuestra opinión su obra pretende en alguna medida llamar la atención sobre las injusticias que padece la esclavitud, lo que hace suponer que nuestro fabulista las sufrió en propia carne. Pensamos, en consecuencia, que el fabulista no pudo ser manumitido muchos años antes de la muerte de Augusto (14 d. C.) y seguramente por algún mérito intelectual difícil de concretar.

No parece que las fábulas, por lo que podemos ver, fuente de envidias y rencores, le otorgaran tal conquista. Seguramente fue el trabajo lo que le permitió alcanzar la libertad. En ese sentido, la erudición escolástica que se aprecia en su obra nos hace opinar con otros críticos[31] que Fedro tuvo una ocupación docente de no excesiva relevancia, tal vez *paedagogus* o *litterator*. De todas maneras, se han apuntado otras posibilidades difícilmente descartables: administrador financiero[32], escriba del cuestor[33], etc.

El punto más debatido de la vida de Fedro y quizá el más importante para asegurar su cronología, conocer mejor el ambiente que le rodeó e, incluso, comprender algunas de las ideas que aparecen en su obra es el que se refiere a su

[30] Cf. *Phaedri...*, pág. 265.

[31] Cf. F. della Corte, «Phaedriana», pág. 140 y A. Lorenzi, *Fedro,* págs. 71 y ss.

[32] Cf. L. Havet, *Phaedri...*, pág. 264.

[33] Cf. L. Herrmann, *Phèdre et ses fables,* Leiden, 1950, pág. 141.

calamitas. Fedro alude en el prólogo del libro III a una injusta desgracia, de la que ignoramos las causas, en qué consistó, cuánto duró, etc. En el pasaje en que alude a ella menciona algunos datos más, que se han prestado a muy distintas interpretaciones. Veámoslo: III, pról. 39-44:

«Ahora, explicaré brevemente por qué se ha inventado esta clase de poesía que llamamos fábula. Un esclavo subyugado, como no se atrevía a decir lo que quería, trasladó a los apólogos sus propios sentimientos, burlando la censura con graciosas ficciones. De la senda de Esopo yo he hecho una vía, y he añadido nuevas ideas a las que él había dejado». Hasta aquí la traducción no es discutida, pero los siguientes versos admiten interpretaciones muy diversas: *in calamitatem deligens quaedam meam, / quodsi accusator alius Seiano foret, / si testis alius, iudex alius denique, / dignum faterer esse me tantis malis, / nec his dolorem delenirem remediis.* ¿Quiere decir Fedro que algunas fábulas han sido la causa de su *calamitas,* que espera que algunas le ayuden a superarla o que en algunas la ha descrito? ¿El *Seianus* que se menciona a continuación es el prefecto del pretorio de Tiberio? Si es así, ¿qué papel tuvo en la desgracia?

Creemos que la respuesta a tales interrogantes debe conjugarse con algunos datos más que a veces no han sido tenidos suficientemente en cuenta: ¿Quién es ese Éutico, al que está dedicado el libro III, del que Fedro espera una recompensa importante (cf. III, epíl., 8-9: «Te pido que a mi brevedad le des el premio que has prometido; cumple con tu palabra») ¿Quienes son esos *noxii,* «culpables», a los que alude en el mismo epílogo, algunos versos más abajo? (cf. epíl., 28-35: «Mi ánimo ha excedido el término que se propuso, pero difícilmente se contiene la voz, que consciente de su sincera integridad, es insultada por los ataques de los culpables. ¿Quiénes son?, preguntas. Aparecerán con el tiempo. Yo, mientras conserve la cordura, recordaré muy bien una frase que leí cuando era niño: 'Murmurar en público es un sacrilegio para un plebeyo'»).

Para una exposición detallada de las distintas hipótesis remitimos a *El Pensamiento de Fedro...*[34]. Aquí nos limitaremos a exponer la nuestra, en la que hemos tratado de conjugar todos los datos de que disponemos.

Creemos, en efecto, que Fedro alude en su prólogo a Sejano, el despótico prefecto de Tiberio, y admitimos para los versos 41-42 del prólogo la traducción de L. Havet: «porque si hubiera otro acusador, otro testigo y otro juez que Sejano...». No pensamos, sin embargo, que el fabulista aluda en sus apólogos veladamente a Sejano[35] ni que éste fuera el culpable de su desgracia, pues no tendría sentido la alusión a los *noxii* en el epílogo, donde nuestro autor apunta a una culpabilidad múltiple y se niega a dar nombres. Es posible que Fedro fuera acusado de tener amistad con Sejano después de que éste cayera en desgracia, y, probablemente, cuando dice que Sejano ha sido su acusador, su juez y su testigo, quiere hacer ver que no ha existido un juicio regular

[34] Cf. A. Cascón, págs. 56-72.

[35] En tal sentido podemos apuntar las siguientes razones: En primer lugar, el mismo Fedro advierte en los versos 49-50 del prólogo al libro III que su intención no es criticar a personas determinadas, sino reflejar las costumbres y la misma vida. En segundo lugar, no hay una alusión clara contra Sejano, como lo demuestra el hecho de que los críticos no se pongan de acuerdo a la hora de citar las fábulas concretas en las que supuestamente se ataca al ministro de Tiberio; sólo coinciden en la fábula I 6, que conservamos relatada con escasas variantes en Babrio (24) y Esopo (127 Chambry), y es de suponer que si el fabulista latino hubiera querido vituperar a Sejano en este apólogo habría cambiado sustancialmente, como tantas veces lo hizo, el contenido de la fábula que la tradición le entregaba. En tercer lugar, hay que considerar que resulta muy fácil encontrar ataques contra un político despótico en la obra de un moralista como Fedro.

y que la acusación era por sí sola lo suficientemente grave como para condenarlo. Tácito y Suetonio insisten en resaltar las grandes persecuciones que se produjeron contra los amigos de Sejano tras caer éste en desgracia, así como la gran cantidad de acusaciones que se llevaron a cabo en un momento en que los delatores se prodigaron al máximo[36].

Opinamos, como B. Romano[37], que Éutico es el favorito de Calígula, del que habla Suetonio[38], un auriga, tal vez de origen tracio[39], con influencia y poder suficiente como para condonar, o al menos paliar, la condena de Fedro[40].

Pensamos que las fábulas fueron el remedio y no la causa de su *calamitas*, pero no porque contase en ellas su desgracia, como opina L. Herrmann[41]. Fedro ha elegido algunos apólogos para que le ayuden en su desgracia (cf. *deligens quaedam)*, en concreto, los que componen el libro III. ¿De qué manera le serán útiles? Dedicándoselos a Éutico, quien le ha prometido un *praemium,* que, a juzgar por el sentimiento con que lo reclama, parece muy importante para Fedro; tan importante como podría ser la absolución de su condena.

---

[36] Cf. Tácito, *Anales* VI 21, y Suetonio, *Tiberio* LXI 1.

[37] «Phaedri fabulae III prol. 38-50», *Bolletino di Filologia Classica* 33 (1927), 309-314.

[38] Cf. *Calígula* LV 2: «Era tan hincha y aficionado a la bandería de los verdes, que con frecuencia cenaba en sus cuadras y se quedaba en ellas, y en una de sus orgías, entre otras 'apoforetas', entregó al auriga Éutico dos millones de sextercios». (Traducción de V. Picón, Madrid, 1998)

[39] Conocida la predilección de Calígula por los tracios (cf. Suet., *Cal.* LV 3) y la habilidad de estos en la conducción de caballos no es aventurado suponer que Éutico hubiese nacido en Tracia.

[40] La buena relación existente entre Calígula y Éutico se ve apoyada por el testimonio de Flavio Josefo, quien le define como un individuo querido por el emperador y sus soldados, pero de dudosa moralidad (cf. L. Hervieux, *Les fabulistes...*, I, pág. 24).

[41] Cf. *Phèdre et ses fables*, págs. 135 y ss.

En cuanto a los «culpables» del epílogo, creemos que se trata de aquellos que le acusaron de ser amigo de Sejano, aunque obviamente parece imposible precisar quiénes eran, dado que el propio Fedro se niega a revelar su identidad.

En resumen, Fedro fue acusado por ciertos individuos de tener amistad con Sejano, tras la caída en desgracia de éste; tal acusación debió acarrearle una condena que se mantuvo incluso tras el advenimiento de Calígula. El fabulista dedicó su libro III a Éutico con la esperanza de que le ayudara en su desgracia. De este modo, el poeta utilizó las fábulas como remedio de su *calamitas.*

Aunque no es posible precisar en qué consistió la desgracia de Fedro, es decir, cuál fue la condena que se derivó de la injusta acusación, creemos que no hay que pensar en otras posibilidades que no sean las del presidio o la del exilio. En favor de esta última se han aportado argumentos que, a nuestro juicio, resultan demasiado endebles[42].

No sabemos si Fedro obtuvo de Éutico el *praemium* que solicitaba, pero lo cierto es que en el prólogo al libro IV aparece con un ánimo muy distinto. Sus preocupaciones son sólo literarias[43] y, según confiesa a Particulón, a quien está dedicado el libro y de cuya identidad no tenemos más noticias, su obra parece gozar de cierto éxito: «Yo ya he alcanzado la gloria, porque tú y otros como tú citáis mis palabras en vuestros escritos y consideráis que mi trabajo merece un prolongado recuerdo (vv. 17-19)».

---

[42] Cf. L. Herrmann, *Phèdre et ses fables*, pág. 135, y A. Maiuri, «Fedro a Miseno», *La parola del passato* 11 (1956), págs. 32-37.

[43] Aunque en el epílogo al libro III había declarado su decisión de no escribir más, en los primeros versos del prólogo al libro IV parece nuevamente ilusionado con su labor y condena su resolución anterior: «Cuando había decidido poner punto final a mi obra, con la intención de dejar suficiente materia a otros, he condenado en mi fuero interno mi propósito».

Es posible que Éutico no necesitara intervenir y que sólo la llegada al poder de Claudio le proporcionase una nueva situación. Cuando escribe el libro IV, nuestro autor rozaría ya los sesenta años, pues en el epílogo al libro III confiesa que su vida había iniciado el declive (vv. 15-16: «Mientras en mi declinar haya restos de vida...»). Pero aún escribiría su quinto libro dedicado a un tal Fileto, desconocido también para nosotros. En la fábula que cierra el libro el poeta revela su ancianidad, identificándose con un perro, en otro tiempo fuerte e invencible, que envejecido y sin fuerzas, dejó escapar la presa que su amo le mandó capturar: «El cazador, descontento, reprendió al perro. El viejo lacón le respondió: 'No te abandonó mi valor, sino mis fuerzas. Alaba lo que fuimos, si ya condenas lo que somos.' Ves bien, Fileto, por qué he escrito esto.» (V 10, 6-10).

Su muerte debió de producirse en los últimos tiempos del reinado de Claudio o en los primeros del de Nerón. Es decir, alrededor del año 55 d. C.

LAS FÁBULAS DE FEDRO. CARACTERÍSTICAS DEL GÉNERO

La colección de *Fábulas* de Fedro es pilar básico en la historia del género; es la más antigua de cuantas se nos han conservado y, por tanto, imprescindible para hacernos una idea de cómo pudieron ser las que existieron antes; por otro lado, como advertíamos más arriba, su influencia en la fábula medieval y moderna es decisiva. De manera que su estudio es fundamental para entender las características del género y su evolución en la tradición literaria greco-latina.

Aunque en las páginas que siguen vamos a hablar en concreto de la obra de Fedro, nuestra intención es aproximar al lector a un mejor conocimiento de este género literario tan abierto, tan popular y, quizá por ello, tan irregular desde el punto de vista estético. Los tipos de fábulas que aparecen en la colección de Fedro son similares a los que encontramos en otras colecciones, no sólo antiguas (Babrio, La Augustana[44], Aviano, etc.), sino medievales (*Romulus* y sus numerosos derivados)[45] y modernas (La Fontaine, Samaniego, etc.); también la estructura del relato fabulístico es similar en ellas y, aunque, como es lógico, hay cambios de unos autores a otros, y de unas épocas a otras, podemos decir que existe una base ideológica común, muy antigua, que se ha mantenido en las distintas colecciones.

1. *Tipos de fábulas*

Hoy tendemos a identificar fábula con apólogo animalístico, pero en las colecciones antiguas y modernas de fábulas aparecen otros tipos de relatos. Por tanto, parece claro que antes de definir el género, es conveniente observar qué tipos encontramos en la de obra de Fedro, que, aunque es original en algún punto, contiene, como decíamos, los mismos o parecidos a los que hay en otras colecciones antiguas[46]. La clasificación de las fábulas de Fedro que a continuación exponemos es sólo aproximada; téngase en cuenta que es tarea del autor tratar de adaptar el relato a la estructura fabulística, lo que a veces dificulta la identificación del tipo de relato; por otra parte, algunas fábulas podrían estar encasilladas

---

[44] Colección principal de lo que conocemos como fábulas de ESOPO, cf. n. 3.

[45] Para un conocimiento detallado de las colecciones de fábulas griegas y latinas, cf. F. R. ADRADOS, *Historia de la fábula*, I, págs. 61-150.

[46] Para la elaboración de este apartado nos ha sido particularmente útil el capítulo «Terminología de la fábula greco-latina» de la *Historia de la fábula...*, I, de F. R. ADRADOS (cf., especialmente, las páginas 32-58).

a la vez en distintos tipos. De todos modos, creo que la tipificación resultará útil para observar la diversidad del género, definirlo mejor y comprobar dónde reside la originalidad de nuestro fabulista.

Además de los cinco prólogos y tres epílogos, Fedro escribió ciento veinticinco fábulas, repartidas en cinco libros y un apéndice, el llamado *Apéndice de Perotti*, obispo del siglo XV que nos ha trasmitido treinta y dos fábulas ausentes en los manuscritos tradicionales de nuestro autor.

En los prólogos y epílogos Fedro hace alusiones a problemas personales, menciona las características del género, declara sus intenciones literarias, etc.[47]. Se trata, pues, de reflexiones del autor, que aparecen allí, pero también en otras composiciones, numeradas como fábulas, de manera que el siguiente es el primer tipo que debe considerarse:

Reflexiones de autor: IV 7 (invectiva contra sus críticos), IV 22 (apóstrofe contra los envidiosos, que denigran su obra), *Apéndice* 2 (sobre sus lectores), *Ap.* 3 (sobre las cualidades de los animales que faltan al hombre), *Ap.* 6 (sobre la verdad y la mentira). Son seis fábulas, que aparecen en las ediciones modernas con los títulos tardíos de *Fedro* o *El autor*[48]. Digamos que, hasta donde nos es posible saber, la inclusión de este tipo de relatos en el género es una originalidad de nuestro fabulista.

Apólogos animalescos. Es el tipo más común en ésta y en las demás colecciones. Un relato corto protagonizado por uno o más animales, que, bien se enfrentan entre sí, bien se

[47] Sobre los prólogos y epílogos de FEDRO y su relación con los de otros fabulistas, cf. A. CASCÓN, *El pensamiento de Fedro...*, págs. 115-125.

[48] *Ap.* 2 y 6 son fragmentos, y hay quien piensa que se trata de moralejas de fábulas perdidas.

ven abocados a una situación particularmente conflictiva o interesante.

En Fedro encontramos setenta y una fábulas de este tipo. De ellas, cuarenta y siete son agonales o de enfrentamiento. El prototipo más frecuente es aquella en que un animal disputa con otro y se impone el más fuerte o el más inteligente; en la moraleja el autor celebra o censura la victoria, dependiendo de cómo se haya producido[49]. Puede ocurrir que haya más de dos protagonistas, como en I 5 *(La vaca, la cabra, la oveja y el león)*, I 16 *(La oveja, el ciervo y el lobo)*, etc., pero en estos casos el enfrentamiento sigue siendo dual, pues siempre hay dos bandos, aunque en uno encontremos más de un animal. A veces el agón no tiene lugar entre dos animales, sino entre un animal y un hombre[50] y en IV 8 *(La serpiente en el taller del herrero)* el enfrentamiento se realiza entre una serpiente y una lima que habla.

En algunas fábulas aparece un tercer personaje, animal u hombre, que hace las veces de juez en la disputa, dando la razón a uno u otro, e, incluso, estableciendo premios y castigos. Es lo que ocurre en I 10 *(El lobo y la zorra con el mono juez)*, III 13 *(Las abejas, los zánganos y la avispa juez)*, y V 4 *(El asno y la cebada del cerdo)*.

El resto de los apólogos animalescos —un total de 24—, donde no se percibe un enfrentamiento claro, son las llamadas fábulas 'de situación'[51]. Algunas sirven para demostrar defectos propios de los humanos: un animal, llevado por la soberbia, la vanidad, la envidia o la avaricia se ve abocado

[49] Ejemplos de este tipo serían: I 1 (*El lobo y el cordero*); I 8 (*El lobo y la grulla*); I 9 (*El gorrión que aconsejaba a la liebre*); etc.

[50] Cf. I 22 (*La comadreja y el hombre*); I 23 (*El perro leal*); II 1 (*El novillo, el león y el ladrón*); etc.

[51] F. R. ADRADOS, considera que las fábulas «de situación» deben incluirse entre las agonales (cf. *Historia de la fábula...*, I, pág. 164).

al desastre[52]. En otras, sin embargo, se alaba la sensatez, la habilidad o el ingenio de determinados animales en situaciones muy dispares[53]. Hay, finalmente, otro grupo de fábulas en el que se repite el esquema de la embajada: distintas especies animales se dirigen a Júpiter o algún otro dios para pedir algo o quejarse de algo[54].

Anécdotas: Relatos en los que se cuenta lo que ocurrió a personajes históricos en una ocasión determinada. Es posible que algunas ocurrieran realmente, Fedro parece, incluso, haber sido testigo de alguna de ellas, pero seguramente la mayoría, transmitidas de forma anónima, son narraciones moralizantes o divertidas, a las que se busca un protagonista de renombre para hacer la anécdota más ejemplarizante. Con la forma de una anécdota encontramos en Fedro diecinueve fábulas. De ellas diez están protagonizadas por Esopo, dos por Sócrates, dos por Simónides de Ceos, una por Menandro, una por Pompeyo, una por Augusto, una por Tiberio y una por el flautista llamado Príncipe.

También aquí podemos apreciar la distinción entre fábulas agonales y de situación. En las primeras se narra la victoria del personaje ilustre contra alguien que le agrede o le importuna[55]. En las de situación, Esopo, Sócrates, Augusto, etc. muestran su talento de formas distintas y en ocasiones

[52] Cf. I 3 (*El grajo orgulloso y el pavo*); I 4 (*El perro que llevaba un trozo de carne a través de un río*); I 12 (*El ciervo en el manantial*); etc.

[53] Así, en I 7 (*La zorra a la máscara de la tragedia*); I 15 (*El asno al pastor viejo*); I 30 (*Las ranas que temían los combates de los toros*); etc.

[54] Así en I 2 *(Las ranas pidieron un rey),* I 6 *(Las ranas al sol),* etc.

[55] Lo que ocurre en III 5 (*Esopo y un pendenciero*); III 14 (*Lo divertido y lo serio*); III 19 (*Esopo responde a un charlatán*); etc.

muy diversas[56]; sólo en V 7 la vanidad lleva a la perdición al flautista Príncipe, tal vez porque a éste podía colocársele en situación de fracaso no así a los otros grandes personajes.

Alegorías: Imágenes ficticias que representan o pretenden significar algo diferente. Son narraciones que carecen de ese carácter agonal que venimos comentando y que con toda probabilidad se encuentran en la colección por su carácter ejemplar y a veces moralizante[57].

Chistes: Son relatos en que se presenta una situación particularmente cómica y que suelen terminar con una réplica ocurrente. A veces la adaptación al género, con la moralización, didactismo, etc., les ha hecho perder algo de gracia, pero aún podemos atisbar que son chistes, probablemente de tradición oral[58].

Cuentos: Se trata de relatos en los que la acción transcurre en un tiempo y un espacio más dilatado y que parecen haber sido abreviados para poder integrarse en la colección fabulística. Algunos son «cuentos milesios», como los que están en el origen de la novela: así, el relato de *La viuda y el soldado* (*Apéndice* 15), versión abreviada del que aparece en el *Satiricón,* o *Ap.* 16 (*Los dos jóvenes pretendientes, el rico y el pobre*), que recuerda a algunas de las historias del

[56] II 3 (*Esopo a otro: sobre el éxito de los malvados*); III 3 (*Esopo y el aldeano*); IV 5 (*El poeta*); Ap.20 (*Esopo y el esclavo fugitivo*); III 9 (*Sócrates y los amigos*) y IV 23 (*Acerca de Simonides*).

[57] Al menos cinco fábulas son de este tipo: III 1 (*Una vieja a un ánfora*); IV 10 (*Sobre los vicios de los hombres*); IV 24 (*El parto de los montes*); IV 18 (*Sobre la suerte de los hombres*); V 8 (*El tiempo*); *Ap.* 7 (*El autor*).

[58] Cf. I 18 (*La mujer que estaba de parto*); II 2 (*La vieja que amaba a un joven al mismo tiempo que una muchacha*); III 4 (*El carnicero y el mono*); V 2 (*Los caminantes y el ladrón*); V 6 (*Los dos calvos*); *Ap.* 29 (*El joven y la meretriz*).

Asno de oro. A medio camino entre el cuento y el chiste se encuentra las fábulas I 14 (*De zapatero a médico*) y V 5 (*El bufón y el campesino*).

Mitos: Suele darse este nombre a las fábulas protagonizadas por los dioses, que en sus diálogos emiten principios morales de validez universal, como en III 17 (*Los árboles tutelados por los dioses*), donde se insiste en la primacía de lo útil; a veces tienen también carácter agonal —en IV 12 (*Las riquezas son malas*) Hércules se enemista con Pluto— y, junto a la denuncia moral, pueden presentar situaciones chistosas: *Ap*. 11 (*Juno, Venus y la gallina*) y *Ap*. 4 (*Mercurio y dos mujeres*).

Etiologías: Aquellas fábulas en las que se cuenta la causa, el porqué de realidades tan diversas como un proverbio, una prohibición religiosa, la existencia de los homosexuales o el hecho de que los perros se olfateen el culo al encontrarse; lo que ocurre, respectivamente, en *Ap*. 5 (*Prometeo y el Engaño*), IV 11 (*El ladrón y la lámpara*), IV 16 (*Otra vez Prometeo*) y IV 19 (*Los perros enviaron embajadores a Júpiter*).

Relatos de Historia natural: En ellos se describe el comportamiento singular de algunos animales y se extrae alguna enseñanza moral válida para los humanos. Así ocurre en I 25 (*Perros y cocodrilos*), donde se menciona la velocidad con que escapan los perros de los cocodrilos del Nilo, en *Ap*. 22 (*El oso hambriento*), a propósito de la habilidad del oso para atrapar cangrejos, y en *Ap*. 30 (*El castor*), donde se elogia la sagacidad del castor para librarse de los cazadores.

Parábolas: Aunque es un término que hoy está muy asociado al cristianismo, creemos que recoge mejor que otros las características de dos fábulas, III 8 (*La hermana al hermano*) y III 11 (*Un eunuco a un malvado*), que podríamos llamar la «Parábola del Espejo y la «Parábola del Eunuco», donde apreciamos una moralidad próxima a la cristiana, que impulsa al comportamiento virtuoso y a la caridad con los marginados, con un tono casi doctrinal[59].

Enigmas: Sólo una fábula de Fedro tiene estas características; se trata de IV 5 *(El poeta),* donde se narra la resolución por Esopo de un enigmático testamento.

Respuestas del oráculo: Como en el caso anterior, tan sólo una fábula de Fedro testimonia la inclusión de este tipo de relatos en las colecciones fabulísticas. Se trata de *Ap*. 8 *(El autor),* sobre la futilidad de los principios morales, emanados del Oráculo de Delfos.

Insistimos en que la clasificación es sólo aproximada y la identificación de tipos de relatos como los dos últimos, de los que sólo hay un ejemplo, se facilita porque sabemos de su existencia en otras colecciones.

2. *Definición*

Ya en la Antigüedad encontramos distintas definiciones de fábula[60], y los mejores especialistas modernos también las han propuesto[61], sin duda conscientes de que ése es el mejor modo de delimitar las características de un género tan escurridizo. F. R. Adrados resume y critica estas definiciones, desde una perspectiva que compartimos, al menos par-

[59] Sin duda, la inclusión de este tipo de relatos en la fabulística es de época tardía, tal vez por influjo estoico, y su contenido se aleja en gran medida del espíritu realista y «cruel» de la antigua fábula esópica.

[60] F. R. Adrados discute las definiciones de Aristóteles, Aftonio y otros en *Historia de la fábula...*, I, págs. 36-39. *Vid*., también, G. Santana, *La fábula en Aviano*, Las Palmas de Gran Canaria, 2004, págs. 17 y ss.

[61] Cf. F. R. Adrados, *Historia de la fábula...*, págs. 39-43, donde se critican, sobre todo, las definiciones de Perry y Nojggard. Cf. también G-J. van Dijk, *Aínoi, Lógoi, Mûthoi: fables in archaic, classical and hellenistic Greek literature; with a study of the theory and terminology of the genre*, Leiden-Nueva York-Colonia, 1997, págs. 3-34 y 113 y ss.

cialmente. Es evidente, como él apunta, que la definición debe partir del examen de las fábulas que encontramos en las colecciones conservadas y no a la inversa; y es también muy cierto que las definiciones dadas hasta la fecha resultan demasiado estrechas, pues dejan fuera algunos de los rasgos típicos del género; sin embargo, en las colecciones modernas (La Fontaine, Samaniego, etc.) encontramos los mismos tipos de relatos que en las colecciones antiguas, de manera que la identificación entre fábula y relato animalístico no creemos que pueda proceder, como él apunta, de época moderna; en estas colecciones el género no aparece mejor definido que en las antiguas y la identificación a la que aludíamos parece derivar lógicamente del hecho de que una mayoría de relatos, tanto en las colecciones antiguas como en las modernas, está protagonizada por animales. Es interesante su visión de las llamadas fábulas anómalas[62], al considerar que la determinación de qué es o no es fábula no debe partir de su origen (mito, anécdota, enigma, etc.), sino del grado de asimilación al esquema fabulístico. Efectivamente, pensamos que el carácter anómalo o marginal de una fábula depende de su adaptación a la estructura de la fábula y de la medida en que tenga los rasgos definitorios del género que vamos a ver a continuación. Desde este punto de vista, el número de fábulas marginales se acorta en gran medida.

Lo primero que hay en el origen de la fábula es el convencimiento del autor de que el mundo de los animales puede servir de ejemplo para ilustrar la conducta de los mortales, en principio sin intenciones morales tendentes a corregir esa conducta en un sentido o en otro, sino simplemente como un espejo. Por tanto, la primera característica de la fábula es que suele estar protagonizada por animales y suele tener una función alegórica que sirve para ilustrar la conducta humana[63]. Al ser un ejemplo, es algo que ocurrió una vez, en un momento determinado y que, por tanto, tiene un valor particular y concreto. Pero estas características, como las que vamos a ver a continuación, no son excluyentes: que una fábula no esté protagonizada por animales no quiere decir que no sea fábula, que una fábula no tenga valor ejemplar no quiere decir que no sea fábula, etc.; eso sí, habrá que explicar, cuando sea posible, qué razones inducen al autor de una colección a introducir allí un determinado relato que carezca de tales características.

[62] *Historia...*, págs. 52-57.

Este *exemplum,* que, como es sabido, en su origen aparecía inserto en formas literarias mayores, tiene vocación de clarificar y es por lo general breve en extensión y de escasa complicación narrativa.

La representación animal de la conducta humana sigue básicamente, como hemos visto, dos esquemas de enfrentamiento: el de dos o más protagonistas entre sí —fábula agonal— o el de un único protagonista con situaciones difíciles o paradójicas —fábula de situación—.

El componente ilustrativo de la fábula parece tener una doble intención: entretener al lector, «provocando su risa» *(risum movere)* al menos en algunas ocasiones, y facilitar la comprensión de la situación que se pretende ilustrar.

La fábula es, por tanto, un género didáctico, pero las ilustraciones tienen también una función simbólica y entonces la fábula puede emplearse con finalidad crítica —mediante un animal se designa a un tipo humano— que puede permitir expresar lo que de otro modo no se podría decir[64].

[63] Para referirse a sus fábulas, Fedro utiliza en seis ocasiones el término *exemplum.*

[64] Cf. Fedro, III, pról., 33-37: «Ahora, explicaré brevemente por qué se ha inventado el género fabulístico. Un esclavo subyugado, como no se

Más adelante, cuando triunfan las escuelas éticas (a partir del siglo IV a. C.) la fábula empieza a adquirir, como muchos otros géneros, tintes moralizantes: no sólo muestra la conducta humana, sino que trata de modificarla en un sentido u otro. Es entonces cuando surgen lo que llamamos moralejas: el autor del relato intenta extraer de su contenido un principio de valor universal.

Avancemos en nuestra definición: un ejemplo de carácter alegórico, narrado con brevedad, como sucedido en una ocasión concreta y momentánea, protagonizado generalmente por animales que se enfrentan entre sí o a sus circunstancias, que, además de ilustrar una situación determinada, divierte por su comicidad, conlleva una evaluación moral universalizante y puede tener finalidad crítica.

En esta definición creemos haber dado los rasgos principales de la fábula. Muchas de las narraciones que encontramos en nuestras colecciones pueden carecer de algún o algunos de estos rasgos, pero si están en la colección es porque tienen muchos de ellos. De todos modos, Adrados acierta cuando opina que es mejor dejar abierta cualquier definición de la fábula.

3. *Estructura de la fábula*

En la estructura de la fábula pueden distinguirse tres partes: el promitio, el relato propiamente dicho y el epimitio. En principio, parece que el promitio tiene la función de introducir el relato, de explicar por qué se va a contar, mientras el epimitio es el lugar reservado para expresar la enseñanza que de él puede extraerse; sin embargo, esa estructura

atrevía a decir lo que quería, trasladó a los apólogos sus propios sentimientos, burlando las acusaciones malintencionadas con graciosas ficciones».

lógica no se mantiene en la práctica: la introducción puede faltar, la enseñanza puede anticiparse en el promitio y hacer innecesario el epimitio, etc.

Si pensamos en las fábulas más antiguas, fábulas fuera de colección que aparecían insertas en textos históricos, dramáticos, líricos, etc., vemos con claridad su condición de ejemplo y entendemos mejor esta estructura tripartita: el autor cuenta la fábula para ilustrar una situación; las formas en que podía introducir el relato son lógicamente muy diversas, pero también podía prescindir de la introducción. Otras veces, sin embargo, anticipaba la enseñanza que de ella se derivaba, si bien era más frecuente expresarla al final, a modo de conclusión. En general, las fábulas de colección tienen promitio o epimitio, pero es raro que tengan los dos. También hallamos fábulas que carecen de promitio y epimitio; son pocas y, aunque a veces se piense que pueden haberse perdido en los avatares de la tradición manuscrita, en otras la enseñanaza parece deducirse tan fácilmente del relato que entendemos bien que el fabulista haya preferido no expresarla por escrito; luego veremos algún ejemplo.

En Fedro hallamos algunos promitios modélicos, por así decirlo, en los que se aprecia con claridad ese carácter ilustrativo de la fábula al que antes aludíamos. En I 2, Esopo cuenta la fábula para criticar la actitud equivocada del pueblo ateniense, que ha provocado la tiranía de Pisístrato[65]; en II 5 el propio Fedro nos dice por qué va a contar el relato

[65] «Cuando Atenas florecía con leyes justas, una desenfrenada libertad invadió la ciudad y el libertinaje rompió el antiguo freno. Entonces, con el acuerdo de las distintas facciones, el tirano Pisístrato ocupó la ciudadela. Como los atenienses se lamentaran de su triste esclavitud (no porque aquél fuese cruel, sino porque resultaba duro para los que estaban desacostumbrados a todo tipo de carga) y empezaran a quejarse, Esopo contó la siguiente fábula».

en que critica a los *ardaliones* que pululan por Roma, algo parecido ocurre en III 10, IV 2 ó *Ap.* 12. Pero los promitios más abundantes son aquellos en los que se expresa la enseñanza moral que se deduce del relato, como I 3, 5, 8, etc. En principio la fábula surge ante una circunstancia particular (la tiranía de Pisístrato, los aduladores de Roma, etc.), pero la enseñanza del relato tiene una validez general, es aplicable a todas las tiranías, a todos los aduladores, etc., y a partir de aquí surge la moraleja, que ha de tener una aplicación universal. Así se produce el paso siguiente, donde ya sólo encontramos un principio universal; por ejemplo, en I 5: «Nunca es leal la alianza con el poderoso», seguido de una fórmula de transición: «Esta fábula atestigua mi aserto». La primera forma de «fabulizar» es ésta y las fórmulas de transición son muy diversas: «Esopo entonces contó la siguiente fábula», «Esopo nos ha tansmitido este ejemplo», «Esta fábula indica que esto es verdad», «Los siguientes versos nos advierten para que lo evitemos», etc.

El epimitio es en principio el lugar reservado para la conclusión, es decir, la explicación del ejemplo con su enseñanza: por ejemplo, en I 1: «Esta fábula se escribe para aquellos hombres que con causas fingidas oprimen a los inocentes». Pero, como decíamos más arriba, en ocasiones no es necesario, porque la cuestión queda suficientemente clara en el promitio. Por eso, lo normal es que las fábulas con promitio carezcan de epimitio (cf., por ej., I 3, 10, 15; etc.). Sin embargo, cuando la narración carece de promitio, es necesario explicar en el epimitio a quién se dirige el relato o qué aplicación tiene. Entonces encontramos entre el relato y el epimitio fórmulas de transición como las siguientes: «Yo diría que esto se cuenta para aquellos...», «Esta fábula quiere decir que...», «Esto se lo cuento a aquellos...», «Este argumento advierte que...», etc. Hay otras fómulas menos estereotipadas («La necia credulidad puede encontarar aquí una prueba...», «Habría pasado en silencio esta fábula, si...», «A ti te digo, avaro...»), que suelen introducir epimitios alusivos a las circunstancias personales del propio Fedro, de carácter enigmático, crítico y apostrofante, muy en la línea de los prólogos y epílogos, posiblemente, innovación de nuestro fabulista; en todo caso «fabulizan» correctamente el relato, ya que explican qué universal se desprende del sucedido concreto.

La generalización, que es lo importante, se lleva a cabo a veces con un adverbio, como *saepe* (cf. *Apéndice* 14: «Así a menudo los talentos se pierden por la desgracia») o un adjetivo indefinido (IV 6: «Cuando un acontecimiento funesto oprime a un pueblo cualquiera»), con una alusión genérica a los hombres (*Ap.* 30: «Si los hombres pudieran hacer esto...») o simplemente con la primera persona del plural (*Ap.* 3: «Contentos... pasemos los años que nos ha otorgado el destino»).

Esa distinción fundamental entre el principio universal y el sucedido concreto del que se extrae, parece que marcó suficientemente las partes de la fábula; a partir de ahí, empezaron a desaparecer en los promitios las fórmulas de introducción, consideradas como no necesarias. Así ocurre en I 4, 8, 11, 13, 16, 17; etc., donde el papel introductorio del promitio quedó reducido a la enunciación del principio moral universal. Igualmente, en algunos epimitios se perdió la necesidad de explicar a quién iba dirigida la fábula y únicamente se anotó un principio universal, deducible de la fábula, introducido por *ita* o *ergo*.

Como decíamos más arriba, algunas fábulas presentan promitio y epimitio: I 5; III 10; IV 5, 7; A 12. Son, como vemos, escasas y casi en cada caso puede explicarse la razón de esta duplicación: la extensa longitud del relato (III

10; IV 5), una alusión de tipo personal (IV 7), o la posibilidad de que bien promitio bien epimitio sean espurios (A 12).

Pero también hay fábulas que carecen de promitio y epimitio: III 11; V 1; III 18 y 19. En III 11 es posible que se hayan perdido algunos versos donde se incluía la moraleja, según opinión de algunos editores. En III 18 la réplica de Juno al pavo que reclama una voz hermosa es tan didáctica y clara que cualquier comentario posterior resulta superfluo[66]; lo mismo cabe decir de V 1. Finalmente, en III 19 encontramos un buen ejemplo de lo que podríamos llamar una «fabulización» defectuosa, pues en el epimitio se explica el contenido del relato sin establecer un principio de aplicación universal[67]. En el Apéndice de Perotti hay varias fábulas que carecen de promitio y epimitio (*Ap.* 4, 5, 9, 10; etc.), pero cabe suponer que fueron suprimidos por el obispo, al introducir sus propias advertencias morales[68].

Por lo que se refiere a la estructura narrativa del relato propiamente dicho, hay un intento de llevarlo todo hacia un relato tipo en el que se describe de forma inmediata una situación determinada, se deja hablar a los protagonistas —es raro que sólo haya estilo indirecto— y uno de ellos expresa, en lo que Nojgaard[69] llama la *réplica final*, una conclusión que en muchos casos tiene un carácter evaluativo.

[66] «Todas las aves están contentas con sus propios dones, no quieras tener lo que no se te ha otorgado, no sea que tu esperanza frustrada se convierta en lamento».

[67] Cf. Aunque el hecho puede estar justificado por el oscuro significado de la fábula, cf. nota *ad locum*.

[68] Cf. *infra*, págs. 67-68.

[69] Cf. *Le fable antique II, les grands fabulistes,* Copenhague, 1967, págs. 99 y ss.

El tiempo narrativo es un instante, sin que la acción se complique con la intervención de muchos personajes y suele producirse en un único lugar. A veces no ocurre así, pero esa es la norma: *ad eundem rivum, in saltibus, in paludibus,* etc. El cambio de escenario es muy infrecuente. Son excepcionales las fábulas en que éste se produce (III 10[70]; IV 19, 26, etc.) y la tendencia es a reducir el relato. Sirva de ejemplo I 14: en los dos primeros versos Fedro sitúa el relato y nos presenta al protagonista con extraordinaria brevedad: «Un mal zapatero, perdido en la miseria, empezó a ejercer la medicina en un lugar desconocido.»

FUENTES

No insistiremos demasiado en este punto, ya suficientemente estudiado en los antiguos trabajos de Thiele, Hausrath y Perry o en los más recientes de Rodríguez Adrados[71]. Es posible que el propósito inicial de Fedro fuera, como él mismo reconoce en su prólogo al libro I, versificar un modelo griego prosaico de fábulas esópicas. Sin embargo, son tan numerosas las fábulas que parecen de su propia creación y tantos los cambios que introduce respecto a sus modelos

[70] Fedro justifica en el epimitio de esta fábula su excesiva extensión: «Me he extendido mucho en esta fábula, porque a algunos les disgusté con mi excesiva brevedad».

[71] Cf. G. THIELE, «Phaedrus-Studien» I-II-III, *Hermes,* 41 (1906), 562-592; 43 (1908), 337-372; 46 (1911), 376-392. A. HAUSRATH, «Zur Arbeitweisse des Phaedrus», *Hermes,* 71 (1936), 70-103. B. E. PERRY, *Babrius and Phaedrus,* Londres-Cambridge (Massachusetts), 1965. F. R. ADRADOS, «Fedro y sus fuentes», *Bivium. Homenaje a M. C. Díaz y Díaz,* Madrid, 1983, págs. 251-274 e *Historia de la fábula...*, II, págs. 125-171.

que con razón ha sido considerado el fabulista más original de la Antigüedad[72].

Está claro que Fedro se sirvió de un modelo griego en prosa; probablemente de esa Colección, que ya se conoce como la *Antigua Augustana* y que debió constituir el fondo de la *Augustana* que conservamos, fechable, según opinión de los especialistas, en el siglo I a. C. Sin embargo, de las ciento veinticinco fábulas que componen su obra, sólo veintinueve se encuentran también en las *Fábulas Anónimas* —es decir, en Esopo—. El escaso número de versiones coincidentes nos permite deducir que Fedro era más un creador que un traductor. Además, la comparación de las versiones conservadas, demuestra que a pesar de la modernidad de la *Augustana* — recordemos que data del siglo IV d. C.—, Fedro es, en general, más innovador respecto al modelo común. Aunque el fabulista romano haya incluido en su colección sólo veintinueve fábulas del modelo griego, parece claro que conocía muchas más, pues en algunas de sus fábulas se perciben situaciones argumentales de otros apólogos de las *Fábulas anónimas.*

Hay también en la obra de Fedro otras treinta y dos fábulas, que no aparecen en las *Fábulas anónimas,* pero de las que encontramos versiones en otras colecciones fabulísticas o en autores diversos, como Babrio, Plutarco, Horacio, etc. En algunos casos, se percibe que Fedro puede haber seguido el mismo modelo que estos autores, pero en otros no. Se trata, en general, de fábulas de situación o anécdotas, cuyo origen está en muchos casos en repertorios de proverbios o *chreîai* de origen cínico.

[72] Cf. F. Rodríguez Adrados, *Historia de la fábula...* II, pág. 166, y M. Mañas, *Fedro/ Aviano...*, pág. 40.

El resto de fábulas de la colección, sesenta y cuatro en total, son originales de Fedro y entre ellas hay, como veíamos, una gran variedad tipológica: mitos, novelitas, reflexiones de autor, etc. En muchas ocasiones conocemos cuál ha sido el punto de partida del que el fabulista se ha servido para componer su relato, pero el desarrollo es creación suya, por lo que es lógico considerarlas originales.

IDEOLOGÍA DE LA FÁBULA FEDRIANA

Hay una ideología inherente al género fabulístico, que se forjó en la Grecia clásica, se amplió con la influencia de las escuelas filosóficas de época helenística y, a pesar de los cambios de mentalidad, subyace todavía en los fabulistas modernos[73]. Un conjunto de ideas que encontramos en Babrio, en Fedro o en las colecciones anónimas griegas, que tienen procedencia diversa, aunque su núcleo parece provenir de la filosofía cínica[74]. Fedro, sin embargo, aportó nuevas ideas, revitalizó o cambió las que la tradición le entregaba y su influjo en la fabulística posterior fue, también en

[73] Cf. sobre este punto C. García Gual, «Historia y ética de la fábula esópica», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1978, págs. 179-208 e «Ideología y estructura de la fábula esópica», *Estudios ofrecidos a E. Alarcos,* I, Oviedo, 1977, págs. 309-322.

[74] Ésta es la opinión defendida por F. R. Adrados (cf. *Historia de la fábula...*, I, págs. 619-650.), que nosotros aceptamos en buena parte; el influjo de esta escuela en otros géneros literarios próximos a la fábula, como la sátira, apoyaría tal idea. Sin embargo, García Gual demuestra que algunas de las ideas fundamentales de la fábula esópica, como la adecuación a la propia naturaleza, la crítica de la belleza y las apariencias, contra la vanidad y la jactancia, etc. se encontraban ya en la fábula griega de época clásica. (cf. «Historia y ética...», *passim*).

este punto, absolutamente decisivo. El estudio de esta ideología, sus fundamentos y su influjo, aparece recogido en nuestro *El pensamiento de Fedro...,* al que remitimos para quien tenga interés en conocer con detalle el punto de vista de nuestro autor en temas concretos. En las líneas que siguen vamos a dar una visión de conjunto, recopilando e integrando las ideas fundamentales de su pensamiento[75].

La perspectiva ética de Fedro es eminentemente sapiencial. El individuo *sollers* («agudo»), que él describe sobre todo a través del personaje de Esopo[76], es su ideal de hombre y en él hallamos plasmados muchos de los principios éticos que el fabulista formula en su obra: el aspirante a *sollers* debe aprender de la experiencia[77], ejercitar su talento[78], conocer su naturaleza y adecuarse a ella[79], rechazar la jactancia y la vanidad[80], despreciar las riquezas[81], buscar la utilidad[82], no dejarse engañar por las apariencias[83] y mantener siempre una actitud desconfiada[84]. El hombre virtuoso que propugna Fedro posee algunos de los rasgos del sabio cínico, pero tiene como característica fundamental su apego al mundo real y un cierto talante humanitario, ajeno al doctrinario de aquella escuela, que le lleva a admitir la existencia de la maldad en el mundo[85] y a reconocer lo difícil que resulta el triunfo de la verdad en él[86]. Su lucha desesperada

[75] Sobre el contenido de la fábula fedriana y la influencia de las diferentes escuelas filosóficas, cf., además del estudio de F. R. ADRADOS citado en la nota anterior, A. HAUSRATH, «Phaedrus», en *RE*, col. 1479, y M. MAÑAS, *Fedro/Aviano...*, págs. 44-74. También encontramos un interesante resumen en A. ZAPATA, *Fedro. Fábulas,* Madrid, 2000, págs. 27-31.

[76] Su presencia es constante en la obra. Se muestra como un buen consejero en muchos pasajes (I 2; I 3; I 6; *Ap.* 12; *Ap.* 20); en numerosas ocasiones se alaba su ingenio (III 3; III 5; III 14; III 19; IV 5; etc.) y, cuando se enfrenta a los malvados, resulta siempre victorioso (*Ap.* 9; *Ap.* 17; etc.).

[77] La alabanza de la experiencia es perceptible en distintos pasajes de su obra: en IV 2, donde el ratón *retorridus* escapa a la astuta trampa de la *senecta mustela;* en V 9, donde el taurus *doctior* no consiente los consejos del novillo; en I 23, donde el *canis peritus* no se deja engañar por la repentina generosidad del ladrón; etc.

[78] En el epílogo al libro II cuenta FEDRO cómo los atenienses honraron el talento de ESOPO erigiéndole una estatua *(Aesopi ingenio statuam posuere Atticci)* y en el prólogo al libro III afirma que con su inteligencia consiguió una gloria inmortal *(aeternam famam condere ingenio suo).*

[79] En diversos apólogos FEDRO condena, sobre todo, la actitud de algunos animales que, descontentos con su propia naturaleza, pretenden asemejarse a otros: I 3; I 11; I 13; I 24; III 18. En *Ap.* 3 el autor reflexiona sobre las cualidades de otros animales que el hombre no posee y recomienda estar contentos con las que nos han sido otorgadas: «Así pues, contentos con el don del invicto Júpiter, pasemos los años que nos ha otorgado el destino sin intentar más de lo que nuestra mortalidad permite».

[80] Generalmente el jactancioso es ridiculizado por un personaje más inteligente (cf. I 11; IV 25; *Ap.* 9; *Ap.* 13 y *Ap.* 27); otras veces muestra los peligros que conlleva la actitud de quien se deja arrastrar por la necia vanidad (cf. V 7; y I 13).

[81] Las riquezas comportan riesgos (II 7; *Ap.* 7; *Ap.* 30), y son un obstáculo para la sabiduría (IV 23), la libertad (III 7) o la *virtus* (IV 12). En otras fábulas hay largos alegatos contra los avaros (I 27; IV 21 y *Ap.* 1).

[82] Hay dos moralejas en las que FEDRO rechaza con claridad aquello que no es útil «La fábula aconseja no hacer nada que no sea provechoso» (III 17) y *Nihil agere quod non prosit fabella indicat* (IV 25). En otros insiste en aconsejar lo útil frente a lo bello (I 13), o lo placentero (*Ap.* 7).

[83] Este principio subyace en numerosos apólogos: I 7; III 8; III 4; IV 17; *Ap.* 10; V 5 y IV 2, donde, a propósito de la utilidad de sus sencillos apólogos, recuerda la falsedad de la apariencia: «No siempre las cosas son lo que parecen: la primera vista engaña a muchos».

[84] La ineludible presencia del *improbus* aconseja necesariamente la desconfianza y en diversos apólogos se alaba la actitud cauta del personaje que prevé las asechanzas de su antagonista (I 19; I 25; I 16, etc.)

[85] Fedro no aspira a corregir al malvado, se limita a dar consejos para rehuir en lo posible su influencia: no asociarse con el *improbus* (IV 11; I 31 y I 5); no ayudarle (I 8; IV 20); castigarlo sin conmiseración (V 3; I 26; I 28; III 2).

[86] La falsedad es uno de los rasgos típicos del *malus* fédrico: *canis calumniator* (I 17); *cervus fraudator* (I 16); *dolosa feles* (II 4), etc. A pesar de percibir los problemas que a veces acarrea la sinceridad (cf. IV 13 y *Ap.*

contra el *improbus* expresa su convicción de que ni siquiera el sabio puede sobreponerse a una maldad que tiene como arma predilecta la mentira. Con todo, esa lucha contra el malvado revela un cierto optimismo en el ser humano; el fabulista no se conforma con el «sálvese quien pueda» de la antigua moral esópica[87] y, tanto en su declaración de venganza contra el que obra mal como en su certeza de que al final la verdad se impone, muestra los rasgos del moralista convencido de la bondad natural del hombre.

No obstante, el triunfo «permanentemente momentáneo» de la mentira acarrea la injusticia y ésta provoca a su vez la desigualdad social entre humildes y poderosos; contra ella Fedro se manifiesta en numerosos apólogos, lo que tiñe su obra del pesimismo característico que tantas veces se ha comentado[88]. La visión de esa sociedad injusta y desigual conlleva la indiferencia del fabulista ante unas formas de

17), parece convencido del triunfo de la verdad: «Algunas veces las falsificaciones son inicialmente provechosas a los hombres, pero con el tiempo la verdad se impone» (*Ap.* 5-6).

[87] Cf. C. García Gual, «Historia y ética...», pág. 298: «Éste es el mensaje del fabulista: hay que adaptarse a una sociedad donde no impera otra ley que la fuerza mediante la astucia, la habilidad y el engaño, sin confiar en otra justicia ni en otra sanción divina que el éxito en la acción. Es un mensaje desilusionado, despiadado y pesimista, pero de una implacable coherencia lógica».

[88] Los ataques contra el poderoso y la defensa del humilde son frecuentes en sus apólogos: (cf. I 5: «nunca es leal la alianza con el poderoso»; II 6 «contra los poderosos nadie está suficientemente seguro»; I 30: «Los humildes padecen cuando los poderosos disputan entre sí»). No hay, sin embargo, en su obra un espíritu revolucionario que instigue a la revuelta contra el poderoso (cf. *Ap.* 20), aunque sí un estímulo a la venganza (cf. I 28: «Por muy alto que se esté hay que temer a los de abajo, porque la venganza es accesible al que utiliza el talento») y la confianza en la intervención de una Providencia justiciera (cf. *infra,* n. 52).

gobierno[89] que en ningún caso van a cambiar dicha situación.

Sin embargo, su defensa de la institución familiar muestra también su confianza en, al menos, determinados aspectos de la sociedad de los hombres. En opinión, claramente manifestada por nuestro autor, una familia no se constituye con los meros vínculos naturales: la paternidad no arranca del acto sexual, sino que se hace día a día con el ejercicio de la bondad hacia los hijos[90]. Fedro manifiesta una misoginia que va más allá del tópico literario y que, en parte, puede tener sus raíces en la despreocupación que algunas mujeres de su época podían sentir por la familia[91].

En última instancia, el fabulista parece mostrar su fe en la voluntad divina: si el *improbus* triunfa, si la justicia se revela imposible[92], aún es factible la intervención providen-

[89] M. Nogjaard (*La fable antique,* II..., págs. 174-175) afirma que en las fábulas de Fedro existe una crítica contra la monarquía. A. Lorenzi (*Fedro,* pág. 139 y ss.), tras señalar la oscilación existente en su obra entre fábulas que favorecen la idea monárquica y fábulas que la atacan, acaba concluyendo que en nuestro fabulista se descubre un cierto favoritismo por la República. En nuestra opinión (*El pensamiento de Fedro...,* págs. 297-298), la crítica de Fedro es de contenido social; rechaza al poderoso y parece importarle poco que éste sea *Princeps* imperial o cónsul republicano.

[90] En III 15, una fábula particularmente sentida, concluye con este epimitio: «La bondad hace a los padres, no la ley de la naturaleza», y en III 8 un padre manifiesta a sus hijos la primacía de las virtudes éticas sobre las cualidades físicas. Pero la defensa de la institución familiar se percibe también en otros apólogos: III 10; *Ap* 27, etc.

[91] Cf. A. Cascón, «Misoginia en Fedro», *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, 1986, págs. 281-287. En algunas fábulas, el hombre aparece como víctima de la mujer (II 2; *Ap.* 29); en otras se denuncia la falsedad e impudor de las mujeres (*Ap.* 11; *Ap.* 17; *Ap.* 15; y IV 15; de esta última sólo conservamos este fragmento: «formó la lengua de la mujer a imagen de la vagina. Luego la indecencia prolongó el parecido»).

[92] Fedro parece convencido de que entre los hombres el triunfo de la justicia es imposible y ello por tres razones: en la búsqueda de sus intere-

cial de los dioses para paliar dicha situación[93]. Sin embargo, el reconocimiento de una justicia divina poderosa es difícilmente compatible con la realidad social del hombre; Fedro encuentra la solución a esa aparente contradicción en las nociones de *Fatum* y *Fortuna:* ambas fuerzas intervienen negativamente en la vida de los hombres y su presencia puede justificar los males e injusticias del mundo[94].

Un análisis comparado de las intenciones y características de la obra de Fedro con las de aquellos otros fabulistas que conocemos manifiesta un poderoso influjo de la ideología inherente al género en el pensamiento de nuestro autor, pero a la vez permite valorar su independencia y, por tanto, sus rasgos de originalidad en muchos aspectos. Entre ellos parecen dignos de destacar los siguientes:

Los fines de Fedro al escribir su obra están marcados por una intencionalidad ético-didáctica, que conlleva una preocupación especial por el contenido de sus relatos, ausente en otros fabulistas. En función de ello, selecciona sus

ses los hombres no dudan en comportarse injustamente (I 1; I 17, etc.); su ignorancia y estulticia los llevan a cometer errores que posibilitan la injusticia (V 5); la incapacidad natural del hombre para conocer la verdad impide el triunfo de la justicia (III 10).

[93] Frente a su desconfianza en la justicia humana, FEDRO manifiesta su fe en la justicia divina, como se aprecia en I 17, donde la intervención providencial de los dioses castiga al culpable; en IV 26, donde son los dioses quienes castigan al pugilista que se niega a pagar a Simónides el precio de su elogio; y en *Ap.* 16, donde la intervención divina provoca el triunfo del pretendiente pobre.

[94] Cf. A. CASCÓN, «*Fatum* y *Fortuna* en las fábulas de Fedro», *Auguralia,* Madrid, 1984, págs. 53-59. Son muchas las ocasiones en las que los protagonistas de las fábulas deploran su amargo destino: IV 21; III 18; *Ap.* 21, y, sobre todo, en V 6, donde se establece una clara distinción entre la voluntad de los dioses y el destino: «La voluntad de los dioses nos ha favorecido, pero por culpa del odioso destino hemos encontrado, como se suele decir, carbón en lugar de un tesoro» (vv.5-6).

narraciones y no se limita a redactar, con mayor o menor arte, los apólogos que la tradición le entrega. A partir de esa selección, procura adaptar los argumentos a sus ideas, y su labor moralizadora no se circunscribe a la moraleja —como ocurre frecuentemente con Babrio o Esopo—, sino que cuida la utilización de los epítetos y el diálogo entre personajes, en coherencia con el contenido de sus epimitios. De este modo, resulta difícil encontrar en Fedro esas contradicciones que hallamos en los relatos de las *Fábulas anónimas* griegas o de Babrio entre lo expresado en la moraleja y el mensaje originario de la fábula[95]. Si Fedro no está de acuerdo con el contenido ideológico de una fábula, o no la incluye en su colección o la transforma íntegramente, no sólo con el añadido moral que supone el epimitio.

La comparación entre las distintas versiones de un mismo argumento puede ilustrar lo que decimos: el conocido argumento del reparto del león lo encontramos en Fedro, I 5; Babrio, 67 y Esopo, 149. Con independencia de las diferencias narrativas, las moralejas de estos apólogos descubren intenciones distintas: mientras la versión esópica indica cómo «los hombres se vuelven comedidos ante el infortunio de los vecinos», Babrio y Fedro aconsejan no aliarse con el poderoso. Sin embargo, entre estos dos autores también hay

[95] Un ejemplo de tales incoherencias puede apreciarse en la fábula del ratón que se cayó en la sopa (BABRIO, 60), que no aparece en la colección de Fedro; el ratón, después de comer y beber hasta la saciedad, muere feliz ahogado en la sopa. El argumento es claramente favorable al placer, defensor de un *carpe diem* un tanto brutal, en el que subyace un epicureísmo trivial. Babrio, sin embargo, añade una moraleja claramente contraria a esta idea, mucho más en línea con los principios estoicos: «Serás entre los hombres como este goloso ratón si no rechazas lo que es dulce, pero dañino». La versión esópica del mismo relato (167) tampoco parece entender la idea central del apólogo: «La fábula muestra que los hombres soportan con facilidad la muerte cuando ésta llega sin dolor».



importantes diferencias; en el fabulista latino hay un claro ataque contra el *potens* («Nunca es leal la alianza con el poderoso»), considerado como un grupo aparte, al que se califica de *improbus* («Así, sólo la maldad se llevó todo el botín»); la fábula babriana se limita a desaconsejar la asociación con el más fuerte («Mide tus posibilidades. No te alíes o asocies para ningún asunto con un hombre más poderoso que tú»), un consejo práctico, descargado de las valoraciones éticas que se aprecian en Fedro.

La fábula de Fedro en la que se narra cómo el lobo prefiere la libertad a las comodidades del perro guardián (III 7) se separa considerablemente de la versión de Babrio (100). Sobre el mismo argumento, Fedro hace un canto a la libertad, enfatizando en el desprecio de los bienes materiales que encadenan al hombre; Babrio, en cambio, lo cuenta como una chanza, una broma en la que no hay moraleja. El relato es un buen exponente de las distintas concepciones que tienen ambos autores sobre el género fabulístico: uno, empeñado en extraer el mayor contenido ético-ideológico de cada narración, el otro, interesado, por lo general, en narrar con gracia, dejando al lector la oportunidad de descubrir las ideas encerradas en sus apólogos.

Otro rasgo característico de Fedro —que comentaremos más adelante— es la ausencia de esa comicidad, típica de algunos relatos de Esopo o Babrio, que da un carácter «serio» a su obra. En última instancia, este rasgo es también una consecuencia de los propósitos ético-didácticos de nuestro autor, que no puede limitarse a sonreír ante el mundo despiadado de la fábula esópica.

Sin duda, la mayor originalidad de Fedro reside en su forma de abordar determinados temas y en las ideas que vierte en cada uno de ellos; destaquemos aquí la distancia notable que existe entre él y otros fabulistas al tratar de la

venganza, la desigualdad social o el *fatum,* entre otros temas de menor entidad en el conjunto de su obra.

Parece claro que algunos de los rasgos originales de nuestro fabulista tienen su origen en los avatares de su propia existencia y en la influencia más o menos directa de los satíricos —especialmente Horacio— y del pensamiento de la Estoa Nueva que Séneca representa. Son numerosos los ejemplos en los que la perspectiva fedriana ante un determinado tema es perfectamente explicable con el conocimiento previo de las circunstancias de su existencia: su desconfianza en la justicia humana[96], su misoginia[97], su aversión al poderoso[98], su concepción negativa de la *fortuna* y el *fatum*[99], etc. El influjo de Horacio —ya estudiado por la críti-

[96] En el epílogo al libro III, Fedro, tras solicitar la ayuda de Éutico en su *calamitas* e indicar cómo el perdón se concede a menudo a los culpables, se califica a sí mismo de *innocens* (vv. 22-23: «A menudo alcanzó el perdón el reo confeso: ¿con cuánta más justicia no debe otorgársele al inocente?». Esto aclara, tal vez, por sí solo, la actitud de Fedro ante una justicia que, según él, le ha condenado sin motivos, y nos permite entender la defensa del *innocens,* personaje que aparece con relativa frecuencia tratado en sus relatos y del que se ocupa con especial delicadeza (cf. I 1; 5; 17).

[97] En este punto hemos de considerar la posibilidad de que Fedro fuera abandonado por su madre en edad temprana, posibilidad que se apoya, como ya dijimos en su lugar pág. 18, en la fábula III 15. Por otro lado, A. LORENZI (*Fedro,* pág. 63 y ss.) se refiere a la relación de Fedro con las mujeres, indicando cómo algunas de sus fábulas dan pie a pensar en la posible homosexualidad del fabulista (cf. V 1; A 10 y IV 16).

[98] Es muy posible que Fedro sufriera la esclavitud y, desde luego, a lo largo de su obra se presenta como *humilis* e *innocens.* En el epílogo al libro III confiesa su condición plebeya, al evocar el famoso verso de Ennio: «Yo, mientras conserve la cordura, recordaré muy bien una frase que leí cuando era niño: 'Murmurar en público es un sacrilegio para un plebeyo' (vv. 33-35). La cita es importante porque permite apreciar con claridad su firme convicción en que las injusticias que padece el plebeyo no tienen solución.

[99] Este tono de queja que rodea a los términos *fatum* y *fortuna,* cada vez que aparecen en la obra, se apoya, además de en otras razones, en el

ca— y de la sátira en general puede explicarnos su insistencia en demostrar la falsedad de las apariencias[100], su radicalismo en el desprecio de las riquezas[101], su libertad literaria al abordar determinados argumentos impúdicos[102], etc. En fin, el contacto con los estoicos pudo condicionar su concepción de una divinidad justiciera y benévola[103], su postura

desarrollo de su vida, que, como sabemos, trascurrió, en su mayor parte, por senderos no deseados por el poeta, como se aprecia en el epílogo al libro II: «soportaré con el corazón endurecido la desgracia establecida por el destino hasta que la fortuna se avergüence de su injusticia» (vv. 6-7). Es lógico que un individuo envuelto en circunstancias adversas y sin capacidad para sobreponerse a ellas, acepte, ante su impotencia, la idea de un destino inexorable.

[100] El tema del «parecer y no ser» tiene paralelos en los autores satíricos romanos. N. Terzaghi (*Per la storia della satira,* Mesina-Florencia, 1944, págs.112-113), al señalar las semejanzas entre Fedro y Horacio, alude a la fábula IV 17, poniéndola en relación con la epístola I 3, en que Horacio advierte a Celso de la conveniencia de no aparentar lo que no es.

[101] Se trata de un motivo literario común entre los satíricos romanos. Son conocidas las invectivas de Horacio contra los avaros, tan abundantes como viscerales. El rechazo de la avaricia es otro de los puntos de conexión que N. Terzaghi (*Per la storia...* pág.114) establece entre Fedro y Horacio. Recordemos también, entre otros muchos, los pasajes contra la avaricia de Persio (V 132-134); Juvenal (XIV 107-331);, Marcial (IV 85); etc.

[102] El tono impúdico de algunas fábulas de Fedro nos hace recordar la obra de otros satíricos romanos, como Horacio, Juvenal, Petronio o Marcial. Una libertad de palabra que se explica, según N. Terzaghi (*Per la storia...*, págs. 7-98), por el influjo del cinismo. Tal vez en éste, como en otros temas, el fabulista sufrió una doble influencia del cinismo: una, a través del género fabulístico, otra, a través de la sátira.

[103] La misma que encontramos en Séneca (cf. F. Martín Sánchez, *El ideal del sabio en Séneca,* Córdoba, 1984, págs. 74 y ss.).

ante la esclavitud[104], su perspectiva radicalmente utilitarista[105], etc.

No es éste lugar para hacer una valoración detallada de la importancia de las ideas de Fedro en el contexto de la literatura romana, pero sí podemos apuntar algunos detalles relevantes:

Fedro es, entre los escritores romanos, el único portavoz de la clase humilde y, en ese sentido, nos da a conocer una forma de pensar totalmente atípica.

El apego al mundo real que caracteriza sus versos coadyuva al conocimiento de determinados rasgos de su época y su entorno que, aunque generalmente se ven confirmados con la lectura de otros escritores, son aportados desde una perspectiva distinta y valiosa.

El componente autobiográfico de su obra, que proporciona a sus fábulas un cierto tono lírico, es ajeno a otros fabulistas que nos son conocidos y, sin embargo, está presente en Catulo, Marcial, Horacio, Propercio, etc. Este rasgo contribuye a hacer de Fedro un poeta eminentemente romano e incardinado en su época.

El carácter satírico de su obra nos hace pensar en las relaciones entre sátira y fábula que, en última instancia, pue-

[104] También en este punto es evidente la coincidencia con Séneca (cf. E. Conde, *La sociedad en Séneca,* Murcia, 1979, pág. 129)

[105] Algunos críticos han aludido ya al utilitarismo fédrico, poniéndolo en relación con el estoicismo (cf. F. Cupaiolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'Impero,* Nápoles, 1973, pág. 151 y E. Mandruzzato, *Fedro...* pág. 332). F. Prieto (*El pensamiento político en Séneca*, Madrid, 1977, págs. 88-91) comenta la visión utilitarista de la sociedad que defiende Séneca, señalando la estrecha relación que se aprecia en el autor cordobés entre la *bonitas* y el *beneficium,* similar a la que encontramos en Fedro (cf., por ej., III 15); el beneficio para Séneca no es sólo algo útil que permite funcionar a la sociedad, sino que además es una actividad amorosa.

den centrarse en la influencia determinante del cinismo en ambos géneros.

Por lo que se refiere a la fabulística, el influjo de sus ideas en autores posteriores es fundamental. Tal influjo es evidente en aquellos redactores medievales que asumen los principios que la tradición les entrega de una forma mecánica, salvo que estos choquen muy claramente con sus creencias. A través de éstos y de forma indirecta, Fedro ha continuado ejerciendo su influencia en fabulistas posteriores. Pero, además, hemos de insistir en la influencia directa que Fedro ha ejercido en La Fontaine —insuficientemente estudiada, hasta donde conocemos— y a través de éste en los continuadores de la obra del francés.

Su pensamiento es un punto de referencia obligado para constatar, mediante la comparación con fabulistas posteriores, la variación o permanencia de determinadas ideas a lo largo del tiempo[106]. Pero quizá sea más importante comprobar cómo incluso en autores distantes de Fedro en muchos aspectos y que no conocían su obra de forma directa, no sólo las ideas sino incluso las intenciones que les mueven a escribir fábulas, arrancan de las expresadas por nuestro fabulista[107].

[106] En *El pensamiento de Fedro...*, hemos revisado las fábulas de Ademar, el *codex Wisssembourguensis* y Rómulo; la comparación con Fedro revela una serie de cambios en el contenido ideológico global de la fábula de los que entresacaríamos los siguientes: supresión de los argumentos impúdicos; más énfasis en la alabanza del siervo que en la del hombre libre; indulgencia con el estúpido; creciente protagonismo del *bonus*, como individuo ejemplar que suple al sabio y se opone al *malus;* suavización de la crítica contra las riquezas; e influjo del cristianismo, patente en ciertas alusiones monoteístas, en la admisión del perdón, la negación de la venganza o la desaparición del *fatum*.

[107] Anotemos, como ejemplo, los casos de Vincent de Beauvais o Walter el Inglés, que en los prólogos de sus colecciones insisten, como Fedro, en el carácter formativo y de entretenimiento de sus relatos y lo hacen, tal como hacía nuestro fabulista, subrayando que debajo de su aparente trivialidad se ocultan enseñanzas muy útiles. Cf. V. Beauvais: «para alejar el aburrimiento de los que escuchan con deleite tales cosas y al mismo tiempo porque debajo de su envoltura parecen contener ideas edificantes». Y Walter: «Agradar y ser de provecho procuran estas páginas... Este jardín brinda fruto y flor... cuál dura cáscara la nuez buena esconde» (cf. la traducción en verso castellano de Matías López López, publicada en AA.VV., *Fabulae. Las fábulas latinas de Esopo,* Barcelona, 2001, pags. 239-375).

ESTILO

Los versos de nuestro fabulista trasparentan una personalidad fuerte, sin duda forjada en los tristes avatares de su vida. En consonancia con ella, lo primero que apreciamos en su narrativa es un estilo vigoroso y directo, que parece menospreciar los adornos y busca aclarar cuanto le sea posible la utilidad moral de sus fábulas. En realidad, son escasos aquellos pasajes donde se muestra la vena lírica de nuestro poeta y, sin embargo, cuando esta aparece, uno tiene la impresión de que sólo conocemos una parte de su brillante talento literario. A veces, la rotunda convicción del escritor en la calidad de su obra y la confianza en que obtendrá la gloria que dice merecer[108], nos hacen pensar que se han perdido otras obras suyas[109]; no hay más indicios de ello, pero la turbulenta época en que vivió favorecería desde luego la posible desaparición de otros escritos, que, dada la ideología

[108] Cf. *supra,* n. 1.

[109] L. Herrmann, con argumentos muy discutibles a nuestro entender, le atribuyó las siguientes obras: *Apotheosis Diui Claudi, Culex* y *Sententiarum liber* (Cf. *Phèdre et ses fables,* Leiden, 1950).

de Fedro, pudieran resultar peligrosos u ofensivos a algunos de los poderosos de su tiempo.

En mi opinión, es en algunos de los prólogos y epílogos donde Fedro alcanza los momentos de mayor inspiración, es decir, justamente cuando se ve libre de las leyes del género fabulístico, en el que ha introducido, como notable innovación, una serie de «reflexiones de autor»[110], que vienen a ser un complemento de esos prólogos. Hay en éstos algunos pasajes destacados, donde muestra su excelente capacidad para expresar sentimientos. En el epílogo al libro II, cuando manifiesta con cierto halo de resignación su esperanza en un futuro incierto y más justo con sus merecimientos: «soportaré con el corazón endurecido la desgracia establecida por el destino hasta que la fortuna se avergüence de su error» (vv. 18-19). En el epílogo al libro III, cuando solicita la ayuda del poderoso Éutico con más escepticismo que humildad: «Es tu cometido; antes fue de otro; después, por un giro similar de las cosas, vendrá el turno de los siguientes. Decide según tu conciencia y la lealtad de tu palabra para que me alegre de depender de tu sentencia».

Este Fedro tan lírico poco tiene que ver con el narrador de fábulas austero y sentencioso que, como apunta C. Chaparro[111], parece precipitarse en su necesidad de exponer la evaluación moral del relato, sin duda lo que más le importa. En realidad, la obra de Fedro está condicionada, como señaló Terzaghi hace muchos años, por las influencias unas veces armónicas y otras disonantes de la fabulística tradicional y de la sátira. Fedro era un escritor satírico que escribía fábulas, un género, que, si no es inadecuado para los modos satíricos, resulta claramente menos apropiado que el *sermo* horaciano, la diatriba o el epigrama.

[110] Al hablar de los tipos de relatos, ya advertimos que éstos eran una innovación de Fedro. Cf. *supra*, pág. 28.

[111] Cf. «Aportación a la estética de la fábula greco-latina: La *brevitas* fedriana», *Emerita* 54 (1986), pág. 145. Comenta Chaparro en este punto las palabras de Nojgaard: «la fábula fedriana corre hacia su final».

El rasgo estilístico de nuestro fabulista que más se ha comentado es la famosa *breuitas,* pero, antes de referirnos a ella, hemos de mencionar otros rasgos peculiares de esa narración pragmática y radical que, como apunta A. Rostagni[112], a veces no parece poesía:

1.º) La habilidad para representar las situaciones de sus personajes y la plasticidad de algunas imágenes revelan su evidente fuerza descriptiva. Así, en I 2, *Las ranas que pidieron un rey,* la brevedad no impide a nuestro autor reflejar con acierto la escena que tiene lugar en la charca después de que Júpiter arroje el madero: primero el miedo paralizante, luego la confianza de la primera rana que con sigilo asoma su cabeza y, finalmente, la agresividad libertina de la multitud; los adverbios *subito, diutius, forte, tacite* y *certatim* permiten al lector recrear la imagen en su imaginación con una idea del lugar, el tiempo y el movimiento sumamente verosímil: «un pequeño madero, lanzado *repentinamente*...permaneció sumergido en el lodo *durante mucho tiempo* hasta que una *por casualidad* sacó *con sigilo* la cabeza del estanque... Ellas, perdido el miedo, se acercan nadando *a porfía*»[113]. Muy distante de la insípida descripción que encontramos en la prosa esópica (Esopo, 44[114]), aunque es evi-

[112] A. Rostagni, *Storia della lett. latina,* vol. II, pág. 396.

[113] Está claro que aquí Samaniego, como en tantos otros lugares, sigue los trazos del pincel de Fedro: «Una de ellas asoma la cabeza, / y viendo a la real pieza / publica que el monarca es un zoquete/. Congrégase la turba y por juguete/ lo desprecian, lo ensucian con el cieno».

[114] «Zeus, al ver su simpleza, echó una estaca en la charca. Y las ranas, al principio, asustadas por el ruido, se metieron en el fondo de la charca, pero como la estaca estaba quieta, salieron a la superficie y a tanto despre-

evidente que las intenciones literarias de su anónimo autor distaban grandemente de las del fabulista romano.

En otros muchos pasajes se aprecia también este característico rasgo de la narrativa fedriana, pero quizá merezca un comentario particular la imagen de los dos mulos, uno cargado de riquezas y otro de cebada, que encontramos en II 7: «El primero, rico por su carga, marchaba elevando la cerviz y repiqueteando su sonora campanilla; su compañero le seguía con paso tranquilo y apacible». Tampoco aquí la brevedad impide a Fedro orientarnos ya desde el inicio sobre la intención de la fábula, la confrontación entre los dos mulos: uno altanero y presumido («rico por su carga, marchaba elevando la cerviz y repiqueteando su sonora campanilla») y otro humilde y sin pretensiones («su compañero le seguía con paso tranquilo y sereno»). Algo así como Don Quijote y Sancho[115].

2.º) Otro de los rasgos que más se ha destacado de la lengua de Fedro es, sin duda, su facilidad para la epitetación, en cierto modo corolario de la precisión léxica que ya apuntó Havet en sus antiguos estudios sobre el fabulista. Es este un rasgo que se aprecia fácilmente en cualquiera de sus fábulas y que parece responder a la necesidad que tiene nues-

---

cio llegaron por su rey que, subiéndosele encima, se sentaban en él.» (Traducción de P. Bádenas, Madrid, 1978).

[115] También aquí Samaniego ha preferido imitar la habilidad descriptiva de Fedro, alejándose de la quizá más graciosa versión de La Fontaine (I 4): «Dos machos caminaban: el primero, / cargado de dinero, / mostrando su penacho envanecido, / iba marchando erguido / al son de los redondos cascabeles; / el segundo, desnudo de oropeles, / con un pobre aparejo solamente, / alargando el pescuezo eternamente / seguía de reata su jornada / cargado de costales de cebada.» Los versos del fabulista español nos permiten apreciar la justificada fama de la *breuitas* fedriana.

tro autor de etiquetar a sus personajes para clarificar desde el primer momento el conflicto ético que subyace en sus narraciones. En I 1, enseguida se nos trasmite quién es el malvado, calificando al lobo de «ladrón de perversa garganta»; con más rapidez aún se nos dice en *Ap.* 26, donde, desde la primera palabra, la corneja es odiosa (cf. *odiosa cornix super ovem*...); algo parecido encontramos en III 13, donde la aparición de los zánganos coincide con su etiquetación: *inertes*. Así que el juicio moral sobre los protagonistas del relato no se desprende de su comportamiento en lo narrado, sino que Fedro se anticipa para que no haya dudas sobre quienes son los malos y quiénes los buenos; algo lógico, dada su empecinada lucha contra el *improbus,* aunque a veces haga perder gracia a la fábula que resulta excesivamente maniquea y carente de *suspense*.

La epitetación no sólo contribuye a la evaluación moral de los personajes, también es un elemento indispensable en la descripción, como se puede apreciar en el pasaje antes comentado de la fábula II 7; en ella, la *celsa cervix* del mulo cargado de riqueza contrasta con el *gressus placidus et tranquilus* del mulo cargado de cebada. Si los pasos de este mulo describen gráficamente su sencillez, los delicados pasos de Menandro en V 1 sirven para configurar, junto a otros epítetos, su amaneramiento («rociado de perfumes y con un rozagante vestido acudía con paso lánguido y delicado»).

En el capítulo de la epitetación, resulta llamativa también una cierta tendencia a presentar a los protagonistas de sus fábulas con la sustantivación de un adjetivo que señale alguna de las características físicas más peculiares de los distintos animales. En I 1, el cordero es el «lanudo» (*laniger),* en I 11, el asno es el «orejudillo» (*auritulus*), en IV 9, el macho cabrío es el «barbudo» (*barbatus*), etc.

Ahora bien, en relación con este tema, entiendo que el rasgo más sobresaliente de la narrativa de Fedro es la constante utilización del participio de presente —generalmente en caso nominativo concertado con el sujeto que protagoniza la fábula— en su doble función nominal o verbal, para marcar el estado de ánimo, la disposición o situación en que se encuentra el personaje que va a entrar en acción. En I 1, el cordero habla *timens;* en I 5, la oveja *patiens iniuriae* se asocia con el león; en I 13, el ciervo *mirans* elogia sus cuernos; en II 2, un hombre cae en manos de una mujer *celans annos elegantia;* en III 2, la pantera *imprudens* cae en la fosa; etc. Se trata de un rasgo presente en al menos un 60 ó 70% de las fábulas, que, hasta donde nosotros conocemos, no ha sido destacado, y, sin embargo, parece contribuir de forma decisiva a la etiquetación moral de los personajes y a la conocida *brevitas* de nuestro fabulista.

3.º) Aunque no son muchas las fábulas en las que Fedro hace hablar a sus personajes, sin duda hay que mencionar como rasgo sobresaliente de su estilo la fluidez de sus diálogos. Resulta paradójico que, teniendo esa capacidad, la utilice tan poco; pero, en este punto como en otros, y en la línea de lo que comentábamos más arriba, uno tiene la impresión de que las posibilidades narrativas de Fedro están muy por encima de lo que apreciamos en sus fábulas.

Vamos a comentar dos, en las que este rasgo se muestra plenamente. En I 15, el diálogo breve y preciso es, sin embargo, muy gracioso. En III 15, el intercambio de frases entre los personajes es más extenso y entonces tenemos ocasión de apreciar las capacidades líricas de Fedro.

I 15 es la fábula del asno y el anciano; cuando éste ve venir al enemigo insta al animal a emprender la fuga, *at ille lentus:* «dime, ¿crees acaso que el vencedor me pondrá dos albardas?» *senex negavit.* «Entonces, ¿qué me importa a mí a quién sirva, mientras siga llevando una sola albarda?»[116].

Pero, sin duda, es en III 15 donde Fedro manifiesta más emotividad, a propósito del diálogo entre el perro y el cordero. Toda la fábula es un alegato en favor de la adopción, en la que contrastan las agrias palabras del perro («Tonto, te has perdido; no está aquí tu madre») con las serenas pero firmes del cordero amamantado por la cabra: «No quiero a ésa que concibe por deseo, luego lleva un peso desconocido durante ciertos meses y, finalmente, deja caer su escurridiza carga. Quiero a aquella que me alimenta, acercándome su ubre, y engaña a sus hijos para que a mí no me falte la leche». Extrañamente, sin embargo, la fábula no ha sido imitada más que por los anónimos continuadores medievales de Fedro, y en sus versiones, muy cambiadas, los diálogos carecen de brillantez.

4.º) Pasemos ya a ocuparnos de la *breuitas* («brevedad»). Es el propio Fedro quien insiste en destacar este rasgo como uno de los más positivos de su obra. Lo hace en el prólogo al libro II, cuando considera su brevedad una recompensa para el lector («quisiera, lector, que lo recibieras con agrado, con la condición de que la brevedad te pague esta licencia). También aparece en el epílogo al libro III, cuando reclama a Éutico el premio que merece su brevedad por encima de otras cualidades de su obra *(brevitatis nostrae praemium ut reddas peto).* Y, por último, en el epílogo al libro IV, cuando dice a Particulón que, si no estima su ta-

[116] La comparación con SAMANIEGO, II 3 permite ver la elegancia de la *breuitas* fedriana: «Yo correr —dijo el asno—. ¡Bueno fuera! Que llegue enhorabuena Marte fiero: me rindo, y él me lleva prisionero. Servir aquí o allí, ¿no es todo uno? ¿Me pondrán dos albardas? No ninguno. Pues nada pierdo, nada me acobarda: siempre seré un esclavo con albarda.» (vv. 16-22).

lento, apruebe al menos su brevedad *(si non ingenium, certe brevitatem adproba)*.

Aunque el propio autor no hubiera insistido en ello, ya hemos visto, al comentar otros rasgos de su obra, que efectivamente la brevedad es una marca muy distintiva de la poesía fedriana. Incluso el propio La Fontaine alude a ella como una característica del género y recuerda que Fedro fue criticado ya en su tiempo por su excesiva brevedad[117]. En general, es asunto muy discutido por la crítica: primero si es unacaracterística inherente al género y luego si en el arte de Fedro podemos considerarla positiva o negativamente. Éste y otros puntos se tratan en el artículo antes citado de César Chaparro, al que remitimos para quien quiera conocer más detalles y en el que, entre otras interesantes conclusiones, se señala cómo la *breuitas* de Fedro es de índole selectiva, lo que supone la abreviación de los elementos que no indican valoración moral de la fábula. A. Zapata, por su parte, al comentar la *brevitas* fedriana, se refiere al empleo frecuente de la perífrasis en las fábulas como un intento de caracterización concentrada del personaje[118].

También en este caso la comparación con otras versiones de la misma fábula permite apreciar con mayor claridad la presencia de este rasgo estilístico en Fedro. Puede servir de ejemplo la famosa fábula de la nave agitada por los vientos (IV 18); la puesta en escena y el súbito cambio de las cosas las expone Fedro en cinco versos: «Una nave era agitada por crueles tempestades entre las lágrimas de los pasajeros y el miedo a la muerte, cuando repentinamente el día

[117] «Y por esta razón muchos hombres famosos, para solaz de su espíritu, en este género han escrito, huyendo a la vez del ornato y de la extensión excesiva. No encontramos en ellos palabra que sobre. Tan sucinto era Fedro que muchos le censuraron...» (VI 1, 9-15).

[118] Cf. A. ZAPATA, *Fedro. Fábulas*, págs. 22-23 y 32-33.

se serenó; la nave, ya segura, empezó a ser arrastrada por vientos favorables y a provocar en los marineros una alegría excesiva» La versión esópica (78) es mucho más prolija: «Unos subieron a un barco y se hicieron a la mar. Cuando estaban mar adentro se desató una violenta tempestad y poco faltó para que el barco se hundiera. Uno de los pasajeros, rasgándose las vestiduras invocaba a los dioses patrios con llanto y lamentaciones y prometía ofrecer sacrificios de acción de gracias si le salvaban. Pero al pasar la tormenta y llegar de nuevo la calma, dándose a la alegría se pusieron a bailar y saltar, como quienes han escapado de un peligro inesperado»[119].

También la comparación entre los distintos relatos de *La viuda y el soldado* (Fedro, *Ap.* 15 y Petronio 110, 6-112, 8), permite apreciar con exactitud las características de la *breuitas* de Fedro, que a veces resulta un tanto árida, como lo atestigua el cortante final de esta fábula: («Así la desvergüenza ocupó el lugar de la honra») tan distinto del despreocupado y humorístico final de Petronio: «El soldado puso en práctica la idea de aquella mujer tan sagaz. Y al día siguiente, el pueblo se preguntaba maravillado cómo un muerto se habría subido a la cruz». Esta comparación descubre también otros rasgos importantes de la poética de Fedro como la insistente perspectiva ética frente a la amoralidad petroniana o la seriedad de algunos de sus relatos frente a la desenfadada comicidad de Petronio.

[119] Sin embargo, la versión de SAMANIEGO es un modelo de traducción fiel al texto y al estilo fedriano en lo que se refiere a la *breuitas:* «Lloraban unos tristes pasajeros / viendo su pobre nave, combatida / de recias olas y de vientos fieros, / ya casi sumergida, / cuando súbitamente / el viento calma, el cielo se serena, / y la afligida gente / convierte en risa la pasada pena.»

COMICIDAD

Sin duda, esta es una de las características inherentes a la fábula, pero su presencia es muy diferente de unos autores a otros. Fedro lo considera un objetivo básico de su obra —recordemos el *risum movet* del prólogo al libro I—, pero luego parece olvidarse de ello, insistiendo más en que no son meras *neniae*[120].

Es cierto que hay muchas fábulas donde no se aprecia el lado cómico (I 3, 12, 17...), quizá 30 o 31 en total, pero son muchas más las que al menos provocan la sonrisa. Unas veces por la forma de narrar, otras por la comicidad de una imagen o una situación, frecuentemente por la frase ingeniosa de la réplica final, que puede ser paradójica (cf., por ej., I 14, donde el rey que desenmascara al zapatero médico se dirige a la multitud con estas palabras: «¿Cómo podéis estar tan locos que no dudasteis en confiar vuestras cabezas a quien nadie encomendó sus pies para calzarlos?») o de ingenio simple y profundo, (cf., por ej., I 15, donde el asno contesta al pastor que le insta a huir del enemigo: «¿Qué me importa a mí a quién sirva, mientras siga llevando una sola albarda?»); en ocasiones encontramos epimitios en los que el propio Fedro ironiza sobre el contenido del relato (cf., por ej., II 1: «Un ejemplo egregio, recto y loable, pero la ambición es rica y la moderación pobre»). El factor cómico puede también venir determinado por el impudor sexual o escatológico: I 18 y 29; III 3; IV 19, etc.

[120] Cf. IV 2, 3-4: «Pero mira estas bagatelas con detenimiento: ¡Cuánta utilidad hallarás en estas naderías!».

En muchas ocasiones parece que la comicidad del relato se anula con la aparición de una moraleja terriblemente seria. Así I 1, donde los argumentos no sólo falsos sino también absurdos del lobo provocan una sonrisa que desaparece en el epimitio (cf. «Esta fábula se ha escrito a causa de aquellos hombres que con fingidos pretextos oprimen a los inocentes»). Algo parecido en I 18: al chistoso relato se añade una moraleja trascendente: «Ninguno vuelve a habitar de buen grado el lugar que le causó daño». También I 24, donde hay una gran diferencia entre la narración bastante cómica y el rotundo promitio («Muere el pobre cuando quiere imitar al poderoso»)[121].

Dice M. Nojgaard[122] que Fedro elimina lo cómico existente en la fábula esópica y que en su obra es un factor secundario, puesto que siempre persigue la representación de la realidad social. Según lo que acabamos de apuntar, esto parece cierto, pero es necesario subrayar que uno de los factores que hacen cómicas las fábulas de Fedro es la forma de narrar, con descripciones humanizadas del mundo animal sumamente cómicas. Una comparación entre las distintas versiones de una misma fábula puede ejemplificar lo que comentamos. La versión babriana del apólogo del lobo y el cordero (Fedro, I 1 y Babrio, 89) carece de moraleja y por ello resulta más cómica; sin embargo, su versión del apólogo de la rana hinchada (Fedro, I 14 y Babrio, 28), aunque también carece de moraleja, no tiene la gracia de la narración fedriana ni su fuerza descriptiva y, por tanto, la fábula resulta en este caso menos cómica que la del latino.

[121] Este proceso de trascendentalización de fábulas cómicas se repite en otros relatos: cf., p. ej., *Calvus et musca* (V 3), *Asinus et lyram* (Ap. 14), etc.

[122] Cf. M. Nojgaard, *Le fable antique II...*, págs. 93 y ss.

En algunas pasajes aparece el Fedro plenamente satírico, con aportaciones brillantes en lo que a la comicidad se refiere; como, por ejemplo, en el promitio de II 5 con la serie encadenada de paradojas chistosas: «Hay en Roma una raza de 'ardaliones' [123], que va de un lado a otro con apremio, ociosa pero ocupada, acalorada sin motivo, haciendo muchas cosas pero no haciendo nada, molesta para sí misma y odiosísima para los demás»; o en la fábula IV 7, dirigida a los que le critican: «Tú, crítico de fino olfato, que denigras mis escritos y desdeñas leer este tipo de bromas, sostén el libro con un poco de paciencia, mientras yo aplaco la severidad de tu entrecejo y entra en escena un nuevo Esopo con coturnos»; o en el epimitio de IV 21, donde apostrofa con severidad a los avaros: «A ti te digo, avaro, alegría de tu heredero, que engañas a los dioses en el incienso y a ti mismo en el alimento, que escuchas triste el musical sonido de la cítara...»

No parece justo, en definitiva, decir que Fedro ha suprimido el factor cómico de la fábula esópica. Lo que ocurre es que encontramos una comicidad mucho más comprometida ética y socialmente, que frente a la antigua fábula amoral y descriptiva, se pone al servicio de unas ideas que denuncian determinados comportamientos humanos y aspiran a transformarlos.

El SENARIO DE FEDRO

No hay nada de sorprendente en que Fedro eligiera el yambo (sílaba breve + sílaba larga) para componer sus fábulas; metro satírico por antonomasia, apropiado, por tanto,

[123] Cf. II 5, n. 98.

para una poesía como la suya, y que, además, encontramos también en otros fabulistas, como Babrio, que probablemente siguen en este punto una tradición anterior. Sin embargo, sí ha llamado la atención el hecho de que nuestro autor se inclinara por el senario y no por el trímetro yámbico; es decir, que prefiriera la forma latina del metro, tal como la concibieron los poetas arcaicos. El senario de Ennio había sido criticado por Horacio en su *Arte poética*[124] y Cicerón lo consideraba demasiado próximo al *sermo* prosaico[125]. Además, Catulo (IV y XXIX) y el propio Horacio (*Ep.* XVI) habían escritos trímetros yámbicos a semejanza de sus modelos griegos. A pesar de todo, Fedro eligió el senario y ello lógicamente debe responder a razones poderosas, puesto que tal elección le enfrentaba con la preceptiva poética de los más grandes. A. Guaglianone[126] apunta algunas de estas razones: 1) La elección del senario se enmarca en la reacción literaria contra el clasicismo augusteo y la preferencia por los poetas arcaicos latinos. 2) El senario yámbico era la expresión rítmica de la poesía popular y Fedro reivindica el uso del género fabulístico como instrumento expresivo de las clases más humildes[127]. 3) El senario se adaptaba mejor que ningún otro metro a las exigencias del lenguaje fedriano.

A las razones aportadas por Guaglianone, cabe añadir el espíritu de reivindicación nacionalista fedriano frente a lo helénico, apreciable en su permanente confrontación con Esopo[128], en su valiente aceptación del agón literario con Gre-

[124] *Epist.* II 251 y ss.

[125] *Orat.* 55, 184

[126] «Fedro e il suo senario», *Rivista di Studi Classici* 16 (1968), 91-104.

[127] Cf. III, pról. 34 y ss.: «Un esclavo subyugado, como no se atrevía a decir lo que quería, trasladó a los apólogos sus propios sentimientos»

[128] Cf., *supra,* nota 8.

cia[129], en sus críticas del papanatismo imperante en su época que apreciaba más las falsificaciones de la antigüedad griega que las buenas cosas del presente romano[130], y en esa reveladora y sorprendente invectiva contra la riqueza expresiva de la lengua griega que encontramos en *Ap.* 30, a propósito del nombre del castor (vv. 2-4: «ese animal al que los locuaces griegos llamaron castor, dando a una bestia el nombre de un dios, ellos que se jactan de su abundancia de palabras»).

Estas razones y algunas más que seguramente se nos escapan impulsaron a Fedro a elegir el senario, una elección que curiosamente no fue seguida por sus continuadores medievales, quienes desde Aviano prefirieron el dístico elegiaco, más elegante, desde luego, pero, a nuestro juicio, menos apropiado para un género con vocación popular y satírica.

TRADICIÓN MANUSCRITA

Para el establecimiento del texto latino de las fábulas de Fedro contamos con los siguientes códices:

Codex Pithoeanus (P): s. IX. Recibe el nombre de los hermanos Pierre y François Pithou. Pierre (1539-1596) hizo la *editio princeps*. Esta familia de humanistas sacó a la luz el manuscrito, que tal vez se encontraba en el monasterio de Saint-Remi en Reims. El *Pithoeanus,* tras diversos avatares,

129 Cf. II, epíl., 8-9: «Y si el Lacio acoge favorable mi trabajo, tendrá más autores que oponer a Grecia».

130 Cf. V, pról., 1-7: «Si aquí y allá intercalo el nombre de Esopo, a quien ya antes pagué lo que debía, debes saber que es por causa de su autoridad, tal como hacen en nuestros días algunos artistas, que obtienen un precio mejor para sus nuevas obras si escriben el nombre de Praxíteles en su mármol, el de Mis en la plata pulida o el de Zeuxis en sus pinturas».

llegó a manos del marqués de Rosambo. Durante mucho tiempo fue inaccesible a los editores de Fedro, hasta que se permitió a Ulysses Robert hacer una edición paleográfica (1893), un auténtico gemelo que se encuentra en la actualidad en la biblioteca Morgan de New York[131]. Consta de cincuenta y cinco folios, de los cuales los treinta y nueve primeros contienen todas las fábulas de Fedro excepto las del *Appendix Perottina;* hay en él algunas alteraciones respecto al orden que hoy día es comúnmente admitido.

Codex Remensis (*R*). También del siglo IX. Descubierto por Jacques Sirmond, quedó destruido en el incendio de la abadía de Saint-Remi en Reims en 1774, pero sus variantes nos han sido trasmitidas por editores y comentaristas que tuvieron ocasión de manejarlo antes de ese año. La más importante de tales ediciones es la segunda de N. Rigault (1617 y 1699).

Charta Danielis (D): Del siglo IX o X. En otro tiempo propiedad de Pierre Daniel (1530-1603) y procedente del monasterio de Fleury. Ahora se llama *Codex Reginensis Latinus* 1616 y está en la Biblioteca Vaticana. Sólo contiene las fábulas 11-13 y 17-21 del libro I. Este fragmento impide que el *P* sea considerado *codex unicus.*

El *Apéndice de Perotti* ha sobrevivido en dos manuscritos *N* y *V*. Se trata de treinta y dos fábulas que no estaban en el *codex* P y han sido trasmitidas por el humanista Nicolò Perotti (1430-1480) a partir de un manuscrito de las fábulas de Fedro que se ha perdido. Estas fábulas se encontraban en una colección preparada por Perotti para el uso de su sobrino, titulada *Nicolai Perotti epitome fabellarum Aesopi, Avieni et Phedri ad Pyrruhum Perottum fratris filium ado-*

131 Cf. C. E. FINCH, «The Morgan Manuscript of Phaedrus», *American journal of philology* 92, 301-307.

lescentem suavissimum, contiene sesenta y cuatro fábulas de Fedro, de las que, como decíamos, treinta y dos son nuevas. Como se ve por el título, también incluye fábulas de Aviano y Esopo.

La transcripción de Perotti parece ser bastante literal en conjunto, pero no totalmente respetuosa. Lo peor es que omite promitios y epimitios y ha introducido como moralejas sus propios principios morales. Las fábulas de Fedro contenidas en el epítome de Perotti fueron editadas por primera vez por C. Ianelli en Nápoles a partir del *Codex Neapolitanus (N)* (Bibliot. Nac. IV F 58), escrito por el propio Perotti, un manuscrito dañado en muchos sitios y en ocasiones ilegible[132]. El descubrimiento posterior del *Codex Vaticanus (V)*, de principios del XVII, que parece haber sido copiado de *N,* ha permitido recuperar lugares ilegibles en *N.* Según E. Mandruzzatto, la escasa cultura del obispo ha permitido que no haya mayores destrozos[133].

El texto de Fedro no presenta dudas insalvables, aunque en ocasiones pueda haber lecturas distintas. Uno de los problemas más debatidos es el del orden de composición. El trabajo de los sucesivos editores ha llegado al establecimiento de un orden generalmente admitido, con la división en cinco libros, que confirma Aviano en el prefacio a sus fábulas. Únicamente se mantiene la duda acerca de los versos 33-63 del prólogo al III, que Havet colocó en el epílogo al libro II; su hipótesis es, todavía hoy, objeto de controversia entre los editores.

[132] El autógrafo de Perotti había sido descubierto por J. P. D'ORVILLE en la Biblioteca Farnese de Parma en 1727.

[133] *Fedro. Favole...*, pág. 78: «La mediocre cultura (sua ignoranza del senario, per es.) e soprattutto la sua pochissima fantasia hanno salvato il testo da danni maggiori».

El otro gran problema es el de las fábulas perdidas de Fedro, pues el hallazgo del epítome de Perotti puso al descubierto que el obispo había manejado un manuscrito distinto de *P*, en el que se contenían otras fábulas de nuestro autor[134]. Teniendo en cuenta este dato, los humanistas desde el siglo XVII han ensayado restauraciones de los originales perdidos, sobre todo a partir de las paráfrasis medievales de *Ademar,* el *codex Wissembourguensis* y *Romulus*. La más conocida y exitosa de tales restauraciones es la realizada por C. Zander en 1921[135], que contiene treinta fábulas. Sobre todo lo hace apoyándose en criterios métricos, considerándolo elemento exclusivo de autentificación. Teniendo en cuenta las características del senario, tan próximo al *sermo prosaicus*, nos parece un error no tener en cuenta otros criterios. Por esta y otras razones tales fábulas no se incluyen hoy en las ediciones críticas, aunque algunos editores lo hacen en apéndices específicos[136]. En nuestra edición del *Rómulo* hemos indicado las que comúnmente se consideran fábulas perdidas de Fedro.

NUESTRA TRADUCCIÓN Y OTRAS ANTERIORES

En nuestra traducción seguimos la edición de B. E. Perry, después de confrontar con la de A. Guaglianone los pasajes más discutidos de la obra. Creemos que estas dos son

[134] Cf. A. GUAGLIANONE «Il codex Perottinus», *Giornale italiano di filologia* 1 (1948), 125-128. S. BOLDRINI, *Fedro e Perotti. Richerche di storia della tradizione,* Urbino, 1986; idem, *Note sulla tradizione manoscritta di Fedro: i tre codici di età carolingia*, Roma, 1990.

[135] Cf. C. ZANDER, *Phaedrus solutus uel Phaedri fabulae nouae XXX,* Lund, 1921.

[136] Cf., por ej., E. MANDRUZZATTO, *Fedro...,* págs. 293-327.

de entre las ediciones modernas las que con más detenimiento han estudiado el texto de las fábulas y, aunque la de Perry no es propiamente una edición crítica, su autor la realizó cotejando el excelente material filológico proporcionado por dos de los mejores editores de Fedro: L. Havet y J. P. Postgate. Además, tiene, a nuestro juicio, indudables aciertos en la elección de las lecturas más controvertidas, aportando cuando es necesario el texto de las paráfrasis medievales. No obstante, en algunos lugares nos hemos separado de esta edición, como puede verse en las notas 5, 42, 197, 246, 247, 278, 287, 299, 342, 351 y 356. También hemos anotado en los lugares más discutidos las lecturas que ofrecen otros editores.

La traducción del texto latino de las fábulas no presenta en general dificultades especiales; no obstante, y para aquellos pasajes más discutidos, hemos tenido en cuenta traducciones anteriores, particularmente la inglesa de Perry, la francesa de A. Brenot, la italiana de E. Mandruzzato y las españolas de Segalá, Mañas y Zapata. En los lugares dudosos hemos anotado las versiones de otros traductores o señalado la procedencia de la nuestra. En general, nos hemos esforzado por mantener el característico estilo de Fedro, con esa mezcla de narrativa y lírica que le es tan peculiar, pues estamos convencidos de que Fedro era un poeta lírico que eligió un género narrativo para expresar sus sentimientos. Naturalmente hemos procurado no traicionar a nadie ni a nada, pero, cuando la elección resultaba ineludible, hemos preferido el *sensus* al *verbum,* siguiendo en cierto modo el principio de Fray Luis de que a la mejor expresión latina le corresponde la mejor castellana y no su equivalente. En tal sentido, hemos de comentar que sólo en contadas ocasiones hemos mantenido en nuestra traducción la construcción de *cum* histórico con que suelen comenzar muchas fábulas, pues, a nuestro juicio, en castellano no resulta muy elegante.

En las notas, aparte de comentar, como hemos apuntado, las lecturas difíciles o traducciones ambiguas, hemos incluido las aclaraciones habituales sobre instituciones, costumbres y particularidades de la sociedad romana. En cada fábula, la primera nota indica las versiones conocidas del mismo argumento en otros fabulistas, incluyendo las de algunos modernos, particularmente las de La Fontaine y Samaniego, y señalando en ocasiones las diferencias existentes respecto a la versión fedriana[137].

De entre las traducciones castellanas que preceden a este trabajo merecen destacarse las que han publicado recientemente M. Mañas (Madrid, 1998) y A. Zapata (Madrid, 2000). En ambos casos apreciamos la seriedad y el rigor filológico de dos latinistas que han contrastado otras traducciones antes de publicar la suya. Sin quitar méritos a la breve pero jugosa introducción de Zapata, quiero destacar aquí el notable esfuerzo de documentación realizado por Mañas para la elaboración de la introducción y las notas al texto. Antes de él, sin embargo, las ediciones de Fedro en castellano son bastantes incompletas. Mencionemos, no obstante, las de J. Serres (Madrid, 1733), F. de Cepeda (Madrid, 1788), J. A. González de Valdés (Alcalá, 1792), R. de Oviedo (Madrid, 1793), D. H. Cuartero (Madrid, 1929), L. Segalá (Barcelona, 1940) y J. J. Bergua (Madrid, 1966). En general, van precedidas de breves prólogos, presentaciones o noticias, pero nunca de una verdadera introducción; las no-

[137] Sobre este punto, y para lo que se refiere a la fábula greco-latina, remitimos al tercer volumen de la *Historia de la fábula...* de F. R. ADRADOS. También puede ser de utilidad el comentario a cada fábula de Fedro que hacen M. MAÑAS (cf. *Fedro/ Aviano...,* págs. 85-157) y G. SOLIMANO, *Fedro. Favole*, págs. 160-220.

tas son escasas y omiten las traducciones de las fábulas más impúdicas o conflictivas ideológicamente[138]. En ellas la intencionalidad divulgativa y didáctica deja relegado el trabajo filológico, aunque hay que destacar los indudables aciertos en algunos pasajes de ese gran traductor que fue Segalá y los esfuerzos de Bergua por traducir algunos apólogos que hasta su edición habían pasado en silencio.

[138] Cf. A. Cascón, «Algunas traducciones de las fábulas impúdicas de Fedro», *Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción,* León, 1987, págs. 189-194.

BIBLIOGRAFÍA

Repertorios bibliográficos[139]

L. Tortora, «Recenti studi su Fedro (1967-1974)», *Bolletino di studi latini* 5 (1975), 266- 273.

P. Carnes, *Fable Scholarship. An Annotated Bibliography,* Nueva York-Londres, 1985.

N. Holzberg, «Phaedrus in der Literaturkritik seit Lessing: alte und neue Wege der Interpretation», *Anregung* 37 (1991) 226-242.

Ediciones y traducciones

L. Hervieux, *Les fabulistes latins. Depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du moyen âge*, Hildesheim-Nueva York, G. Olms, 1964-1970, 5 vols. (= París, 1888-1889).

L. Havet, *Phaedri Augusti liberti. Fabulae Aesopiae,* París, Hachette, 1895.

G. Thiele, *Der lateinische Aesop des Romulus,* Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1910.

D. Bassi, *Phaedri Fabulae ad Fidem Codicis Neapolitani denuo excussi,* Turín, Paravia, 1919.

[139] Además de los que se anotan a continuación, véase también la completa y actualizada bibliografía que incluye el estudio de G. J. van Dijk (Leiden-Nueva York-Colonia, 1997), que citamos en su lugar.

J. P. Postgate, *Phaedri Fabulae Aesopiae cum Nicolai Perotti prologo et decem nouis fabulis,* Oxford, Clarendon, 1919.

C. Zander, *Phaedrus solutus uel Phaedri fabulae nouae XXX,* Lund, Gleerup, 1921.

L. Segalà, *Fedro. Fábulas esópicas,* Barcelona, Bosch, 1984 (= 1924, traducción española).

L. Herrmann, *Phèdre et ses fables,* Leiden, E. J. Brill, 1950.

A. Brenot, *Phèdre. Fables,* 2.ª ed., París, Les Belles Lettres, 1961 (con traducción francesa).

B. E. Perry, *Babrius and Phaedrus,* Londres-Cambridge (Massachusetts), Heinemann (Loeb), 1965 (con traducción inglesa).

A. Guaglianone, *Phaedrus. Liber Fabularum,* Turín, Paravia, 1969.

A. La Penna (introd.), A. Richelmy (trad.), *Fedro. Favole,* Milán, Einaudi, 1974 (traducción italiana).

E. Mandruzzato, *Fedro. Favole,* Milán, Rizzoli,1979 (traducción italiana)

P. F. Widdows, *The fables of Phaedrus,* Austin, University of Texas Press, 1991 (traducción inglesa).

J. B. Bergua, *Esopo, Fedro, La Fontaine, Iriarte y Samaniego. Fábulas completas,* 4.ª ed., Madrid, Bergua,1986 (traducción española).

G. Solimano, *Fedro, Favole,* Milán, Garzanti libri, 1996 (traducción italiana).

M. Mañas, *Fedro y Aviano. Fábulas,* Madrid, Akal, 1998 (traducción española)

A. Zapata, *Fedro. Fábulas,* Madrid, Alianza, 2000 (traducción española)

Estudios sobre Fedro y la fábula en general

L. Alfonsi, «Parva moralia in Fedro», *Latomus,* 23 (1964), 21-29.

P. Bádenas, M. López et alii, *Fabulae. Las fábulas latinas de Esopo,* Ars Magna-Biblioteca Universitaria di Bologna, Barcelona, 2001.

S. Boldrini, *Fedro e Perotti. Ricerche di storia della tradizione,* Urbino, Pubblicazioni dell' Università di Urbino, 1986.

—, *Note sulla tradizione manoscritta di Fedro: i tre codici di età carolingia,* Roma, Accademia Nazionale dei Licei, 1990.

P. Carnes (ed.) *Proverbia in fabula. Essays on the Relationship of the Fable and the Proverb,* Berna-Nueva York, Peter Lang, 1988.

U. Carratello, «Marciale, Canio Rufo e Fedro», *Giornale Italiano di Filologia* 17 (1964), 122-148.

A. Cascón, *El pensamiento de Fedro en la tradición fabulística greco-latina,* Madrid, Ediciones de la UAM, 1998 (edidión en microficha).

—, «*Fatum* y *Fortuna* en las fábulas de Fedro», *Auguralia,* Madrid, Ediciones de la UAM, 1984, págs. 53-59.

—, «Fedro en Samaniego», *Revista de Filología Románica* 4 (1986), 249-270.

—, «Fedro y Samaniego: influjo estilístico y cambios ideológicos», *Noua et uetera: Nuevos horizontes de la Filología latina,* Madrid, Selat, 2002, vol. II, págs. 661-669.

—, «Misoginia en Fedro», *La mujer en el mundo antiguo*, Madrid, Ediciones de la UAM, 1986, págs. 281-287.

—, «Algunas traducciones de las fábulas impúdicas de Fedro», *Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción,* León, 1987, págs. 189-194.

—, «Fenómenos comunes en la trasmisión del *exemplum* y la fábula», *Habis* 18-19 (1987-1988), 173-185.

C. Chaparro, «La *parresía* y *anaídeia* fedrianas: contenido y originalidad» *Anuario de Estudios Filológicos,* Univ. Extremadura, 5 (1982), 33-43.

—, «Aportación a la estética de la fábula greco-latina: La *brevitas* fedriana», *Emerita* 54 (1986), 123-150.

J. Christes, «Reflexe erlebter Unfreiheit in den Sentenzen des Publilius Syrus und den Fabeln des Phaedrus», *Hermes* 92 (1979), 199-220.

F. Cupaiolo, *Itinerario della poesia latina nel I secolo dell'Impero,* Nápoles, Società Editrice Neapolitana, 1973.

H. M. Currie, «Phaedrus the fabulist», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II 32. 1 1984), 497-513.

F. della Corte, «Moralità della favola», *Opuscula IV,* Génova, Instituto di Filologia Classica e Medievale,1973, págs. 93-106.
—, «Phaedriana», *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 17 (1939), 136-144 (*Opuscula IV,* Génova, 1973, págs. 107-115.)
—, «Punti di vista sulla favola esopica», *Opuscula IV,* Genova, Instituto di fil. clas. e med., 1973, págs. 117-146.
G. J. van Dijk, *Ainoi, Lógoi, Mûthoi: fables in archaic, classical and hellenistic Greek literature; with a study of the theory and terminology of the genre,* Mnemosyne Supplement 166, Leiden-Nueva York-Colonia, Brill, 1997.
C. E. Finch, «The Morgan Manuscript of Phaedrus», *American Journal of Philology* 92 (1971), págs. 301-307.
R. Fisichella, «Appunti per un saggio su Fedro», *Orpheus* 23 (1976), 3-31.
G. Galli, «Fedro e Orazio», *Paideia* 38 (1983), 195-199.
C. García Gual, «Historia y ética de la fábula esópica», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid, 1978, págs. 179-208
—, «Ideología y estructura de la fábula esópica», *Estudios ofrecidos a E. Alarcos,* I, Oviedo,1977, págs. 309-322.
A. Guaglianone, «Fedro e il suo senario», *Rivista di Studi Classici,* 16 (1968), 91-104.
—, «Il *codex Perottinus* (Nap. 4 F 54)», *Giornale Italiano di Filologia* 1 (1948), 125-128 y 243-249.
A. Hausrath, «Zur Arbeitsweise des Phaedrus», *Hermes* 71 (1936), 70-103.
—, «Phaedrus», *Paulys Real-Encyclop. der class. Altert.,* XIX/2, cols. 1475-1506.
D. Korzeniewski, «Zur Verstechnik des Phaedrus», *Hermes,* 98 (1970), 430-458.
A. La Penna, «La morale della favola esopica come morale delle classi subalterne nell' Antichità», *Società* 17 (1961), 459-537.
A. Lorenzi, *Fedro,* Florencia, La Nuova Italia, 1955.
M. Mañas, «Aproximación a la poética de Fedro», *Anuario de Estudios Filológicos,* Universidad de Extremaura, 19 (1996), 321-336.

C. Marchesi, *Fedro e la favola latina,* Florencia, Vallechi, 1923.
L. De Maria, *La femina in Fedro. Emarginazione e privilegio,* Lecce, Adriatica Ed., 1987.
G. Moretti, «Lessico giuridico e modello giudiziario nella favola fedriana», *Maia* 34 (1982), 227-240.
M. Nojgaard, *La fable antique* I-II, Copenague, Buskc, 1967.
L. Pepe, *La novella dei Romani*, Nápoles, Loffredo editore, 1991.
G. B. Pighi, «De Phaedri senariis», *Latinitas* 2 (1954), 107-114.
A. Pérez Jiménez, G. Cruz Andreotti (dirs.), *«Así dijo la zorra». La Tradición Fabulística en los pueblos del Mediterráneo,* Madrid-Málaga, Ediciones Clásicas-Charta Antiqua, 2002.
G. Pisi, *Fedro traduttore di Esopo,* Florencia, La Nuova Italia, 1977.
O. Reverdin, B. Grange (dirs.), *La fable,* Vandeoeuvres-Ginebra, Fondation Hardt, 1984.
F. Rodriguez Adrados, *Historia de la fábula greco-latina,* I-II-III, Madrid, Editorial de la UCM, 1979-1987. (Esta obra ha sido recientemente traducida al inglés. Revisada y actualizada por el autor y G. J. van Dijk, *History of the Graeco-latin Fable,* Leiden, Boston, Colonia, Brill, 1999-2000-2004.)
—, «Fedro y sus fuentes», *Bivium. Homenaje a M. C. Díaz y Díaz,* Madrid, 1983, págs. 251-274.
—, «Política cínica en las fábulas esópicas», *Filologia e forme letterarie. Studi offerti a Francesco della Corte,* I, Urbino, 1987, págs. 413-426.
A. Rostagni, «Fedro, il poeta degli humili», *Storia della letteratura latina,* Turín, Unione tipografico-editrice Torinese, 1964.
N. Terzaghi, *Per la storia della satira,* Messina-Città di Castello, G. D´Anna, 1944.
G. Thiele, «Phaedrus-Studien» I-II-III, *Hermes,* 41 (1906) 562-592; 43 (1908) 337-372; 46 (1911) 376-392.

Estudios sobre fábulas o pasajes concretos de la obra

H. Adolf, «The Ass and the Harp», *Speculum* 35 (1950), 49-57.
G. J. M. Bartelink, «Vulpes et corvus. De lotgevallen van een fabel uit de oudheid», *Kleio* 15 (1985), 18-36.

F. BERTINI, «Fortuna medievale e umanistica della favola dell'asino e del cinghiale», en AA. VV., *Letterature comparate. Problemi e metodo. Studi in onore di E. Parattore,* III, Bolonia, 1981, págs. 1063-1073.

A. BISANTI, «Fortuna di un epimythion fedriano nella favolistica mediolatina», *Pan* 8 (1987), págs. 105-119.

P. CAMASTRA, «*Quid refert mea cui serviam?* Nota a Fedro I 15», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia di Bari* 29 (1986), 63-72.

A. CAVARZERE, «La trama allusiva di Fedro IV 7», *Atti e Mem. dell'Accad. Pataviana di Scien. Let. ed Arti* 86, parte III (1973-1974), 99-119.

A. E. CURDY, «The Versions of the Fable of the Peacock and Juno», *Studies in Honor of A. Marshall Elliot,* I, Baltimore, 1911, págs. 329-346.

S. CURLETTO, «Il lupo e la gru da Esopo a La Fontaine», AA. VV. *Favolisti latini medioevali,* I, Génova, 1984, págs.11-24.

A. M. FINOLI, «La volpe e il corvo nei rifacimenti medievali di Fedro, in Maria de Francia e nel 'Roman de Renart' de Pierre de Saint-Cloud», *Acme,* 23 (1970), 317-328.

C. GARCÍA GUAL, *El zorro y el cuervo,* Madrid, 1995.

A. GUAGLIANONE, «Commento a la favola IV 5 *(Poeta)* e alle altre favole giudiziarie di Fedro», *Anali della Fac. di Lett. e Fil. dell' Univ. di Macerata,* 3-4 (1970-1971), 437-452.

A. GUARINO «La società col leone», *Labeo* 18 (1972), 72-77.

S. LURIA, «L'asino nella pelle del leone», *Riv. di Filol. e Istruzione Class.*, 12 (1934), 447-473

A. MAIURI, «Fedro a Miseno», *La parola del passato* 11 (1956), 32-37.

M. MAÑAS, «Ensayo de crítica literaria y comparada: a propósito de algunas versiones de la fábula "El grajo soberbio y el pavo" (Phaedr. I 3)», *Anuario de Estudios Filológicos,* Univ. de Extremadura, 22 (1999), 225-244.

M. MASSARO, «La redazione fedriana della Matrona di Efeso», *Materiali e contributi per la storia della narrativa greco-latina* 3 (1981), 217-237.

M. NOJGAARD, «Le cerf, le cheval et l'homme. Étude sur la transmission des fables antiques», *Classica & Medioevalia* 24 (1963), 1-19.

F. RODRÍGUEZ ADRADOS, «Neue jambische Fragmente aus archaischer und klassischer Zeit», *Philologus* 26 (1982), 157-159.

—, «Las ranas pidiendo rey, origen y evolución de una fábula política», *Emerita* 52 (1984), 25-32.

B. ROMANO, «Phaedri fabulae III prol. 38-50», *Bolletino di Filologia Classica* 33 (1927), 309-314.

K. SPECKENBACH, «Die Fabel von der Fabel: zur Überlieferungsgeschichte der Fabel von Hahn und Perle», *Frühmittelalterliche Studien* 12 (1978),178-229.

M. VOGEL, «Onos lyras. Der Esel mit der Leier», *Orfeus Schriften. Zu Grundfragen der Musik,* I, Düsseldorf, 1973, págs. 351-364.

G. WILLIAMS, «Dogs and Leather» *Classical Review* 9 (1959), 97-100.

LIBRO PRIMERO

PRÓLOGO[1]

El género que inventó el maestro Esopo[2], ése es el género que yo he embellecido[3] con versos senarios[4]. La aportación del librillo es doble, pues mueve a risa y aconseja con

[1] Sobre los prólogos de Fedro y, en general, sobre los de las distintas colecciones fabulísticas, cf. A. CASCÓN, *El pensamiento de Fedro...*, págs. 115-127.

[2] Los griegos atribuyen a Esopo la creación del género literario de la fábula, pero no es más que una leyenda, pues antes de él ya se escribieron fábulas. No sabemos si existió realmente, pero hemos conservado una *Vita Aesopi,* en la que se cuenta que fue un esclavo frigio, después liberto, que vivió en tiempos de Solón. Cf. en esta misma colección C. G.ª GUAL (Intr.), P. BÁDENAS DE LA PEÑA, J. LÓPEZ FACAL (trads.) *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*, Madrid, 1978.

[3] M. MAÑAS (*Fedro...*, pág. 86) señala cómo Fedro parece seguir en estos versos los preceptos de la poética horaciana: preocupación por la elaboración formal y doble finalidad de su obra, que sea útil y que deleite; en línea con lo expresado por el venusino en *Ars poetica* 289 y ss. y 343-344.

[4] Senarios yámbicos: verso de seis pies yambos, es decir, sucesión de una sílaba breve más una sílaba larga. Cf. Introducción, págs. 64-68.

sus advertencias la vida del hombre prudente[5]. Si alguno, sin embargo, quiere criticarme porque no sólo los animales sino los árboles hablan[6], recuerde que nosotros bromeamos con fábulas inventadas.

1

EL LOBO Y EL CORDERO[7]

Un lobo y un cordero habían llegado al mismo río empujados por la sed. El lobo estaba más arriba y bastante más abajo el cordero. Entonces el ladrón, incitado por su perversa garganta, encontró una causa de disputa. «¿Por qué», dijo, «has enturbiado el agua mientras yo bebía?». El lanudo[8] temeroso respondió: «¿Por favor, lobo, cómo puedo hacer lo que dices? El agua baja de ti hacia mi garganta». Aquel, rechazado por la fuerza de la verdad, dijo: «Hace seis meses

[5] Aquí nos separamos de PERRY, al preferir la lectura de los manuscritos *prudentis*, a la conjetura *prudenti* de BONGARS.

[6] En realidad, no hay ninguna fábula de Fedro en la que los árboles o las plantas hablen; algunos autores se apoyan en ello para asegurar que la obra de Fedro nos ha llegado mutilada. De hecho, una de las paráfrasis medievales que comúnmente se considera del Fedro perdido está protagonizada por árboles (Cf. *Rómulo* III 14, «Los árboles y el hacha»).

[7] Cf. ESOPO, 155; BABRIO, 89; *Rómulo* (ed. THIELE), 3; LA FONTAINE, I 10. (Para las citas de Esopo seguimos la edición de B. E. PERRY; cuando se trata de fábulas no incluidas en esta edición, pero que sí aparecen en la de HAUSRATH o CHAMBRY, anotamos la numeración de estos editores con su nombre entre paréntesis. La cita de las paráfrasis medievales latinas la hacemos siguiendo la edición de G. THIELE, *Der lateinische Aesop des Romulus*, Heidelberg, 1910.)

[8] Es un procedimiento estilístico muy propio de Fedro remplazar el nombre de los animales con uno de los rasgos físicos que les caracterizan (sinécdoque). Aquí *laniger* referido a *agnus*, en IV 9,10 *barbatus* por *caper*; en I 12, 6 *auritulus* referido al asno, etc.

me hablaste mal». El cordero respondió: «Pero si no había nacido». «Tu padre, por Hércules, me habló mal», concluyó el lobo, y, atrapándolo, lo desgarró con injusta muerte.

Esta fábula se ha escrito a causa de aquellos hombres que con fingidos pretextos oprimen a los inocentes[9].

2

LAS RANAS PIDIERON UN REY[10]

Cuando Atenas florecía con leyes justas, una desenfrenada libertad invadió la ciudad y el libertinaje rompió el antiguo freno. Entonces, con el acuerdo de las distintas facciones, el tirano Pisístrato[11] ocupó la ciudadela. Como los atenienses llorasen su triste esclavitud (no porque aquel fuese cruel, sino porque toda carga es dura de soportar para los desacostumbrados a ella) y hubiesen empezado a quejarse, Esopo contó la siguiente fábula.

[9] Sobre la desigualdad social en las fábulas de Fedro y la crítica contra el injusto trato que padecen los inocentes, cf. Introducción, pág. 44 y n. 88 y, más extensamente, A. CASCÓN, *El pensamiento de Fedro*, págs. 281-297. Algunos autores (A. LA PENNA, «La morale della favola esopica come morale delle classi subalterne nell' Antichità», *Società* 17 (1961), pág. 489 o M. MAÑAS, *Fedro...*, pág. 87) creen ver en esta fábula una velada denuncia del clima de delación existente en la Roma de Tiberio.

[10] ESOPO, 44. *Rómulo* 27. LA FONTAINE, III 4. SAMANIEGO, III 15. Sobre esta fábula, cf. F. R. ADRADOS, «Las ranas pidiendo rey, origen y evolución de una fábula política», *Emerita* 52 (1984), 25-32.

[11] Esta fábula ha sido utilizada en la datación de la vida de Esopo; apoyándose en ella, suele afirmarse que vivió en el siglo VI a. C., pues ciertamente Pisístrato murió en el 527 a. C. Fue un político ateniense, lider del partido democrático, que con ayuda de su guardia personal ocupó la acrópolis en el 560. De todos modos, es un dato demasiado inseguro para clarificar el momento en que vivió el fabulista griego, pues todo lo que rodea a su persona es legendario.

Las ranas, que vagaban en los pantanos libremente, solicitaron de Júpiter un rey con gran griterío, para que reprimiera con energía sus costumbres disolutas. Rió el padre de los dioses y les dio un pequeño madero, que, lanzado repentinamente, aterrorizó con el movimiento y el estrépito de las aguas a la asustadiza especie. Permaneció sumergido en el lodo durante mucho tiempo, hasta que de forma casual una rana sacó la cabeza del estanque con sigilo y, tras examinar al rey, convocó a todas las demás. Éstas, perdido el miedo, se acercan nadando a porfía y la multitud agresiva salta por encima del madero. Después de mancharlo con todo tipo de afrentas, enviaron a quienes pidiesen otro rey a Júpiter, pues el que les había dado resultaba inútil. Les envió una hidra[12], que con diente cruel empezó a cogerlas una por una. Incapaces de resistir, tratan en vano de huir de la muerte; el miedo apaga el vocerío. En tal situación, dan a hurtadillas a Mercurio[13] encargos para Júpiter: que socorra a las afligidas. Entonces el Tonante[14] replicó: «Ya que no habéis querido conformaros con vuestro bienestar, sufrid ahora vuestra desgracia».

«Vosotros también, ciudadanos», dice Esopo, «soportad este mal, no sea que venga otro más grande».

[12] *Hydra vulgaris,* la serpiente de agua (cf. Plinio, *Hist. Nat.* XXIX 72). Algunos autores (cf. A. Brenot, *Phèdre. Fables,* Paris, 1961, pág.3) creen ver aquí una alusión a Sejano, el prefecto del pretorio de Tiberio, relacionado en la *calamitas* de Fedro (cf. Introducción, págs. 20-23), pero los fundamentos para tal suposición resultan endebles.

[13] Dios mensajero del Olimpo.

[14] Apelativo de Júpiter que alude a su capacidad de atronar el cielo con sus rayos.

3

EL GRAJO ORGULLOSO Y EL PAVO[15]

Para que a nadie agrade vanagloriarse con las buenas cualidades de otros sino más bien pasar la vida con los hábitos que le son propios, Esopo nos ha contado este ejemplo.

Un grajo, hinchado de un vano orgullo, recogió las plumas que había perdido un pavo y se adornó con ellas. Después, despreciando a los suyos, se mezcló con la hermosa bandada de los pavos[16]. Éstos arrancan las plumas al ave desvergonzada y la ponen en fuga a picotazos. El grajo, duramente castigado, intentó volver entre lamentos junto a los de su especie; rechazado también por éstos, hubo de soportar una afrentosa infamia[17]. Entonces, uno de aquellos a los que antes había despreciado, dijo: «Si hubieras estado contento en nuestras moradas y te hubieras conformado con lo

[15] Esopo, 101 y 123; Babrio, 72; *Rómulo*, 45; Walter el Inglés, 35; A. Neckam, 12; María de Francia, 67; La Fontaine, IV 9; Samaniego, IV 19; Horacio, *Epíst.* I 3,19-20. Sobre esta fábula, cf. M. Mañas, «Ensayo de crítica literaria y comparada: a propósito de algunas versiones de la fábula 'El grajo soberbio y el pavo' (Phaedr. I 3)», *Anuario de Estudios Filológicos* 22 (1999), 225-244.

[16] Apunta Brenot (*Phèdre...*, pág. 4) la posibilidad de que Fedro esté aludiendo en este apólogo a los individuos que ocupaban en el teatro los asientos reservados a los miembros del *ordo equester,* las catorce primeras filas. Es una posibilidad entre muchas otras.

[17] El texto dice *tristem notam,* término que hace referencia a las acotaciones que hacían los censores junto al nombre de aquellos senadores, cuyo comportamiento era objeto de censura pública; la *nota censoria,* comportaba la expulsión del senado. Con el tiempo el término *nota* adquirió el significado de «infamia» y su utilización en este contexto tal vez apoya la idea de que Fedro está aludiendo a algún asunto real.

que la naturaleza nos ha dado, ni hubieras sufrido aquella afrenta ni en tu desgracia sentirías este rechazo».

4

EL PERRO QUE LLEVABA UN TROZO DE CARNE A TRAVÉS DE UN RÍO[18]

Pierde merecidamente lo propio quien apetece lo ajeno.

Un perro, mientras llevaba nadando por un río un trozo de carne, vio su imagen reflejada en el espejo de las aguas y creyendo que una presa distinta era llevada por otro perro, quiso arrebatársela; pero su avidez resultó engañada, pues soltó el alimento que tenía en la boca y además no pudo alcanzar el que apetecía.

5

LA VACA, LA CABRA, LA OVEJA Y EL LEÓN[19]

Nunca es leal la alianza con el poderoso: esta fábula atestigua mi aserto.

La vaca, la cabra y la oveja, acostumbrada a sufrir la injusticia, formaron sociedad con el león en los bosques. Co-

[18] Esopo, 133; Babrio, 79; Aftonio, 35; *Rómulo* 6; María de Francia, 35; La Fontaine, VI 17. También Demócrito, 224 D.

[19] Esopo, 149; Babrio, 67; *Rómulo* 8; María de Francia, 11 y 12. La Fontaine, I 6; *Libro del Buen Amor,* 88. Sobre esta fábula, cf. A. Guarino, «La società col leone», *Labeo* 18 (1972), 72-77. De esta fábula, tan conocida y divulgada, ha surgido nuestro proverbio «Llevarse la parte del león». Para las relaciones entre fábula y proverbio, cf. P. Carnes (ed.) *Proverbia in fabula. Essays on the Relationship of the Fable and the Proverb*, Berna, 1988.

mo hubiesen capturado un ciervo[20] de gran tamaño, el león, hechas las partes, habló de este modo: «Yo me llevo la primera, en virtud de mi título, pues se me trata de rey; la segunda, porque soy copropietario[21], me la otorgaréis a mí; luego, porque soy más poderoso, la tercera se vendrá conmigo; si alguno intenta tocar la cuarta, lo pasará mal».

Así, la maldad sola se llevó todo el botín.

6

LAS RANAS AL SOL[22]

Esopo vio las concurridas bodas de un ladrón vecino suyo y enseguida inició esta narración[23].

En cierta ocasión, como el Sol quisiera tomar esposa, las ranas elevaron sus lamentos al cielo. Júpiter, conmovido por el griterío, preguntó la causa de sus quejas. Entonces una de las habitantes de las charcas dijo: «Ahora, siendo uno solo,

[20] Vaca, cabra y oveja son animales herbívoros y, por tanto, no tendrían ningún interés en la carne del ciervo. Es difícil saber si es un simple despiste del fabulista o si detrás del *lapsus* puede ocultarse alguna intención que se nos escapa. Desde luego, los protagonistas son distintos en las versiones esópica (león, asno y zorra) y babriana (león y onagro) y además no se concreta que la víctima fuese un ciervo.

[21] *Consors,* «copropietario», es conjetura de Gow aceptada por Perry. Otros editores prefieren la lectura *fortis* de *P*.

[22] Esopo, 126 Chambry; Babrio, 24; *Rómulo* 10; María de Francia, 6; La Fontaine, VI 12.

[23] L. Herrmann (*Phèdre et ses fables*, pág. 71) cree ver en esta fábula una alusión a las bodas de Tito con Berenice (cf. Suetonio, *Tito* 7); E. Mandruzzato (*Fedro*..., pág. 331) rechaza tal propuesta por considerar que la comparación con un ladrón resulta inapropiada para un monarca, sin embargo cree que puede haber una alusión a Elio Sejano, basándose en el parecido de su nombre con el del sol en griego, Helios.

deseca todos los estanques y nos obliga a morir infelices en árida morada. ¿Qué ocurrirá si tiene hijos?».

7

LA ZORRA A LA MÁSCARA DE LA TRAGEDIA[24]

Una zorra había visto por casualidad la máscara de un actor trágico[25]: «¡Oh cuánta hermosura», dijo, «pero carece de cerebro!».

Esto se cuenta para aquellos a los que la Fortuna otorgó gloria y honores, pero les negó el sentido común.

8

EL LOBO Y LA GRULLA[26]

Quien espera recibir de los malvados el premio de una buena acción se equivoca doblemente: primero porque ayuda a quienes no lo merecen, después porque ya no puede escapar sin daño.

A un lobo se le clavó en la garganta el hueso que había devorado; vencido por el intenso dolor, empezó a tentar a

[24] Esopo, 27; *Rómulo* 44; La Fontaine, IV 14; Samaniego, I 6.

[25] *Persona*: máscara de la tragedia que cubría en la escena la cabeza de los actores. Era de madera y la parte anterior imitaba el semblante del personaje representado.

[26] Esopo, 156; Babrio, 94; *Rómulo* 11; Aftonio, 9 y 25; María de Francia, 7; La Fontaine, III 9; Samaniego, II 5. Sobre las distintas versiones de esta fábula, cf. S. Curletto, «Il lupo e la gru da Esopo a La Fontaine», AA. VV. *Favolisti latini medioevali,* I, Génova, 1984, págs. 11-24.

unos y a otros con un premio, para que le extrajeran la causa de su mal. Finalmente, la grulla se dejó persuadir por sus juramentos y, confiando la longitud de su cuello a la garganta del lobo, le aplicó una terapia arriesgada para ella misma. Al reclamar el premio pactado a cambio de ésta, el lobo dijo: «Eres ingrata; has sacado la cabeza intacta de mi boca y todavía reclamas la paga.»

9

EL GORRIÓN QUE ACONSEJABA A LA LIEBRE[27]

Mostremos en pocos versos que es estúpido no precaverse uno mismo y dar consejo a otros.

Apresada por un águila y dando profundos sollozos, una liebre soportaba las recriminaciones de un gorrión: «¿Dónde está aquella famosa rapidez tuya?», decía, «¿cómo es que tus patas se pararon?» Mientras habla, un gavilán lo apresa sin que se dé cuenta, y le da muerte mientras profiere vanos lamentos. La liebre, medio muerta: «¡He aquí el consuelo de mi muerte!», dice, «tú, que hace un momento te reías seguro de mi desgracia, con similar queja lloras tu destino»[28].

[27] *Rómulo* 81; La Fontaine, V 17; Samaniego, II 10.

[28] Es posible que esta fábula sea original de Fedro. El hecho de que no aparezca ni en Babrio ni en Esopo apoya tal posibilidad. No obstante resulta aventurado ver en ella posibles alusiones a la tiranía de Sejano (cf. J. B. Bergua, *Esopo, Fedro, La Fontaine, Iriarte y Samaniego. Fábulas completas,* Madrid, 1986^{4}, pág.149).

10

EL LOBO Y LA ZORRA CON EL MONO JUEZ[29]

Todo el que ha sido descubierto alguna vez en una mentira vergonzosa pierde el crédito incluso cuando dice la verdad. Esto lo atestigua una breve fábula de Esopo.

Un lobo denunciaba a una zorra con la acusación de robo; ésta decía que no tenía nada que ver con el asunto. Entonces el simio se sentó entre ellos en calidad de juez. Después de que uno y otro expusieran su causa, se dice que el simio pronunció esta sentencia: «Tú no pareces haber perdido lo que pides; en cuanto a ti, creo que has robado lo que alegremente niegas»[30].

11

EL ASNO Y EL LEÓN VAN DE CAZA[31]

El que carece de valor y alardea de su gloria, engaña a los que no le conocen, pero es la burla de sus conocidos.

Un león quería cazar en compañía de un asno; le camufló entre las ramas y le exhortó a atemorizar con sus sorprendentes rebuznos a las fieras; él las capturaría, cuando

[29] *Rómulo* 48; La Fontaine, II 3; Samaniego, V 15.

[30] La sentencia final parece de origen cínico (cf. A. Brenot, *Phèdre...*, pág. 7 y E. Mandruzzato, *Fedro...*, pág. 331, quien la pone en relación con Diógenes Laercio, VI 54).

[31] Esopo, 151; *Rómulo* 83; María de Francia, 67; La Fontaine, II 19; Samaniego, III 15. Sobre la asociación entre el asno y el león en la fábula, cf. S. Luria, «L'asino nella pelle del leone», *Rivista di filologia e istruzione classica* 12 (1934), 447-473.

intentasen huir. Entonces, el orejillas[32] elevó al cielo con todas sus fuerzas un repentino clamor y conmovió a las bestias con el nuevo portento. Éstas, atemorizadas, buscan las escapatorias conocidas y caen derribadas por el violento ataque del león. Cuando éste se cansó de la matanza, llamó al asno y le ordenó guardar silencio. Entonces, dijo el asno con jactancia: «¿Qué te ha parecido el efecto de mi voz?» «Notable», respondió, «tanto que, si yo no conociese tu ánimo y tu casta, hubiese huido presa del mismo temor».

12

EL CIERVO EN EL MANANTIAL[33]

Esta narración testimonia que con frecuencia resultan más útiles las cosas que se desprecian que las que se alaban.

Un ciervo se paró a beber en un manantial y vio su imagen en el agua: mientras elogia con admiración sus ramosos cuernos y critica la excesiva endeblez de sus patas, aterrado por el súbito vocerío de unos cazadores, emprende la huida a través del campo, eludiendo a los perros con su veloz carrera. El bosque sirvió de refugio al animal, pero, retenido por los cuernos que se enredaban en las ramas, empezó a sufrir los mordiscos crueles de los perros. Dicen que entonces, mientras moría, pronunció este lamento: «¡Ay de mí, infeliz, que sólo ahora comprendo cuán útil fue para mí lo que había despreciado y cuánto dolor me ha ocasionado lo que había alabado!».

[32] Cf. n. 8; *auritulus* contribuye a ridiculizar la vana presunción del asno.

[33] Esopo, 74; Babrio, 43; Aftonio, 18; *Rómulo* 57; María de Francia, 32; La Fontaine, VI 9. Samaniego, I 12.

13

LA ZORRA Y EL CUERVO[34]

Quien se regocija al ser ensalzado con palabras engañosas, casi siempre expía su culpa con una penitencia vergonzosa.

Un cuervo, posado en un árbol elevado, se disponía a comerse el queso que había cogido de una ventana[35]; una zorra lo vio y en seguida empezó a hablar de esta manera: «¡Oh cuervo, qué brillo tienen tus plumas!, ¡qué bonita figura y qué hermoso rostro! Si tuvieras voz ningún ave sería superior a ti». Y el cuervo estúpido, al querer mostrarle su voz, dejó caer el queso de su pico abierto[36]; la astuta zorra lo cogió en seguida con sus dientes rapaces[37]. Sólo entonces gimió la torpeza burlada del cuervo[38].

---

[34] Esopo, 124; Babrio, 77; Aftonio, 29; *Rómulo* 19; María de Francia, 14; La Fontaine, I 2. Horacio, *Sát.* II 5, 55-57. Sobre esta fábula, cf. C. García Gual, *El zorro y el cuervo,* Madrid, 1995. También, A. M. Finoli, «La volpe e il corvo nei rifacimenti medievali di Fedro, in Maria de Francia e nel 'Roman de Renart' de Pierre de Saint-Cloud», *Acme* 23 (1970), 317-328.

[35] A. Brenot *(Phèdre*... pág. 10) señala con acierto el cuidado que pone Fedro en señalar la procedencia del queso. Probablemente era costumbre colocar los alimentos perecederos en las ventanas.

[36] Perry acepta aquí la conjetura de Havet, *lato ore emisit,* postulada a partir de la lección de *D, latiorem emisit ore.* Otros editores, entre ellos Guaglianone, prefieren seguir el *emisit ore* de *P,* más difícil de explicar métricamente.

[37] *Avidis dentibus.* Nueva sinécdoque, muy del gusto fédrico (cf., por ej., I 1, 3: *fauce improba).*

[38] Mantenemos en la traducción la personificación del texto: *ingemuit corui deceptus stupor.*

[Este argumento demuestra cuánto vale el talento; la inteligencia prevalece sobre la fuerza.][39]

14

DE ZAPATERO A MÉDICO[40]

Un mal zapatero, perdido en la miseria, empezó a ejercer la medicina en un lugar desconocido y a vender un antídoto de nombre inventado, adquiriendo fama con su artificiosa elocuencia[41]. Entonces, el rey de la ciudad, afligido por una grave enfermedad[42], pidió una copa para probar su eficacia. Luego, fingió que mezclaba un veneno[43] con el antídoto del zapatero, aunque había echado agua, y ordenó a éste beberlo, tras prometerle una recompensa. Ante el temor a la muerte, confesó que no se había hecho médico famoso por el conocimiento de ninguna ciencia sino por la estupidez del vulgo. El rey convocó la asamblea y le dirigió estas palabras: «¿Cómo podéis estar tan locos que no dudasteis en

---

[39] Estos versos aparecen en *P,* pero no en *D.* Perry cree que puede tratarse del epimitio de una fábula perdida.

[40] Cf. Samaniego, VIII 6. Tal vez su estructura atípica, pues se trata de un cuento, impidió que pasara a las colecciones medievales, y luego entre los modernos sólo Samaniego la imitó.

[41] *Verbosis...strophis.* Los helenismos del texto (*strophis, scyphum, toxicum,* etc.) apuntan el posible origen griego de este cuento. Sobre este punto, cf. G. Solimano, *Fedro...,* pág. 172.

[42] Perry y otros editores suponen que hay aquí un verso perdido. Havet lo restituyó así: [*dilectus puer, et hominem arcessisset domum*] y Speyer: [*regis minister, medicumque illum arcesserent*]. No parece, sin embargo, que el sentido reclame esta laguna, y el pasaje puede explicarse como un buen ejemplo de la tan comentada *brevitas* de Fedro.

[43] Hemos de suponer que el zapatero, como es típico de los charlatanes, afirmaba que el antídoto era eficaz contra cualquier tipo de veneno.

confiar vuestras cabezas a quien nadie encomendó sus pies para calzarlos?»

Ciertamente, yo diría que esto concierne a aquellos cuya estupidez es la ganancia de la desvergüenza.

15

EL ASNO AL PASTOR VIEJO[44]

En la mudanza de gobierno[45] es usual que los pobres no cambien nada excepto la forma de comportarse de su amo[46]. Esta pequeña fábula indica que esto es verdad.

Un viejo temeroso apacentaba su asno en un prado. Aterrado por el repentino griterío de los enemigos, aconsejaba al asno que huyera para que no pudieran capturarlos. Pero éste respondió tranquilo: «dime, ¿crees acaso que el vencedor me pondrá dos albardas?» El viejo dijo que no. «Entonces, ¿qué me importa a mí a quién sirva, mientras siga llevando una sola albarda?».

---

[44] La Fontaine, VI 8; Samaniego, II 3. Sobre esta fábula, cf. P. Camastra, «*Quid refert mea cui serviam?* Nota a Fedro I 15», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia di Bari* 29 (1986), 63-72.

[45] El texto latino dice *principatus,* que es el nombre que los romanos daban al régimen imperial instaurado por Augusto. La fábula parece original de Fedro, pero el tema es tradicional: el humilde vive seguro (cf. A. Cascón, *El pensamiento....,* págs. 282 y ss.).

[46] Nos separamos aquí del texto de Perry (*In principatu commutando civium/ nil praeter dominum, non res mutant pauperes).* En el verso 1 los códices dicen *civium saepius,* métricamente imposible, Posgate omite *saepius,* pero preferimos con Havet la omisión de *civium.* En el verso 2 *dominum non res,* es conjetura de Stowasser, otros prefieren *domini nomen,* conjetura de Bongars, a nosotros nos parece mejor mantener el texto de los códices *domini mores.*

16

LA OVEJA, EL CIERVO Y EL LOBO[47]

Cuando un tramposo presenta como fiadores a hombres malvados, no pretende acordar un negocio sino urdir un engaño.

Un ciervo solicitaba a una oveja un modio[48] de trigo con el aval del lobo. Pero ella, temiéndose el engaño, dijo: «el lobo siempre acostumbró a robar y marcharse; tú a escapar de la vista con tu veloz carrera. ¿Dónde os buscaré cuando llegue el día del pago?»[49].

17

LA OVEJA, EL PERRO Y EL LOBO[50]

Suelen los mentirosos pagar el castigo de sus fechorías.

Un perro trapacero reclamaba a una oveja un pan que afirmaba haberle prestado; el lobo, citado como testigo, dijo que no sólo se debía uno, sino que aseguró que se debían diez. La oveja, condenada con el falso testimonio, pagó lo

---

[47] Cf. *Rómulo* 40. Samaniego, V 19. Probablemente es creación de Fedro (cf. A. Hausrath, «Zur Arbeitweisse...», pág. 94).

[48] Aproximadamente nueve litros.

[49] Muy probablemente también esta fábula es original. Su argumento es un tanto absurdo y ha hecho pensar a varios autores que Fedro aludía en ella a un asunto de carácter personal (cf. A. Brenot, *Phèdre...,* pág. 12 y E. Mandruzzato, *Fedro...,* pág. 333).

[50] *Rómulo* 5.

que no debía. Algunos días después la víctima[51] vio al lobo que había caído en una trampa. «Este es el regalo», dijo «que los dioses[52] han otorgado a tu engaño»[53].

18

LA MUJER QUE ESTABA DE PARTO[54]

Ninguno vuelve a habitar de buen grado el lugar que le causó daño.

Una mujer, trascurridos los nueve meses, yacía en el suelo en el momento del parto, profiriendo conmovedores gemidos. Su marido le aconsejó acostarse en la cama para liberar mejor su carga natural. «De ningún modo confío en

[51] Así traducimos el adjetivo *bidens* que utiliza Fedro aquí para referirse a la oveja. El término es exponente del gusto fédrico por la sinécdoque caracterizadora de los animales que ya hemos comentado (cf. n. 8). *Bidens* es el «animal con dos hileras de dientes» (*bis dens*) y suele designar a la víctima de dos años adecuada para el sacrificio. El adjetivo se aplica también en otros autores al buey, cerdo, etc., pero en Fedro sólo designa a la oveja, que en su obra representa, por antonomasia, a la víctima (cf. por ej., I 5, 3: *ovis, patiens iniuriae*).

[52] La intervención providencial de los dioses para hacer justicia, concebida de una manera tan ingenua, es un rasgo relativamente frecuente en la fabulística antigua; puede tener su origen en la doctrina estoica, que, como es sabido, defendía la intervención de la divinidad en la vida de los hombres.

[53] Esta fábula como la anterior y alguna otra se caracterizan, además de por la endeblez del argumento, por el vocabulario y la ambientación jurídica que ha hecho suponer a algunos especialistas que nuestro fabulista trabajara en alguna ocupación forense. L. Herrmann, (*Phèdre et ses fables,* pág. 134) cree que en ella se refleja la *calamitas* de Fedro, quien, como la oveja, habría sido condenado injustamente en un juicio irregular.

[54] Chiste de origen popular que encontramos también en Plutarco (*Deberes del matrimonio* 143E). Probablemente su tono impúdico ha impedido que fuera imitada por los fabulistas medievales y modernos.

que pueda acabar este mal», dijo, «en el lugar en que se inició».

19

LA PERRA DE PARTO[55]

Ocultan asechanzas las lisonjas del hombre malvado[56]; los versos que siguen nos advierten para que las evitemos.

Una perra que iba a parir pidió a otra que le permitiese dar a luz a sus crías en su choza y lo consiguió fácilmente. Después, cuando la otra reclamó el lugar, la conmovió con sus ruegos, solicitando una breve prórroga hasta que pudiera llevarse a sus cachorros un poco más fortalecidos. Transcurrido este plazo, la dueña empezó a reclamar con más empeño su cubil. «Si puedes igualarme en fuerzas a mí y a mi camada», le respondió, «me iré del lugar».

20

LOS PERROS HAMBRIENTOS[57]

Un proyecto insensato no sólo resulta ineficaz sino que además arrastra a los hombres a la perdición.

Unos perros vieron una piel sumergida en un río[58]. Para sacarla más fácilmente y poder comérsela, empezaron a be-

[55] *Rómulo* 12; La Fontaine, II 7; Justino, XLIII 4, 4.

[56] Una máxima similar aparece en Publilio Siro: *Habet suum venenum blanda oratio* (cf. E. Mandruzzato, *Fedro...*, pág. 333, n. 20).

[57] Esopo, 135; *Rómulo*, 2; María de Francia, 49; La Fontaine, VIII 25; Horacio, *Epist.* I 18, 16-17. Sobre la fábula, cf. G. Williams, «Dogs and Leather», *Classical Review* 9 (1959), 97-100.

[58] Las pieles de los animales se sumergían bajo la corriente de los ríos para lavarlas antes de teñirlas.

berse el agua, pero perecieron reventados antes de conseguir lo que pretendían.

21

EL LEÓN VIEJO, EL JABALÍ, EL TORO Y EL ASNO [59]

Todo el que pierde su antiguo rango se convierte en objeto de burla aún de los cobardes en su penosa caída.

Agotado por los años y abandonado de sus fuerzas, un león yacía, exhalando su último aliento; un jabalí vino rezumando espuma en sus fulmíneos colmillos y vengó con una dentellada una antigua injuria. Luego un toro atravesó con sus cuernos hostiles el cuerpo de su enemigo. Cuando el asno vio que se podía herir con impunidad al fiero león, lo coceó en la frente. Entonces, el animal, a punto de expirar: «He soportado que los fuertes me hayan lacerado indignamente, pero, al tener que sufrirte a ti, desecho de la naturaleza, me parece que muero dos veces» [60].

22

LA COMADREJA Y EL HOMBRE [61]

Una comadreja apresada por un hombre, queriendo escapar a una muerte inminente, dijo: «Perdóname, te lo rue-

[59] *Rómulo* 20; La Fontaine, V 14; Samaniego, III 3.

[60] En esta y en otras fábulas (cf. I 11, I 29, etc.) puede verse el papel tan negativo que juega el asno en la fabulística antigua, paradigma no sólo del tonto sino también del cobarde mal intencionado.

[61] Babrio, 27; *Rómulo* 49; Samaniego, IV 18.

go, pues yo te limpio la casa de los molestos ratones» [62]. Él le respondió: «Si lo hicieses por mi causa, me sería grato y te daría el perdón que me pides, pero como ahora pretendías disfrutar de los restos que van a roer y, al mismo tiempo, devorarlos a ellos mismos, no quieras venderme un inexistente favor». Y, tras hablar así, dio muerte a la malvada.

Deben reconocerse en este ejemplo aquellos que miran sólo por su particular interés y se jactan ante los incautos de méritos inexistentes.

23

EL PERRO LEAL [63]

El que se vuelve generoso repentinamente es grato a los estúpidos, pero tiende lazos inútiles a los hombres de experiencia.

Durante la noche, un ladrón [64] arrojó un trozo de pan a un perro, por ver si podía seducirlo echándole comida; «¡Vaya!», dijo, «¿pretendes hacer callar mi lengua para que no ladre en defensa de la hacienda de mi amo? Te equivocas grandemente. Esta repentina bondad tuya me ordena estar en guardia, para que no consigas tu ganancia por mi culpa.»

[62] *Mustela,* «comadreja», y «*draco*», serpiente común, eran los animales que los romanos utilizaban normalmente para tener sus casas libres de ratones. El gato no era para ellos un animal doméstico y la *feles* que aparece en II 4 era una gata montesa.

[63] Sintipas, 21; *Rómulo*, 29; María de Francia, 28.

[64] El texto latino dice *nocturnus fur,* «ladrón nocturno»; en el derecho romano la nocturnidad era una circunstancia agravante de la culpa y la legislación distinguía entre el *fur nocturnus* y el *diurnus.* (cf. G. Solimano, *Fedro...*, pág. 175).

24

LA RANA QUE REVENTÓ Y EL BUEY[65]

Muere el pobre cuando quiere imitar al poderoso[66].

En cierta ocasión una rana vio a un buey en un prado y, envidiosa de tan gran corpulencia, infló su piel arrugada. Entonces preguntó a sus hijos si era más grande que el buey. Ellos dijeron que no. De nuevo estiró su piel con mayor esfuerzo y otra vez preguntó quién era más grande. Ellos dijeron que el buey; finalmente, llena de indignidad, al querer inflarse con más fuerza, cayó en el suelo reventada.

25

PERROS Y COCODRILOS[67]

Los que dan malos consejos a los hombres cautos pierden el tiempo y sufren la burla más vergonzosa.

[65] BABRIO, 28; *Rómulo* 50; V. DE BEAUVAIS, XVI; MARÍA DE FRANCIA, 65 ; LA FONTAINE, I 3. HORACIO, *Sát.* II 3, 314-320, que se relaciona con la versión de Babrio. Y MARCIAL, X 79, 9-10, que parece derivar de Fedro.

[66] El matiz ideológico de este promitio desaparece en la versión de Babrio, que carece de moraleja, y en otras se vuelve contra el que siendo pobre es soberbio (cf., por ej., V. DE BEAUVAIS: *contra pauperem superbum*).

[67] *Rómulo* 37; SAMANIEGO, V 25. Cf. PLINIO EL VIEJO, VIII 48, 148: «Es cierto que en el río Nilo (los perros) tocan apenas el agua con la lengua para no ofrecer una ocasión a la avidez de los cocodrilos». Aunque esta fábula, como otras (A 22 y A 30), procede de los libros de Historia natural, es posible que Fedro, tal como apunta F. DELLA CORTE («Punti di vista sulla favola esopica», *Opuscula* IV, 145-146), la escribiera a partir de una expresión proverbial difundida por los legionarios de César, que comparaban a Antonio con un *canis in Aegypto: bibit et fugit* (MACROBIO, *Sat.* II 2 7).

Se dice que los perros beben a toda prisa en el río Nilo, para no ser atrapados por los cocodrilos. Por eso, como un perro empezase a beber apresuradamente, un cocodrilo le dijo: «Bebe a tu gusto cuanto quieras, no tengas ningún temor». El perro respondió: «Lo haría, ¡por Hércules!, si no supiera que tú estás deseoso de morder mi carne.»

26

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA[68]

A nadie debe lastimarse, pero si alguno hace daño, la fábula advierte que debe ser castigado con la misma moneda[69].

Se dice que una zorra había invitado a cenar primero a una cigüeña y le había servido en un mármol liso un caldo, que de ninguna manera podía degustar la cigüeña hambrienta. Cuando ésta devolvió el convite a la zorra, puso una botella llena de comida triturada y, metiendo en ella su pico, se sació y atormentó de hambre a su invitada. Ha llegado a nuestros oídos que, mientras la zorra lamía inútilmente el cuello de la botella, el ave peregrina habló así: «Cada cual debe soportar con serenidad que se le trate con el ejemplo que él mismo dio».

[68] *Rómulo* 43; LA FONTAINE, I 18; SAMANIEGO, I 10. También en PLUTARCO, *Charlas de sobremesa* 614E.

[69] Defensa clara de la ley del talión, perceptible en otras fábulas (cf. V 3; I 28; III 2, etc.).

27

EL PERRO, EL TESORO Y EL BUITRE[70]

Este argumento es apropiado para los avaros y para los que habiendo nacido humildes se afanan en ser llamados ricos.

Un perro encontró un tesoro mientras desenterraba huesos humanos y, como había ofendido a los dioses Manes[71], le fue infundida la codicia de riquezas, para expiar su culpa contra la sagrada Religión. Entonces, mientras custodiaba el oro, se olvidó del alimento y murió de hambre[72]. Dicen que un buitre, posado encima de él, habló así: «¡Oh perro, has muerto merecidamente!, tú que, concebido en el arroyo y criado entre el estiércol, deseaste repentinamente riquezas propias de reyes».

28

LA ZORRA Y EL ÁGUILA[73]

Por muy alto que se esté hay que temer a los de abajo, porque la venganza es accesible al que utiliza el talento[74].

[70] *Rómulo* 38. Es extraño que no haya sido más imitada; tal vez no se entendía bien la violación del precepto religioso que está en la base del argumento.

[71] Los Manes eran las almas de los antepasados muertos dentro de cada familia. La creencia era que su espíritu benigno protegía a los vivos y era sacrílega cualquier violación de su sepultura.

[72] De nuevo los dioses intervienen providencialmente en la vida terrenal para castigar el mal comportamiento (cf. *supra*, n. 52).

[73] Esopo, 1; *Rómulo*, 16; María de Francia, 10.

[74] La expresa incitación a la venganza contra el poderoso no tiene correlato en la versión esópica, donde son los dioses quienes castigan la maldad del águila por violar el vínculo de la amistad. Tal vez, también haya resultado excesivamente revolucionaria para sus continuadores y, por eso, ha dejado tan pocos derivados. Desde luego, ni Ademar, ni el *c. Wisembourguensis* ni *Rómulo* recogen la incitación a la venganza de Fedro.

Una vez un águila apresó a los cachorros de una zorra y los llevó a su nido para proveer de comida a sus polluelos. La madre, siguiendo con tesón al águila, empezó a rogarle que no procurase a una infeliz como ella un dolor tan grande. El águila la despreció, confiada en la altura del nido. La zorra cogió de un altar[75] una antorcha encendida y cercó de llamas todo el árbol, mezclando el dolor por su sangre con la desgracia del enemigo. El águila, para alejar a los suyos del peligro de muerte, devolvió suplicante a la zorra sus hijos sanos y salvos.

29

EL ASNO QUE SE REÍA DEL JABALÍ[76]

Muchas veces, los tontos, por hacer una broma fácil, zahieren a otros con una afrenta grave y concitan para sí un peligroso riesgo.

[75] La presencia del altar puede ser un indicio de que Fedro ha cambiado deliberadamente la versión esópica, pues, aunque en ésta es la Providencia quien castiga al águila ante la incapacidad de la zorra para vengarse, el castigo se produce al coger el águila las vísceras de un altar y llevarse unas briznas encendidas que provocan el incendio de su nido y la muerte de sus polluelos.

[76] *Rómulo* 14. Sobre esta fábula, cf. F. Bertini, «Fortuna medievale e umanistica della favola dell'asino e del cinghiale», en AA. VV. *Letterature comparate. Problemi e metodo. Studi in onore di E. Parattore,* III, Bolonia, 1981, págs. 1063-1073. La versión de Ademar mantiene con escasísimas variantes la narración fedriana, pero sustituye la expresión *demisso pene* por un *extenso pede* que hace perder sentido y gracia al argumento.

Un asno se encontró en el camino con un jabalí[77] y le dijo: «¡Hola, hermano!». El jabalí, molesto, rechazó la cortesía y quiso saber por qué le gustaba mentir de esa manera. El asno, mostrando su verga[78], le respondió: «Si dices que yo no soy semejante a ti, ciertamente ésta es semejante a tu hocico». El jabalí, aunque deseaba embestirle con toda energía, contuvo su ira y le dijo: «La venganza es fácil para mí, pero no quiero mancharme de sangre innoble.»

30

LAS RANAS QUE TEMÍAN LOS COMBATES DE LOS TOROS[79]

Los humildes padecen cuando los poderosos disputan entre sí[80].

Una rana de una charca, viendo la lucha de unos toros, dijo: «¡Ay, cuánta ruina nos amenaza!» Otra le preguntó por qué decía eso cuando los toros luchaban por el liderazgo del

Por su parte las versiones del *Codex Wissembourguensis* y de *Rómulo* suprimen totalmente la escena del pene, con lo que la fábula resulta aún más insulsa. Sin duda, el tono impúdico ha impedido que fuera imitada por fabulistas posteriores; incluso ha sido omitida en muchas ediciones y traducciones, cf. A. Cascón, «Algunas traducciones de las fábulas impúdicas de Fedro», *Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción,* León, 1987, págs. 191-192.

[77] El jabalí era un animal muy considerado entre los romanos, como lo prueba el que sirviera de enseña a algunas legiones. Cf. A. Brenot, *Phèdre...*, pág. 20.

[78] Probablemente sea más acertada la traducción que propone A. Moreno Hernández, quien opina que *demisso pene* debe traducirse por «con la verga excitada», lo que daría un sentido más erótico a la fábula, en la que el asno trataría de insinuarse al jabalí.

[79] Cf. La Fontaine, II 4.

[80] El promitio y el sentido de la fábula recuerdan el famoso verso horaciano: *quidquid delirant reges, plectuntur Achivi* (*Epist.* I 2, 14).

rebaño y vivían lejos de ellas. «Es verdad que su morada está alejada y que aquella es una especie distinta, pero el que, expulsado huya del reino de la selva, vendrá a los refugios ocultos de la charca y, pisoteadas, sucumbiremos bajo su pie despiadado. Por eso el furor de aquellos concierne a nuestras cabezas».

31

EL MILANO Y LAS PALOMAS[81]

Quien encomienda su defensa a un hombre malvado, buscando protección, encuentra el desastre.

A menudo las palomas huían del milano, evitando la muerte con la celeridad de sus alas; el ave rapaz cambió de estrategia y engañó a la especie indefensa con la siguiente argucia: «¿Por qué en lugar de llevar una vida angustiosa no firmamos una alianza y me hacéis a mí rey, para que, seguras, os libre de toda ofensa?». Ellas, confiadas, se entregaron al milano. Éste, una vez conseguido el reino, empezó a devorarlas una a una y a ejercer la autoridad con sus crueles uñas. Entonces, una de las que quedaban dijo: «Merecidamente somos castigadas[82], por haber confiado nuestra vida a este bandido»[83].

[81] Cf. Aftonio, 21; *Rómulo* 28; Samaniego, II 13.

[82] Aquí termina el texto de *P* y *R*. El último verso es una restitución de Havet, basada en las paráfrasis medievales.

[83] Como en otras ocasiones, también en esta fábula se ha querido ver una alusión a las circunstancias políticas romanas. E. Mandruzzato (*Fedro...*, pág. 335) apunta una posible alusión a Calígula, en quien, según Suetonio (*Cal.* 13), el pueblo veía un emperador democrático y cesariano.

LIBRO SEGUNDO

PRÓLOGO DEL AUTOR

El género esópico se expresa con ejemplos; y a través de las fábulas no se busca otra cosa que corregir el error de los mortales y aguzar su diligente ingenio. Por tanto, sea cual sea el lúdico relato que yo narre, mientras capte la atención y sirva a mi propósito, vale por el contenido no por la firma del autor. Sin duda, conservaré con todo cuidado el estilo del viejo[84], pero si me agradase interponer algo para que la variedad narrativa deleite los sentidos, quisiera, lector, que lo recibieras con agrado, con la condición de que la brevedad[85] te pague esta licencia.

---

[84] Esopo, a quien se llama viejo también en III 3, 14; 14, 4; 19, 11, y *Ap.* 9, 3.

[85] El propio FEDRO hace aquí alusión a dos de las características más señaladas de su estilo literario: *breuitas* y *uarietas*. El fabulista parece pedir permiso para introducir en las fábulas elementos originales, ajenos a la traducción esópica; lo hará, eso sí, ateniéndose a la *breuitas* propia del género.

Para que esta recomendación de brevedad no se quede en palabras, escucha por qué debes decir que no a los ambiciosos y ofrecer incluso lo que no piden a los moderados[86].

1

EL NOVILLO, EL LEÓN Y EL LADRÓN[87]

Un león tenía su pata sobre un novillo al que había derribado. Se presenta un ladrón y reclama una parte. «Te la daría», dijo, «si no acostumbraras a cogerla por ti mismo»; y así rechazó al malvado. Casualmente, un viajero inofensivo fue a parar al mismo lugar y, al ver a la fiera, retrocedió. El león le dijo en tono apacible: «No tienes por qué temer. Toma, coge sin temor la parte que mereces por tu discreción». Entonces, después de repartir la presa, se introdujo en la selva para dejar el camino libre al hombre.

Un ejemplo verdaderamente egregio y loable, pero la ambición es rica y la moderación pobre[88].

[86] Los versos finales del prólogo sirven para introducir la primera fábula de este libro, cumpliendo la función del promitio. Algo parecido encontramos en el prólogo del libro V.

[87] El mismo argumento no se encuentra en otras colecciones, aunque puede ponerse en relación con algunas fábulas esópicas, donde aparece un león justo (140, 144, 150, etc.). FEDRO, sin embargo, manifiesta una vez más en la moraleja su escepticismo en la justicia; el mismo tono escéptico que emplea SAMANIEGO en VI 9 (*El león, el tigre y el caminante*), una fábula que puede estar basada en este argumento fedriano.

[88] En el epimitio Fedro se vuelve en contra del contenido del relato. Algo parecido a lo que hace en *Ap.* 8.

2

LA VIEJA QUE AMABA A UN JOVEN AL MISMO TIEMPO QUE UNA MUCHACHA[89]

Aprendemos, ciertamente, por los ejemplos que los hombres son despojados por las mujeres de cualquier modo, amen o sean amados[90].

Un individuo de mediana edad había caído en manos de una mujer no inexperta que ocultaba sus años con elegancia[91]. También una hermosa joven se había apoderado de su corazón. Ambas, queriendo aparentar la misma edad que él, empezaron a arrancarle alternativamente sus cabellos. Mientras el hombre creía ser acicalado por los cuidados de las mujeres, se encontró calvo repentinamente, pues la joven había arrancado de raíz los pelos blancos y la vieja los negros.

3

ESOPO A OTRO: SOBRE EL ÉXITO DE LOS MALVADOS[92]

Un individuo, mordido por un perro rabioso, arrojó un trozo de pan empapado con su sangre al dañino animal, pues

[89] Cf. ESOPO, 31; BABRIO, 22; LA FONTAINE, I 17.

[90] Sobre la misoginia en Fedro y en la fabulística en general, cf. A. CASCÓN, «Misoginia en Fedro», *La mujer en el mundo antiguo,* Madrid, 1986, págs. 281-287.

[91] A. BRENOT (*Phèdre...*, pág. 23) comenta a propósito de esta fábula los afeites utilizados por las damas romanas para ocultar su edad, en particular el uso del *fucus,* «colorete», el *sapo* «tinte», el *calamister*, «rizador», etc.

[92] Cf. ESOPO, 64.

había oído que ése era el remedio de la herida[93]. Entonces, Esopo le dijo: «No hagas esto delante de muchos perros, no vayan a devorarnos vivos cuando sepan que tal es el premio que recibe su mala acción».

El éxito de los malvados incita a muchos.

4

EL ÁGUILA, LA GATA Y LA JABALINA[94]

Un águila había hecho el nido en lo alto de una encina; una gata[95] había ocupado un hueco en medio del tronco y allí había parido; la marrana que habita en el bosque[96] había instalado a sus crías en la parte de abajo. Entonces, la gata, con engaño y maldad criminal, destruyó esta convivencia casual del siguiente modo: Gateó hasta el nido del ave: «Se prepara para ti la perdición y quizá también para mí, desgraciada, pues ese escarbar la tierra de la traicionera jabalina que ves diariamente pretende hacer caer la encina para capturar más fácilmente en el suelo a nuestra prole». Tras sembrar el pánico y pertubar el buen juicio del águila, descendió al cubil de la hirsuta marrana. «Tus hijos están en gran peligro», dijo, «pues, tan pronto como salgas a pacer con tu tierna piara, el águila está preparada para arrebatarte tus jabatos». Una vez que hubo llenado de miedo también este lugar, la traidora se ocultó segura en su refugio. Luego, por la noche, sale sin hacer ruido; fuera se llena de alimento para sí y para sus crías y, fingiendo miedo, se mantiene en guardia durante todo el día. El águila, temerosa de la caída del árbol, se queda en las ramas; la jabalina, tratando de evitar el robo de su prole, no sale fuera. ¿Para qué más? Murieron de inanición con sus cachorros y ofrecieron a las crías de la gata un espléndido banquete.

Aquí la tonta credulidad puede encontrar una prueba de cuánto mal concita a menudo el hombre de doble lengua.

[93] Sobre esta supersticiosa medicina no tenemos otras noticias.

[94] Cf. LA FONTAINE, III 6 y SAMANIEGO, I 19.

[95] Una gata montesa. Cf. I, n. 62.

[96] El texto dice *sus nemoris cultrix*, «la marrana que habita en el bosque». Traducimos literalmente, aunque está claro que se refiere a una jabalina, *aper* en latín, término utilizado en los versos 9 y 22.

5

TIBERIO CÉSAR AL ESCLAVO DOMÉSTICO[97]

Hay en Roma una raza de «ardaliones»[98] que va de un lado a otro con apremio, ociosa pero ocupada, acalorada sin motivo, haciendo muchas cosas pero no haciendo nada, molesta para sí misma y odiosísima para los demás. Quiero corregirla, si me es posible, con esta fábula verídica[99]. Merece la pena atender.

Una vez Tiberio César[100], dirigiéndose a Nápoles, llegó a su villa del Miseno[101], que construida por Lucu-

[97] Cf. *Rómulo* 38.

[98] Probablemente, Ardalión era un personaje prototípico de comedia que se caracterizaba por ser extremadamente adulador y servicial con los superiores. Se decía un 'ardalión' para referirise a ellos, un 'gnatón' para designar al pícaro ladronzuelo, como hoy hablamos de un 'sosias' o un 'anfitrión' (cf. MARCIAL, II 7 y IV 78).

[99] En la datación de la vida de Fedro esta fábula resulta importante, pues el fabulista la cuenta como una vivencia personal (*vera fabella)*.

[100] El emperador Tiberio, hijastro y sucesor de Octavio Augusto, que estuvo al frente del Principado desde el 14 d. C. hasta el 37.

[101] Lugar donde murió Tiberio (cf. TÁCITO, *An.* VI 50, y SUETONIO, *Tib.* 73). La casa se encontraba en el cabo de Miseno en el golfo de Nápoles, donde había muchas otras fincas de recreo de la aristocracia romana.

lo[102] en la montaña más alta mira por delante al mar de Sicilia y por detrás al Tirreno. Allí, uno de los «superceñidos»[103] esclavos atrienses[104] que tenía recogida en los hombros su túnica de lino de Pelusio[105] con los flecos colgando, mientras su dueño se paseaba entre los alegres vergeles, empezó a regar con un barreño de madera el suelo abrasador, orgulloso de su obsequioso servicio. Pero sólo provocó la risa. Luego por rodeos conocidos corre a otro paseo para aplacar el polvo. César reconoció al individuo y adivinó su intención. [Cuando el esclavo pensó que había conseguido algo bueno][106], el amo dijo: «Hola». Aquél acude de un salto, estimulado por la alegría de un donativo seguro. Entonces, la majestad de tan gran príncipe se divirtió así: «No has hecho mucho y tu esfuerzo ha sido en vano. Conmigo las bofetadas[107] tienen un precio más alto».

---

[102] Según PLINIO (*Hist. Nat.* XVIII 6) la casa fue edificada por Mario, luego pasó a manos de Lucio Licinio Luculo, el rico romano vencedor de Mitridates; seguramente su excepcional situación paisajística atrajo la atención de Tiberio, que se apropió de ella y allí vivió sus últimos años.

[103] En sentido irónico. El texto dice *alte cinctis,* burlándose de la falta de naturalidad y ridícula dignidad de este tipo de «mayordomos»

[104] El esclavo atriense, que se ocupaba del *atrium* de la casa, hacía las veces de mayordomo, ejercía su autoridad sobre otros esclavos de menor rango y se ocupaba de que todo estuviese en orden.

[105] Ciudad egipcia, en el delta del Nilo, famosa por la elaboración de un finísimo lino.

[106] Este verso, *ut putauit esse nesquioquid boni,* es considerado espurio por PERRY, que sigue a RIGAULT y POSTGATE.

[107] Se refiere a las que en la manumisión llamada de *vindicta* otorgaban simbólicamene la libertad al esclavo.

6

EL ÁGUILA Y LA CORNEJA[108]

Contra los poderosos nadie está suficientemente seguro, pero si se añade un malvado consejero, fuerza y maldad destruyen cuanto se pone en su camino.

Un águila se llevó una tortuga por los aires. Como ésta ocultase su cuerpo en su casa de concha y así escondida no pudiera ser dañada de ningún modo, vino por el cielo una corneja[109] y volando junto a aquélla, dijo: «Sin duda has cazado con tus uñas una magnífica presa, pero si yo no te muestro qué debes hacer, te cansarás en vano con su pesada carga». Cuando obtuvo la promesa de que tendría su parte, le aconsejó estrellar la dura corteza de la tortuga contra un peñasco desde lo más alto del cielo, rota la cual, fácilmente podría disfrutar de la comida. Obedeció el águila, inducida por estos perversos consejos y al punto compartió generosamente el alimento con su maestra.

Así, la que había sido protegida por un don de la naturaleza, desigual frente a dos, murió con triste muerte.

---

[108] Cf. ESOPO, 230; BABRIO, 115; AVIANO, 2, aunque en estas versiones no aparece la comadreja y su intención es distinta. Cf., también, *Rómulo* 17; MARÍA DE FRANCIA, 13; LA FONTAINE, VIII 16, donde se cuenta la legendaria muerte de Esquilo, abatido por una tortuga que cayó sobre su calva, y X 3, versión distinta de las clásicas, con cambio en los personajes y en la intencionalidad del apólogo. Sin embargo, SAMANIEGO (II 4) sigue de cerca la versión de Fedro.

[109] Tal vez en el fondo de esta fábula subyace un relato de Historia natural (cf. Introducción, pág. 30), pues la corneja suele lanzar las nueces desde una altura elevada para romperlas y comer el fruto (cf. A. BRENOT, *Phèdre...*, pág. 27).

7

LOS DOS MULOS Y LOS LADRONES [110]

Dos mulos marchaban cargados con fardos: uno llevaba cestos con dinero, otro, sacos hinchados con mucha cebada. El primero, rico por su carga, marchaba elevando la cerviz y repiqueteando su sonora campanilla; su compañero le seguía con paso tranquilo y sereno. Repentinamente surgen los ladrones en una emboscada y en la refriega hieren al rico con la espada, roban las monedas y desprecian la cebada sin valor. Entonces, mientras el mulo despojado lloraba su suerte, el otro dijo: «Ciertamente, me alegro de haber sido despreciado, pues no he perdido nada ni he sufrido ninguna herida».

Según esta historia, la indigencia es la seguridad de los hombres; las grandes riquezas están expuestas al peligro.

8

EL CIERVO ENTRE LOS BUEYES [111]

Expulsado un ciervo de sus escondites del bosque y huyendo de la muerte que le preparaban los cazadores, se dirigió en su ciego temor a una finca cercana y se refugió en un establo que oportunamente encontró. Mientras se ocultaba allí, un buey le dijo: «¿Qué pretendes, desgraciado? ¿No

[110] Cf. La Fontaine, I 4, y Samaniego, IV 9.

[111] Cf. *Rómulo* 69; La Fontaine, IV 21; Samaniego, IV 21. Probablemente, la fábula surgió a partir de un proverbio antiguo y universal: «el ojo del amo engorda la huerta», italiano «l'occhio del padrone ingrassa il campo». Recogido entre otros por Catón, *Agr.* 4 y Plinio, *Hist. Nat.* XVIII 31.

ves que acudes a una muerte voluntaria, al encomendar tu vida a la vivienda de los hombres?». Pero aquél, con tono suplicante le respondió: «Vosotros al menos no me delatéis; luego, cuando se presente la ocasión, me marcharé». Transcurre el día y pasan las horas de la noche. El boyero lleva el forraje, pero no ve nada. Van y vienen todos los empleados de la finca, ninguno advierte su presencia. Pasa incluso el capataz, pero tampoco él se da cuenta de nada. Entonces, el animal, lleno de alegría, empezó a dar las gracias a los pacíficos bueyes por haberle prestado hospitalidad en momentos tan desfavorables. Uno de ellos respondió: «Nos gustaría que estuvieras a salvo, pero si viniese aquél que tiene cien ojos [112], tu vida se encontraría en peligro». En medio de todo esto, regresa el amo de la cena, y, como hacía poco había visto a los bueyes desmejorados, se acercó al establo: «¿Por qué hay tan poco forraje? Falta paja. ¿Tanto trabajo es quitar esas telarañas?» Mientras revisa todas las cosas, ve también los altos cuernos del ciervo; llama a los esclavos, ordena matarlo y se lleva su presa.

Esta fábula pretende decirnos que es el amo el que mejor cuida de sus propios asuntos.

EPÍLOGO DEL AUTOR [113]

Los atenienses levantaron una estatua [114] al talento de Esopo y a él, esclavo, le colocaron en un pedestal imperece-

[112] *Qui centum habet oculos*. La expresión, proverbial para designar al patrón, recuerda a Argos, el guardián por antonomasia en la mitología antigua (cf. E. Mandruzzato, *Fedro...*, pág. 337 y A. Zapata, *Fedro...*, pág. 71, n. 20).

[113] Cf. *Rómulo* pág. 304.

[114] Sabemos que Lisipo de Sición (IV a. C.) hizo en Atenas una estatua de Esopo que fue colocada frente a las de los siete sabios. En Roma, en el

dero, para que todos supieran que el camino del honor está abierto y que la gloria se otorga por el mérito y no por el linaje. Puesto que otro había ocupado ya el primer lugar, me he esforzado en que no estuviese solo: era lo que quedaba por hacer. Esto no es envidia sino emulación. Y si el Lacio acoge favorable mi trabajo, tendrá más autores que oponer a Grecia. Si la envidia quisiera denigrar mis esfuerzos, no me arrebatará, sin embargo, la conciencia de que mi trabajo merece la alabanza. Si nuestros desvelos llegan a unos oídos cultos y su mente aprecia las fábulas escritas con talento, la felicidad alejará todas mis quejas. Pero si, por el contrario, mi docto trabajo[115] se topa con los charlatanes, a los que la naturaleza engendró en mala hora y no son capaces más que de criticar a los que son mejores, soportaré con el corazón endurecido la desgracia establecida por el destino hasta que la fortuna se avergüence de su injusticia.

museo de la Villa Albani, se conserva un busto anónimo de Esopo del siglo II d. C. Difícil resulta saber, sin embargo, si esta imagen tiene algo que ver con el legendario inventor del género fabulístico. También en Madrid, conservamos un *Esopo* de Velázquez, del que Goya hizo un famoso agua fuerte.

[115] *Doctus labor.* En estas líneas FEDRO parece tener interés en destacar que su trabajo se dirige a un público culto y no al vulgo, en línea con la poética alejandrina de CATULO (I 7) y HORACIO (*Car.* III 1, 1). Sobre este punto, cf. M. MAÑAS, *Fedro...*, pág.110.

LIBRO TERCERO

PRÓLOGO[116]

FEDRO A ÉUTICO[117]

Si deseas leer los libritos de Fedro, conviene, Éutico, que te apartes de tus ocupaciones, para que tu mente desocupada aprecie la intención de mis versos. «Pero no vale tanto tu talento», me replicas, «como para que yo pierda el espacio de una hora de mis obligaciones». Entonces no hay razón para que tengas entre tus manos lo que es incompatible con unos oídos ocupados. Quizá dirás: «Vendrán días festivos, que me invitarán al estudio al estar libre de preocupaciones». ¿Acaso, me pregunto, preferirás leer estas viles naderías que ocuparte de los asuntos domésticos, otorgar el tiempo debido a los amigos, divertirte con tu mujer, rela-

[116] Este prólogo, fundamental para el esclarecimiento de la biografía de Fedro, tiene la forma de una diatriba: el monólogo del autor se interrumpe con las observaciones que él mismo pone en boca de su interlocutor. Desde el punto de vista poético, sus versos quizá sean los de mayor calidad.

[117] Sobre la identidad de este controvertido personaje, cf. Introducción, págs. 20-23.

jar tu espíritu o dar descanso al cuerpo para afrontar con mayor fortaleza tus acostumbradas responsabilidades? Debes cambiar las ideas y el tipo de vida si piensas cruzar el umbral de las Musas. Yo, a quien mi madre engendró en el monte Piero[118] —donde la venerable Mnemósine[119], nueve veces fecunda, dio a Júpiter Tonante[120] el coro de las artes—, a pesar de haber nacido casi en la propia escuela, de haber borrado completamente de mi corazón la preocupación por las riquezas y haberme entregado a esta vida no sin el favor de Palas[121], he sido recibido, sin embargo, en mi círculo[122] desdeñosamente. ¿Qué crees tú que ocurrirá a aquel que dedica todos sus desvelos a acumular grandes riquezas, anteponiendo el lucro placentero a los sabios trabajos? Pero, en fin, «que sea lo que sea», como dijo Sinón cuando fue conducido ante el rey de Dardania[123]. Escribiré el libro tercero con el estilo de Esopo, dedicándotelo a ti en reconocimiento de tu dignidad y tus merecimientos. Si lo lees me alegraré, en caso contrario, la posteridad tendrá ciertamente con qué deleitarse.

[118] En Macedonia, muy cerca de Tracia, donde había un templo consagrado a las Musas (cf. Introducción, pág. 17.

[119] Diosa de la memoria y madre de las nueve Musas

[120] Apelativo de Júpiter que alude a su capacidad para provocar rayos y truenos. Según Hesíodo (*Teogonia* 53-62 y 915-917) Júpiter se unió nueve veces seguidas con Mnemósine en la Pieria y de tal unión nacieron las nueve Musas.

[121] Palas Atenea, diosa de la sabiduría. El pasaje es discutido: la lectura *Pallade* no aparece en los manuscritos, es conjetura de Bentley aceptada entre otros por Posgate y Perry.

[122] En latín *coetus,* que pobablemente hace referencia a algún círculo literario, próximo al fabulista. Cf. Mandruzzato, *Fedro...*, págs. 29-31.

[123] Palabras de Sinón en la *Eneida* (II 77); este astuto personaje convenció a Príamo, rey de Troya, de que permitiese la entrada del caballo de madera en Dardania, nombre que se da también a Troya por Dárdano, su fundador.

Ahora explicaré brevemente por qué se ha inventado el género fabulístico. Un esclavo subyugado, como no se atrevía a decir lo que quería, trasladó a los apólogos sus propios sentimientos, burlando las acusaciones malintencionadas con graciosas ficciones. De la senda de Esopo yo he hecho una vía[124], y he añadido nuevas ideas a las que él había dejado, eligiendo algunas para que me ayuden en mi desgracia[125]. Porque si hubiese otro acusador que Sejano[126], si hubiese otro testigo y, en fin, otro juez, yo me reconocería merecedor de tantos males y no mitigaría mi dolor con estos remedios. Si alguno se equivoca en sus sospechas, y, atribuyéndose a sí mismo lo que es propio de todos, dejara al descubierto la condición de su espíritu, quisiera no obstante excusarme con él, pues no está en mi ánimo criticar a individuos concretos sino mostrar la vida misma y las costumbres de los hombres. Quizá alguien diga que yo prometo una empresa difícil. Si pudo el frigio Esopo[127], si pudo el escita Anacarsis[128] conseguir una fama eterna con su talento, yo

[124] Apunta Brenot (*Phèdre...*, pág. 43) la posibilidad de que Fedro haya tomado la oposición entre *semita* y *via* de un verso de Ennio: *Qui sibi semitam non sapiunt, alteri monstrant uiam.* Cf., también, M. Mañas, «Aproximación a la poética de Fedro», *Anuario de Estudios Filológicos, Universidad de Extremaura* 19 (1996), 321-336, donde se hace una relación de los autores en que aparece la oposición: *semita/ via.* (pág. 324).

[125] La interpretación de estos versos es muy discutida. Cf. Introducción, pág. 19-24.

[126] Prefecto del pretorio de Tiberio, que, según Suetonio y Tácito, mantuvo un comportamiento tiránico mientras su autoridad estuvo en auge. En Juvenal, X 54 y ss. se narra su caída en desgracia.

[127] Según algunas fuentes, Esopo era de Frigia, en Asia Menor, tierra de esclavos por antonomasia.

[128] Contado muchas veces entre los Siete Sabios. Vivió según parece en el siglo vi a. de C; fue amigo y discípulo de Solón y era hijo de una griega y de Gnurus, rey nómada del Ponto Euxino.

que estoy más próximo a la literaria Grecia[129], ¿por qué he de abandonar en un sueño indolente la honra de mi patria, cuando la nación tracia cuenta a dioses entre sus autores, siendo Apolo padre de Lino y la Musa madre de Orfeo[130], quien conmovió a las piedras con su melodía, domó a las fieras y contuvo la corriente del Hebro[131] con un dulce remanso? Así pues, apártate de aquí, Envidia, y no gimas en vano, cuando a mí se me otorgue la gloria acostumbrada.

¿Te he persuadido a leerme? Te pido que me des una opinión sincera con tu reconocida honestidad.

1

UNA VIEJA A UN ÁNFORA[132]

Una anciana vio un ánfora[133] vacía en el suelo, que por el poso de Falerno[134] todavía esparcía a distancia desde su

[129] Tracia está más cerca de Grecia que Frigia o Escitia.

[130] Según algunas versiones, Orfeo habría nacido de Apolo y la Musa Calíope. Lino y Orfeo, los primeros poetas según la mitología, tendrían, como Fedro, un origen tracio. BRENOT, (*Phèdre...*, pág. 32) cree que Fedro alude a unos versos de las *Bucólicas* de VIRGILIO (IV 55-57): *Non me carminibus uincet nec Thracius Orpheus,/ Nec Linus, huic mater quamuis atque huic pater adsit,/ Orphei Calliopea, Lino formosus Apollo.*

[131] Río de Tracia. Entre los pasajes de la literatura clásica que recuerdan la capacidad de Orfeo para calmar las fieras, conmover las plantas y domeñar las corrientes de los ríos, cf. HORACIO, *Odas* I 12, 7-12.

[132] Fábula inventada por Fedro, de la que no conocemos otras versiones. Tal vez los continuadores medievales y modernos de Fedro no imitaron esta fábula, porque no comprendían su sentido alegórico. MANDRUZZATO (*Fedro...*, pág. 339) apunta la posibilidad de que Fedro se basara para su composición en una estatua helenística atribuida a un homónimo de Mirón (cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XXXVI 33), de la que se conserva una copia en el Museo Capitolino de Roma.

[133] Utilizadas en la antigüedad como las botellas actuales.

[134] El vino de Falerno, región de Campania, era el más reputado entre los romanos.

noble arcilla[135] un agradable olor. Después de aspirar éste con toda la avidez de sus narices dilatadas, añadió: «¡Oh dulce aroma; siendo tales los restos, yo podría decir cuán bueno fue lo que hubo en ti en otro tiempo!».

Quien me conozca dirá a qué me refiero con esto[136].

2

LA PANTERA Y LOS PASTORES[137]

Suelen los despreciados pagar con la misma moneda.

Una vez una pantera incauta cayó en una trampa. Los campesinos la vieron: unos la golpean con palos, otros le tiran piedras; algunos, sin embargo, compadeciéndose de la que creían iba a morir aunque nadie le hiciese daño, le dieron pan para que prolongase su vida. Llega la noche. Marchan seguros a su casa en la idea de que al día siguiente la encontrarían muerta. Pero la pantera, cuando rehizo sus desfallecidas fuerzas, salió de la trampa con un ágil salto y con paso rápido regresó a su madriguera. Pasados unos días, remonta el vuelo[138]: destroza el ganado, mata incluso a los pastores y, destruyéndolo todo, se ensaña en un ataque cruel.

[135] El texto dice *testa nobili* . *Testa* significa «jarra de arcilla» o «arcilla» simplemente. En Roma el vino se guardaba en recipientes de este material, *dolma,* si eran grandes, o *cadus,* si eran más pequeños, antes de ser envasados en las ánforas.

[136] Aunque Fedro deja claro que sólo podrá decirlo quien le conozca, numerosos críticos han intentando una interpretación de la fábula; probablemente quien más éxito ha tenido ha sido Havet, que pensaba que Fedro hacía referencia a la pérdida de la libertad política en Roma. Lo que está claro es la belleza de la imagen, que plasma con exactitud la añoranza por lo que fue, por lo que hubo, y dejó de ser y de haber.

[137] Cf. *Rómulo* 75 y SAMANIEGO, IV 16.

[138] Sentido figurado, como el latín *provolat.*

Entonces, los que habían perdonado a la fiera, temiendo por sí, no le echan en cara los destrozos, sólo le ruegan por su vida. Pero ella les dijo: «Recuerdo quién me apedreó y quién me dio pan; no tenéis por qué temer; he vuelto como enemiga sólo de aquellos que me hirieron»[139].

3

ESOPO Y EL ALDEANO[140]

Un dicho popular afirma que el hombre experimentado es más sabio que el adivino[141], pero no se dice por qué; esta fábula mía lo contará ahora por primera vez.

A un hombre que tenía rebaños las ovejas le parieron corderos con cabeza humana. Aterrado por el prodigio, corre preocupado a consultar a los adivinos. Uno le responde que aquello amenaza la vida del amo y que es necesario alejar el peligro sacrificando una víctima. Otro asegura que su mujer es adúltera y que el prodigio significa que sus hijos eran ilegítimos, aunque la cosa puede expiarse con una víctima más grande. ¿Qué más? Difieren entre sí con opiniones

[139] Algunos creen que en esta fábula la pantera representa al propio Fedro, caído en desgracia y regresando de su *calamitas.* Otros, con más ingenio, opinan que el fabulista alude a Tiberio, que se exilió voluntariamente en Rodas y regresó triunfante cuando fue llamado por Augusto (cf. E. MANDRUZZATO, *Fedro...*, pág. 339).

[140] Probablemente, el tono impúdico de la fábula ha provocado que no fuera imitada por los continuadores de Fedro. Puede tener su origen en una ocurrencia de Tales contada por PLUTARCO (*Banquete de los siete sabios* 149 C-E).

[141] *Vsu peritus hariolo veracior.* Ésta es una fábula contra la adivinación, de las que hay testimonios en ESOPO (cf. 40 y 161). El género, muy influido por las escuelas filosóficas racionalistas, se revuelve contra lo que no sea racional o natural.

encontradas y agravan la preocupación del hombre con una preocupación más grande. Allí estaba Esopo, viejo de fino olfato[142], a quien la naturaleza nunca pudo engañar: «Aldeano», dijo «si quieres evitar el prodigio, da mujeres a tus pastores.»

4

EL CARNICERO Y EL MONO[143]

Uno vio un mono que colgaba en la carnicería entre las demás mercancías y vituallas; preguntó a qué sabía. Entonces, el carnicero bromeando dijo: «Se asegura que tal como es su cabeza así es su sabor».

Yo considero esta frase más graciosa que cierta, pues a menudo he encontrado a hombres hermosos muy malvados y también he conocido a muchos muy buenos pero de fea apariencia[144].

5

ESOPO Y UN PENDENCIERO[145]

El éxito conduce a muchos a la perdición.

Un pendenciero tiró una piedra a Esopo. «Muy bien», le dijo; le dio un as[146] y prosiguió de este modo: «No tengo

[142] *Naris emunctae senex.* Encontramos la misma expresión en HORACIO (*Sát.* I 4 8), aplicada al poeta Lucilio.

[143] Tampoco conocemos otras versiones de esta fábula. La gracia del chiste estriba en el juego de palabras con *sapor* y *sapere*; este último verbo significa «tener sabor» y «tener sensatez».

[144] Como hace en II 1 y *Ap.* 8, FEDRO se vuelve en el epimitio contra el contenido de la fábula.

[145] Cf. LA FONTAINE, XII 22.

[146] Moneda romana que en tiempos de FEDRO tenía un valor muy escaso.

más, por Hércules, pero te mostraré dónde puedes conseguirlo. Ahí viene un hombre rico y poderoso; tírale una piedra igual que a mí y recibirás un premio sustancioso.» El pendenciero, convencido por las palabras de Esopo, hizo lo que se le había aconsejado; pero la esperanza engañó a su desvergonzada audacia[147], pues fue apresado y pagó su castigo en la cruz[148].

6

LA MOSCA Y LA MULA[149]

Una mosca se posó en la lanza de un carro e increpando a la mula le dijo: «¡Qué lenta eres!, ¿no quieres ir más rápido? Anda con cuidado, no vaya a picarte en el cuello con mi aguijón». La mula respondió: «Tus palabras no me afectan; sin embargo, temo a ese que, sentado en la silla delantera, templa mi carrera con su dúctil látigo y sujeta mi boca con el freno espumeante. Por eso aparta de aquí tu vana insolencia, pues yo sé cuándo debo andar y cuándo debo correr».

A través de esta fábula puede merecidamente ser ridiculizado el que careciendo de poder profiere vanas amenazas.

[147] Mantenemos en nuestra traducción los abstractos propios del estilo fedriano; cf. el epimitio de I 14: «Ciertamente, yo diría que esto concierne a aquellos cuya estupidez es la ganancia de la desvergüenza» o de I 5: «Así, sólo la maldad se llevó todo el botín», etc.

[148] Castigo reservado en Roma a los grandes criminales y a los esclavos.

[149] Cf. *Rómulo* 47 y La Fontaine, VII 9, aunque su versión introduce numerosos cambios respecto de Fedro.

7

UN LOBO A UN PERRO[150]

Voy a hablar brevemente de cuán dulce es la libertad.

Un lobo consumido por el hambre se encontró casualmente con un perro bien alimentado; después, tras saludarse entre sí cuando se pararon, dijo el lobo: «Dime, ¿de dónde te viene ese esplendor o con qué alimento has conseguido un cuerpo tan lozano? Yo, que soy mucho más fuerte, me muero de hambre». El perro le respondió con franqueza: «Tendrás la misma fortuna si puedes prestar a mi amo un servicio semejante». «¿Cuál?», dijo el lobo. «Guardar su puerta y proteger la casa de los ladrones durante la noche; me dan pan sin pedirlo; el amo me da los huesos de su mesa; los criados me arrojan las sobras y algunos el guisado que no les gusta. Así lleno mi vientre sin esfuerzo[151].» «Pues ya estoy preparado; ahora padezco las nieves y las lluvias en los bosques, arrastrando una vida dura. ¡Cuánto más fácil es para mí vivir bajo techo y saciarme en la ociosidad con un alimento abundante!» «Entonces, ven conmigo.» Mientras caminan, el lobo observa el cuello del perro, pelado por una cadena. «Amigo, ¿cómo te has hecho eso?» «No es nada.» «De todos modos, dímelo, por favor.» «Como les parezco muy inquieto, me atan durante el día, para que descanse mientras hay luz y vigile cuando llega la noche: al atardecer

[150] Cf. Esopo, 183; Babrio, 100; Aviano, 37; *Rómulo* 65; La Fontaine, I 5; Samaniego, V 24.

[151] Havet, siguiendo el orden de las paráfrasis medievales, colocó aquí (v. 10) los vv. 21-24 de los manuscritos. Perry y otros editores han seguido su conjetura, pues parece responder mejor al orden lógico de la conversación.

me desatan y deambulo por donde quiero.» «Veamos, ¿si te apetece marcharte, puedes hacerlo?» «No, desde luego.» «Disfruta lo que alabas, perro; no quiero ser rey, si carezco de libertad.»[152]

8

LA HERMANA AL HERMANO[153]

Advertido por esta lección, examínate a menudo.

Un hombre tenía una hija muy fea y un hijo singular por la hermosura de su rostro. En sus juegos infantiles los dos se contemplaron por casualidad en un espejo[154] que había en el tocador[155] de su madre. El hijo se jacta de su hermosura; la hija se enfada y no soporta las bromas de su vanidoso hermano, considerando todo —¿cómo, no?— pura afrenta. Entonces, acudió al padre con la intención de vengarse, y llena de envidia acusó al hijo de que, habiendo nacido varón, había tocado un objeto propio de mujeres. El padre, abrazando a uno y a otro, llenándolos de besos y compartiendo su tierno amor con los dos, dijo: «Quiero que diariamente utilicéis el espejo, tú para que no corrompas tu belleza con los estragos del vicio, tú para que superes ese físico con tus buenas costumbres».

[152] L. Havet (*Revue des Études Anciennes* (1921), págs. 95-102) y con él A. Brenot (*Phèdre...*, pág. 39) opinan que el trasfondo de esta fábula es un hecho histórico: la conversación mantenida por el germano rebelde Arminio con su hermano Flavo, acogido por los romanos. Si se formulara como hipótesis, habría que elogiar su ingenio; pero considerar probado algo tan sumamente dudoso resulta impropio de la seriedad de estos «savants» franceses.

[153] No conocemos otras versiones de esta fábula, que parece estar basada en un dicho de Sócrates (Cf. Diógenes Laercio, II 5, 33).

[154] Sólo tardíamente se fabricaron en la Antigüedad espejos de cristal; anteriormente eran de metal pulido: estaño, bronce o plata.

[155] El texto latino dice *cathedra,* que era una silla con brazos y respaldo, propia de las personas acomodadas. El contexto parece indicar que era el lugar en que la madre se acicalaba, por eso nos ha parecido bien aceptar la traducción por «tocador» de M. Mañas.

9

SÓCRATES Y LOS AMIGOS[156]

Es corriente el nombre de amigo, pero la lealtad es rara.

Estaba Sócrates construyendo para sí una casa pequeña[157] —por cierto, no rehúyo la muerte de este hombre, si consigo su fama y acepto la envidia con tal de ser rehabilitado tras la muerte[158]— cuando, como suele ocurrir en tales ocasiones, un don nadie le importunó de este modo[159]: «Dime, ¿cómo es que un hombre como tú se hace una casa tan pequeña?». «¡Ojalá!», le respondió, «pueda llenarla de auténticos amigos».

[156] No conocemos otras versiones de esta fábula. La misma anécdota es protagonizada en otros lugares por Temístocles (cf. E. Mandruzzato, *Fedro...*, pág. 340).

[157] Recuerda Jenofonte en su *Económico* (II 3) la modestia de la casa de Sócrates, que no valía má de cinco minas.

[158] Rompe Fedro el relato con una intempestiva declaración de sus problemas personales, que demuestra que todavía en este momento estaba padeciendo su *calamitas.*

[159] A propósito de este pasaje recuerda G. Solimano el gracioso proverbio latino *qui struit in calle multos habet ille magistros*, «quien construye en la calle tiene muchos maestros».

10

EL POETA SOBRE LA CREDULIDAD Y LA INCREDULIDAD [160]

Es peligroso creer y también lo es no creer. Pondré en pocas palabras un ejemplo de ambas posibilidades: Hipólito murió porque se dio crédito a las palabras de su madrastra [161]; Ilión fue destruida porque no se creyó a Casandra [162]. Por consiguiente, la verdad debe ser indagada cuidadosamente antes de que una opinión errónea provoque un juicio desatinado. Pero, por si acaso menosprecias las antiguas leyendas, te contaré un suceso que está en mi memoria [163]. Un marido que amaba a su mujer y tenía un hijo que estaba a punto de vestir la toga blanca [164], fue llamado aparte, a

[160] Fábula original y no imitada por fabulistas posteriores. Fedro parece influido por la práctica de las escuelas de retórica, donde era frecuente formular tesis ambivalentes, defendidas por los alumnos en uno o en otro sentido. Tiene una estructura compleja, con un extenso promitio y tres epimitios.

[161] Hipólito, hijo de Teseo y de Hipólita, reina de las amazonas. Su madrasta, Fedra, se enamoró de él y fue rechazada. En venganza ésta dijo a Teseo que Hipólito había intentado abusar de ella. El rey invocó la cólera de Poseidón y éste provocó la estampida de los caballos de Hipólito, que murió arrastrado por ellos cuando paseaba junto al mar. El mito es famoso por ser argumento de las tragedias *Hipólito* de Eurípides y *Fedra* de Séneca.

[162] Hija de Príamo y Hécuba, rey de Troya, que tenía el don de la profecía. Apolo la condenó a no ser creída y Casandra no pudo evitar la destrucción de Ilión, pues había vaticinado que la ciudad sería destruida si se permitía la entrada de un caballo en la ciudad.

[163] Con independencia de la veracidad de los hechos, la estructura de la narración es novelística; así al menos lo considera L. Pepe, *Per una storia della narrativa latina,* Nápoles, 1967, págs. 168-170.

[164] La *toga pura*, también llamada toga viril, era de lana blanca y la vestían los jóvenes romanos, a partir de los dieciséis años, como señal de que su adolescencia había terminado.

lugar retirado, por un liberto [165] suyo que tenía la esperanza de ocupar el lugar del heredero más próximo. Le dijo muchas mentiras sobre su hijo y muchas acerca de la desvergüenza de su casta mujer, y añadió lo que pensaba que más iba a doler al esposo: un amante la visitaba y la fama de su casa era manchada con un infame adulterio. El marido, encendido por la falsa acusación contra su mujer, simuló marchar hacia su finca, pero se quedó escondido en la ciudad. Después, por la noche, cruzó la puerta por sorpresa y se dirigió en línea recta al dormitorio de su mujer, en el que la madre había ordenado dormir al hijo para vigilar más diligentemente su adolescencia. Mientras buscan una luz, mientras los esclavos acuden, incapaz de contener el ataque de furia provocado por la ira, se dirige hasta el lecho y toca a ciegas una cabeza. Cuando se percata de que tiene el cabello corto, atraviesa su cuerpo con la espada, no reparando en nada con tal de vengar su dolor. Tan pronto como acercaron una lámpara, vio a su hijo y cerca de él a su honrada mujer, adormilada todavía, pues no había sentido nada por la profundidad del primer sueño. Al instante pagó el castigo por el crimen y se arrojó sobre la espada que su credulidad había desenvainado. Los acusadores denunciaron a la mujer y la llevaron a Roma al tribunal de los centúmviros [166]. Una pérfida sospecha se cierne sobre la inocente, porque ha quedado en posesión de los bienes. Se mantienen firmes los abogados, defendiendo con convicción la causa de la mujer inocente.

Entonces los jueces pidieron al divino Augusto que les ayudase en su intención de hacer justicia, pues lo incierto de

[165] Los libertos eran los esclavos que habían recibido la libertad; con frecuencia seguían viviendo en la casa de su amo, como personas de confianza.

[166] Los *centumuiri.* Un antiguo tribunal compuesto por ciento cinco jueces, a razón de tres por tribu, que tenía competencias en asuntos testamentarios.

la causa los desconcertaba también a ellos. El emperador, después de disipar las sombras que envolvían la calumnia, encuentra la fuente segura de la verdad: «pague el castigo el liberto, causante de la desgracia», dijo, «pues la mujer, privada del hijo y del marido al mismo tiempo, considero que debe ser más compadecida que condenada. Si el padre de familia hubiese indagado cuidadosamente las acusaciones que le formularon, si hubiese examinado con agudeza la mentira, no habría destruido por completo su casa con un crimen funesto».

No dejes de oír nada ni creas todo al instante. A veces son culpables quienes menos esperas y la calumnia ataca a quienes nada han hecho.

Esta historia puede advertir a los ingenuos, para que no juzguen por la opinión de otro, pues la parcialidad de los mortales marcha en diferentes direcciones, ya se deje llevar por el favor o por la envidia. Sólo sabrás cómo es aquél que conozcas por ti mismo.

Me he extendido mucho en esta fábula, porque a algunos les disgusté con mi excesiva brevedad.

11

UN EUNUCO A UN MALVADO [167]

Un eunuco [168] discutía con un malvado, que, además de groseros insultos y pendenciera disputa, le echó en cara la

[167] Cf. SAMANIEGO, V 10, donde el eunuco ha sido sustituido por un cojo. Lo que ya ocurría en algunas traducciones de Fedro de la época, como la de FRANCISCO DE CEPEDA o RODRIGO DE OVIEDO (cf. A. CASCÓN, «Algunas traducciones de las fábulas impúdicas de Fedro», pág. 192).

[168] La presencia de los eunucos en Roma es tardía, pues tradicionalmente habían sido mirados con cierta repugnancia; es una consecuencia

mutilación que había disminuido su cuerpo. «¡Ay!», le respondió, «esta es la única cosa que me preocupa profundamente, pues me faltan los testigos de mi integridad[169]. ¿Pero tú, estúpido, por qué me reprochas a mí, una falta debida a la Fortuna? Sólo es vergonzoso para el hombre lo que padece merecidamente[170]».

12

UN POLLO A UNA PERLA [171]

Un pollo encontró una perla en un estercolero mientras buscaba comida. «¡Yaces en lugar indigno, siendo cosa importante!», le dijo. «Si alguno que ambicionase tu valor te hubiese visto, habrías vuelto hace tiempo a tu antiguo esplendor. Pero, como te he encontrado yo, a quien el alimen-

más de la influencia oriental que arraiga en la urbe desde finales de la República.

[169] *Integritatis testes.* La palabra latina *testis* significa «testigo» y «testículo», dos derivados castellanos del diminutivo *testiculum:* uno vulgar, «testigo» y otro culto, «testículo».

[170] La fábula carece de promitio y epimitio y algunos autores suponen que faltan versos, omitidos quizá por su tono impúdico. Tal y como se nos ha conservado la fábula se entiende bien, pero resulta un tanto insípida, por lo que no se puede descartar que, en efecto, algún pasaje haya sido omitido. De todos modos, la réplica final del eunuco es tan concluyente que la moraleja parece innecesaria.

[171] Cf. *Rómulo* 1; MARÍA DE FRANCIA, 1; LA FONTAINE, I 20. Esta fábula suele aparecer la primera en las colecciones medievales, quizá por su valor alegórico: la perla representa las sabias enseñanzas que contienen las fábulas y el gallo la estulticia de quienes no pueden comprenderlas. Sobre esta fábula, cf. K. SPECKENBACH «Die Fabel von der Fabel: zur Überlieferungsgeschichte der Fabel von Hahn und Perle», *Frühmittelalterliche Studien* 12 (1978), 178-229 y A. BISANTI, «Fortuna di un epimythion fedriano nella favolistica mediolatina», *Pan* 8 (1987), 105-119.

to le interesa mucho más, ni puedo serte de provecho ni tú a mí resultarme útil».

Esto se lo cuento a los que no me entienden.

13

LAS ABEJAS, LOS ZÁNGANOS Y LA AVISPA JUEZ [172]

Las abejas habían hecho sus panales en lo alto de una encina. Los zánganos perezosos decían que eran suyos. El litigio fue llevado a los tribunales con la avispa como juez; ésta, que conocía muy bien el linaje de ambas especies, hizo a las dos partes la siguiente proposición: «Vuestro cuerpo no es muy distinto y tenéis la misma apariencia, de manera que con razón el asunto resulta tan dudoso. Pero, para que mi escrupulosa conciencia no se equivoque imprudentemente, coged las colmenas y destilad en la cera vuestra producción, para que por el sabor de la miel y la forma del panal sepamos quién es el autor de éstos que ahora están en litigio». Los zánganos no están de acuerdo; a las abejas les parece bien la condición. Entonces la avispa dictó esta sentencia: «Está claro quién no puede hacerlos y quién los ha hecho. Por tanto, restituyo a las abejas el fruto de su trabajo».

Hubiera pasado en silencio esta fábula, si los zánganos no hubieran traicionado el trato pactado [173].

[172] Cf. LA FONTAINE, I 21.

[173] Suele interpretarse que esta fábula ataca a los imitadores o plagiarios de FEDRO (cf. B. E. PERRY, *Babrius and Phaedrus*, Londres-Cambridge, Massachusetts, 1965, pág. 280, A. BRENOT, *Phèdre*..., pág. 46, etc.). Es posible, aunque también puede tratarse de un tema personal ajeno a su obra literaria.

14

LO DIVERTIDO Y LO SERIO [174]

Un ateniense, al ver a Esopo jugando a las nueces [175] entre una caterva de muchachos, se detuvo y se rió de él como de un loco. Cuando el viejo [176], más capacitado para burlarse de los demás que para ser objeto de risa, se percató de ello, colocó en medio de la calle un arco con la cuerda destensada: «Vamos, hombre sabio,» —dijo— «explica lo que acabo de hacer». Acude la gente. Aquél se esfuerza durante mucho tiempo y no comprende el sentido de lo que se le propone. Por fin, se rinde. Entonces, el sabio Esopo le dice victorioso: «Romperás el arco rápidamente si siempre lo tienes tensado; pero si lo aflojas, te será de utilidad cuando lo necesites».

Por eso a veces se debe dar algún descanso al espíritu, para que esté mejor preparado cuando haya que reflexionar.

[174] Cf. SAMANIEGO, V 7. También HERÓDOTO, II 173, quien atribuye la anécdota a Amasis, rey de Egipto. E. MANDRUZZATO (*Fedro*..., pág. 341) pone en relación la fábula con una sentencia de PUBLILIO SIRO, cuya intencionalidad parece justamente la contraria a la del relato fédrico: *arcum intensio frangit, animum remissio* («el arco se rompe por la tensión, el ánimo por la relajación»).

[175] Varios textos nos hablan de este juego, practicado por los niños romanos, donde las nueces parece que cumplían el lugar de las futuras canicas.

[176] FEDRO utiliza el término *senex*, «viejo», para refrirse a ESOPO en varios pasajes; en otras le llama *sophus* (como aquí, algunas líneas más abajo); la experiencia de los hombres de edad era entre los antiguos un elemento capital de la sabiduría. Cf. A. CASCÓN, *El pensamiento de Fedro*..., pág. 195 y ss.

15

UN PERRO A UN CORDERO [177]

Un perro dijo a un cordero que andaba de acá para allá entre las cabras: «Tonto, te has perdido; no está aquí tu madre» y le mostró a lo lejos las ovejas separadas. «No quiero a esa que concibe cuando se le antoja, luego lleva un peso desconocido durante un número concreto de meses y, finalmente, deja caer su carga en el suelo. Quiero a aquella que me alimenta, acercándome su ubre, y hurta la leche a sus hijos para que a mí no me falte». «Sin embargo, es preferible la que te dio la vida». «No es cierto. ¿Cómo supo ella si yo nacería blanco o negro? Más aún, si hubiese querido parir una hembra, ¿de qué le hubiera servido, habiendo nacido yo macho? ¡Gran beneficio me dio, en verdad, con el nacimiento: esperar al carnicero hora tras hora![178]. Su capacidad de elección a la hora de engendrar fue nula. ¿Por qué ha de ser mejor ésta que la que se compadece del abandonado y le otorga voluntariamente su dulce afecto? La bondad hace a los padres, no la ley de la naturaleza».

---

177 Cf. *Rómulo* 32. Posible fábula autobiográfica (cf. Introducción, pág. 18), cuyo mensaje, preferencia de la maternidad adoptiva sobre la natural, no ha sido asumido por los continuadores de nuestro fabulista. Aunque la fábula es original de FEDRO, encontramos el mismo mensaje en una sentencia de MENANDRO, *Monost.*, 452: «Tu padre no es el que te engendró, sino el que te crió».

178 PERRY, siguiendo a HAVET, ha alterado la colocación de los vv. 13 y 14, pero nosotros hemos preferido mantener aquí el orden de los manuscritos, pues no encontramos firmes razones que apoyen tal alteración.

[El autor quiso demostrar con estos versos que los hombres son rebeldes a las normas pero dóciles ante los regalos.][179]

16

LA CIGARRA Y LA LECHUZA [180]

Quien no se aviene a una buena convivencia sufre muchas veces el castigo de su soberbia.

Una cigarra molestaba con su canto estridente a la lechuza, que acostumbra a buscar comida durante la noche y a dormir de día en el hueco de un árbol. Le pidió que se callase y empezó a gritar mucho más fuerte. De nuevo le amonestó con sus ruegos y la cigarra chilló más todavía. La lechuza, cuando vio que no conseguía nada y que sus palabras eran despreciadas, acometió a la gritona con este ardid: «Puesto que no me dejan dormir tus cantos, que se dirían surgidos de la cítara de Apolo[181], tengo la intención de beber este néctar que recientemente me regaló Palas[182]; si no

---

179 La mayoría de los editores consideran que esta moraleja no fue escrita por Fedro; ciertamente el tono es frío y ajeno al de la narración. Con toda probabilidad los versos fueron escritos por algún copista posterior, tal vez porque Fedro no incluyó epimitio, al considerar que las últimas palabras del cordero cerraban perfectamente la fábula.

180 No conocemos otras versiones de esta fábula.

181 Apolo o Febo es en la mitología griega el dios de la música; la cítara, un instrumento de cuerda similar a la lira con el que el dios ejecutaba los más bellos cánticos.

182 Palas Atenea, Minerva entre los latinos, es la diosa de la sabiduría, surgida según la mitología del cerebro de Zeus, aparece en las representaciones acompañada de una lechuza, animal protegido de la diosa, especialmente considerado por su inteligencia.

te importuna, ven; bebamos juntas». La cigarra, que ardía de sed, tan pronto como supo que su voz era alabada, voló anhelante. La lechuza, después de tapar la entrada de su nido, persiguió a la temblorosa cigarra y le dio muerte.

Así, concedió muerta lo que había negado en vida.

17

LOS ÁRBOLES TUTELADOS POR LOS DIOSES [183]

En otro tiempo los dioses eligieron los árboles que querían tener bajo su tutela. A Júpiter le gustó la encina, el mirto a Venus [184], a Febo el laurel, el pino a Cibeles, el alto chopo a Hércules. Minerva preguntó sorprendida por qué elegían los árboles estériles. Júpiter expuso la causa: «Para que no parezca que vendemos el honor de nuestra protección a cambio del fruto». «¡Por Hércules! Que otros digan lo que quieran; a mi el olivo me es grato por su fruto». Entonces, el padre de los dioses y creador de los hombres [185] habló así: «¡Oh hija, con razón todos dicen que eres sabia! Si no es útil lo que hacemos, vana es la gloria».

La fábula aconseja no hacer nada que no sea provechoso.

---

[183] Desconocemos si existen otras versiones de esta fábula.

[184] Venus es la diosa del amor y el mirto un símbolo erótico. Cuenta el mito que Venus, después de nacer de las espumas del mar, llegó a Citera y allí, avergozada de su desnudez, se escondió tras un mirto; por eso después lo adoptó como uno de sus atributos.

[185] Júpiter.

18

EL PAVO SE DIRIGE A JUNO A PRÓPOSITO DE SU VOZ [186]

Un pavo se presentó ante Juno [187], quejándose indignado porque no se le había otorgado el canto del ruiseñor, pues éste agradaba a todos los oídos y él era objeto de burla en cuanto hacía oír su voz. Para consolarle la diosa le dijo: «Pero tú le superas en belleza y también en tamaño; el brillo de la esmeralda resplandece en tu cuello y con tus plumas multicolores despliegas una cola de piedras preciosas». «¿De qué me sirve una belleza muda», replicó, «si soy superado en el trino?» «Las cualidades os han sido otorgadas según el designio de los hados: a ti la belleza, la fuerza al águila, el canto al ruiseñor, el buen augurio al cuervo y los presagios favorables [188] a la corneja, y todas las aves están contentas con sus propias dotes. No quieras tener lo que no

---

[186] Cf. *Rómulo* 74; María de Francia, 43; La Fontaine, II 17. Sobre esta fábula, cf. A. E. Curdy, «The Versions of the Fable of the Peacock and Juno», *Studies in Honor of A. Marshall Elliot*, I, Baltimore, 1911, págs. 329-346.

[187] El pavo estaba bajo la tutela de Juno o Hera, esposa de Zeus, tal como se aprecia en las representaciones en las que aparece tirando del carro de la diosa.

[188] El texto latino dice *laeva omina*, literalmente: «los presagios de la izquierda». Estos presagios «siniestros» de la corneja son considerados malos o desfavorables por algunos traductores (cf. Perry, Mandruzzato, Zapata); otros, como Segalá, no se definen y traducen por «presagios de la izquierda»; nosotros estamos de acuerdo con Mañas y algunos otros, al considerar que estos presagios eran favorables: primero, porque Juno habla de las buenas cualidades de los animales y, en segundo lugar, porque, en *Sobre la adivinación,* Cicerón cuenta que cuando la corneja aparecía por la izquierda era señal de buen augurio (cf. I 85).

se te ha otorgado, no sea que tu esperanza frustrada se convierta en lamento».

19

ESOPO RESPONDE A UN CHARLATÁN[189]

Esopo era el único esclavo de su amo y se le ordenó preparar la cena a una hora temprana. Entonces, recorrió algunas casas buscando lumbre y, por fin, encontró donde encender su candil. Luego, para abreviar el camino que a la ida se había hecho largo con sus rodeos, emprendió el regreso en línea recta por medio de la plaza. Entre tanta gente un charlatán le dijo: «Esopo, ¿qué haces con una luz en pleno día?» «Busco a un hombre», le dijo y siguió de prisa hacia su casa.

Si aquel importuno captó el sentido de la respuesta, comprendió, sin duda, que al viejo Esopo no le pareció un hombre alguien que sin venir a cuento bromeó con quien estaba entregado a sus tareas[190].

EPÍLOGO

Me quedan algunos argumentos por escribir, pero a sabiendas guardo mi pluma; primero, porque no quiero parecerte demasiado molesto cuando te ocupa tan gran diversidad de asuntos; luego, por si alguno por casualidad quiere abordar este mismo género, para dejarle algo de tarea, aunque la materia es tan abundante que falta obrero para el trabajo, no trabajo al obrero. Te pido que a mi brevedad le des el premio que has prometido; cumple con tu palabra, pues cada día que pasa la vida se aproxima a la muerte, y a medida que la dilación consuma el tiempo, tanto menos de tu beneficio llegará hasta mí. Si lo haces con prontitud, su uso será más prolongado; lo disfrutaré más tiempo cuanto antes empiece. Mientras en mi declinar haya restos de vida, hay lugar para la ayuda: más adelante, debilitado ya por la vejez, tu bondad se esforzará inútilmente en ayudarme, pues ya el beneficio habrá dejado de serme útil y la Muerte próxima reclamará su deuda. Es tonto conmoverte con ruegos cuando tú eres por naturaleza inclinado a la misericordia. A menudo alcanzó el perdón el reo confeso: ¿con cuánta más justicia no debe otorgársele al inocente? Es tu cometido; antes fue de otro; después, por un giro similar de las cosas, vendrá el turno de los siguientes. Decide lo que tu conciencia y la lealtad de tu palabra te permiten para que me alegre por depender de tu sentencia. Mi ánimo excede el límite que se propuso, pero difícilmente se contiene la voz de aquel que, consciente de su sincera integridad, es insultado por los ataques de los culpables. ¿Quiénes son?, me preguntarás. Aparecerán con el tiempo[191]. Yo, mientras conserve la cordura, recordaré muy bien una frase que leí cuando era niño: «Murmurar en público es un sacrilegio para un plebeyo»[192].

[189] La anécdota que narra esta fábula se atribuye comúnmente a Diógenes el Cínico (cf. DIÓGENES LAERCIO, VI 2, 41 y PLUTARCO, *Banquete de los siete sabios* 189C).

[190] La interpretación de Fedro, llevando la ambigüedad filosófica de la anécdota a la cotidianeidad del quehacer humano, es muy del gusto de nuestro fabulista, romano al fin; parece claro, sin embargo, que la intención es otra, aunque todavía hoy es problemática y discutida.

[191] Cf. Introducción, págs. 20-23.

[192] Verso de una tragedia perdida de ENNIO titulada *Télefo* (Frag. 331 VALHEN).

LIBRO CUARTO

PRÓLOGO

EL POETA A PARTICULÓN

Cuando había decidido poner punto final a mi obra, con la intención de dejar suficiente materia a otros[193], he condenado en mi fuero interno mi propósito, pues si hay alguno que quiera continuar esta obra con el mismo título, ¿de qué modo adivinará qué cosas he omitido y podrá empezar a entregarlas a la fama, cuando cada uno tiene su propia inspiración y el estilo es peculiar en cada autor? Así pues, no es una ligereza sino un sólido argumento el que me proporciona la excusa para seguir escribiendo. Por ello, Particulón[194], ya que te gustan las fábulas (que yo llamo esópicas, no de Esopo[195], puesto que él enseñó unas pocas y yo he escrito muchas, sirviéndome del género antiguo pero con temas

[193] Cf. III, epílogo 4-5: «...por si alguno por casualidad quiere abordar este mismo género, para dejarle algo de tarea».

[194] Nada sabemos de este Particulón que parece haber contribuido a la difusión de las fábulas de Fedro. Su nombre «coheredero» apoya la posibilidad de que se trate de un liberto.

[195] Cf. Introducción, pág. 12 y n. 8.

nuevos), leerás completo el cuarto libro, cuando tengas tiempo. Si la maldad quiere denigrarlo por no ser capaz de imitarlo, que lo denigre. Yo ya he alcanzado la gloria, porque tú y otros como tú citáis mis palabras en vuestros escritos y consideráis que mi trabajo merece un prolongado recuerdo. No deseo el aplauso de los iletrados.

1

EL ASNO Y LOS GALOS[196]

Quien nace desgraciado no sólo pasa la vida triste, sino que después de muerto también le persigue la dura infelicidad de su destino.

Los sacerdotes de Cibeles acostumbraban a llevar de un lado a otro para sus colectas[197] un asno que cargaba con los bultos. Cuando murió por el esfuerzo y los golpes, le arrancaron la piel y se hicieron tambores. Luego, cuando alguien les preguntó qué habían hecho con su borriquito[198], respondieron de este modo: «Pensaba que después de la muerte iba a estar seguro; pero, mira, nuevos golpes azotan al muerto»[199].

[196] Cf. Esopo, 164; Babrio, 141; *Rómulo* 68; Samaniego, V 21, quien apostilla su versión con esta moraleja: «Quien por su mala estrella es infelice, / aun muerto lo será: Fedro lo dice». Los galos eran sacerdotes mendicantes de la diosa Cibeles. El culto de esta diosa, de carácter orgiástico y místico, procedía de Asia Menor, pero se extendió por todo Occidente. Recorrían las calles llevando sobre un asno la estatua de la diosa y hacían colectas (cf. Lucrecio, *La naturaleza* II 598-645). Mandruzzato (*Fedro...*, pág. 345) apunta la posibilidad de que el nombre de *Galli* se deba al hecho de que estos sacerdotes procedieran de Galacia.

[197] Nos separamos de la edición de Perry, que lee *questus,* y leemos, como la mayoría de los editores, *quaestus*.

[198] El texto dice *delicium,* «delicia, objeto de amor», con intención claramente irónica. G. Solimano (*Fedro...*, pág. 193) cree ver aquí una maliciosa alusión al comportamiento sexual de los *Galli,* que al iniciarse en el sacerdocio eran castrados.

2

EL POETA[200]

Te parece que hago bromas y, ciertamente, juego con pluma ligera mientras no tengo cosas más importantes. Pero mira estas bagatelas con detenimiento: ¡Cuánta utilidad hallarás en estas naderías! No siempre las cosas son lo que parecen: la primera vista engaña a muchos; es rara la inteligencia que comprende lo que el cuidado del poeta ha escondido en el rincón más oculto. Para que nadie crea que estoy hablando por hablar, contaré la fábula de la comadreja y los ratones.

Una comadreja, ya débil en su avanzada edad, como no pudiese alcanzar a los ratones veloces, se revolcó en harina y se echó descuidadamente en un rincón oscuro. Un ratón, pensando que era comida, saltó encima y apresado encontró la muerte; luego otro pereció de forma similar y tras él un

[199] La intención del relato no está clara. Tal vez sea una parodia de la omnipotencia del destino defendida por la filosofía estoica o, por el contrario, un intento de apoyar tal tesis. En realidad, las versiones de Esopo y Babrio muestran que la fábula se ha montado sobre la imagen humorística —humor negro, ciertamente— de la piel del asno que sigue recibiendo palos una vez convertida en tambor. Así lo prueba la réplica final de la versión babriana: «se ha muerto —dijeron— y recibe ahora tantos palos como nunca aguantó en vida».

[200] Cf. Esopo, 79; Babrio, 17; *Rómulo* 72; La Fontaine, III 18; Samaniego, V 23. Las versiones de Esopo y Babrio son bastante distintas de la de Fedro. La Fontaine se inspira en las versiones de Esopo y de Fedro, Samaniego depende básicamente de Fedro.

tercero. Después de algunos otros, vino uno, curtido por los años y que a menudo había escapado a los cepos y ratoneras, y, viendo desde lejos la trampa de su astuta enemiga, le dijo: «¡Tú, la que estás tendida, que te vaya tan bien como la harina que eres!».

3

LA ZORRA Y LAS UVAS[201]

Una zorra, acuciada por el hambre, saltaba con todas sus fuerzas tratando de alcanzar las uvas de una parra elevada. Como no llegó a tocarlas, dijo al marcharse: «Todavía no estáis maduras; no quiero cogeros verdes».

Deberán aplicarse este ejemplo a sí mismos los que desacreditan con palabras lo que son incapaces de realizar.

4

EL CABALLO Y EL JABALÍ[202]

Al chapotear en el agua, un jabalí enturbió un vado, donde un caballo tenía costumbre de calmar su sed. De aquí

[201] Cf. Esopo, 15; Babrio, 18; *Rómulo* 71; La Fontaine, III 11; Samaniego, IV 6. Según R. Adrados (*Historia de la fábula...,* III, pág. 43), el tema está ya en una fábula sumeria, en la que un perro que no logra coger los dátiles dice que están amargos. La frase de la zorra se ha convertido en un proverbio universal.

[202] Cf. Esopo, 269; *Rómulo* 79; La Fontaine, IV 13; Samaniego, II 20. A ella se refieren también Aristóteles, *Ret.* II 20, 5, y Horacio, *Epist.* I 10, 34-41. Sobre las distintas versiones de esta fábula, cf. M Nojgaard, «Le cerf, le cheval et l'homme. Étude sur la transmission des fables antiques», *Classica & Medioevalia* 24 (1963), 1-19, y F. R. Adrados, «Neue jambische Fragmente aus archaischer und klassischer Zeit», *Philologus* 26 (1982), 157-159.

surgió una disputa. El de pie ruidoso[203], encolerizado con la fiera, requirió la ayuda del hombre y, subiéndole en su grupa, volvió ufano ante el enemigo. Dicen que el jinete, tras matar al jabalí con sus armas, habló de esta manera: «Estoy contento de haber prestado auxilio a tus ruegos, pues he capturado una presa y he aprendido cuán útil eres». Y así obligó al caballo, mal de su grado, a soportar el freno. Entonces, el caballo dijo entristecido: «Mientras buscaba enloquecido la venganza por un asunto sin importancia, he encontrado la esclavitud».

Esta fábula advertirá a los iracundos que es mejor dejar impune una ofensa que entregarse a otro.

5

EL POETA[204]

Frecuentemente un solo individuo vale más que toda una multitud; trasmitiré esta idea a la posteridad en un breve[205] relato.

[203] *Sonipes,* epíteto utilizado con frecuencia por los poetas romanos para designar al caballo.

[204] No conservamos ninguna otra versión de esta fábula. Tal vez su extensión y sus características formales —es una fábula a medio camino entre el enigma y el cuento— han motivado que los continuadores de Fedro la considerasen ajena al género fabulístico. Sobre esta fábula, cf. A. Guaglianone, «Commento a la favola IV 5 (Poeta) e alle altre favole giudiziarie di Fedro», *Anali della Fac. di Lett. e Fil. dell' Univ. di Macerata* 3-4 (1970-1971), 437-452.

[205] Aparentemente hay una contradicción entre la brevedad de la fábula que Fedro anuncia en el promitio y su extensión real, pero hay que tener en cuenta que seguramente el fabulista se ha esforzado en resumir un relato que por sus características debería ser más extenso.

Un hombre dejó tres hijas al morir: una hermosa que cautivaba a los hombres con sus ojos; otra, hilandera, frugal y de espíritu campestre; la tercera, devota del vino y muy fea. El anciano instituyó heredera a la madre de éstas a condición de que distribuyese su fortuna de forma igualitaria entre las tres, pero de tal modo que «no posean ni disfruten lo que se les ha dado» y, además, «que tan pronto como dejen de tener lo que han recibido, entreguen a la madre cien mil sestercios[206]». El rumor se extiende por Atenas. La madre, solícita, consulta a los juristas; ninguno comprende de qué modo no poseerán lo que les ha sido entregado ni aprovecharán sus beneficios; y, además, por qué medio entregarán esa cantidad de dinero las que no se han quedado con nada. Transcurrido un largo espacio de tiempo sin que pudiera colegir el sentido del testamento, la madre, dejando a un lado el derecho, apeló a su buena fe. Separa para la ramera los vestidos, el ajuar femenino, la bañera de plata y los eunucos depilados; para la hilandera, las tierras, el ganado, la casa de campo, los criados, los bueyes, los animales de carga y los aperos de labranza; para la bebedora, la bodega con viejos toneles, la elegante mansión y los alegres jardines. Cuando se disponía a entregar a cada una lo que de este modo se le había destinado con la aprobación del pueblo que las conocía, Esopo apareció en medio de la multitud y dijo: «¡Si el difunto padre levantase la cabeza, qué mal llevaría que los atenienses no hubiesen podido interpretar su voluntad!» Luego, cuando se le preguntó, resolvió el error de todos: «Entregad la mansión y sus adornos con los hermosos jardines y los vinos viejos a la hilandera amante del campo; los vestidos, las perlas, los lacayos y las cosas de es-

[206] Moneda de plata de los romanos que equivalía a dos ases y medio. Su mención en un relato que transcurre en la Atenas de Esopo es, evidentemente, un anacronismo.

te tipo asignádselos a la que lleva una vida disoluta; las fincas, la casa de campo y el ganado con los pastores dádselos a la ramera. Ninguna podrá soportar tener en su poder algo ajeno a sus costumbres. La fea venderá el ornato para comprar vino. La frívola se desprenderá de las fincas para tener con qué engalanarse; y aquella a la que le gusta el ganado y trabajar la lana venderá a cualquier precio los lujos de su casa. Así ninguna poseerá lo que le haya sido dado y entregarán a la madre el dinero estipulado sacándolo del precio de lo que cada una haya vendido».

Así, la perspicacia de un solo hombre encontró lo que había dejado escapar la irreflexión de muchos.

6

LA BATALLA DE LOS RATONES Y LAS COMADREJAS[207]

Huían los ratones vencidos por el ejército de las comadrejas (historia que se pinta en cuantas tabernas hay)[208] y se agolpaban temblorosos alrededor de sus angostos escondrijos; aunque se introdujeron con mucha dificultad, escaparon no obstante a la muerte. Sus jefes, que llevaban atados en sus cabezas unos cuernos[209] para tener durante el combate

[207] Cf. ESOPO, 165; BABRIO, 31; SAMANIEGO, IV 20. Existe también un poema épico burlesco de edad helenística, publicado por H. S. SCHIBLI, «Fragments of a Weasel and Mouse war», *Zeitshrift für Papyrologie und Epigraphik* 53 (1983), 1-25.

[208] Entre los romanos estaba enormemente difundida la costumbre de pintar leyendas y fábulas populares no sólo en las tabernas sino también en las casas.

[209] En la Antigüedad los cuernos eran símbolo de poder. El término *cornua* en latín es sinónimo de coraje. Recordemos en tal sentido el casco guerrero de los vikingos y otros pueblos germánicos, generalmente adornados con cuernos.

una señal visible que pudieran seguir sus soldados, tropezaron en las puertas y fueron capturados por los enemigos; el vencedor, después de sacrificarlos con sus ávidos dientes, los sepultó en la gruta infernal de su espacioso vientre.

Cuando un acontecimiento funesto oprime a un pueblo cualquiera, la grandeza de los poderosos corre peligro; el pueblo llano encuentra fácilmente cómo ponerse a cubierto[210].

7

FEDRO[211]

Tú, crítico de fino olfato[212], que denigras mis escritos y desdeñas leer este tipo de bagatelas, sostén el libro con un poco de paciencia, mientras yo aplaco la severidad de tu entrecejo y entra en escena un nuevo Esopo con coturnos[213]:

«Ojalá en los bosques del monte Pelión[214] nunca hubiera caído el pino abatido por el hacha tesalia, y ojalá, para em-

[210] La misma idea aparece en I 15. Cf. A. Cascón, *El pensamiento...*, pág. 282.

[211] Con esta fábula como modelo escribió La Fontaine su alegato «Contra los exigentes» (II 1), una prueba inequívoca de hasta qué punto el francés es deudor de Fedro en lo que se refiere a la concepción del género fabulístico. Un comentario sobre esta fábula puede verse en A. Cavarzere, «La trama allusiva di Fedro IV 7», *Atti e mem. dell'Accad. Pataviana di scien. let. ed arti* 86, parte III, (1973-1974), 99-119.

[212] El texto dice *nasutus*, «narigudo», con la acepción metafórica que el término tenía en el latín de la época, cf. *supra*, n. 142 y Horacio, *Sát.*, I 6, 5.

[213] Calzado propio de los actores trágicos. Fedro parece demostrar que también es capaz de escribir tragedias y en los versos siguientes imita la *Medea exul* de Ennio (cf. Warmington, *Remains of Old Latin*, I, pág. 312).

[214] Monte de Tesalia, próximo al Olimpo.

prender la ruta audaz de una muerte anunciada, Argos no hubiera fabricado con ayuda de Palas la nave que por primera vez descubrió las orillas del inhospitalario Ponto para ruina de griegos y bárbaros[215]. Llora, en efecto, la casa del orgulloso Eetes y se desploman los reinos de Pelias por el crimen de Medea, quien, envolviendo su natural cruel con diferentes artimañas, enseñó en una ocasión el camino de su huida mediante los miembros de su hermano, manchó en otra las manos de las hijas de Pelias con el crimen de su padre[216]».

¿Qué te parece? «Esto también es insulso», me responde, «y el contenido falso, pues muchos años antes Minos[217] dominó el mar Egeo con su escuadra y reivindicó el modelo de un imperio justo». ¿Qué puedo hacer para ti, lector Catón[218], si no te agradan las fábulas ni las tragedias? No seas tan molesto con las letras, no vayan a causarte a ti una molestia más grande.

[215] Alusión a la expedición de los argonautas. Argos fabricó con la ayuda de Palas Atenea, diosa de la sabiduría, la nave que llevó a los expedicionarios hasta el Ponto Euxino, el Mar Negro.

[216] Medea, enamorada de Jasón, despedazó a su hermano Apsirto y esparció sus restos, para emprender la huida mientras su padre Eetes, rey de la Cólquide, se retrasa al tratar de recuperarlos y darles sepultura. Pelias era el rey tesalio que había prometido a Jasón el reino de Yolco, si éste volvía con el vellocino de oro; sus hijas le dieron muerte arrojándole en una caldera de agua hirviendo con el deseo de rejuvenecerle, pues Medea les había prometido resucitarlo, promesa que luego no cumplió.

[217] El crítico al que Fedro se dirige sigue sin estar conforme y le reprocha, ahora, que se ha olvidado de Minos, rey de Creta, quien en tiempos aún más remotos liberó el Mar de Egeo de la piratería.

[218] Catón el Censor representaba en época de Fedro el paradigma del rigor moral y del pragmatismo, el modelo del romano nacionalista que miraba con recelo las fantasías literarias que, procedentes de Grecia, amenazaban con invadir Roma. Por eso esta fábula no sólo es una reivindicación del género, sino de la literatura en general.

Esto se dice contra aquellos que están asqueados a causa de su estupidez y vituperan incluso al cielo para aparentar que saben.

8

LA SERPIENTE EN EL TALLER DEL HERRERO[219]

Véase reflejado en esta fábula quien ataca con diente malvado a uno más mordaz.

Una víbora entró en el taller de un herrero. Buscando si había algo de comer, mordió una lima. Ésta, replicó sin inmutarse: «¿Por qué, estúpida, intentas herirme con tu diente a mí, que acostumbro a desgastar toda clase de hierro?».

9

LA ZORRA Y EL MACHO CABRÍO[220]

En cuanto un hombre astuto se encuentra en peligro, busca su escapatoria con la desgracia de otro.

Una zorra se cayó en un pozo sin darse cuenta y estaba atrapada por la altura del brocal; entonces, un macho cabrío llegó sediento al mismo lugar. Enseguida preguntó si el agua estaba dulce y era abundante y la zorra, maquinando una trampa, dijo: «Baja, amigo; el agua está tan buena que mi gusto no puede hartarse». El barbudo[221] se metió. Enton-

[219] Esopo, 59; *Rómulo* 62; La Fontaine, V 16; Samaniego, I 15; Horacio parece aludir a la versión esópica en *Sát.* II 1, 77-78.

[220] Cf. Esopo, 9; La Fontaine, III 5; Samaniego, V 12.

[221] Cf. *supra*, n. 8.

ces la zorruela salió del pozo apoyándose en sus altos cuernos y dejó al cabrón aprisionado en el estanque.

10

SOBRE LOS VICIOS DE LOS HOMBRES[222]

Júpiter colocó sobre nuestros hombros una alforja: una bolsa, repleta de nuestros vicios cuelga a la espalda, la otra, cargada con los ajenos, delante del pecho.

Por esta razón no podemos ver nuestros defectos, pero, tan pronto como los demás cometen una falta, somos sus censores.

11

EL LADRÓN Y LA LÁMPARA[223]

Un ladrón encendió una lámpara con el fuego del altar de Júpiter y con su luz saqueó el templo. Cuando se marchaba cargado con el producto de su sacrilegio, la sagrada Religión[224] hizo repentinamente oír su voz: «Aunque estas ofrendas eran de gentes malvadas y odiosas para mí y no me

[222] Cf. Esopo, 266; Babrio, 66; La Fontaine I 7; Samaniego, V 20. También Catulo, 22, 21; Horacio, *Sát.* II 3, 299 y Séneca, *Sobre la ira*, II 28, 8.

[223] No conocemos ninguna otra versión de esta fábula, basada en un antiguo precepto de la religión romana: la prohibición de encender fuego con la llama sagrada del altar de los dioses *(vid.* «prohíbo que haya tal comercio de luz»). El desconocimiento o la falta de interés por tal principio es probablemente la causa de que los continuadores de Fedro no hayan tenido en cuenta esta fábula.

[224] Fedro deifica a la Religión, como en I 27 y *Ap.* 8.

disgusta que las hayas robado, sin embargo, pagarás, sacrílego, tu culpa con tu vida cuando en su momento llegue el día prescrito de tu pena. De todas formas, para que nuestro fuego, con el cual la piedad honra a los dioses venerandos, no alumbre el crimen, prohíbo que el uso de esa luz sea el que tú has hecho».

Por eso hoy es sacrílego encender una lámpara con la llama de los dioses y el fuego sagrado con una lámpara[225].

Nadie más que su autor podrá explicar cuantas cosas útiles contiene esta fábula. Quiere decir, en primer lugar, que frecuentemente esos a los que tú has alimentado resultan ser tus máximos enemigos; en segundo lugar, enseña que los crímenes no son castigados por la cólera divina, sino en el tiempo marcado por el destino[226]; finalmente, prohíbe que el bueno comparta el uso de cualquier cosa con el malvado.

12

LAS RIQUEZAS SON MALAS[227]

Con razón el dinero es odioso para el hombre valiente, pues un arca rica es un obstáculo para la verdadera gloria.

Admitido Hércules en el cielo por su valor, saludaba a los dioses que le felicitaban, pero, al acercarse Pluto, que es

[225] El carácter puro del fuego sagrado prohibía servirse de él para fines profanos y, si la llama se apagaba, su encendido requería un ritual concreto; cf. N. Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, Barcelona, 1979, págs. 34-36.

[226] Sobre este asunto, cf. A. Cascón, «Fatum y Fortuna...», págs. 55-56.

[227] Cf. *Esopo*, 111.

hijo de la Fortuna[228], volvió la mirada. El Padre[229] le preguntó la causa: «Le odio», respondió, «porque es amigo de los malvados y, ofreciendo ganancias, corrompe todas las cosas».

13

LA CORTE DE LOS MONOS[230]

«Nada hay más útil para el hombre que hablar con sinceridad». Ciertamente, esta máxima debe ser aprobada por todos, pero la sinceridad suele conducir a la perdición ⟨en aquellos lugares en que la mentira vale más que la verdad⟩[231].

⟨Dos hombres, uno mentiroso y otro sincero, hacían juntos el camino y andando llegaron al país de los monos. Cuando los vio uno de los muchos monos que había, justamente el que parecía ser su jefe, mandó detenerlos para preguntarles qué opinión tenían de él los hombres. Ordenó a todos sus semejantes colocarse en hilera delante de él, a derecha e izquierda, y que le preparasen un trono. Tal como había visto una vez al emperador, así hizo que se colocasen ante él. Manda que los hombres sean conducidos al centro.

[228] Frente a la genealogía tradicional que hace a Pluto hijo de Démeter y Yasión (cf. Hesíodo, *Teog.* 969 e Higino, 2, 4), Fedro prefiere la tradición que lo hace hijo de la Fortuna (cf. Pausanias, IX 16, 2).

[229] Júpiter.

[230] De esta fábula sólo se han conservado los tres primeros versos del promitio; en los códices *P* y *R* van precedidos del título *De leo regnante*, que aparece también en la siguiente fábula. Perry considera que este promitio pertece a la fábula *Simius tiranus*, que encontramos en *Ademar* y *Rómulo* (Cf. Thiele, 78). A continuación del promitio de Fedro damos la traducción del texto de *Ademar*, el que da Perry.

[231] Este verso es conjetura de C. Zander, *Phaedrus solutus*, pág. 35.

El jefe de los monos dijo: «¿Quién soy yo?». El mentiroso replicó: «Tú eres el general». De nuevo preguntó: «¿Y estos que ves colocarse delante de mí?». Respondió: «Éstos son tus cortesanos, chambelanes, mariscales de campo y oficiales del ejército». Y como la mentira le halagó a él y al resto de los simios, ordenó recompensar al hombre; como les aduló, engañó a todos. Junto a él el hombre sincero meditaba: «Si este mentiroso, que no ha dicho más que falsedades, es recibido de tal modo, yo, si digo la verdad, tendré una recompensa más grande». Entonces, dijo el jefe de los monos: «Di tú también quién soy yo y estos que ves ante mí». Aquel hombre, amante de la verdad y que nunca decía mentiras, dijo: «Tú, sin duda, eres un mono y todos estos semejantes a ti son y siempre han sido monos». Inmediatamente ordena despedazarlo a dentelladas y arañazos por haber dicho la verdad.

Para los hombres malvados, que aman la maldad y la mentira y desdeñan la honradez y la verdad.⟩

14

DEL LEÓN REY[232]

⟨Donde guardar silencio se castiga con el tormento, hablar conlleva la misma pena[233]⟩

Como el león se convirtiese en rey de las fieras y quisiese alcanzar fama de justo, se apartó de sus antiguos hábitos y, contento con poco alimento, administraba entre los ani-

[232] En los manuscritos *P* y *R* sólo conservamos los versos 2-7 de esta fábula. En su edición, PERRY la completa con el texto de la paráfrasis de *Rómulo*. Cf. *Rómulo* 70 y LA FONTAINE, VII 7.

[233] Como promitio (v. 1) PERRY introduce este verso: *Tacere <ubi> tormentum, <par> poenast loqui,* que es reconstrucción de C. ZANDER (*Phaedrus solutus,* pág. 59).

males las sagradas leyes con inquebrantable rectitud. Después que su arrepentimiento empezó a tambalearse...[234]

⟨...y que no consiguió cambiar su naturaleza, empezó a llevar a algunos a un lugar apartado y a preguntarles con engaño si tenía mal aliento. Unos decían que sí y otros que no, pero a todos los descuartizaba hasta saciar su sanguinario apetito. Después de haber hecho esto con muchos, preguntó al mono si le olía mal la boca. Éste dijo que su fragancia era como la del cinamomo y como la de los altares de los dioses. El león respetó sus elogios, pero, para engañarlo, cambió de táctica buscando un nuevo truco y se fingió enfermo. Enseguida acudieron los médicos; cuando examinaron sus venas y vieron que su pulso estaba bien, le aconsejaron tomar algún alimento que fuese ligero y le quitase sus problemas digestivos, pues a los reyes todo les estaba permitido. «Desconozco», dijo, «la carne de simio; quisiera probarla». Así habló y al punto se dio muerte al mono, que tan bien había hablado, para que su carne sirviera de alimento.

La misma pena sufre el que habla y el que guarda silencio.⟩

15

PROMETEO[235]

⟨Entonces, sirviéndose de la misma materia, lo hizo inmediatamente⟩, formando la lengua de la mujer a imagen de la vagina. Luego la indecencia prolongó el parecido.

[234] El texto que sigue es la traducción del texto de *Rómulo* (*recensio vetus*) que da PERRY.

[235] Fábula etiológica, como IV 16, de la que sólo conservamos dos versos. El primero, entre corchetes, es conjetura de C. ZANDER (*Phaedrus solutus,* pág. 35). Quizá por su carácter impúdico esta fábula nunca ha sido imitada.

16

OTRA VEZ PROMETEO[236]

***[237] Otro preguntó qué disposición de la naturaleza había engendrado a las lesbianas y a los hombres afeminados; el viejo[238] lo explicó: «El mismo Prometeo, creador de un pueblo de arcilla que se rompe en cuanto tropieza con la Fortuna, había modelado por separado durante todo el día las partes naturales que el pudor oculta con el vestido, para poder adaptarlas luego a sus cuerpos respectivos; entonces inesperadamente fue invitado a cenar por Líber[239]; tras inundar allí sus venas de abundante néctar, regresó tarde a su casa tambaleándose. Así, con el cerebro embotado y confundido por su ebriedad, colocó sexo de mujer a cuerpos masculinos y miembros de varón a mujeres. Por eso ahora el placer se disfruta con depravada alegría».

17

SOBRE LA BARBA DE LAS CABRAS[240]

Como las cabras hubiesen conseguido de Júpiter tener barba, los cabrones empezaron a indignarse entristecidos por-

[236] Tal vez por la misma razón tampoco encontramos en otros escritores imitaciones o recreaciones de este relato. La leyenda que hace a Prometeo creador de la raza humana a partir de arcilla es tardía pero muy difundida. Cf. *infra, Ap.*, 5-6 y Marcial, XIV 92, entre otros.

[237] El comienzo de la fábula se ha perdido.

[238] Probablemente Esopo.

[239] Antigua divinidad latina identificada después con Baco.

[240] Cf. Samaniego, II 19.

que las hembras les habían igualado en dignidad. «Permitidlas disfrutar de una gloria vana y que usurpen el adorno de vuestro rango, con tal de que no puedan igualaros en fuerzas».

Te aconseja esta fábula soportar a los que son iguales a ti en el aspecto exterior, pero no tienen la misma valía[241].

18

SOBRE LA SUERTE DE LOS HOMBRES[242]

Como un individuo se lamentase de su suerte, Esopo compuso esta fábula para consolarlo.

Una nave era agitada por crueles tempestades entre las lágrimas de los pasajeros y el miedo a la muerte, cuando repentinamente el día se serenó; la nave, ya segura, empezó a ser arrastrada por vientos favorables y a provocar en los marineros una alegría excesiva. El timonel, a quien el peligro había hecho sabio, habló así: «Conviene alegrarse con parquedad y quejarse con moderación, pues toda la vida es una mezcla de dolor y alegría».

[241] Parece una fábula alusiva a alguna circunstancia de la vida de Fedro. En todo caso, la barba era el distintivo de los filósofos, sobre todo de los cínicos, y hay una larga tradición de alegatos literarios contra los que no tienen de filósofos más que la barba. (Cf. Mandruzzato, *Fedro*..., pág. 342). En Plutarco (*Charlas de sobremesa* 709B) encontramos el siguiente refrán: «La barba no hace al filósofo».

[242] Cf. Esopo, 78, y Samaniego, IV 23.

19

LOS PERROS ENVIARON EMBAJADORES A JÚPITER[243]

En otro tiempo los perros enviaron embajadores a Júpiter reclamando mejores condiciones de vida y que les librase de las afrentas de los hombres, porque les daban pan amasado con salvado y sobre todo porque colmaban su hambre voraz con repugnante estiércol. Los embajadores se pusieron en marcha sin mucha prisa; mientras olfatean comida entre la basura, no responden a las citas de Júpiter. Finalmente, a duras penas los encuentra Mercurio[244] y se los lleva muy turbados; pero entonces, cuando vieron el rostro del gran Júpiter, se cagaron de miedo ensuciando todo el palacio. El gran Júpiter prohíbe que se les deje regresar y a bastonazos los ponen en la calle ***[245]. Se admiran de que sus embajadores no regresen. Pensando que han realizado algo vergonzoso, deciden, después de algún tiempo, enviar una nueva embajada. Corre la voz sobre los anteriores embajadores[246]; temerosos de que pueda ocurrir algo similar, llenan el ano de los perros con perfume, pero en gran cantidad. Se

[243] Quizá por su tono escatológico no ha sido imitada por fabulistas posteriores. MANDRUZZATO (*Fedro...*, pág. 342) opina que es una fábula alusiva, donde los perros representarían algún *coetus* («corporación») rival y Júpiter al emperador.

[244] En su calidad de mensajero de los dioses Mercurio era el máximo especialista en búsquedas, por eso sólo él encuentra a los perros perdidos.

[245] PERRY señala aquí una laguna en el texto, que otros editores no admiten.

[246] Nos separamos aquí de PERRY, que acepta la conjetura *cacatus* de POSGATE, y mantenemos el *legatos* del manuscrito *P*.

dan las instrucciones; parten los embajadores; llegan[247]. En seguida consiguen la audiencia solicitada. Entonces, toma asiento el gran padre de los dioses y agita su rayo; todo empieza a moverse. Los perros, confundidos porque el fragor había sido repentino, se cagan súbitamente, mezclando el perfume con la mierda. Gritan todos los dioses que la injuria debe ser vengada. Júpiter en el momento de dictar sentencia habló así: «No es propio de un rey permitir que los embajadores no regresen ni difícil imponer el castigo por su culpa. Ésta será la recompensa por su insultante conducta: no impido que se marchen, pero sufrirán hambre, para que puedan contener su vientre. Y aquellos que por dos veces enviaron embajadores tan incontinentes nunca carecerán de la afrenta de los hombres».

Por eso, ahora, sus descendientes esperan a sus embajadores y cuando alguno ve venir a un perro desconocido le huele el culo.

20

LA SERPIENTE QUE MATÓ AL HOMBRE MISERICORDIOSO[248]

Quien presta auxilio a los malvados, lo lamenta con el tiempo.

Un hombre cogió una serpiente que se hallaba rígida a causa del frío y la abrigó en su regazo, practicando contra sí mismo una nociva misericordia, pues, cuando se recuperó, mató al hombre al instante. Cuando otra serpiente le pregun-

[247] Tampoco vemos aquí la necesidad de admitir la conjetura de SCHEFFER *abeunt*, como hace PERRY. Parece preferible el *adeunt* de *P*.

[248] Cf. ESOPO, 176; BABRIO, 143; IGNACIO DIÁCONO, I 17; *Rómulo* 13; LA FONTAINE, VI 13 y X 1; SAMANIEGO, II 6. También se alude a ella en TEOGNIS, 599-602 y PETRONIO, *Sat.* 77.

tó la causa del crimen, respondió: «Para que nadie aprenda a ayudar a los malvados».

21

LA ZORRA Y LA CULEBRA[249]

Una zorra, excavando su cubil, mientras sacaba tierra y hacía galerías muy profundas, llegó a la recóndita cueva de una culebra, que custodiaba tesoros ocultos. Nada más verla, dijo: «Te pido en primer lugar que disculpes la intromisión; después, si comprendes bien hasta qué punto el oro conviene poco a mi género de vida, que me respondas con benevolencia: ¿Qué fruto obtienes de este trabajo o cuál es el premio que te hace privarte del sueño y pasar la vida en las tinieblas?» «Ninguno», respondió la culebra, «pero así me ha sido encargado por el sumo Júpiter». «Entonces, ¿ni lo coges para ti ni le das nada a nadie?» «Así lo quieren los hados». «No te enojes, si hablo con franqueza: quien nació semejante a ti, maldito está por los dioses».

Tú, que has de ir allí donde fueron nuestros antepasados, ¿por qué atormentas tu miserable espíritu con mente obcecada? A ti te digo, avaro, alegría de tu heredero, que engañas a los dioses en el incienso y a ti mismo en el alimento, que escuchas triste el musical sonido de la cítara, a quien atormenta la alegría de las trompetas y arrancan gemidos los precios de los alimentos, que aburres al cielo con mezquinos

[249] No conocemos otras versiones de esta fábula. Tal vez se deba a motivos religiosos, pero es probable también que los continuadores de Fedro no comprendieran bien el papel de la culebra, *draco* en latín, una serpiente inofensiva que los romanos solían tener en sus casas, a la que se atribuía el papel mítico de guardiana de los tesoros y tenía la notable utilidad de ahuyentar a los ratones.

juramentos, mientras amontonas monedas[250] en tu patrimonio y recortas cada partida del funeral para que Libitina[251] no se lucre con tu dinero.

22

FEDRO

«¿Qué sentencia estás maquinando ahora, Envidia?» Aunque trate de ocultarlo, yo lo sé muy bien: Todo lo que considere digno de memoria, dirá que es de Esopo; si algo le agrada menos, sostendrá, apostando si es preciso, que ha sido imaginado por mí[252]. De una vez por todas quiero desmentirla con mi respuesta: «Tanto si este corte es criticable como si es digno de alabanza, él fue el inventor, mi mano lo llevó a término».

Pero prosigamos en el orden que me había propuesto.

23

ACERCA DE SIMÓNIDES[253]

El hombre sabio siempre lleva consigo sus riquezas.

[250] El texto latino dice *quadrantes*, que era una moneda de muy escaso valor: un cuarto de as.

[251] Diosa de los muertos, identificada con Prosérpina, en cuyo templo se guardaban todos los objetos relativos a los funerales. Su nombre es utilizado con frecuencia en poesía para referirse a la muerte.

[252] Por desgracia para Fedro esta afirmación suya se convirtió con el tiempo en una certera profecía (cf. Introducción, págs. 9 y sigs.).

[253] Sólo en SAMANIEGO (VIII 1) encontramos una versión de esta fábula. En CICERÓN la anécdota se refiere a Bías (*Parad.* I 8) y en SÉNECA a Zenón (*Diál.* IX 14, 3).

Simónides[254], que escribió egregios poemas líricos, para sobrellevar más fácilmente su pobreza, empezó a recorrer las más ilustres ciudades de Asia, cantando la gloria de los vencedores a cambio de un precio[255]. Después de hacerse rico con este tipo de ingresos, quiso volver a su patria por mar; según dicen, había nacido en la isla de Ceos. Subió a una nave a la que una terrible tempestad y su propia vetustez hundieron en el mar. Unos recogen sus faltriqueras[256], otros sus posesiones más valiosas, aquello que consideran sostén de su vida. Un entrometido le dijo: «Simónides, ¿tú no coges nada de tus riquezas?» «Llevo conmigo todos mis bienes»[257], replicó. Sólo unos pocos se salvan a nado, pues la mayoría habían perecido arrastrados por el peso de su carga. Aparecen unos ladrones, les roban lo que cada uno se llevó y los abandonan desnudos. Casualmente, la antigua ciudad de Clazómenas[258] estaba cerca y hacia ella se dirigieron los náufragos. Allí un hombre amante de la literatura que había leído a menudo los versos de Simónides y que desde la distancia era gran admirador suyo, conociéndole por la conversación misma, le acogió entusiasta en su casa y le ofreció vestidos, dinero y criados. Los demás llevan su

---

[254] Simónides de Ceos (556-468), fecundo poeta griego, del que sabemos que fue un gran viajero y huésped de famosos tiranos, como Hierón de Siracusa.

[255] Se refiere a los vencedores en los juegos atléticos, cf. IV 26.

[256] El texto dice *zonae,* una especie de cinturón donde los romanos solían llevar el dinero, semejante en cierto modo a nuestras populares «riñoneras».

[257] Parafrasea Fedro la famosa frase *omnia mea mecum porto,* atribuida a Bías, filósofo jonio a quien normalmente se incluye entre los siete sabios de Grecia.

[258] Ciudad marítima de Jonia, situada en la costa sur del golfo de Esmirna.

cartel[259], pidiendo alimento. Cuando Simónides los encontró por azar en su camino, les dijo: «Os dije que llevaba conmigo todos mis bienes; lo que vosotros tan deprisa recogisteis se perdió».

24

EL PARTO DE LOS MONTES[260]

Una montaña estaba de parto, profiriendo enormes lamentos, y en la tierra había una gran expectación. Sin embargo, parió un ratón.

Esto se escribe para ti, que amenazas con hacer grandes cosas y no cumples nada.

25

LA HORMIGA Y LA MOSCA[261]

[La fábula aconseja no hacer nada que no sea provechoso.][262]

---

[259] Por Horacio (*Arte poética* 20-21); Persio (I 89) y Juvenal (XIV 301) sabemos que las víctimas de los naufragios solía llevar consigo una tablilla pintada, donde se veía a ellos mismos en medio de la tempestad; pretendían de esta forma estimular la compasión de los viandantes.

[260] Desconocemos cuál es la fuente de Fedro y si fue antes el proverbio o la fábula, pero Horacio menciona el proverbio en su *Arte poética* (139). Cf., también, Plutarco, *Ages.* 36 y Servio, *Com. a la 'Eneida'* VIII 83. Por lo que se refiere a las colecciones fabulísticas, cf. *Rómulo* 31. La Fontaine, V 10; Samaniego, II 16.

[261] Cf. *Rómulo* 46; María de Francia, 86; La Fontaine, IV 3.

[262] Este promitio, idéntico al que encontramos como epimitio en III 17, se encuentra en el manuscrito *P,* pero falta en los demás. Perry lo considera espurio.

Una hormiga y una mosca disputaban acaloradamente sobre quién era más importante. La mosca empezó primero de esta manera: «¿Puedes comparar tus méritos con los míos? Vivo en medio de los altares, recorro los templos de los dioses; cuando se hacen sacrificios, soy la primera en probar todas las entrañas de las víctimas[263]; me poso en la cabeza del rey cuando me parece y beso los castos labios de las matronas; no trabajo nada y disfruto de las cosas mejores. ¿Qué cosas semejantes a estas te acontecen a ti, rústica?». «Sin duda, banquetear con los dioses es para sentirse orgulloso, pero cuando se es invitado, no cuando se es odiado[264]. ¿Frecuentas los altares? Ciertamente, pero en cuanto llegas, ya te están echando. ¿Me hablas de reyes y de besos de matronas? Te jactas incluso de cosas que el pudor debería ocultar. ¿Que no trabajas? Por eso cuando lo necesitas no tienes nada. Mientras yo amontono afanosamente los granos para el invierno, te veo alimentarte en el estercolero alrededor de las murallas; cuando los rigores invernales te obligan a morir aterida, a mí me acoge sana y salva una casa bien provista. Me importunas en el verano, pero durante el invierno guardas silencio. Sin duda, he aplacado convenientemente tu soberbia».

Una fábula como ésta distingue claramente el carácter de los hombres: el de esos que se adornan con falsos méritos y el de aquellos cuya valía exhibe un justificado honor.

---

[263] Los sacrificios de animales (ovejas, cerdos, etc.) eran muy frecuentes en el ritual de la religión pagana; el examen de sus entrañas servía al arúspice para sus vaticinios.

[264] *Qui invitatur, no qui invisus est.* Juega Fedro con el parecido fónico de los verbos *invito* «invitar» e *invideo* «odiar».

26

EL POETA[265]

Más arriba me he referido al valor que tienen las letras entre los hombres; ahora contaré a la posteridad cuánto honor les ha sido otorgado entre los dioses.

El mismo Simónides, del que antes hablé[266], acordó un precio determinado por escribir el elogio de un púgil victorioso y se retiró a un lugar apartado para realizarlo. Como la pobreza del tema frenase su inspiración, se sirvió de una licencia común entre los poetas y aludió a los astros gemelos de Leda[267], citándolos como ejemplo de una gloria similar. La obra gustó, pero recibió una tercera parte de la paga convenida. Cuando reclamó el resto, el púgil le dijo: «Te lo darán aquellos a los que has dedicado dos partes del elogio. Pero para que nadie crea que te despacho enfurecido, prométeme que vendrás a cenar; hoy quiero invitar a mis parientes y para mí tú eres uno de ellos». Aunque engañado y dolido por la injusticia, prometió acudir, no fuera a perder la estima de aquel hombre por alejarse en malos términos. Regresó a la hora convenida y se recostó en el triclinio[268]. Bri-

---

[265] La anécdota protagonizada por Simónides que cuenta esta fábula la encontramos también en CICERÓN, *Sobre el orador,* II 26; QUINTILIANO, XI 2, 11; VALERIO MÁXIMO, I 8, ext. 7. Por lo que se refiere a los colecciones, cf. LA FONTAINE, I 14.

[266] Cf. IV 23.

[267] Cástor y Pólux, hijos de Leda y Zeus (o de Tindáreo, según otras fuentes), catasterizados en la constelación de Géminis.

[268] El texto dice *recubare,* textualmente «recostarse», la postura que adoptaban los romanos cuando se «recostaban» en el triclinio para comer. *Triclinium* es una palabra con dos acepciones; designa al lecho de mesa capaz para tres personas y también a la estancia donde éste se encontraba, es decir, el comedor. Con este significado aparece en el verso 28: «apenas había sacado un pie del comedor» (*unum promorat vix pedem triclinio*).

llaba el banquete con la algazara y el vino, la casa alegre resonaba con los grandes preparativos, cuando de repente dos jóvenes, cubiertos de polvo y bañados en abundante sudor, con una apariencia sobrehumana[269], ordenan a un criado que haga venir hacia ellos a Simónides: «que es importante para él no retrasarse». El hombre, muy turbado, llama a Simónides. Apenas había sacado un pie del comedor cuando el súbito hundimiento del techo aplastó a los demás; no se encontró a ningún joven junto a la puerta. Cuando el acontecimiento se divulgó, tal como lo he contado, todos supieron que la protección de los dioses había dado al poeta la vida como paga.

EPÍLOGO

EL POETA A PARTICULÓN

Quedan aún muchas cosas que podría contar y hay una abundante variedad de temas; pero las agudezas con moderación son agradables y en exceso molestas. Por eso, Particulón, venerable varón, cuyo nombre irá ligado a mis escritos mientras perdure el aprecio por la literatura latina, si no mi talento, aprueba al menos mi brevedad[270], que, en la medida en que los poetas se hacen más fastidiosos con sus versos, debe ser recomendada con mayor razón.

[269] Una descripción similar de Cástor y Pólux en Floro, I 28 15: *duo iuvenes candidis equis apud Iuturnae lacum pulverem et cruorem abluebant.*

[270] Sobre la importancia de la *brevitas* en el género fabulístico, cf. La Fontaine VI 1: «y por esta razón muchos hombres famosos, para solaz de su espíritu, en este género han escrito, huyendo a la vez del ornato y de la extensión excesiva. No encontramos en ellos palabra que sobre. Tan sucinto era Fedro que muchos le censuraron. Esopo con muchas palabras se expresaba mejor todavía. Y cierto griego, sobre todos, picábase de una elegancia suprema, encerrando sus cuentos en cuatro versos». (En la traducción seguimos la edición de J. B. Bergua, Madrid, 1986).

LIBRO QUINTO

PRÓLOGO

Si aquí y allá intercalo el nombre de Esopo, a quien ya antes he reconocido lo que debía, debes saber que es por causa de su autoridad; así lo hacen en nuestros días algunos artistas, que obtienen un precio mejor para sus nuevas obras si escriben el nombre de Praxíteles[271] en su mármol, el de Mis[272] en la plata pulida o el de Zeuxis[273] en sus pinturas. Hasta tal punto la envidia mordaz favorece más lo antiguo

[271] Uno de los más célebres escultores griegos (s. IV a. C.). Entre sus obras figuran la *Afrodita de Cnido*, el *Hércules de Olimpia*, el *Cupido de Tespia*, etc.

[272] Perry prefiere la conjetura de Posgate *detrito Myn* a la que aparece en los manuscritos *detrito Myronem,* imposible métricamente. Otros autores, como Guaglianone, Brenot, Mandruzzato, etc. prefieren la conjetura de Bongars *trito Myronem.* Es lógico suponer que Fedro mencionase a Mirón (el famoso autor de *El Discóbolo,* s. V a. C.) junto a Zeuxis y Praxíteles, tres artistas de gran renombre de la Antigüedad. *Mys*, ilustre cincelador, mencionado también por Propercio, Marcial y Plinio, constituye en este caso la *lectio difficilior,* que tiene el apoyo del contexto *detrito argento.*

[273] Pintor nacido en Heraclea en el s. V a. C.

falsificado que las buenas cosas de nuestro siglo. Pero vamos ya con una fábula que ejemplifica tales cosas[274].

1

EL REY DEMETRIO Y EL POETA MENANDRO[275]

El rey Demetrio, a quien se dio el sobrenombre de Falereo, se apoderó de Atenas con un poder tiránico[276]. El pueblo, según es su costumbre, acude en masa desde todas partes, gritando: «¡Viva, viva!». Incluso los más notables besan la mano que los oprime, lamentando en silencio el triste giro de su fortuna. También los ociosos y bohemios se acercan remolones, no vayan a sufrir algún perjuicio por no presentarse. Entre ellos, Menandro, famoso por sus comedias[277]; Demetrio las había leído, y, aunque no conocía al autor en persona, admiraba el talento del poeta. Rociado de perfumes y con un rozagante vestido acudía con paso lánguido y delicado. Cuando el tirano lo vio al final de la fila, dijo:

[274] Como en II pról. 13-15, los últimos versos de este prólogo sirven para introducir la siguiente fábula.

[275] Cf. Samaniego, VII 2.

[276] Los comentaristas suelen anotar aquí como error de Fedro la alusión a Demetrio de Falero, que gobernó Atenas del 317 al 307 a. C., dejando un recuerdo de tolerancia y respeto por la cultura; fue filósofo, orador y escritor, autor entre otras obras de una colección de fábulas esópicas. Es posible que el fabulista lo haya confundido con su sucesor, Demetrio Poliorcetes, quien se convirtió en tirano de Atenas por la fuerza de las armas y persiguió a los amigos y allegados del Falereo, entre quienes se encontraba Menandro.

[277] Máximo representante de la llamada Comedia Nueva (342-290 a. C.), a quien se atribuyen ciento cinco comedias, que conocemos muy fragmentariamente, gracias sobre todo a sus imitadores, entre quienes se cuentan Plauto y Terencio. La más famosa y mejor conservada es *El Díscolo*.

«¿Quién es ese afeminado que se atreve a venir[278] a mi presencia?»[279]. Los más cercanos le dijeron: «Ése es Menandro, el escritor». Cambió el tono y añadió al instante: «No es posible concebir un hombre más hermoso».

2

LOS CAMINANTES Y EL LADRÓN[280]

Dos soldados se encontraron con un ladrón; uno huyó, pero el otro le hizo frente y se defendió con su vigorosa diestra. Cuando el ladrón había sido rechazado, acudió el compañero cobarde, desenvainó su espada y, echando hacia atrás su capa[281], dijo: «Déjamelo a mí; yo me ocuparé de que sepa a qué hombres ha atacado». Entonces, el que briosamente había peleado, replicó: «Ya me gustaría que al menos con estas palabras me hubieras ayudado hace un momento; considerándolas verdaderas me hubiera mostrado más firme. Ahora guarda tu espada y tu lengua, inútiles por igual. Quizá[282] puedas engañar a otros que no te conozcan; yo, que he comprobado cuánto empeño pones en la huida, sé hasta qué punto no se debe confiar en tu valor».

[278] Perry, siguiendo a Postgate, sostiene la conjetura *cevere*, «contonearse», muy apropiada desde el punto de vista del sentido, pero difícil de sostener paleográficamente cuando en los manuscritos se lee *venire*.

[279] Sobre el buen trato que reciben los homosexuales en las fábulas de Fedro, cf. A. Cascón, *El pensamiento de Fedro...*, pág. 317.

[280] Fábula original —basada quizá en *Esopo* 65— y no imitada por otros fabulistas.

[281] El texto dice *paenula*, capote con capuchón utilizado en los viajes.

[282] Admitimos aquí con A. Guaglianone y L. Havet, la conjetura *fors*, que permite relacionar este verso (*fors possis alios ignorantes fallere*) con Aviano, 5, 17: *Forsitan ignotos imitato murmure fallas*.

Esta historia debe aplicarse a aquél que se muestra fuerte en las situaciones favorables y huidizo cuando son dudosas.

3

EL CALVO Y LA MOSCA[283]

Una mosca picó la cabeza sin pelo de un calvo y éste, al intentar aplastarla, se propinó una sonora bofetada. Entonces, la mosca riéndose dijo: «Has querido vengar con la muerte la picadura de un insecto pequeño, ¿qué te harás a ti, que al daño has añadido la afrenta?». El hombre respondió: «Fácilmente me perdono, pues sé que mi intención no fue hacerme daño. En cuanto a ti, animal maldito de una especie detestable, al que agrada beber la sangre humana, desearía librarme de ti, aunque tuviera que sufrir un perjuicio más grande».

Por medio de esta historia vemos que es conveniente otorgar el perdón a quien comete una falta sin querer. Sin embargo, a quien hace daño conscientemente, lo considero digno de cualquier castigo.

4

EL ASNO Y LA CEBADA DEL CERDO[284]

Un hombre, tras inmolar al venerable Hércules un cerdo que le debía como voto por su salvación, ordenó que se echaran al asno los restos de la cebada. El asno la rechazó y

[283] Cf. *Rómulo* 42 y SAMANIEGO, I 20.
[284] Cf. SAMANIEGO, I 2.

habló así: «Con sumo gusto comería este alimento, si quien fue alimentado con él no hubiese sido degollado».

Disuadido por la lección de esta fábula, siempre he evitado la ganancia arriesgada. Pero dices: «Los que han robado riquezas se quedan con ellas». Pues bien, contemos a los que murieron tras ser apresados; encontrarás que es mayor el número de los castigados. La temeridad beneficia a pocos y perjudica a muchos.

5

EL BUFÓN Y EL CAMPESINO[285]

Suelen los mortales dejarse llevar por una injusta parcialidad y, cuando más empeñados están en una opinión equivocada, la evidencia de la realidad les hace arrepentirse.

Un rico que iba a dar unos juegos fastuosos invitó a todo el mundo, proponiendo un premio para que cada cual mostrase la novedad que pudiese. Acudieron los artistas a la competición por la fama; entre ellos, un bufón, conocido por su gracejo, que afirmó tener un tipo de espectáculo, que nunca había sido llevado al teatro. El rumor propalado concita a la ciudadanía. Las localidades, poco antes vacías, son insuficientes para la multitud. Cuando se situó solo en escena, sin aparatos ni ayudantes, la misma expectación impuso silencio. Repentinamente, escondió la cabeza en un pliegue de su manto e imitó el gruñido del cerdo con su voz, de tal modo que los espectadores aseguraron que había un cerdo de verdad bajo su manto y le ordenaron que lo sacudiese. Hecho lo cual, tan pronto como se vio que no había nada,

[285] Cf. PLUTARCO, *Charlas de sobremesa* 647C.

colman al hombre de alabanzas[286] y lo acompañan con un gran aplauso. Un campesino vio lo que había ocurrido: «No me vencerá, por Hércules», dijo, y en seguida declaró que al día siguiente él lo haría mejor. La multitud se hizo más grande. Ya la parcialidad se apodera de sus mentes y atrae[287] a los que van a burlarse, no a ver el espectáculo. Aparecen los dos en escena. El bufón gruñe primero: provoca aplausos y suscita vítores. Entonces, el campesino, fingiendo que escondía bajo sus ropas un cochinillo (lo que estaba haciendo en realidad, pero, como nada habían encontrado bajo el manto del primero, no se daban cuenta), tiró de la oreja del que tenía de verdad escondido y con el dolor le arrancó su gruñido natural. El pueblo proclama que el bufón ha hecho una imitación mucho más fidedigna y pretende que el campesino sea expulsado de la escena. Pero él saca el cochinillo del pliegue del manto y, demostrando con una prueba palpable su vergonzoso error, añadió: «¡Mirad, éste declara qué clase de jueces sois!».

6

LOS DOS CALVOS[288]

Un calvo encontró por casualidad un peine en medio de la calle. Se acercó otro que también había perdido el cabello y dijo: «¡Alto!, sea lo que sea lo compartiremos». El primero, mostrándole el botín, replicó: «La voluntad de los dioses nos ha favorecido, pero por culpa del odioso destino[289] hemos encontrado, como se suele decir, carbón en lugar de un tesoro[290]».

El lamento es apropiado a este que ve frustradas sus esperanzas.

[286] *Laudibus,* lectura de *N* y *V* que Perry prefiere al *lancibus*, «con bandejas de plata», de *P*.

[287] Nos apartamos aquí de la edición de PERRY, quien admite en su texto la conjetura *scias* de HEINSIUS; a nosotros nos parece mejor la lectura *ciet* conjeturada por JOHNSON.

[288] Una situación parecida a la que encontramos en esta fábula en MARCIAL, XIV 25.

7

EL FLAUTISTA ENGREÍDO[291]

Cuando un espíritu vacuo, llevado por un aire frívolo, adquiere una confianza desmesurada, fácilmente su estúpida ligereza lo conduce al escarnio.

Fue Príncipe[292] un flautista de cierta notoriedad, porque acostumbraba a acompañar en escena la danza de Batilo[293]. Casualmente en unos espectáculos (no recuerdo exactamente en cuáles), mientras se recogía un decorado, tuvo el flautista accidentalmente una caída grave y se rompió la tibia izquierda, cuando hubiera preferido perder las dos dere-

[289] A veces Fedro da a entender que los dioses sólo intervienen en la vida de los hombres para favorecerlos, mientras que las desgracias son responsabilidad del destino. Cf. A. CASCÓN, «Fatum y Fortuna...», pág. 56.

[290] Este proverbio está atestiguado en LUCIANO, *El aficionado a la mentira* 32.

[291] Anécdota de ambiente romano, no imitada por otros fabulistas.

[292] Una inscripción nos ha trasmitido el nombre completo de este flautista: *L. Cassi Principis Tibicinis Capra* (cf. DESSAU, *Inscr. Latin. Selec.* 529). *Princeps* es también el término comúnmente empleado por los romanos para referirse al emperador, como primer ciudadano del estado. En esta confusión terminológica descansa la gracia de la anécdota.

[293] Venido de Alejandría en torno al año 23 a. C. y protegido por Mecenas, Batilo tuvo un enorme éxito en Roma y su nombre quedó unido a la danza y la pantomima cómica casi tanto como el de Esopo a la fábula.

chas[294]. En brazos y gimoteando mucho fue trasladado a su casa. Pasaron algunos meses hasta que el tratamiento le devolvió la salud. Como es propio de los espectadores, una especie festiva y frívola, empezó a echarse en falta a aquel con cuyos soplidos solía estimularse el vigor del danzante. Un noble iba a celebrar unos juegos y, como Príncipe empezaba a andar con un bastón, le insiste con ruegos y dinero para que esté presente por lo menos el mismo día de los juegos. Tan pronto como el día llegó, estallaron rumores en el teatro acerca del flautista: algunos afirman que ha muerto, otros que va a aparecer en escena sin tardanza. Cae el telón[295] y tras rodar los truenos, los dioses hablaron según la costumbre tradicional[296]. Entonces el coro entonó un cántico[297], desconocido para el flautista que acababa de regresar, cuyo contenido era éste: «¡Alégrate, Roma, tú estás segura,

[294] Juego de palabras con el término *tibia,* que, igual que en castellano, designa en latín el hueso de la pierna y las cañas de la flauta; ¿tocadas con la mano derecha del flautista o situadas a la derecha del flautista? En cualquier caso, lo que quiere decir es que hubiera preferido perder las cañas de la flauta (*duas dextras*) que el hueso de la pierna (*sinistram tibiam*).

[295] El texto dice *aulaeo misso,* «echado el telón». La expresión se ha prestado a distintas interpretaciones. Parece que en el teatro romano se tapaba momentaneamente el escenario antes de iniciarse la representación. Puede interpretarse también que *aulaeum* hace alusión al decorado escénico.

[296] Muchas representaciones se iniciaban con la intervención divina. Un sonido, que imitaba el trueno y que se hacía haciendo rodar grandes piedras sobre planchas metálicas, precedía a la voz de los dioses; era señal de comienzo del espectáculo y aviso para los espectadores de que quien hablaba era un dios, generalmente Júpiter, que, como es sabido, fulminaba con su rayo.

[297] Quizá uno de esos cantos, que, con gran desprecio de Horacio, iban asumiendo en el teatro un papel cada vez más importante. (Cf. *Arte poética* 193-195). Cf. también Suetonio, *Cal.* 6: «Roma salvada, salvada la patria, Germánico se ha salvado».

hallándose el príncipe sano!» Se ponen de pie para aplaudir. El flautista lanza besos; piensa que sus seguidores le vitorean. Los caballeros[298] se percatan de su necio error y entre risas ordenan repetir el cántico, que suena otra vez. Se dobla mi hombre, cuan largo es, en el escenario. Aplaude el estamento ecuestre en son de burla. Piensa el pueblo que piden la corona[299]. Pero, cuando el asunto se conoce en todas las gradas, Príncipe, con su blanca venda liada a su pierna, con su blanca túnica, incluso con sus blancas sandalias, envanecido con los honores otorgados a la Divina Casa[300], es arrojado de cabeza fuera del teatro con la unanimidad de todos.

8

EL TIEMPO[301]

En alada carrera, haciendo equilibrio sobre el filo de una navaja, con el cuerpo desnudo, calva pero con pelos en la

[298] Los miembros del *ordo equester*, la segunda clase social de Roma, que ocupaba las catorce (*quattordecim*) primeras gradas del teatro, mientras que al *ordo senatorius,* la primera clase social, se le reservaba la *orchestra,* la platea.

[299] Este verso (34) ha sido interpretado de modos muy distintos. *P* dice *rogare populus hunc coronam aestimat.* Perry sigue la conjetura de Havet *choro veniam* en lugar de *coronam,* igual que Postgate; nosotros preferimos la conjetura de Pithou, que también sigue Mandruzzato, *coronam existimat,* entendiendo que *hunc* se refiere a *ordo equester*. A los actores de éxito se les regalaba en grandes ocasiones una corona (cf. Horacio, *Ars* 250 y Plinio, *Hist. Nat.* XXI 6).

[300] *Divinae domus*; *divus* es un adjetivo aplicado comúnmente a los emperadores romanos, cf. III 10, 39: *Divo Augusto.*

[301] Alegoría de la Ocasión, descrita y representada en numerosas ocasiones, de donde deriva el viejo proverbio castellano «la ocasión la pintan calva». En la *Antologia Palatina* (XVI 275) se describe una *Occasio* de Lisipo de Sición (s. IV a. C.).

frente, a la que podrás retener si la coges al pasar, pero si escapa ni el mismo Júpiter podrá atraparla[302]: tal es la representación de la naturaleza fugaz de la Ocasión.

Los antiguos crearon esta imagen del Tiempo para que el perezoso retraso no impidiese la ejecución de nuestros proyectos.

9

EL TORO Y EL NOVILLO[303]

Un toro forcejeaba con sus cuernos en una puerta estrecha, porque apenas podía entrar en el establo, entonces un ternero le mostró de qué modo debía inclinarse. «¡Calla!», replicó el toro, «antes de que tú nacieras ya sabía yo eso».

Esto se cuenta para aquél que corrige a uno más sabio.

10

EL PERRO ENVEJECIDO Y EL CAZADOR[304]

Un perro fuerte y veloz contra todas las fieras, aunque siempre había satisfecho a su amo, empezó a debilitarse bajo el peso de los años. En cierta ocasión, azuzado a la lucha contra un hirsuto jabalí, lo agarró por una oreja, pero perdió la presa por culpa de sus dientes picados. El cazador, des-

[302] Sobre el significado de esta imagen, cf. PERRY (*Babrius and Phaedrus*, pág. 367) y BRENOT (*Phèdre...*, pág. 85).
[303] Cf. *Rómulo* 98.
[304] Cf. *Rómulo* 33.

contento, reprendió al perro. El viejo lacón[305] le respondió: «No te abandonó mi valor, sino mis fuerzas. Alaba lo que fuimos, si ya condenas lo que somos.»

Ves bien, Fileto, por qué he escrito esto.[306]

[305] Los manuscritos *P* y *R* dan la lectura *latrans*, pero Perry, siguiendo a Posgate, acepta la conjetura de BENTLEY *Lacon*, apoyándose en la destreza que tenían para la caza los perros de Laconia.
[306] Probablemente Fileto es la persona a quien Fedro dedica el libro V, testigo de esa fidelidad mal recompensada que parece haber sufrido el propio fabulista.

APÉNDICE DE FÁBULAS TRANSMITIDAS POR N. PEROTTI

1

[EL MONO Y LA ZORRA][307]

El avaro no da liberalmente ni aun aquello que le sobra[308].

Un mono pedía a una zorra una parte de su cola[309] para poder cubrir con decoro sus nalgas desnudas. La mezquina zorra le contestó: «Aunque crezca, la arrastraré sin embargo por el fango y los rastrojos antes que darte a ti una parte de ella, por pequeña que sea».

---

[307] Cf. *Rómulo* 67.

[308] Los promitios del *Apéndice* son de Perotti.

[309] Algunos editores introducen aquí un verso aclaratorio que aparece en la versión del *Codex Wissembourguensis*: *quam frustra tanta traheret longitudine*, «que inútilmente arrastraba por su excesiva longitud».

2

[EL AUTOR][310]

Sobre los que leen el libro.

Estas creaciones con las que mi Musa se entretiene, sea cual sea su calidad, las alaban igualmente los perversos y la gente honesta, pero ésta con franqueza y aquéllos con odio contenido.

3

[EL AUTOR][311]

No hay que pedir más de lo justo.

Si la Naturaleza hubiese concebido a la especie humana según mi criterio, estaría mucho mejor dotada, pues nos habría otorgado todas las ventajas que la Fortuna indulgente dio a cada animal: el vigor del elefante y la fuerza impetuosa del león, la longevidad de la corneja[312], la casta del toro bravo, la plácida mansedumbre del caballo veloz; sin embargo, habría mantenido en el hombre su inteligencia. Evidentemente, Júpiter ríe consigo en el cielo, pues él negó estas cosas a los hombres con gran sensatez para que nuestra audacia no le arrebatase el cetro del mundo.

Así pues, contentos con el don del invicto Júpiter, pasemos los años que nos ha otorgado el destino sin intentar más de lo que nuestra mortalidad permite.

[310] Para algunos autores estos versos son un fragmento de una fábula perdida. Otros los colocan como epílogo del *Apéndice*.

[311] E. MANDRUZZATO recuerda, a propósito de esta fábula, el lamento de Teofrasto en su lecho de muerte contra la Naturaleza, por haber dado larga vida a los ciervos y cornejas y tan breve a los hombres (cf. CICERÓN, *Disp. tusculanas* III 69). La fábula parece la respuesta escéptica del fabulista a la queja del filósofo.

[312] Cf., *infra, Ap.* 26, 7. A la proverbial longevidad de la corneja también se alude en HORACIO, *Odas* III 17, 13.

4

[MERCURIO Y DOS MUJERES]

Otra fábula sobre lo mismo.

Una vez dos mujeres recibieron a Mercurio[313] con hospitalidad indigna y mezquina; una de ellas tenía un hijo en la cuna, a la otra le gustaba ganarse la vida como meretriz. Así pues, con el fin de corresponder equitativamente a sus molestias[314], les dijo cuando cruzaba ya el umbral dispuesto a partir: «Veis a un dios; concederé al instante a cada una lo que quiera». La madre ruega con súplicas ver a su hijo con barba lo más pronto posible; la prostituta, que todo lo que toque se venga tras ella. Mercurio emprende el vuelo, las mujeres vuelven dentro: he aquí un niño barbado lanzando sus gemidos. La meretriz, al reírse a carcajadas de esto, llenó de mocos su nariz, como suele ocurrir; entonces, queriendo sonarse, cogió la nariz con la mano y prolongó su longitud hasta el suelo, y, mientras se reía de la otra, ella misma hizo el ridículo.

[313] Hijo de Júpiter y de Maya, mensajero del Olimpo; dios de ladrones, comerciantes y viajeros; también patrono de la elocuencia. Se le representa en ocasiones con alas en los pies (cf., *infra,* verso 11, «Mercurio emprende el vuelo»).

[314] Sentido irónico.

5-6[315]

[PROMETEO Y EL ENGAÑO][316]

Sobre la Verdad y la Mentira.

En cierta ocasión, Prometeo[317], alfarero de una raza nueva, había modelado la Verdad con exquisito cuidado para que entre los hombres pudiese reinar la justicia. Reclamado repentinamente por un mensajero del gran Júpiter, dejó el taller a cargo del falaz Engaño, al que había admitido hacía poco como aprendiz. Éste, excitado por la rivalidad, modeló con mano diestra, durante el tiempo que tuvo, una imagen con la misma cara, de la misma estatura y similar en todos sus miembros. Cuando ya casi la había acabado en su totalidad de manera admirable, le faltó barro para hacer los pies. Volvió el maestro, y el Engaño, perturbado por el miedo ante su llegada, se sentó en su sitio a toda prisa. Prometeo, admirado de tan gran semejanza, quiso que se apreciara la superioridad de su arte. Así pues, introdujo a la vez las dos imágenes en el horno. Una vez cocidas, y tras insuflarles el aliento

[315] PERRY considera que los dos últimos versos de esta fábula (*simulata interdum initio prosunt hominibus, sed tempore ipsa tamen apparet veritas*) constituyen su epimitio, mientras que otros editores (HAVET, BRENOT, GUAGLIANONE, etc.) opinan que forman parte de otra fábula perdida o mutilada; por esta razón la numeración 5-6.

[316] Como en otras ocasiones, Fedro ha creado esta fábula a partir de un proverbio latino al que alude en los versos 21-22 (*Mendacium appellatum est, quod negantibus / pedes habere facile et ipse adsentio*). De él derivan los castellanos «La mentira no tiene pies» y por extensión «Antes se coge a un mentiroso que a un cojo». También el italiano «Le bugie hanno le gambe corte».

[317] Cf. IV 15 y 16 (n. 236).

vital, la Verdad venerable avanzó con apacible paso, pero la figura inacabada permaneció inmóvil en su sitio. Entonces, a la imagen falsa, producto además de un trabajo furtivo, se la llamó Mentira, y yo estoy muy de acuerdo con los que dicen que no tiene pies.

Algunas veces las falsificaciones son inicialmente provechosas a los hombres, pero con el tiempo la verdad se impone[318].

7

[EL AUTOR][319]

Hay que apreciar el sentido, no las palabras.

Ixión[320], que, según dicen, da vueltas en una rueda, muestra que la voluble Fortuna cambia siempre. Sísifo[321], que empuja con gran trabajo hacia las altas montañas una roca que siempre vuelve a caer desde la cima haciendo inútil su esfuerzo, enseña que las miserias humanas no tienen fin. Con la imagen de Tántalo[322], sediento en medio del río, se

[318] El optimismo que trasmiten estos versos resulta insólito en el pensamiento de Fedro y por eso M. NOJGAARD (*La fable antique* II, pág. 185) cree que su sentido es irónico.

[319] Reflexión sobre los suplicios simbólicos, motivo frecuente en la literatura romana (Cf. LUCRECIO, III 978-1010; HORACIO, *Od.* I 28 y II 13; y VIRGILIO, *En.* VI 580).

[320] Rey de los lapitas, Júpiter lo condenó por haber intentado seducir a Juno: atado a una rueda, giraba sin parar.

[321] Legendario fundador de Corinto, hijo de Éolo y famoso por su astucia. Al desvelar que Júpiter había raptado a Egina fue castigado por el rey de los dioses al suplicio que describe Fedro.

[322] Rey de Frigia, hijo de Júpiter. Castigado por intentar robar el néctar y la ambrosía de los dioses y haberles ofrecido como banquete la carne

describe a los avaros, a quienes baña un río de bienes útiles, pero no pueden tocar nada. Las Danaides[323] llevan en sus baldes las aguas malditas y no pueden llenar sus tinajas agujereadas; quiere decir que lo que entregas al placer se pierde. Ticio[324] está tumbado sobre nueve yugadas de tierra, ofreciendo su hígado regenerado a un penoso castigo; con esto se demuestra que cuanto más grande es la porción de tierra que se posee tanto mayores son las preocupaciones anejas.

Con intención los antiguos envolvieron la verdad, para que el sabio la comprendiera y el ignorante se equivocase.

8

[EL AUTOR]

Sobre el oráculo de Apolo[325].

«¡Oh Febo[326], que habitas Delfos y el hermoso Parnaso! Dinos, te lo ruego, qué es lo más útil para nosotros». De repente se erizan los cabellos sagrados de la sacerdotisa[327], se mueve el trípode[328], resuena la voz de la Religión en el santuario, tiemblan los laureles[329] y el día se oscurece. La Pitonisa, poseída por el espíritu divino, rompe a hablar: «Escuchad, naciones, los consejos del dios de Delos[330]: practicad la piedad, cumplid vuestros votos con los dioses; defended con las armas la patria, a los padres, a los hijos y a vuestras castas mujeres; rechazad con la espada al enemigo; ayudad a los amigos, perdonad a los desgraciados; favoreced a los buenos, id en contra de los traidores; vengad los delitos, rechazad a los impíos, castigad a los que mancillan el matrimonio con un vergonzoso adulterio; precaveos de los malvados, no confiéis demasiado en nadie[331]».

Después de decir estas cosas, la sacerdotisa delirando cayó en tierra; delirando[332], ciertamente, pues lo que dijo, lo dijo en vano.

---

de su hijo Pélope. Fue castigado a estar eternamente en un estanque de agua que se retiraba cada vez que intentaba beber.

[323] Las cuarenta y nueve hijas de Dánao, castigadas por haber dado muerte en la noche de bodas a sus maridos. Su castigo consistía en intentar llenar eternamente un tonel sin fondo.

[324] Gigante, hijo de Júpiter, castigado por haber ultrajado a Leto. Su enorme cuerpo yacía tendido en el suelo y dos águilas devoraban su hígado, que renacía con las fases de la Luna.

[325] Durante siglos, el oráculo de Apolo en Delfos (en la Fócide, en el centro de Grecia) fue el santuario preferido por griegos y romanos para consultar sobre su futuro. Su actividad cesó a partir del 67 d. C. (cf. Dión Casio, LXVIII 14, 2).

[326] Nombre latino de Apolo, dios de la poesía, de la luz y de la elocuencia, que presidía el coro de las musas y habitaba con ellas en el Parnaso, un monte que se ubica al lado de Delfos.

[327] La Pitonisa de Apolo, poseída por el dios, entraba en un trance de inspiración, similar a un ataque de locura, antes de dar la respuesta divina.

[328] El trípode formaba parte de la parafernalia de la Pitonisa, que emitía sus vaticinios sentada sobre él.

[329] La planta preferida de Apolo que estaba bajo su protección. Cf. III 17, 3.

[330] Isla del Egeo, donde Apolo nació y tenía un templo.

[331] *Nulli nimium credite.* Máxima délfica en la que Fedro parece poner especial énfasis al colocarla como colofón de los demás principios.

[332] El texto dice *furens,* una palabra de doble significado con la que juega Fedro. Es aplicable a la persona enajenada mentalmente; por lo que significa tanto «transida de inspiración divina» como simplemente «loca».

9

[ESOPO Y EL ESCRITOR][333]

Sobre un mal escritor que se alababa a sí mismo.

Cierto individuo había leído a Esopo unos escritos de escasa calidad, en los que neciamente se había vanagloriado en gran manera de sí mismo. Luego, deseando saber qué opinaba el anciano, dijo: «¿Te he parecido, acaso, demasiado vanidoso? La confianza que tengo en mi talento no es inconsistente». Esopo, hastiado por la pésima calidad de la obra, le dijo: «Apruebo vivamente que te alabes, pues nunca conseguirás que otros te alaben».

10

[POMPEYO Y EL SOLDADO][334]

Qué difícil es conocer al hombre.

Un soldado de Pompeyo Magno[335], de gran corpulencia, que hablaba atipladamente y tenía delicados andares, se

[333] Contra los poetas aburridos y jactanciosos. Un tema predilecto de HORACIO (cf. *Arte Poét.* 453-476; *Epist.* II 1 223; etc.) y de la sátira en general.

[334] La fuente de la anécdota es desconocida. M. MAÑAS (*Fedro. Fábulas*, pág. 147) apunta la posibilidad de que existieran repertorios de anécdotas semi-históricas atribuidas a los grandes generales.

[335] Sila otorgó este sobrenombre a Pompeyo, el rival de César en la Guerra Civil. El hecho de que todavía en época de los julio-claudios Fedro le nombre con este elogioso epíteto puede indicar, como apunta E. MANDRUZZATO (*Fedro...*, pág. 352), una cierta sintonía con las posiciones re-

había ganado una justísima fama de maricón. Una noche este individuo maquinó un asalto contra las caballerías de su jefe, llevándose los mulos con vestidos, oro y una gran cantidad de plata. Se difunde el rumor de lo ocurrido. El soldado es acusado y llevado al pretorio[336]. El Magno habló: «¿Qué tienes que decir, conmilitón, es verdad que te has atrevido a robarme?». El otro escupe al instante en su mano izquierda y extiende la saliva con los dedos[337]: «Así se deshagan mis ojos, general, si yo ví o toqué algo». Entonces, Pompeyo, hombre de buen corazón, ordena que alejen de su vista semejante escoria del ejército, no pudiendo creer que fuera tan audaz. No mucho tiempo después, un bárbaro, confiado en sus fuerzas, desafiaba a uno de los nuestros. Cada cual teme por sí. Los comandantes empiezan a murmurar. Por fin, nuestro soldado, el marica en apariencia pero Marte[338] por su fuerza, se presenta al jefe que estaba sentado delante del estrado[339] y con voz afeminada dice: «¿Puedo?». Pero el Magno, irritándose como si fuera un disparate, ordena que lo echen de allí. Entonces, uno de los más viejos entre los amigos del jefe, dice: «Yo creo que es preferible dejar que éste corra su suerte, pues con él se pierde poco, que exponer a un hombre valiente, cuya derrota podría suponer que se te acusase de temeridad». Asintió el Magno y permitió al soldado afrontar el combate; éste, ante la admi-

publicanas. Hay que tener en cuenta que Calígula había prohibido incluso pronunciar su nombre (cf. DIÓN CASIO, LX 1).

[336] El pretorio era el lugar del campamento reservado al comandante en jefe de las tropas y a los principales oficiales.

[337] Un gesto con el que se pretendía aumentar la veracidad del juramento.

[338] Dios de la guerra y, por tanto, la máxima expresión de la belicosidad.

[339] *Tribunal,* estrado desde donde el general arengaba a sus soldados y administraba justicia.

ración del ejército, cortó la cabeza del enemigo con más rapidez de lo que se cuenta y volvió vencedor. Entonces Pompeyo le dijo: «Te entrego, ciertamente, con gusto la corona[340], soldado, porque defendiste la gloria del poder romano; pero, que mis ojos se deshagan», dijo imitando el feo juramento del soldado, «si tú no robaste hace poco mis bagajes».

11

[JUNO, VENUS Y LA GALLINA][341]

Sobre la lujuria de las mujeres.

Juno alababa su castidad ⟨asegurando ante los dioses y diosas que estaban presentes que era mejor para una mujer unirse a un solo hombre⟩[342], Venus[343], no quiso contradecirla, pero en son de burla y para demostrar que no había ninguna como ella, se dice que interrogó de esta forma a una gallina: «Dime, compañera, ¿con cuánta comida te sentirías satisfecha?». La gallina respondió: «Cualquier cosa que me des será suficiente con tal de que me permitas escarbar[344] un poco con las patas». «Para que no escarbes», dijo Venus,

[340] Recompensa militar de grado superior como reconocimiento al valor militar.

[341] Cf. *Rómulo* 58.

[342] *Dis et deabus asserens praesentibus/ mari coniungi melius uni feminam.* Versos reconstruidos por HAVET a partir de *Rómulo* y del *Codex Wissemburguensis*, que incluimos en el texto, aunque PERRY los coloca en nota.

[343] Juno era la diosa del matrimonio y de las uniones legítimas. Venus la diosa del amor.

[344] Juega Fedro aquí con el doble significado del verbo *scalpere,* que tiene también un sentido erótico.

«¿sería suficiente un modio[345] de trigo?». «Por supuesto, incluso demasiado; pero permíteme escarbar.» «Para que no escarbes en absoluto, ¿qué tendría que darte?». Sólo entonces la gallina confesó la flaqueza de su naturaleza: «Aunque me ofrezcas el granero entero, yo, sin embargo, escarbaré».

Dicen que Juno se rió de la broma de Venus porque a través de la gallina señalaba a las mujeres.

12

[EL NOVILLO Y EL VIEJO BUEY][346]

De qué modo debe someterse a la juventud indómita.

Un padre de familia tenía un hijo violento. Éste, cuando se alejaba de la vista del padre, daba de latigazos a los esclavos y desfogaba su fervorosa juventud. Entonces Esopo le contó al viejo esta pequeña historia: «Un campesino unció un novillo con un buey viejo. Éste, para esquivar el yugo con un cuello desigual en fuerzas, alegó que las suyas languidecían por la edad. 'No tienes por qué temer', le dijo el campesino; 'no lo hago para que trabajes, sino para que domes a éste, que con sus patas y cuernos ha lastimado a muchos'. Y tú, si no retienes a tu lado a éste asiduamente y suavizas con tu clemencia su indómito temperamento, cuida no vaya a surgir en tu casa un lamento más grande».

[La mansedumbre es el remedio de la crueldad].

[345] Medida de capacidad equivalente a 9,5 litros.

[346] Cf. *Rómulo* 6.

13

[ESOPO Y EL ATLETA VICTORIOSO]

Dé qué modo se reprende en ocasiones la jactancia.

Una vez que el sabio frigio[347] vio al vencedor de una competición atlética jactarse sin medida, le preguntó si su adversario era más fuerte. «No digas eso», respondió el atleta, «mis fuerzas han sido muy superiores.» «Entonces, necio», dijo Esopo, «¿qué mérito es el tuyo, si siendo más fuerte has vencido a uno menos vigoroso? Se te podría soportar si dijeras que habías superado con habilidad a alguien que era más fuerte que tú.»

14

[EL ASNO A LA LIRA][348]

Cómo frecuentemente los talentos se pierden por mala suerte.

Un asno vio en un prado una lira tirada en el suelo; se acercó y tocó las cuerdas con su pezuña. Al tocarlas, sonaron, «Bella cosa, ¡por Hércules!, ha caído en mal lugar», dijo, «pues desconozco este arte. Si alguien más dotado la hubiese encontrado, deleitaría los oídos con sus divinas canciones».

Así, a menudo, los talentos se pierden por la desgracia.

[347] Se refiere a Esopo. Cf. III, n. 127.

[348] FEDRO parece haber creado la fábula a partir de un proverbio (cf. DIÓGENES LAERCIO, VII 33; A. GELIO, III 16 33). Al tema alude también LUCILIO en una de sus *Sátiras* (LX) y tiene una amplia difusión en la narrativa y la iconografía medieval (cf. H. ADOLF, «The Ass and the Harp», *Speculum* 35 (1950), 49-57. M. VOGEL, «Onos lyras. Der Esel mit der Leier», *Orfeus Schriftenr. Zu Grundfragen der Musik,* I, Düsseldorf, 1973, págs. 351-364).

15

[LA VIUDA Y EL SOLDADO][349]

Cuán grande es la volubilidad y la lujuria de las mujeres.

Una mujer perdió a su marido, al que había amado durante algunos años, y guardó su cuerpo en un sarcófago; como no hubiera forma de separarla de él y pasase su vida llorando en el sepulcro, consiguió una respetable fama de mujer casta. Por aquel tiempo, unos ladrones que habían expoliado el templo de Júpiter pagaron en la cruz su deuda con la divinidad. Para que nadie pudiese llevarse sus restos unos soldados fueron encargados de la custodia de los cadáveres[350], justo al lado del sepulcro en que la mujer se había

[349] Cf. *Vida de Esopo* 129; ESOPO, 299 HAUSRATH; PETRONIO, *Sat.* 111-113; *Rómulo* 59 y LA FONTAINE, *Cuentos* 5. Se trata de uno de esos cuentos milesios, introducidos en Roma por Sisena, que dieron origen al género novelístico (cf. L. PEPE, *Per una storia della narrativa latina,* 2.ª ed., Nápoles, págs. 172-174). Una comparación de las versiones de Petronio y Fedro en M. MASSARO, «La redazione fedriana della Matrona di Efeso», *Materiali e contributi per la storia della narrativa greco-latina* 3 (1981), 217-237.

[350] Con la presencia de los guardianes se evitaba que algún pariente o amigo de los ajusticiados intentara dar sepultura a los muertos, pues se pretendía que los cadáveres permaneciesen insepultos, para que las almas de los criminales nunca descansasen. La antigua religión greco-romana establecía que los espíritus de los difuntos, no enterrados conforme a los ritos, vagaban eternamente sin descanso.

encerrado. Una vez, uno de los guardianes tuvo sed y pidió agua en medio de la noche a una joven criada, que ocasionalmente asistía entonces a su dueña cuando ya se iba a dormir, pues había pasado la noche en vela prolongando su vigilia hasta muy tarde. El soldado mira por la puerta, ligeramente entreabierta, y ve a la mujer, distinguida y de hermoso rostro. Enseguida su espíritu cautivado se inflama y poco a poco una pasión irresistible lo abrasa[351]. Su aguda sagacidad encuentra mil pretextos para poder ver con más frecuencia a la mujer. El contacto cotidiano la seduce y poco a poco se muestra más complaciente con su pretendiente; pronto una unión más estrecha encadena su espíritu. Mientras el celoso[352] guardián pasa así las noches, desapareció un cadáver de una de las cruces. El soldado, temeroso, cuenta el hecho a la viuda. Y la santa[353] mujer le dijo: «No tienes nada que temer» y le entregó el cuerpo de su marido, para que lo clavase en la cruz y no sufriese el castigo por su negligencia.

Así, la desvergüenza ocupó el lugar de la honra.

[351] En este verso nos separamos de Perry, quien, aceptando las conjeturas de Frölich y Havet, lee: *oriturque sensim ut impotentis cupiditas.* Nosotros preferimos con E. Mandruzzato la lectura *uriturque sensim ut impotentis cupiditas,* donde se sigue a los manuscritos, admitiendo únicamente la conjetura de Mueller, *impotentis,* en lugar del *impudentis* de *N* y *V*.

[352] Juega aquí Fedro con el doble sentido de la palabra *diligens*, que significa «amante» y «diligente». El pasaje naturalmente es irónico, pues el «celoso guardián» pierde un cadáver.

[353] También con sentido irónico.

16

[LOS DOS JÓVENES PRETENDIENTES, EL RICO Y EL POBRE][354]

A veces la fortuna favorece a los hombres por encima de sus esperanzas y expectativas.

Dos jóvenes pretendían a una doncella; el rico superó el linaje y la belleza del pobre. Cuando llegó el día señalado para las bodas, el pretendiente pobre, como no podía soportar el dolor, se refugió triste en unos jardincillos próximos, poco más allá de los cuales se encontraba la espléndida finca del rico, donde iba a ser recibida la doncella al salir de los brazos de su madre, pues la casa de la ciudad había parecido insuficientemente amplia. Se despliega el acompañamiento[355], acude una numerosa multitud e Himeneo[356] lleva delante la antorcha nupcial. Un asno que solía utilizar el pobre en sus negocios estaba en el umbral de la puerta. Por azar los suyos lo alquilan para la doncella, con el fin de que sus delicados pies no se lastimen con las fatigas del camino. De repente, gracias a la misericordia de Venus[357], el cielo agita los vientos, el estruendo del relámpago resuena en el universo y se origina una noche tenebrosa con densos nubarrones: la luz se oculta y al mismo tiempo el granizo,

[354] Es un cuento milesio, como el relato precedente; en alguna medida recuerda al pasaje del *Asno de oro,* en que el protagonista trata de salvar a la doncella, raptada por los ladrones y enamorada de Tlepólemo (cf. VI 4-VII 3). No se conoce el modelo de Fedro.

[355] Alude al rito nupcial de la *deductio* o rapto de la novia, que era llevada de su casa a la del novio entre cantos alegres.

[356] Dios griego del matrimonio. En el cortejo nupcial estaba representado por un joven, coronado de flores, que sostenía una antorcha en la mano derecha y un velo azafranado, *flammeum,* en la izquierda.

[357] Venus, diosa del amor, protege a los amantes, no a los esposos, que estarían bajo el patrocinio de Juno, diosa del matrimonio.

que cae con fuerza dispersa por todas partes a los temblorosos acompañantes, obligando a cada cual a buscar para sí el refugio de la huida[358]. El asno se mete en la casa conocida, que estaba muy cerca[359], y con un gran rebuzno anuncia su llegada. Acuden los esclavos, ven a la hermosa doncella y quedan admirados; luego lo anuncian a su amo. Éste, recostado en el triclinio[360] con algunos amigos, trataba de olvidar su amor entre copa y copa. Cuando se le anunció la buena nueva, recobró la alegría y por consejo de Venus y Baco[361] celebró una dulce boda entre los aplausos de sus acompañantes. Los padres buscan a su hija por medio de un pregonero; el joven marido se lamenta por haber perdido a su esposa. Cuando se dio a conocer al pueblo lo que había ocurrido, todos aprobaron el favor de los dioses celestiales.

17

[ESOPO Y SU AMA][362]

Cuánto daño causa a veces decir la verdad.

Esopo servía a una mujer fea que pasaba todo el día pintándose y acicalándose con vestidos, perlas y joyas de oro y

[358] El pasaje recuerda al episodio de la *Eneida* en que, también gracias a la intervención divina, se facilita la unión entre Dido y Eneas (IV 160-168); cf. G. SOLIMANO, *Fedro...*, pág. 216.

[359] La casa del amante pobre.

[360] Cf. IV n. 268.

[361] La mención de Baco, dios del vino, alude al *crebris poculis*, «entre copa y copa», de más arriba.

[362] Fábula de creación fedriana, no imitada por sus continuadores. Vuelve a insistir Fedro en la incontinencia sexual de las mujeres que se denuncia en *Ap.* 11 y *Ap.* 15. El ama de Esopo sólo tendrá compañía masculina si a cambio entrega alguna de sus costosas joyas; la afirmación del esclavo Esopo provoca la ira del ama, pero poco después desaparece una pulsera...

plata, sin encontrar a nadie que la tocase con su dedo. «¿Me permites unas palabras?», le dijo. «Dilas.» «Creo que conseguirás lo que quieres si te desprendes de tus adornos.» «¿Te parece, entonces, que mejoro algo al natural?» «Al contrario; quiero decir que si no pagas, tu cama estará libre.» «Pero no lo estarán tus costillas», respondió, mientras ordenaba dar de latigazos al charlatán. Poco tiempo después, un ladrón se llevó una pulsera de plata; cuando se comunicó a la mujer que la pulsera no aparecía, llamó llena de furia a todos y les amedrentó con crueles azotes, si no decían la verdad. «Amenaza a otros», dijo Esopo, «a mí no me engañarás, ama; hace poco he sido azotado por haber dicho la verdad.»

18

[EL GALLO Y LOS GATOS PORTEADORES]

A menudo una seguridad excesiva conduce a los hombres al peligro.

Un gallo tenía gatos como mozos de litera. Cuando la zorra lo vio tan orgulloso en su vehículo, le habló así: «Te aconsejo que te prevengas contra la traición; pues si te fijas en la cara de éstos, juzgarás que llevan una presa, no una carga»[363]. Después, la cuadrilla de los gatos empezó a tener hambre, despedazó al dueño y se repartió el cadáver[364].

[363] Algunos editores anotan una laguna detrás de este verso (cf. HAVET, BRENOT, GUAGLIANONE, etc.).

[364] E. MANDRUZZATTO (*Fedro...*, pág. 353) ve en los gallos de la fábula una caricatura de los ávidos herederos del rico, un motivo frecuente en la sátira romana. NOJGAARD (II, pág. 177) ve, sin embargo, una alusión a los peligros que corre el amo ante la posible revuelta de sus esclavos.

19

[LA MARRANA DE PARTO Y EL LOBO][365]

Antes de confiarse a un hombre hay que tomar precauciones.

Una marrana yacía en el suelo, gimiendo por los dolores del parto; acudió un lobo, prometiendo ayuda y diciendo que él podía cumplir el oficio de partera. Pero la marrana, que reconoció el engaño de aquel perverso corazón, rechazó los sospechosos servicios del malhechor y dijo: «Me basta con que te mantengas lejos».

Pues si se hubiera confiado a la perfidia del lobo, habría lamentado tarde[366] su dolorosa suerte.

20

[ESOPO Y EL ESCLAVO FUGITIVO]

No debemos añadir un mal a otro mal.

Un esclavo que huía del duro carácter de su amo se encontró con Esopo, quien le conocía del vecindario. «¿Por qué tan turbado?» «Te lo diré con claridad, padre[367], pues tú

[365] Cf. Esopo, 7; Babrio, 121; *Rómulo* 30. En las versiones de los autores griegos hay cambio de personajes: en lugar de una marrana, una gallina; en lugar de un lobo, una comadreja y un gato.

[366] Aceptamos aquí, separándonos de Perry, la conjetura *sero* de Postgate, que creemos suple con acierto el adjetivo *pari* que aparece en los mss. *N* y *V*.

[367] Otras veces se le llama *sapiens* o *senex*, ahora *pater*, quizá por el consejo que da al esclavo, resignado, pero realista, acorde con el ejercicio de una paternidad responsable.

eres digno de que se te llame con ese nombre, ya que se te pueden exponer las quejas sin temor. Me sobran golpes y me falta comida. A menudo me envían a la finca sin viático[368] para el trayecto. Si el amo cena en casa, me tiene de pie toda la noche; cuando le invitan, duermo en la calle hasta el alba[369]. He merecido la libertad y, aunque tengo canas, sigo sirviendo. Si fuera consciente de tener alguna culpa, lo soportaría con paciencia. Siempre me quedo con hambre y, además, padezco, infeliz, una cruel esclavitud. Por estas causas y otras que resulta largo exponer tomé la decisión de marchar a donde me llevaran los pies.» «Entonces, escúchame», le respondió: «Aunque no has hecho nada malo, sufres estas calamidades que me cuentas; ¿qué te ocurriría si cometieras alguna falta?, ¿qué crees que te tocaría padecer?» Con tal consejo le disuadió de la fuga[370].

[368] Entre los ciudadanos acaudalados de Roma era normal poseer *villae* de recreo, que a veces se encontraban a considerable distancia de la Urbe; de ahí la queja del esclavo, que se ve obligado a hacer el camino sin provisiones o dinero (*viaticum).*

[369] Cuando el amo salía a cenar, el esclavo lo acompañaba, pero no entraba en el domicilio de su anfitrión, sino que permanecía en la calle hasta que el convite terminaba para acompañar el regreso del amo a su casa.

[370] Esopo disuade al esclavo de la fuga, convencido de que ésta sólo le acarreará males mayores; pero la fábula sirve a Fedro para denunciar los malos tratos que parecen habituales y comunes a muchos esclavos de Roma. La defensa de los humildes es una de las ideas que más se repite en las fábulas de Fedro. Cf. A. Cascón, *El pensamiento...*, págs. 281-297.

21

[EL CABALLO DEL CIRCO][371]

Hay que soportar con serenidad lo que pueda ocurrir.

Un individuo robó un caballo de cuadriga[372], famoso por sus muchos triunfos, y lo vendió a un molino. En cierta ocasión en que le sacaron del molino para abrevar, vio acudir al circo a sus compañeros para ofrecer alegres carreras en los juegos. Cubierto de lágrimas, dijo: «Id felices, celebrad sin mí este festivo día de carreras[373]; yo, en mi desgraciada situación[374], lloraré mi destino en este lugar, al que me arrastró la mano criminal de un ladrón».

22

[EL OSO HAMBRIENTO]

El hambre aguza el ingenio de los animales.

Si alguna vez en los bosques le faltan alimentos al oso, corre al litoral rocoso y, sujetándose a un peñasco, sumerge

[371] Cf. Esopo, 138 Chambry; Babrio, 29; Aftonio, 13; Cf., también, Horacio, *Epist.* I 1, 8-9 y Ovidio, *Trist.* IV 10, 93-98.

[372] Aunque las carreras de carros podían ser de hasta diez caballos (*decemiuges*), lo más frecuente es que fueran de dos *(biga)* o cuatro *(cuadriga)*.

[373] En tiempos de Fedro las carreras gozaban de una inmensa popularidad; era, sin duda, el espectáculo preferido del público. Se calcula que el *Circus Maximus* podía albergar entre 150.000 y 225.000 espectadores.

[374] El mensaje de esta fábula parece relacionarse con el de la anterior. La suerte del caballo es la de muchos esclavos que en Roma se ven privados de la libertad por los avatares del destino.

con cuidado sus peludas patas en la orilla; tan pronto como los cangrejos se enredan en los pelos de éstas, salta a tierra y, sacudiendo su presa marina, disfruta el astuto de la comida que recoge aquí y allá[375].

Pues hasta a los tontos el hambre les aguza el ingenio.

23

[EL CAMINANTE Y EL CUERVO][376]

Muy frecuentemente los hombres son engañados por las palabras.

Uno andaba por un camino apartado a través de los campos y oyó: «¡Hola!»[377]; entonces se detuvo un momento; cuando vio que no había nadie, apresuró el paso. De nuevo el mismo saludo se repite desde un lugar oculto. Alentado por la voz hospitalaria, se detuvo para corresponder con el mismo trato a quien quisiera que fuese. Mirando en derredor, permaneció largo tiempo en su extravío y perdió el tiempo de recorrer algunas millas; entonces se presentó un cuervo, que volando encima de él repetía sin cesar: «¡Hola!», «¡Hola!». Comprendiendo finalmente que era objeto de burla, dijo: «¡Maldito pájaro!, la desgracia caiga sobre ti, que has detenido de este modo mis pasos presurosos».

[375] Sin embargo, Eliano (*Hist. de los anim.* VI 24) atribuye este astuto ardid a la zorra.

[376] Cf. Esopo, 245. La moraleja de la versión griega ataca a los cobardes, pero la primitiva intención del apólogo parece ser el rechazo de los presagios.

[377] En latín, *Ave*. En Roma estaba muy extendida la costumbre de amaestrar a los pájaros para que saludaran.

24

[EL PASTOR Y LA CABRA][378]

Nada está tan oculto que no pueda ser descubierto.

Un pastor había roto con su cayado el cuerno de una cabra. Empezó a pedirle que no le delatase a su amo. «Aunque he sido herida sin merecerlo, me callaré; pero el hecho mismo proclamará qué delito has cometido».

25

[LA SERPIENTE Y EL LAGARTO]

Cuando falta la piel del león, es necesario revestirse con la de la zorra; es decir, cuando faltan las fuerzas, hay que servirse de la astucia[379].

Una serpiente había capturado a una lagartija con la que se topó por casualidad; cuando iba a devorarla con su boca abierta, la lagartija cogió una ramita que yacía a su lado y, sujetándola transversalmente con sus fuertes dientes, frenó con ingenioso obstáculo las ávidas fauces de su oponente. La serpiente dejó escapar la presa de su boca, capturada en vano.

[378] Cf. Babrio, 3. Aftonio, 5.

[379] Este promitio es un proverbio que encontramos en Plutarco, *Lisandro* 7, 6.

26

[LA CORNEJA Y LA OVEJA][380]

Muchos hostigan a los débiles y ceden ante los fuertes.

Una odiosa corneja se había posado sobre una oveja; ésta, después de llevarla sobre sus lomos contra su voluntad y durante mucho tiempo, le dijo: «Si hubieras hecho esto al perro, habrías pagado por ello, pues él tiene dientes». Entonces, la malvada replicó: «Desprecio a los desvalidos, pero cedo ante los fuertes; sé a quién puedo hacer daño y a quién debo halagar hipócritamente. De este modo, alargo mi vejez mil años[381]».

27

[EL ESCLAVO Y SU AMO]

Ningún agravio es más ultrajante que el de la propia conciencia.

Un esclavo malvado, que había seducido a la mujer de su amo, calumniaba a Sócrates; cuando éste se enteró de que el asunto era conocido por las personas de su entorno, le dijo: «Te complaces a ti mismo porque complaces a quien no debes, pero no impunemente, porque a quien debes no complaces»[382].

[380] Cf. *Rómulo* 95.

[381] La larga vida de la corneja era proverbial. Cf. *Ap.* 3, 6.

[382] Juega Fedro en estos versos con la posición del adverbio *non: quia cui non debes places... quia cui debes non places.*

28

[LA LIEBRE Y EL BOYERO][383]

Muchos son lisonjeros de palabra, pero traidores de corazón.

Una liebre[384] huía velozmente de un cazador y, al deslizarse debajo de una zarza, fue avistada por un boyero: «Te lo suplico, por los dioses y por todas tus esperanzas, no me delates, boyero; nunca hice ningún daño a este campo». El campesino replicó: «No temas; escóndete, tranquila». Entonces, llegó el cazador: «Oye, boyero, ¿pasó por aquí una liebre?» «Pasó, pero se marchó por allí, por la izquierda» y con un guiño indicó la parte derecha. El cazador, apremiado, no comprendió y se alejó de su vista. Entonces el boyero dijo: «¿Me estarás agradecida por haberte ocultado?» «Desde luego doy las gracias y mi máximo agradecimiento a tu lengua, pero ojalá perdieras tus malvados ojos».

29

[EL JOVEN Y LA MERETRIZ][385]

Hay muchas cosas agradables, que, sin embargo, nos son perjudiciales.

Una pérfida meretriz acariciaba a un joven, y éste, aunque sentía el dolor de las muchas injurias recibidas, se mos-

[383] Cf. ESOPO, 22; BABRIO, 50; *Rómulo*, 73. Cf. también OVIDIO, *Met.* II 690-706. En las versiones de Babrio y Esopo la fábula está protagonizada por una zorra y en las paráfrasis medievales por un lobo.

[384] En los manuscritos *N* y *V* aparece *lepus,* pero algunos editores (POSTGATE, MANDRUZZATO, BRENOT, etc.) prefieren la lectura *lupus* que encontramos en las paráfrasis (cf. *Rómulo* 73).

[385] Cf. *Rómulo* 60.

traba dócil a la mujer; entonces, dijo la traidora: «Aunque todos rivalicen con sus regalos, yo te prefiero a ti». El joven, recordando cuántas veces había sido engañado, dijo: «Escucho con agrado estas palabras, luz de mi alma, no porque me seas fiel, sino porque me eres grata»[386].

30

[EL CASTOR][387]

Muchos estarían vivos, si por su salvación estimasen poco sus fortunas.

Dicen que el bíbaro (ese animal al que los locuaces griegos llamaron «castor»[388], dando a una bestia el nombre de un dios, ellos que se jactan de su abundancia de palabras)[389], cuando ya no puede huir de los perros, se arranca

[386] El rechazo de las mujeres es un tema frecuente en el género. Cf. L. DE MARIA, *La femina in Fedro. Emarginazione e privilegio,* Lecce, 1987 y A. CASCÓN, «Misoginia en Fedro».

[387] Cf. ESOPO, 118; también en APULEYO, *Met.* I 9, 2. Como símbolo de liberación de las riquezas aparece en JUVENAL (XII 34-36). El hecho es comentado también por los naturalistas (PLINIO, *Hist. nat.* VIII 30, 47 y ELIANO, *Hist. nat.* VI 32).

[388] El término latino es *fiber,* que deja en castellano el inusual «bíbaro»; 'castor' es un grecismo muy utilizado también en latín.

[389] Sorprende esta inopinada y sentida invectiva contra los griegos, sobre todo en tiempos tan filohelénicos como los del fabulista. Tal vez pueda entenderse poniéndola en relación con aquellos pasajes en que FEDRO insiste en reivindicar su originalidad respecto a Esopo (cf. III, pról. 38-39; IV, pról. 11-13; y V, pról. 1-3). El término «castor», que se ha impuesto también en castellano, es en efecto, idéntico al del hermano de Pólux, hijo de Tíndaro y Leda, que con su gemelo fue catasterizado en la constelación de Géminis (cf. IV 26, 9). En otras lenguas ha triunfado, sin embargo, el término latino (cf. inglés: *beaver*; italiano: *bìvero*; francés: *feber*, etc.).

los testículos de un mordisco, pues se da cuenta de que es perseguido por su causa[390]. No voy a negar que esto se hace con inteligencia divina[391]; el cazador, tan pronto como encuentra el remedio[392], deja de perseguirle y llama a sus perros.

Si los hombres pudieran hacer esto, hasta el punto de estar dispuestos a privarse de lo suyo, vivirían después seguros; nadie tramaría asechanzas contra un cuerpo desnudo.

31

[LA MARIPOSA Y LA AVISPA[393]]

No hay que mirar la fortuna pretérita sino la presente.

Una mariposa vio a una avispa volando cerca de ella: «¡Oh suerte adversa! Mientras vivían los cuerpos de cuyos

---

[390] Los cazadores persiguen al castor por el *castoreum,* unguento que segregan dos glándulas situadas a cada lado del ano y que se ubica en una especie de bolsa. El animal, sabedor de que el ungüento provoca la persecución, se libera de él a mordiscos. Al parecer, el *castoreum* tiene un olor intenso y era utilizado por los cazadores para cazar presas mayores, todas aquellas que se alimentan de castores.

[391] Sigue Fedro ironizando con el nombre del animal.

[392] El *castoreum* tenía también usos medicinales (cf. Plinio, *Hist. nat.* III 13 y Juvenal, XII 34-36.), de ahí el término *remedium.* Algunos autores han propuesto otras lecturas (Postgate, por ejemplo, prefiere *praemium),* pero la versión esópica apoya claramente la lectura *remedium.* Cf. «El castor es un animal cuadrúpedo que vive en los lagos. De él cuentan que sus genitales son útiles por sus propiedades curativas» (Esopo, 118).

[393] No conocemos otras versiones de esta fábula, cuyo contenido probablemente no fue bien comprendido por sus continuadores. Los contemporáneos de Fedro creían que los insectos y otros animales pequeños nacían de la carne muerta (Cf. Virg., *Geórg.* IV 555), pero el fabulista parece aludir aquí a la doctrina de la metempsícosis o trasmigración de las almas.

restos nosotros recibimos el alma, yo fui elocuente en la paz, fuerte en los combates, sobresaliente entre mis iguales en cualquier actividad; ¡heme aquí volando!, todo liviandad y lánguida ceniza. Tú, que fuiste un mulo de carga, hieres a quien te place clavándole tu aguijón.» La avispa entonces pronunció esta memorable frase: «No mires lo que fuimos, sino lo que ahora somos»[394].

32

[LA TERRERA[395] Y LA ZORRA]

No hay que dar crédito a los malvados.

El ave a la que los campesinos llaman terrera, porque, en efecto, construye su nido en tierra, se encontró casualmente con una malvada zorruela; al verla, se elevó a lo alto con ayuda de sus alas. «¡Hola!», dijo aquella, «pero, por favor, ¿por qué me huyes? como si en el prado no hubiera alimento de sobra para mí: grillos, escarabajos, abundancia de langostas. No tienes de qué tener miedo: yo te quiero mucho por tus costumbres tranquilas y tu vida honesta». El pájaro cantor le respondió: «No hay duda de que sabes hablar; yo en el campo no soy tu igual, pero cuando estoy en alto sí. ¡Vamos, sígueme! Aquí arriba me confío a ti por completo».

---

[394] Probablemente haya que ver aquí una alusión personal: Fedro parece identificarse con la avispa, antes despreciado y poseedor ahora del aguijón de su sátira (cf. G. Solimano, *Fedro, Favole,* pág. 220).

[395] El latín dice *terraneola,* y todavía hoy se conoce con tal nombre a la alondra en algunos lugares de España ('terrera') e Italia (*terragnola*).

ÍNDICE DE NOMBRES

AVIANO

FÁBULAS

INTRODUCCIÓN

LA IDENTIDAD DE AVIANO

Este tipo de introducciones suele iniciarse con un apartado en el que se comentan los hitos principales de la biografía del autor, pero en este caso lo que sabemos de él es tan poco que hemos de contentarnos con tratar de identificarlo. Tal identificación ha planteado en las discusiones de los críticos dos problemas fundamentales, uno referido a la época en que vivió y escribió sus fábulas y otro a propósito de su nombre.

1. *Época*

Dos son los datos que pueden ayudarnos a saber en qué época vivió: el análisis métrico y lingüístico de su obra y la identificación de ese Teodosio, a quien dedica su obra en el prefacio

A) Particularidades métrico-lingüísticas.

El estudio de la versificación de las fábulas ha puesto de manifiesto algunas particularidades propias del latín tardío:

—La abreviación de la sílaba larga en bisílabos como *dispar* (11, 5), *impar* (18, 10) o *heres* (35, 14), fenómeno que F. Gaide[1] considera motivado por la presencia del acento de intensidad en una época en la que ya no se percibe la diferencia entre sílabas largas y breves y que se observa también en versos de Prudencio, Ausonio, Fortunato y Claudio Mario Víctor.

—El alargamiento de la sílaba inicial de *profundens* (35, 1), que encuentra algunos paralelos en autores de la baja latinidad, como Dámaso, Prudencio, Paulino de Nola o Draconcio.

—El alargamiento de la *o* final de *duo* (29, 22) que encontramos también en Ausonio, Prudencio y Paulino de Nola.

—La aparición de algunas licencias métricas rarísimas en la poesía clásica y relativamente frecuentes en latín tardío y medieval, como la admisión de una sílaba breve delante de la diéresis del pentámetro (lo que ocurre seis veces)[2] o de la cesura en el hexámetro (lo que ocurre dos veces)[3].

—A. Cameron[4] ha demostrado, además, la utilización de la prosa rítmica en el prefacio, lo que apreciamos también en autores tardíos, como Arnobio, Amiano Marcelino, Símaco, San Jerónimo, etc.

El análisis de la lengua de las fábulas pone de manifiesto también algunas particularidades propias del latín de época tardía:

---

[1] Recogemos aquí sucintamente las particularidades señaladas por este autor en *Avianus. Fables,* págs. 13-22.

[2] Cf. 11, 6; 19, 12; 22, 4, 6; 34, 10; 38, 6.

[3] Cf. 16, 17 y 22, 15.

[4] Cf. «Macrobius, Avienus and Avianus», *Classical Quarterly* 17 (1967), 397-398.

—La presencia de palabras no clásicas como *falsitas* o *relidere* que aparecen en autores cristianos o tardíos.

—La utilización de palabras clásicas con un significado distinto, como *nimius* (1, 5 y 4, 8) que en lugar de «excesivo» significa «muy grande»[5]; o *exosus* (33, 6) que no se aplica al que odia sino al que es odiado, como ocurre también en Amiano Marcelino o Macrobio.

—La aparición de algunos fenómenos sintácticos como los siguientes: participios de presentes haciendo la misma función que las formas personales (16, 11-12; 24, 7-8; 25, 5-6)[6]; tres ejemplos de construcción del tipo *dico quod* (1, 1-2; 25, 16; 35, 1-2)[7] y empleo del indicativo en interrogativa indirecta (17, 6; 38, 9).

B) El destinatario del prefacio.

Este punto es, como puede pensarse, crucial para determinar la época en que nuestro autor vivió y escribió sus fábulas. Aunque en tiempos pasados se pensó que el Teodosio a quien Aviano se dirige en su prefacio pudo ser uno de los dos emperadores que tenían este nombre[8], hoy se acepta casi unánimemente que se trata del gramático Ambrosio Macrobio Teodosio, autor de las *Saturnales* y del *Comentario al 'Sueño de Escipión'*. Desde luego, los argumentos aportados en tal sentido por A. Cameron[9] resultan, si no definitivos, sí bastante convincentes: 1) Macrobio era llamado

---

[5] En Plauto *nimius* también tiene este significado en ocasiones.

[6] Este uso será característico de algunos autores medievales, cf. D. Norberg, *Manuel pratique de latin medieval,* París, 1968, págs. 127 y 145-146.

[7] Esta construcción se extendió a partir del siglo II y es muy frecuente en autores tardíos: Tertuliano, Macrobio, San Agustín, etc.

[8] R. Ellis, *The fables...,* págs. XIV y ss. discute ampliamente esta posibilidad.

[9] Cf. «Macrobius, Avienus...», págs. 386-388.

Teodosio por sus coetáneos; 2) El Teodosio de Aviano era, como Macrobio, un hombre conocedor de la literatura en prosa y verso *(quis tecum de oratione, quis de poemate loqueretur?);* 3) Poseía, como Macrobio, erudición griega (*Graeca eruditio);* 4) Era pagano como Macrobio; 5) No se sentía ni romano ni ateniense, lo que parece coincidir también con Macrobio, que, siendo originario de África, decía de sí mismo que había nacido *sub alio caelo;* 6) En fin, Cameron apunta también coincidencias entre el prefacio y los *Comentarios,* a propósito de la razón que da Aviano para escribir fábulas: «porque su composición no exige el respeto a la verdad y en ellas resulta conveniente la mentira graciosamente imaginada», aserto en el que se percibe una actitud defensiva similar a la que encontramos en Macrobio cuando al referirse al género comenta: «las fábulas, cuyo nombre es una declaración de falsedad.[10]»

Aunque las fechas de nacimiento y muerte de Macrobio son discutidas[11], este dato junto a los fenómenos métrico-lingüísticos antes apuntados nos permiten concluir que Aviano vivió entre la segunda mitad del siglo IV y la primera del V.

2. *Nombre*

Los mejores estudiosos de esta obra se dividen entre quienes defienden para nuestro fabulista el nombre de Aviano y los que se inclinan por el de Avieno[12]. Entre los defensores del primer nombre podemos citar a Hervieux, Manitius, Guaglianone y Gaide, mientras que Ellis o Cameron se inclinan por la segunda opción. Esta diferencia de opiniones tiene su origen en los propios manuscritos de las fábulas: en la mayor parte de ellos encontramos el nombre Aviano, pero en algunos, especialmente importantes por su antigüedad, leemos Avieno. Aparentemente la ventaja númerica del nombre Aviano es abrumadora: ya L. Hervieux[13] señalaba las veintisiete veces en que encontramos el nombre Aviano frente a las tres de Avieno. La edición de A. Guaglianone[14], quien también se inclina por la forma Aviano, permite apreciar que de los ciento siete manuscritos conservados hay sólo catorce relevantes por su valor y antigüedad: en seis de ellos no aparece el nombre del autor, en cinco leemos Aviano y en tres Avieno. A. Cameron[15] apunta en favor del nombre Avieno el hecho de que sea esta la forma que encontramos en los manuscritos más antiguos que dan el nombre del autor, los del siglo IX (*prologus Avieni incipit, fabulae Avieni,* etc.).

En realidad, es claro que el nombre Aviano se impuso en los manuscritos tardíos así como en las citas y alusiones que encontramos en época medieval, pero desde el punto de vista estrictamente paleográfico el argumento númerico tropieza con el de la antigüedad y, en nuestra opinión, es este último el que debe prevalecer. No obstante, la forma Aviano se ha impuesto de tal manera que, aunque sólo sea por claridad, hoy todos hablamos de las fábulas de Aviano.

---

[10] *Comentario* I 2, 7.

[11] Hay básicamente dos cronologías: la primera sitúa a MACROBIO entre el 350 y el 422 y la segunda pone su nacimiento en torno al 385 y alarga su vida hasta el 440, (cf. A. RAMOS, «Macrobio», en C. CODOÑER (dir.), *Historia de la Literatura latina,* Madrid, 1997, pág. 790).

[12] Otras posibilidades, como *Anianus* o *Avianius*, parecen claramente descartables; la primera, porque se encuentra sólo en un manuscrito del s. XV; la segunda, porque se propone a partir del genitivo *Aviani* que suele aparecer en los manuscritos, a pesar de que en algunos encontramos el nominativo *Avianus.*

[13] Cf. *Les fabulistes...,* III, págs. 4-5.

[14] *Aviani Fabulae,* Turín, 1958.

[15] «Macrobius, Avienus...», pág. 390-391.

La discusión no tendría mayores consecuencias si no fuera porque Cameron, siguiendo la antigua opinión de Ellis y añadiendo nuevos argumentos —las coincidencias cronológicas, el virginialismo que ambos autores compartían, la necesidad que Macrobio tenía de introducir en su simposio a un narrador de cuentos y anécdotas— identifica a nuestro Avieno con uno de los interlocutores que encontramos en las *Saturnales*[16]. La hipótesis parece bastante probable[17] y ayuda a ubicar a nuestro autor en las fechas que antes apuntábamos, finales del siglo IV y primera mitad del V.

Los intentos de establecer una fecha más exacta tanto del nacimiento de nuestro fabulista como de la fecha de publicación de las fábulas parecen un interesante ejercicio filológico que, al realizarse sobre dudosas hipótesis, encadenadas sucesivamente, difícilmente puede conducir a resultados concluyentes[18].

[16] Cf. *Sat.* I 2, 3 y 6; 4, 1, etc.

[17] Así lo considera incluso F. GAIDE (*Fables,* pág. 24), quien, a pesar de ello, se inclina finalmente por la forma *Avianus*.

[18] En lo que se refiere a la fecha de nacimiento de Aviano, CAMERON supone el 384 como fecha del ficticio coloquio que se desarrolla en las *Saturnales* (cf. «The Date and Identity of Macrobius», *Journal of Roman Studies* 56 [1966], págs. 28-29), y a partir de esa fecha apunta la posibilidad de que Aviano pudo nacer hacia el 375, pues MACROBIO en algunos pasajes de *Saturnalia,* dice, refiriéndose a Avieno, que aún no tenía edad para participar en el debate (cf. *Sat.* I 1 5 y VI 7, 1). En cuanto a la fecha de publicación de las *Fábulas*, aunque es incierta la datación de las *Saturnales* y del *Comentario* y no hay seguridad de cuál de los dos se publicó previamente, Cameron supone que Avieno, llevado por su admiración hacia Macrobio —suscitada entre otras razones por la lectura del *Comentario*— le habría dedicado sus *Fábulas*, que, siempre según su opinión, se habrían publicado hacia el 430; Macrobio, en justa correspondencia, le habría incluido con posterioridad entre los interlocutores de sus *Saturnalia;* cf. A. CAMERON, «Macrobius, Avienus and Avianus», pág. 398).

LAS FÁBULAS DE AVIANO

1. *Características de la Colección*

Según confesión del propio autor en el prefacio, su obra se compone de cuarenta y dos fábulas *(De his ergo ad quadraginta et duas in unum redactas fabulas dedi);* sin embargo, R. Ellis[19], uno de los mejores editores de nuestro poeta, pone en duda la autenticidad de tres, 23, 35 y 38, basándose en las irregularidades métricas, lingüísticas e incluso estilísticas que encontramos en ellas. L. Herrmann[20] apoya también la falta de autenticidad de 23, pero la mayoría de críticos y editores consideran que las cuarenta y dos fábulas son obra de Aviano. F. Gaide[21] ha refutado con solvencia los argumentos de Ellis y Herrmann, al probar cómo muchas de las anomalías métricas y lingüísticas que se aprecian en los apólogos dudosos se hallan también en otros lugares de la obra; en opinión de la editora francesa Aviano simplemente ha estado particularmente desacertado en la composición de estas fábulas, especialmente en la de 23. Por nuestra parte, hemos de añadir que si se admite que alguna fábula no es auténtica habría necesariamente que asumir bien que Aviano se ha equivocado en el prefacio, bien que la lectura de los manuscritos es incorrecta en ese pasaje o bien que el prefacio es apócrifo en su totalidad, posibilidades todas ellas muy difíciles de demostrar .

Se trata, por tanto, de una Colección compuesta de cuarenta y dos apólogos que tienen una tipología y una estruc-

[19] Cf. *The fables...*, págs. XXX-XXXI.

[20] L. HERRMAN, *Avianus, Oeuvres,* Bruselas, 1968, págs. 9-12.

[21] F. GAIDE, *Avianus...*, págs. 30-31.

tura básicamente coincidentes con las que apreciamos en otras Colecciones como las de Fedro o Babrio. En lo que se refiere a los tipos[22], hay, como es normal, una mayoría de apólogos animalescos, en total veintisiete, unos agonales, como 3, 6, 13, 15, etc., otros de situación, como 1, 7, 21, 27, etc. y también de embajada, como 8. Encontramos también fábulas agonales protagonizadas por plantas (16 y 19), chistes (9, 10, 25 y 29), mitos (4, 12, 22, 23), un relato de Historia Natural (35), una parábola (32) y una alegoría (39). Respecto a Fedro, se echan en falta, sobre todo, anécdotas, cuentos y reflexiones de autor, pero la inclusión de este tipo de relatos es una característica peculiar de la obra de Fedro.

Por lo que hace a la estructura, Aviano escribió cuatro fábulas con promitio, de cuatro versos (5, 8 y 34) o de dos (7), dieciséis con epimitio, siempre de dos versos, y veintidós sin promitio ni epimitio. Esta mayoría de fábulas sin promitio ni epimitio, que llama la atención si lo comparamos con Fedro o con las *Fábulas anónimas* griegas, es, sin embargo, normal en Babrio, fuente principal de Aviano. Ciertos editores de Aviano[23] han considerado espurias algunas de sus moralejas, primero, porque en los manuscritos menos autorizados del autor encontramos moralejas que han sido incluidas, sin ninguna duda, por maestros o gramáticos posteriores, lo que ha puesto en sospecha también los promitios y epimitios que aparecen en los mejores manuscritos; en segundo lugar, porque hay algunos promitios o epimitios (cf., p. ej., 18, 31, 32 y 40), que parecen redundantes o poco

[22] No insistiremos aquí en lo ya dicho a propósito de las *Fábulas* de FEDRO, cf. Introducción, págs. 25-31.

[23] L. HERRMANN rechaza cuarenta versos de las moralejas, A. GUAGLIANONE veintidos, J. W. DUFF y A. M. DUFF (*The Fables of Avianus* in *Minor Latin poets,* Londres, 1935) catorce y R. ELLIS los versos 13-14 de 23 y 15-16 de 35.

afortunados. Sin embargo, pensamos que no hay razones suficientes para rechazar la lectura de los buenos manuscritos, pues epimitios incoherentes, desafortunados o redundantes son también frecuentes en fabulistas de la talla de Fedro o Babrio.

Los títulos que preceden a cada fábula en las ediciones modernas no son originales de Aviano. Se conservan sólo en cinco manuscritos y entre ellos hay notables divergencias, además de errores de léxico, por lo que se acepta comúnmente que fueron introducidos por una mano posterior.

2. *Fuentes*

El estudio de las fuentes de Aviano ha suscitado, entre otros de menor alcance, cuatro problemas fundamentales: 1) La identificación de esa fuente prosaica latina de la que el propio fabulista dice depender en el prefacio. 2) El alcance de su dependencia de Babrio. 3) La atribución de los elementos originales que se aprecian en la obra al propio Aviano o a su fuente en prosa latina. 4) La relación entre Fedro y Aviano. Veámoslos por separado:

1) Después de citar a los autores que, siguiendo la estela de Esopo, han escrito fábulas, Aviano dice en el prólogo: «De éstas, pues, agrupándolas en un solo libro, yo he transmitido cuarenta y dos fábulas que, compuestas como estaban en un latín prosaico, he intentado poner en versos elegíacos». Generalmente se interpreta que en esta última frase *(quas rudi latinitate compositas elegis sum explicare conatus),* nuestro fabulista está aludiendo a una colección de fábulas escritas en prosa latina *(rudi latinitate)*, que le ha servido de base para su versificación. Así es como lo hemos interpretado en nuestra traducción, como lo hacen en las suyas Gaide y Mañas, siguiendo entre otros a Hervieux, Ro-

dríguez Adrados y Cameron[24]; sin embargo, autores tan reputados como Ellis y Küpers[25], prefieren esta otra interpretación: «he trasmitido cuarenta y dos fábulas, escritas en un latín rudimentario, intentando ponerlas en dísticos elegiacos». Si se acepta esta interpretación, no es necesario suponer la existencia de esa desconocida fuente prosaica, pero la verdad es que, ni siquiera como alarde de modestia, se entiende muy bien que el propio autor califique de *rudis* su latín, que es más bien *eruditus,* aunque sólo sea por el buen número de citas de poetas clásicos que contiene.

Quienes admiten la primera interpretación han intentado, como es lógico, averiguar de qué colección de fabulas hablaba Aviano; con diferentes argumentos, primero Hervieux y luego, Crusius, Cameron, Gaide, etc., han opinado que se trata un una colección fabulística, escrita sobre trímetros yámbicos griegos por un tal Ticiano, de la que habla Ausonio en una de sus epístolas (XXV 10, 74-81: *Apologos en misit tibi / ab usque Rheni limite / Ausonius, nomen Italum, / praeceptor Augusti tui, / Aesopiam trimetriam, / quam uertit exili stilo / pedestre concinnans opus / fandi Titianus artifex /...)*[26]. La base para tal suposición estriba, primero, en que no tenemos noticias de otra colección de fábulas en prosa latina y, segundo, en que, aceptado que Aviano se encuentra en la tradición babriana, podría conjeturarse que Ticiano hizo su versión latina a partir de los yambos de Babrio. Sin embargo, esta hipótesis, aplaudida por autores tan relevantes como los antes citados, ha sido convincentemente puesta en duda por F. R. Adrados[27], arguyendo que no sólo Babrio escribió fábulas griegas en yambos y que, además de la de Ticiano, tuvo que haber otras colecciones prosaicas en latín. En mi opinión, podemos decir que Aviano utilizó una colección de fábulas prosaicas en latín, pero me parece improbable que fuera la de Ticiano[28], supuesto que de éste se dice que era *fandi artifex,* y Aviano habla de un latín *rudis.*

2) La relación entre las fábulas de Aviano y las de Babrio es bastante clara. Muchas de las fábulas del latino se encuentran en el fabulista griego y en algunas es evidente la dependencia. Partiendo de este hecho, algunos críticos han supuesto que la colección prosaica utilizada por Aviano traducía únicamente fábulas de Babrio. En aquellos casos en que una fábula de Aviano no se encuentra en Babrio, tales críticos han supuesto que su modelo era una fábula de Babrio que no ha llegado hasta nosotros, pues hay constancia de que algunas fábulas del poeta griego se han perdido[29]. F. Gaide[30], entre otros, es de esta opinión, pero no nos explica, por ejemplo, por qué razón hay ocasiones en que teniendo

[24] L. Hervieux, *Les fabulistes...,* III, págs. 44-45; F. Rodríguez Adrados, *Historia...,* II, pág. 244; A. Cameron, «Macrobius,...», pág. 398.

[25] R. Ellis, *The Fables...,* pág. 5; J. Küppers, *Die Fabeln Avians. Studien zu Darstellung und Erzählweise spätantiker Fabeldichtung,* Bon, 1977, págs. 186-191. J. W. Duff-A. M. Duff también dan en su traducción inglesa esta interpretación.

[26] «He aquí los apólogos que te envió desde la frontera del Rin Ausonio, nombre ítalo, preceptor de tu Augusto; son trímetros esópicos, que trasladó con un estilo ligero, componiendo una obra en prosa, Ticiano, artífice de la palabra» (trad. A. Alvar, *Ausonio. Obras* II, Madrid, 1990).

[27] *Historia de la fábula greco-latina,* II, págs. 244-245.

[28] Suele identificársele con Ticiano el Joven, definido por Julio Capitolino en la *Historia Augusta* del siguiente modo: «...tuvo como maestro...al orador Ticiano hijo de Ticiano el Viejo, quien escribió hermosísimos libros sobre las provincias y fue la mona de su época porque imitó todas las cosas» (*Los dos Maximinos* 27, 5 [trad. V. Picón, A. Cascón, Madrid, 1989]).

[29] El manuscrito pricipal de las *Fábulas de Babrio,* el *Athous,* en el que las fábulas se encuentran ordenadas por orden alfabético, llega sólo hasta la letra O.

[30] Cf. *Avianus...,* pág. 40.

versión de una fábula de Aviano en Babrio y en la Augustana, nuestro fabulista se aproxima más a ésta.

Aun admitiendo que Babrio es la fuente principal de Aviano, nos parece más acertada la visión de F. R. Adrados[31], quien establece, en lo que a fuentes se refiere, cinco grupos distintos en el *corpus* de nuestro fabulista:

1°. Fábulas que provienen exclusivamente de Babrio: 7, 10, 14, 17, 19, 23, 31 y 32. En ellas el único modelo de Aviano es Babrio.

2°. Fábulas de tradición compleja en que Aviano deriva de Babrio: 1, 2, 5, 15, 16, 20, 34, 36 y 42. Son fábulas que aparecen también en otras colecciones, pero en las que Aviano sigue a Babrio.

3°. Fábulas de tradición compleja en donde Aviano no deriva de Babrio: 3, 4, 6, 13, 18, 21, 33, 35 y 37. Son fábulas que están en Babrio, pero en las que Aviano parece seguir otros modelos.

4°. Fábulas de las que no hay versión en Babrio: 8, 9, 11, 12, 24, 26, 27, 29, 39, 40 y 41. Son fábulas que no están en Babrio, pero sí en otras colecciones; puede ser que el modelo sea una fábula perdida de Babrio o que Aviano dependa de otro modelo.

5°. Fábulas que sólo aparecen en Aviano: 22, 25, 28, 30 y 38. Pueden ser fábulas creadas por Aviano o proceder del Babrio perdido o de otra fuente también perdida.

A la vista de estos grupos, parece sensato afirmar, siguiendo a Adrados, que Aviano utilizó una colección prosaica latina de carácter mixto, en la que se incluían apólogos de distinta procedencia: de Babrio, ajenas a Babrio, y otras en las que es difícil inclinarse por una u otra posibilidad; entre las no babrianas hay, desde luego, algunas de origen muy

[31] *Historia de la fábula greco-latina*, II, págs. 247 y ss.

antiguo y es posible que alguna sea creación del propio Aviano.

3) F. R. Adrados cree, en efecto, que las cinco fábulas que hemos incluido en el quinto grupo son originales de Aviano. Además, considera que muchas de las diferencias que se perciben respecto a sus modelos son también creación de nuestro autor. Apoya tales conjeturas en la buena formación literaria del fabulista, apreciable en las numerosas imitaciones de Virgilio y en menor medida de Ovidio y Fedro, y en su utilización de la preceptiva retórica.

No me parece a mí, sin embargo, que tales fábulas sean originales de Aviano. En primer lugar, me parece que, si así fuera, Aviano lo habría apuntado en su prólogo; en segundo lugar, su propia capacidad como escritor está más en contra que a favor de tal posibilidad, pues se trata de cinco fábulas que no aportan nada nuevo a la colección; como ya se ha dicho, parecen estar basadas en temas tradicionales fabulísticos —a lo ya apuntado en tal sentido[32], permítasenos añadir que 22 guarda cierto parecido en su estructura y desenlace con Fedro, *Ap.* 4 y que 28 aborda el mismo tema que Fedro, *Ap.* 12— y no se percibe ni en su tipología ni en su estructura ni en su contenido elementos que las diferencien de las demás. A mi juicio, la intención básica de Aviano era versificar con el mayor acierto las fábulas en prosa que tenía delante, introduciendo los cambios que fueran necesarios para elevar el tono literario de la obra, pero no estaba entre sus propósitos la creación de nuevos argumentos. Si así hubiera sido, probablemente Aviano habría puesto mayor cuidado en la elección de las fábulas que componen su colección —algunas de ellas bastante insulsas— y, quizá, habría com-

[32] Cf. F. R. ADRADOS, *Historia...*, págs. 257-258 y F. GAIDE, *Avianus...*, pág. 40.

puesto un número más elevado de apólogos, tal como hicieron Babrio y Fedro.

En conclusión, pensamos que la originalidad de Aviano está más en la composición que en la invención y que lo más probable es que las cinco fábulas mencionadas se encontraran en la colección prosaica latina que sirvió de base a sus versos.

4) Con independencia de la alusión a Fedro que hallamos en el prefacio, diversos pasajes de las fábulas parecen indicar que Aviano no sólo conocía la obra de su antecesor sino que se sirvió de ella. F. Gaide[33] señaló ya algunos de estos pasajes y nosotros vamos a apuntar aquí algunos más. Este conocimiento que Aviano tenía de su antecesor se manifiesta en la epístola dirigida a Teodosio y en diferentes lugares de sus fábulas. Veámoslos por separado:

a) Aviano tuvo presente para la redacción de su epístola a Teodosio no sólo el prólogo al libro I de Fedro, como dice Gaide, sino también otros pasajes de sus prólogos y epílogos. Hay coincidencia en el hecho de considerar a Esopo autor en prosa del texto que se va a versificar («conocerás que mi guía en esta materia es Esopo» y Fedro, I, pról. 1-2: «El género que inventó el maestro Esopo, ése es el género que yo he embellecido con versos senarios»), en el comentario sobre el carácter ficticio del género («porque su composición no exige el respeto a la verdad y en ellas resulta conveniente la mentira graciosamente imaginada» y Fedro, I, pról. 7: «recuerde que nosotros bromeamos con fábulas inventadas»), en la alusión a la circunstancia de que en su obra los animales y plantas hablen («Pero hemos hecho hablar a los árboles, lamentarse a las fieras con los hombres» y Fedro, I, pról. 6: «porque no sólo los animales sino los árboles

[33] *Ibidem*, págs. 43-45.

hablan») y en esa declaración inicial en la que confiesa su pretensión de pasar a la posteridad («Dudaba... con qué género literario podría conseguir que mi nombre permaneciese en el recuerdo») que se relaciona con numerosos pasajes de Fedro[34] y que tiene un carácter casi tópico en la literatura latina.

Más importancia tiene el que Aviano se acerque a Fedro al destacar los valores formativos y de entretenimiento que el género fabulístico posee: «Tienes, en efecto, una obra, con la que distraer el espíritu, ejercitar el ingenio, aligerar tus preocupaciones y reconocer con sagacidad el devenir de la vida entera». Estas palabras, tal como apunta Gaide, pueden ser un desarrollo de aquellos senarios del prólogo al libro I (3-4), en los que Fedro declara las virtudes de su obra: «La aportación del librillo es doble, pues mueve a risa y aconseja con sus advertencias la vida del hombre prudente»), pero, a nuestro juicio, también evocan algunos pasajes del prólogo al libro III de Fedro, en el que se dirige a Éutico solicitando que lea sus fábulas. Además, cuando Aviano menciona la razón por la que Horacio introduce fábulas en sus poemas («porque bajo la apariencia de simples chanzas contienen testimonios de la vida corriente») parece estar pensando en las palabras del prólogo al libro III de Fedro, donde se indica que la intención del género es mostrar la vida y las costumbres de los hombres a través de sus relatos (cf. v. 50: *verum ipsam vitam et mores hominum ostendere*).

b) Gaide ha señalado tres versos de fábulas de Aviano que en su opinión son imitación de Fedro: 6, 1, tomado de Fedro, I 2, 16; 5, 17, que procede de Fedro, V 2, 11; y 11, 10, que es evocación de Fedro, I 5, 1. A estos podemos añadir al menos otros dos donde el paralelismo de sentido es

[34] Cf. A. Cascón, *El pensamiento...*, págs. 100 y 109-110.

evidente: «Cada uno debe valorarse y estar contento con sus propios méritos, sin apropiarse de las cualidades ajenas» (5, 1-2), que parece tomado de Fedro, I 3 («Para que a nadie agrade vanagloriarse con las buenas cualidades de otros sino más bien pasar la vida con los hábitos que le son propios»). Y «Esta fábula enseña hasta qué punto es más importante el ingenio que la fuerza» (27, 9) que recuerda al epimitio fedriano de I 13 («Este argumento demuestra cuánto vale el talento; la inteligencia prevalece sobre la fuerza»). También hay que subrayar que la lucha entre humildes y poderosos que veíamos en las fábulas de Fedro tiene algunos ecos en Aviano: además del que acabamos de señalar (11, 10), las moralejas de 16, 31 y 35, incluyen algunas alusiones a las capacidades o esperanzas de los humildes, que no están en las versiones de Babrio o Esopo correspondientes y no es aventurado suponer que su origen se deba al influjo de Fedro.

3. *Ideología*

En las fábulas de Aviano no hay grandes variaciones respecto a los temas tradicionales y, aunque apreciamos algunas ideas originales que vamos a subrayar, no parece que expresar ideas fuera una de las intenciones literarias del poeta. En ese sentido es muy diferente de Fedro, quien, como vimos, tuvo el máximo interés en dar a conocer su pensamiento a través de las fábulas.

Los apólogos de Aviano abordan temas muy asentados en las colecciones fabulísticas anteriores.

El tema de la naturaleza, tan caro a la diatriba cínico-estoica: el que persigue cosas ajenas a su naturalareza se ve abocado al desastre (2); no es posible cambiar las cosas que pertenecen a la naturaleza de cada uno (3, 10, 28); es necesario conformarse con lo que la naturaleza nos ha otorgado,

sin desear los dones de otros (5 y 8); quien se jacta de lo que no es propio de su naturaleza acaba mal (38); etc.

La denuncia de la insensatez, plasmada por ejemplo en el perro necio que confunde recompensa y castigo (7) o en el macho cabrío que cree asustar al toro (13) o en el ladrón que se deja engañar por un niño (25) o en los animales que creen en las dotes curativas de una rana médico (6).

La preponderancia de las cualidades espirituales sobre las físicas: es mejor lo útil que lo bello (15 y 19); la inteligencia prevalece sobre la belleza (40); la persuasión (4) y la destreza (27) consiguen mejores resultados que la fuerza.

Y, en fin, otros temas comunes en la tradición fabulística: contra la falsedad de las mujeres (1), sobre la amistad (9 y 18), elogio de la prudencia (26) y de la previsión (34), crítica de la Fortuna (12), etc.

Uno de los temas más interesantes de la colección es la defensa del humilde. Aspecto este en el que, como decíamos más arriba, quizá pueda apreciarse la influencia de Fedro. Desde luego, el tema no está tratado con la misma intensidad que en su antecesor latino[35], pero llama la atención que en algunos apólogos se aparte incluso del modelo babriano o esópico, como, por ejemplo, en 16, donde insta a superar a los poderosos con la habilidad, frente a Esopo, 70 y Babrio, 36, que recomiendan no resistirse a los poderosos; igualmente en 35, donde se recuerda que hay esperanzas de cambio para los humildes, modificando completamente la intención de Esopo, 218 y Babrio 35. La fábula de la vasija de barro sin cocer (41) parece tener la intención primaria de censurar la jactancia, sin embargo, Aviano recuerda en la moraleja la triste condición del humilde, siempre en manos de los poderosos. Además, el consejo en 11 de que el humilde no

[35] Cf. A. Cascón, *El pensamiento...*, págs. 281-296.

debe aliarse con el poderoso y en 31 de que el pequeño puede a veces vencer al grande contribuyen a dar a la colección ese tono, ligeramente reivindicativo, próximo a Fedro y bastante alejado de los modelos griegos.

Se aprecia también cierta desconfianza en la naturaleza humana, que se pone de manifiesto en 17, «El cazador y el tigre», donde Aviano, dando a la fábula un tono de seriedad ajeno a las versiones de Esopo y Babrio, revela la capacidad del hombre para hacer daño.

Es también digno de notar el respeto que se presta a la religión, ajeno desde luego al fondo de la tradición fabulística. Por ejemplo, en «El vendedor de Baco» (23), una moraleja desviada de la intención del relato palia la irreligiosidad que apreciamos en la versión babriana. En 33 un relato contra los ambiciosos se convierte en la moraleja en un alegato contra quienes piden sin medida a los dioses.

Destaquemos, por último, el marcado tono pacifista de 39, ajeno también a la versión de las *Fábulas anónimas*. No se trata sólo de castigar a la trompeta, como símbolo de los que incitan al mal, en Aviano aparece un soldado harto de combatir, que quiere quemar todas las armas.

4. *Estilo*

En mi opinión, el valor literario de las fábulas de Aviano no es excesivamente alto. No tanto, porque, como se ha dicho[36], nuestro autor carezca de un estilo personal, sino, sobre todo, porque se trata de un estilo desdibujado, que denota una escasa personalidad poética. No conocemos cómo era el modelo prosaico que utilizó para la composición de sus fábulas, pero la comparación con las versiones babrianas o

[36] Cf. F. Gaide, *Avianus...*, pág. 51: «A la différence de Phèdre et de Babrius, Avianus a donc manqué d'un style personnel».

esópicas pone de manifiesto una intención creativa ciertamente exigua, sobre todo si pensamos en otros fabulistas, como Fedro, La Fontaine o Samaniego, en los que encontramos nuevos argumentos o una reelaboración original de los tradicionales. Es verdad, como escribe M. Mañas[37], que la valoración de su obra debe hacerse en el contexto de su época, teniendo en cuenta los cánones poéticos imperantes en los siglos IV y V, pero incluso así pensamos que la aportación de Aviano al género fabulístico es bastante pobre, pues la comprensible despreocupación por el contenido, típica de su época, no se ha visto acompañada por grandes aciertos formales.

El uso de reminiscencias de autores clásicos, sobre todo de Virgilio, resulta un tanto abusivo[38]. Una cosa es la reelaboración y el merecido homenaje a los grandes maestros y otra bien distinta forzar el sentido de un verso o de toda una fábula para que quepa una fórmula virgiliana[39]. Justamente es esta una de las características que definen a los grades poetas de épocas renacentistas, el ser capaces de innovar a partir de modelos clásicos mejorando en ocasiones el modelo y, desde luego, éste no es el caso de nuestro fabulista.

[37] Cf. *Fedro/Aviano...*, págs. 276-277.

[38] Anotadas por los mejores editores de Aviano (Hervieux, Guaglianone, Gaide, etc.), nosotros hemos señalado en nuestras notas las más evidentes. J. M. Romeo Pallás ha publicado tres artículos sobre el tema: «La huella de Tíbulo en las fábulas de Aviano», *Anuario de Filología. Univ. de Barcelona* 7 (1981), págs. 169-172. «La utilización de la obra de Virgilio en la redacción de cuatro fábulas de Aviano», *Studia Virgiliana. Actes del VIe Simposi d'Etudis Clàssics*, Bellaterra, 1985, págs. 129-135. «La obra de Propercio en las fábulas de Aviano», *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, II, Madrid, 1986, págs. 573-579.

[39] F. Gaide, *Avianus...*, págs. 49-50, señala algunos de los desaciertos de Aviano en sus intentos de imitar a Virgilio.

Aviano tampoco parece haber acertado en la elección del metro. Al menos ésta es la opinión de algunos críticos, como J. Küppers[40], quien considera que los yambos de Fedro o Babrio eran muchos más apropiados para el lenguaje dialogado de la fábula y sostiene que los esfuerzos de nuestro fabulista por hacer coincidir los elementos de la acción con cada dístico han arruinado la fluidez de la narración. M. Mañas, por su parte, defiende otra vez a Aviano y apunta las razones de tal elección: en primer lugar, el didactismo, supuesto que la escansión del dístico era más sencilla que la del senario yámbico, y, en segundo lugar, su predilección por los versos leoninos, ya que la división en hemistiquios de hexámetro y pentámetro facilita la rima interna. En nuestra opinión, la razón principal para la elección de este metro quizá haya que buscarla en su afán de imitar a autores clásicos que lo utilizaron en sus poemas, como Virgilio, Ovidio, Tíbulo, Propercio, etc., de otro modo no le habría sido posible incluir, de la forma que lo hace, las numerosas reminiscencias que mencionábamos más arriba.

A mi juicio, el rasgo más característico del estilo de Aviano, sobre todo por lo que tiene de ajeno al género, es ese sorprendente lirismo que aparece en algunos lugares de la narración y que hemos señalado en las notas a la traducción (cf. 61, 78, 87, 108, 134 y 157). En estos y otros pasajes Aviano parece más un elegiaco que un fabulista, al ayudarse en sus descripciones de hermosas metáforas y de epítetos encadenados. Sirvan, como ejemplo, los versos 5-6 de la fábula 14: «Y no faltan al concurso los escamosos peces o cualquiera de las aves que el aire más puro arrastra» o los dos con que inicia la fábula 41: «Impulsada por los vientos y concentrada en denso nublado una terrible tempestad rompió a llover con aguas invernales»[41].

40 *Die Fabeln Avians...*, págs. 70 y ss.

Llamativa es también la utilización en un buen número de fábulas de paréntesis explicativos que en ocasiones hacen perder fluidez a la narración (cf. notas: 58, 113, 117, 122, 130, 136 y 158).

La comicidad juega un papel muy secundario en sus narraciones. Más atento a otras intenciones (seguir los cánones retóricos de la época, adaptar el texto prosaico del que parte al dístico elegiaco, introducir referencias de poetas clásicos...), Aviano parece haberse olvidado del *risum movere*, que Fedro consideraba una de las características inherentes al género. El hecho resulta particularmente llamativo por ser Babrio la fuente principal de su colección, pues éste es, sin duda, el fabulista de humor más fino entre los clásicos. Basta comparar versiones distintas de una misma fábula en ambos fabulistas para comprobar lo que decimos. En general, Babrio se preocupa de que la réplica final de la fábula —la última frase de uno de los personajes en conflicto— devuelva una sonrisa al lector, mientras que tal intención casi desaparece en Aviano, cuyos epimitios son, por lo demás, serios y carentes de la *mica salis* de los satíricos clásicos (cf., v. g., Babrio, 115 y Aviano, 2).

5. *La fortuna de Aviano*

Si no fuera porque en los últimos siglos Aviano ha pasado a ser un poeta prácticamente desconocido, podríamos decir que su caso es justamente el contrario que el de Fedro. Aviano disfrutó en la Edad Media de un éxito bastante supe-

41 Hemos anotado en la traducción otros pasajes donde la epitetación encadenada es muy llamativa (*vid*: 34, 43, 78, 82, 87, 108, 125, 134 y 157).

rior al que su obra merece y sus fábulas fueron comentadas e imitadas durante muchos siglos. Parece que este éxito se debe en gran medida a su utilización didáctica. Su obra, junto a los *Disticha Catonis* y alguna otra, entraba comúnmente en los programas de enseñanza. Probablemente el hecho de que entre sus apólogos no hubiera ninguno impúdico, el carácter escasamente polémico de su mensaje moral y también el metro elegido para sus versos, mucho más conocido y provechoso didácticamente, posibilitó, a pesar de las dificultades sintácticas, que los maestros lo eligieran antes que a Fedro.

También los gramáticos medievales se ocuparon de Aviano, aunque colocándolo siempre entre los poetas de menor relevancia. Aimerico en su *Ars lectoria* de 1086, lo menciona entre otros veintitrés autores paganos, situándolo entre los autores de «estaño», que seguían a los de oro y plata. Conrado de Hirsau (s. XII) en su *Dialogus super auctores* le atribuye cierto mérito literario *(metro optime eruditus)*[42] y aprecia el valor moral de sus apólogos, pero lo sitúa entre los *poetae minores*. Eberardo el Alemán lo menciona en su *Laborinthus,* de principios del XIII, junto al Pseudo-Catón y al Esopo latino. En fin, Hugo de Trimberg lo cita también en su *Registrum multorum auctorum,* de finales del XIII.

Gracias sobre todo a los maestros y gramáticos la obra de Aviano se difundió enormemente en la Edad Media, como lo prueban los numerosos manuscritos conservados, hasta ciento cuatro, según Guaglianone. En muchos de ellos encontramos adiciones —sobre todo nuevas moralejas— y comentarios de valor desigual, pero nunca relevante; conservamos incluso un *Accessus Auiani,* que aparece en los manuscritos del XIII[43].

Además de estudiado y comentado, Aviano fue muy imitado. Hervieux publicó en el volumen III de su libro *Les fabulistes latins...,* las colecciones fabulísticas medievales de sus imitadores: aparte de las imitaciones de fábulas aisladas, dos colecciones en prosa y cinco en verso, entre las que destacan la del llamado poeta de Asti o la de Alexander Neckam.

La primera traducción al francés de algunas de sus fábulas data del siglo XIV. A lo largo de los siglos siguientes se siguen haciendo ediciones de su obra —según Hervieux, treinta y siete durante los siglos XVI y XVII— y sus fábulas estaban incluidas en la *Mythologia Aesopica* de Nevelet, publicada en 1610, que La Fontaine utilizó para sus fábulas. En efecto, aunque las innovaciones del francés dificultan en ocasiones la determinación de su fuente, una comparación entre las distintas versiones, nos permite afirmar con algún margen de error que La Fontaine se ha servido de Aviano, directa o indirectamente, para la composición de I 1; III 10; IV 16; V 2, 3 y 7; XI 10.

La primera traducción al castellano de las fábulas de Aviano es probablemente la de Juan de Hurus, que en 1489 publicó en Zaragoza una traducción conjunta de diversos fabulistas (Esopo, Fedro, Aviano, etc.), bajo el título de *Esta es la vida del Ysopet con fábulas hystoriadas*. También conocemos una edición latina de sus fábulas publicada en 1610, aunque se atribuyen a Avieno, el autor de la *Ora maritima,* lo que da idea de que ciertamente, al menos en nuestro país y en esa época, nuestro fabulista era escasamente

[42] Cf. la edición de R. B. C. HUYGENS, Bruselas, 1955, págs. 26-28.

[43] Editado también por R. B. C. HUYGENS, *Accessus ad auctores,* Bruselas, 1954, págs. 17-20.

conocido. M. Mañas recoge en su edición una traducción en verso castellano de la fábula 26, realizada por Juan de Apraiz y cita las siguientes palabras de M. Menéndez Pelayo: «No he encontrado en nuestros fabulistas imitación directa de los apólogos que en metro elegíaco compuso Aviano... algunas de ellas han entrado en la colección de Samaniego, a través de La Fontaine...o bien por intermedio de la antigua colección esópica castellana que Samaniego manejó bastante»[44]. Evidentemente con estas últimas palabras Don Marcelino se refería a la traducción de Hurus o algún otro de los Ysopetes que proliferaron con posterioridad a ella. Lo más probable es que, efectivamente, Samaniego encontrara en una de estas colecciones traducciones de las fábulas de Aviano, pues de los apólogos que coinciden en ambos fabulistas, algunos están allí por intermedio de La Fontaine, como apuntaba Menéndez Pelayo, por ejemplo «El asno vestido de león» (Aviano, 5; Samaniego, V 5 y La Fontaine, V 21), «El león vencido por el hombre» (Av., 24; Sam., I 5 y La Font., III 10), «El carretero y Hércules» (Av., 32; Sam., V 11 y La Font., VI 18), «La gallina de los huevos de oro» (Av., 33; Sam., V 6 y La Font., V 13) y «La cigarra y la hormiga» (Av., 34; Sam., V 24 y La Font., I 5), pero hay otros en los que no existe dependencia de La Fontaine y la relación con la versión de Aviano es bastante clara; así en «El león y la cabra» (Av., 25 y Sam., IV 15), en «La tortuga y el águila» (Av., 2 y Sam., IV 11) y, con más dudas, en «Los cangrejos» (Av., 3 y Sam., V 7) y en «La mona corrida» (Av., 14 y Sam., IV 1).

[44] Cf. M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, (ed. S. Sánchez Reyes), Santander, 1950, *s.v.* «Avianus», pág. 253.

6. *Tradición manuscrita*

Como hemos comentado más arriba, los manuscritos de Aviano son muy numerosos; ya dijimos que A. Guaglianone ha inventariado en su edición[45] ciento cuatro, aunque sólo considera «principales» catorce de ellos. De éstos hay tres muy incompletos y que no aportan variantes importantes, son el *Parisinus Latinus 1132 (Pa)*, que sólo llega hasta la fábula 10; el *Karoliruhensis Aug. 73 (Ka)*, que se detiene en el verso 18 de la fábula 29; y el *Vaticanus Latinus 3799 (Vl)*, que sólo contiene el prefacio y algunos versos de la primera fábula.

Los más importantes son, sin duda, los siguientes: el *Parisinus Latinus 8093 (A)*, del siglo IX; el *Laurentianus plut. 68.24 (L)*, también del siglo IX; el *Parisinus Latinus 5570 (C)*, del siglo X-XI; el *Reginensis Latinus 1424 (Re)* que llega hasta el verso 4 de la fábula 40, también del X-XI; y el *Karoliruhensis 339 (K)*, del siglo IX, pero que sólo contiene del verso 8 de la fábula 33 al 9 de la fábula 40. Los tres últimos, *K, Re* y *C* tienen errores comunes que manifiestan su pertenencia a una misma familia (Σ), en la que Guaglianone incluye también a *A*, mientras que Gaide considera que es independiente, al igual que *L*. En estos manuscritos el nombre del autor precede al prefacio y se da título a cada una de las fábulas o al menos hay una clara separación entre ellas.

No ocurre lo mismo en un segundo grupo de manuscritos, menos correctos, donde ni se indica el nombre del autor ni las fábulas están separadas. Se trata del *Vossianus L. Q. 86 (V)*, del siglo IX; el *Reginensis Latinus 208 (Rt)*, del

[45] Antes de él W. A. Oldfather había estudiado también los manuscritos de nuestro autor en «A Fleury text of Avianus», *Philological Quarterly* 5 (1927), 20-28.

mismo siglo; el *Parisinus Latinus 13026 (P)*, también del IX; y el *Vossianus L. O. 15 (W)*, del siglo XI. *Rt* es quizá el más interesante de todos por sus lecciones coincidentes con *L*, además, es el único de este grupo donde podemos leer el nombre de Aviano. *P*, sin embargo, omite más de treinta cinco versos y deforma numerosas palabras. Los frecuentes errores comunes entre *V, P* y *W* hacen que comúnmente se los considere dentro de una misma familia, que derivaría de una copia anterior bastante mediocre.

Menos interés todavía tienen el *Ashburnhamensis 1813 (Ba)*, del siglo XI y el *Vossianus L. O. 89 (Vo)*, fechado entre el XI y el XIII; además de sus lagunas y de su relativa modernidad, en muy pocas ocasiones aportan variantes de interés sobre los manuscritos principales.

7. *Nuestra traducción*

Hemos seguido el texto latino establecido por Françoise Gaide, que ha cotejado los manuscritos principales de Aviano y ha tenido en cuenta los aciertos de editores anteriores, particularmente de A. Guaglianone, para realizar la que es la más moderna de las ediciones críticas de Aviano. Sólo en cinco ocasiones (cf. notas 16, 66, 86, 100 y 121) nos hemos apartado de su texto, al considerar que otras lecciones o conjeturas facilitaban la comprensión de pasajes discutidos.

No resulta fácil la versión al castellano de los versos de Aviano, sobre todo si el traductor se esfuerza en conservar al máximo las intenciones literarias de este poeta tardío, que parece excesivamente condicionado tanto por su imitación de los grandes poetas clásicos como por un metro tan exigente como el dístico elegiaco. No obstante, nuestra máxima preocupación ha sido justamente conservar ese quizá pretencioso estilo, de resultados desiguales, al que a pesar de

las críticas antedichas hay que reconocer momentos de indudable altura literaria.

Hasta la recientes ediciones de Manuel Mañas y Germán Santana no existía una traducción completa de las fábulas de Aviano, aunque desde la antigua de Hurus, que antes comentábamos, se han traducido aisladamente algunos de sus apólogos. Lógicamente hemos contrastado nuestra traducción con la de otros traductores modernos, particularmente con las de Mañas y Gaide, dos buenos intérpretes de nuestro fabulista.

En cada fábula la primera nota indica las versiones conocidas del mismo argumento en otros fabulistas, incluyendo las de algunos modernos, particularmente, las de La Fontaine y Samaniego. El resto de las notas informan sobre nombres mitológicos o instituciones de la sociedad romana, apuntan las reminiscencias virgilianas y de otros poetas clásicos y comentan las peculiaridades del estilo de Aviano. En esta tarea, además de las ediciones mencionadas, nos ha sido de gran utilidad la edición comentada de R. Ellis.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES Y TRADUCCIONES

W. Froehner, *Auiani. Fabulae,* Leipzig, Teubner, 1862.

E. Baehrens, *Auiani. Fabulae,* en *Poetae Latini Minores,* 5, Leipzig, Teubner, 1882, págs. 31-70.

R. Ellis, *The fables of Avianus,* Oxford, 1887 (reimpr. Hildesheim, G. Olms, 1966) (edición comentada).

J. W. Duff, A. M. Duff, *The fables of Avianus,* en *Minor Latin Poets,* Londres, Heinemann (Loeb), 1935, págs. 667-749 (con trad. inglesa).

A. Guaglianone, *Auiani. Fabulae,* Turín, Paravia, 1958.

—, *Le favole di Aviano,* Nápoles, Armani, 1958 (trad. italiana).

L. Herrmann, *Avianus. Œeuvres,* Bruselas, Latomus, 1968 (con trad. francesa).

F. Gaide, *Avianus. Fables,* París, Les Belles Lettres, 1980 (con trad. francesa).

D. R. Slavitt, *The fables of Avianus,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1993 (trad. inglesa).

M. Mañas, *Fedro/Aviano. Fábulas,* Madrid, Akal, 1998 (trad. española).

G. Santana, *La fábula en Aviano*, Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de publicaciones ULPGC, 2004 (trad. española).

ESTUDIOS

Sobre Aviano y la fábula en general

P. Carnes, *Fable Scholarship. An Annotated Bibliography,* Nueva York, Garland, 1985.

G. Catanzaro, F. Santucci (eds.), *La favolistica latina in distici elegiaci.* Atti del convegno internazionale, Asís, Accademia Properziana del Subasio, 1991.

L. Hervieux, *Les fabulistes latins depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du moyen âge,* París, 1893-1899, 5 vols. (reimprs. Hildesheim-Nueva York, G. Olms, 1964). (vol. 3: *Avianus et ses anciens imitateurs*).

F. R. Adrados, *Historia de la fábula greco-latina,* Madrid, Editorial de la UCM, 1979-1987, 3 vols. (especialmente, vol. 2, págs. 243-261).

Sobre Aviano y la poesía latina tardoantigua

A. Alvar Ezquerra, «Realidad e ilusión en la poesía latina tardoantigua: notas a propósito de estética literaria», *Emerita* 60.1 (1992), 1-20.

R. Browning, «Poesía del Bajo Imperio», en E. J. Kenney y W. Clausen (eds.), *Historia de la literatura clásica. II. Literatura latina,* Madrid, Gredos, 1989, págs. 777-778.

M. Manitius, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters,* Munich, C. H. Beck, 1911-1931.

J. Oroz y M. A. Marcos casquero, *Lírica latina medieval. I. Poesía profana,* Madrid, BAC, 1995.

M. Schanz, *Geschichte der römischen Literatur,* Múnich, Beck, 1920 (*Der Fabeldichter Avianus,* IV.2, págs. 32-35).

Sobre la vida y las fábulas de Aviano

A. Bisanti, «Pier Damiani e una favola di Aviano», *Civiltà Classica e Cristiana* 14 (1993), 313-330.

M. I Boreckij, «Essai d'utilisation du lexique systématique pour une analyse comparée des fables d'Avianus et de Babrius» *Pytanná Klasyenoji Filolohiji* 15 (1978), 55-72.

A. Cameron, «The date and identity of Macrobius», *Journal of Roman Studies* 56 (1966), 25-38.

—, «Macrobius, Avienus and Avianus», *Classical Quarterly* 17 (1967), 385-399.

O. Crusius, *s.v.*, «Avianus», *Paulys Real-Encyclop. der class. Altert.*, II, col. 2373-2378.

L. Fiocchi, «La tataruga volante in Babrio e in Aviano», *Giornale Italiano di Filologia* XIII (1982), 253-266.

F. Gaide, «Avianus: ses ambitions, ses résultats» en G. Catanzaro-F. Santucci (eds.), *La favolistica latina...*, págs. 45-61.

A. Guaglianone, «Gli epimythia di Aviano», *Atti dell' Accademia Pontaniana di Napoli* 5 (1956), 353-377.

—, «La tradizione manoscritta di Aviano», *Rendiconti dell'Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli* 32 (1957), 5-30.

E. C. Jones, *Avianus in the Middle Ages,* Urbana, 1944, Liberal Arts & Sciences, Classics Department (abstract).

W. R. Jones, *The text tradition of Avianus,* Urbana, 1940, Liberal Arts & Sciences, Classics Department (abstract).

J. Küppers, *Die Fabeln Avians. Studien zu Darstellung und Erzählweise spätantiker Fabeldichtung,* Bonn, Habelt, 1977.

V. Lomanto, «Favola e critica letteraria in Aviano», *Rivista di Filologia e Istruzione Class.* 110 (1982), 296-308.

M. J. Luzzatto, «Note su Aviano e sulle raccolte esopiche grecolatine», *Prometheus* 10 (1984), 75-94.

M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica,* Madrid, ed. de Enrique Sánchez Reyes, CSIC, 1950-1953, s.v. «Aviano», págs. 248-254.

F. Menna, «La ricerca dell'adiuvante. Sulla favoletta esopica dell'allodola, (Enn. Sat. 21-58 Vahl.; Babr. 88; Avian. 21)», *Materiali e Discussioni per l'analisi dei testi class.* 10-11 (1983), 105-132.

W. A. Oldfather, «A Fleury text of Avianus», *Philological Quarterly* 5 (1927), 20-28.

M. P. Pillola, «Reminiscenze e aggettivazione allusiva in due favole di Aviano», en G. Catanzaro-F. Santucci (eds.), *La favolistica latina...*, págs. 215-223.

J. M. Romeo Pallás, «La huella de Tíbulo en las fábulas de Aviano», *Anuario de Filología. Univ. Barcelona* 7 (1981), 169-172.

—, «La utilización de la obra de Virgilio en la redacción de cuatro fábulas de Aviano», *Studia Virgiliana. Actes del VI[e] Simposi d'Estudis Clàssics,* Bellaterra, 1985, págs. 129-135.

—, «La obra de Propercio en las fábulas de Aviano», *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez,* II, Madrid, 1986, págs. 573-579.

FÁBULAS

A TEODOSIO

Dudaba, magnífico Teodosio[1], con qué género literario podría conseguir que mi nombre permaneciese en el recuerdo, cuando se me ocurrió escribir fábulas, porque su composición no exige el respeto a la verdad y en ellas resulta conveniente la mentira graciosamente imaginada[2]. ¿Pues quién podría conversar contigo sobre oratoria, quién sobre poesía, cuando en uno y otro género superas a los áticos en erudición griega y a los romanos por tu dominio de la lengua latina? Así pues, conocerás que mi guía en esta materia es Esopo, quien, aconsejado por la respuesta del Apolo délfico[3], ideó estos temas graciosos para alentar la lectura de sus

[1] Tal vez se trate de Ambrosio Macrobio Teodosio, autor de las *Saturnales,* cf. Introducción, págs. 215-216.

[2] Cf. FEDRO, I, pról. 7: *fictis iocari... fabulis.*

[3] Cuenta la *Vita Aesopi* que el fabulista griego murió a manos de los delfios, pero no encontramos pasajes que atestigüen que se decidiera a escribir fábulas por la respuesta del oráculo délfico. J. KÜPPERS *(Die Fabeln Avians...,* pág. 180) opina que es una invención de Aviano para tratar de dignificar el origen del género con esta relación religiosa, pero quizá Aviano conociera algún texto en el que pudiera apoyar tal afirmación.

mensajes[4]. Pero también Sócrates introdujo en sus divinas obras estas fábulas a manera de ejemplo[5] y Flaco las adaptó a su poesía[6], porque bajo la apariencia de simples chanzas contienen testimonios de la vida corriente. Babrio las recreó en yambos griegos, reuniéndolas en dos volúmenes[7]. Fedro también repartió en cinco libros una parte de ellas[8]. De éstas, pues, agrupándolas en un solo libro, yo he transmitido cuarenta y dos fábulas que, compuestas como estaban en un latín prosaico[9], he intentado poner en versos elegíacos. Tie-

[4] En opinión de Fedro, Esopo ideó el género para evitar los problemas de censura: «Ahora, explicaré brevemente por qué se ha inventado el género fabulístico. Un esclavo subyugado, como no se atrevía a decir lo que quería, trasladó a los apólogos sus propios sentimientos, burlando las acusaciones malintencionadas con graciosas ficciones» (III, pról. 33-38).

[5] En el *Fedón* (61b) Sócrates dice haber versificado fábulas, pero Gaide *(Avianus...,* pág. 127) opina que Aviano confunde a Sócrates con Platón y que puede estar refiriéndose a algunos de los mitos que en las obras de Platón aparecen contados a la manera esópica.

[6] En las obras de Horacio encontramos narradas las siguientes fábulas: «La rana y el buey» (Hor., *Sát.* II 3, 314-430), «El ratón de campo y el ratón de ciudad» *(Sát.* II 6, 76-117), «La zorra hinchada» *(Epist.* I 7, 29-33) y «El ciervo, el caballo y el hombre» *(Epist.* I 10, 34-38). Se alude a otras en *Sát.* II 3, 299; *Epist.* I 1, 73-75; 3, 17-19 y II 3, 139.

[7] Este fabulista griego del siglo I o II d. C. es, como ya hemos comentado (cf. Introducción, págs. 223-225) la fuente principal de Aviano. En el *codex Athous*, principal manuscrito de Babrio, sus fábulas aparecen efectivamente reunidas en dos volúmenes, pero Suidas habla de diez libros. No sabemos cuál sería la distribución original ni si se ha perdido alguna de sus fábulas.

[8] También los manuscritos distribuyen las fábulas de Fedro en cinco libros y, como en el caso de Babrio, el testimonio de Aviano es importante para quienes defiende que ésa era la distribución original de sus apólogos; sin embargo, la distancia temporal entre ambos autores (del sigo I uno y del V el otro) no nos permite asegurar que efectivamente Fedro sólo escribiera cinco libros de fábulas.

[9] Tal vez luda a la colección en prosa de Julio Ticiano, que menciona Ausonio (cf. Introducción, págs. 221-223).

nes, en efecto, una obra, con la que distraer el espíritu, ejercitar el ingenio, aligerar tus preocupaciones y reconocer con sagacidad el devenir de la vida entera[10]. Pero hemos hecho hablar a los árboles, lamentarse a las fieras con los hombres, polemizar a las aves y reír a los animales, de manera que, según las necesidades de cada caso, incluso los objetos inanimados puedan expresar su parecer[11].

1

[LA NODRIZA Y EL NIÑO][12]

Una vez cierta campesina juró a un niño que estaba llorando que, si no se callaba, iba a entregarlo al lobo furioso para que se lo comiera. Un lobo escuchó confiado estas palabras y permaneció vigilante ante las puertas, elevando inútiles plegarias a los dioses, pues el pequeño entregó sus fatigados miembros a un sueño profundo y se llevó las esperanzas del depredador[13] que se quedó hambriento. Cuando al regresar a la guarida de sus bosques su pareja la loba se dio cuenta de que volvía sin comida, dijo: «¿Cómo es que en contra de tu costumbre vienes sin haber capturado ninguna presa pero con el rostro extenuado y las mejillas consu-

[10] Estas palabras parecen inspirarse en el prólogo al libro III de Fedro, donde este fabulista insta a Éutico a leer su obra y le indica cuál es el origen y la intención del género fabulístico.

[11] También inspirado en Fedro, I, pról., 6-7 y Babrio, pref. 6 y ss. Sobre la relación entre los prólogos de los distintos fabulistas, cf. A. Cascón, *El pensamiento...,* págs. 115-127.

[12] Cf. Babrio, 16; Esopo, 158; La Fontaine, IV 16.

[13] Aviano utiliza aquí y en 42, 5, el término *raptor* para referirse al lobo. Como han indicado Gaide y otros comentaristas, lo hace siguiendo a Virgilio *(En.* II 355-356) y Ovidio *(Met.* X 540). La traducción al castellano por «depredador» es un buen hallazgo de Mañas.

midas?» «No te sorprendas», respondió, «engañado por una mentira perversa, ¡infeliz de mí!, apenas he podido escapar y venirme de vacío. ¿Pues, qué presa me reclamas o qué esperanzas podía yo concebir, si me burlaron las regañinas de una nodriza?»

Considere que este relato va para él y se sepa señalado por esta fábula cualquiera que haya creído en la lealtad de la mujer[14].

2

[LA TORTUGA Y EL ÁGUILA][15]

Una vez la tortuga dijo a los pájaros alados que, si alguno la llevaba en volandas[16], ella les compensaría de inmediato con las conchas de las arenas del Mar Rojo[17], con las

[14] El tono misógino de esta moraleja, tomado de Babrio, no es excepcional en el género. Cf. F. R. Adrados, *Historia de la fábula...*, I, págs. 639-641 y A. Cascón, «Misoginia en Fedro»...

[15] Cf. Esopo, 230; Babrio, 115; Samaniego, IV 11. Sobre esta fábula, cf. L. Fiocchi «La tartaruga volante in Babrio e in Aviano», *Giornale Italiano di Filologia* 13 (1982), 253-256. A pesar de estar protagonizada por un águila y una tortuga, no parece que Fedro, II 6 sea una variante de la misma fábula, pues la aparición de la corneja así como las intenciones y el argumento la hacen muy distinta.

[16] Este pasaje es muy discutido. El texto de la mayoría de los manuscritos es *si quis eam volucrum constituisset humi*, que Mañas, siguiendo a Gaide y Ellis, traduce «si alguna de ellas (las aves) la colocaba en el suelo». Esta traducción obliga a los editores mencionados a explicar el sentido del texto: «el pájaro tras llevar volando a la tortuga debe colocarla en el suelo». Nosotros hemos preferido seguir aquí la lectura *humo* de los manuscritos *Ba* y *O*, que literalmente sería: «si alguna de las aves la levantaba del suelo», es decir, «si alguna de las aves la llevaba en volandas».

[17] En Roma las riquezas del Mar Rojo tenían un carácter proverbial. Gaide *(Avianus...*, pág. 128) y Mañas *(Fedro/Aviano...*, pág. 311) recogen

que les pagaría mediante la perla que tienen en su resplandeciente envoltura. Estaba irritada consigo misma, porque por culpa de su paso lento no hacía nada ni terminaba nada en todo el día, por más aplicación que pusiera. Entonces, después de colmar al águila de falaces promesas, sufrió una traición acorde con su pérfida lengua[18], y mientras buscaba las estrellas con alas compradas con engaño, cayó la infeliz de las garras del ave cruel. Entonces, a punto de morir, dirigiendo sus lamentos hacia lo más alto del cielo, lloró el pago recibido a cambio de sus votos, pues, después de haber mostrado su rechazo por una vida tranquila, comprendió que no se intentan grandes cosas sin un esfuerzo extraordinario.

Así, todo aquel que excitado por nuevas glorias se infla de orgullo, al pretender cosas que no están a su alcance, recibe un merecido castigo.

3

[EL CANGREJO QUE INSTRUÍA A SU CRÍA][19]

Al caminar hacia atrás con paso vacilante, un cangrejo golpeó su rugosa espalda con las rocas del acantilado. Se cuenta que su madre, deseando que marchase correctamente, le amonestó con estas palabras: «No te complazcan, hijo, estos desvaríos andando de través ni quieras marchar hacía

algunos pasajes de distintos autores donde se elogian las perlas que de él se extraían (cf. Tibulo, II 4, 27-30; Plinio, *Hist. Nat.* IX 106; etc.).

[18] Posible imitación de Propercio, III 13, 66: *experta est ueros irrita lingua deos.*

[19] Cf. Babrio, 109; Aftonio, 11; La Fontaine, XII 10; Samaniego, V 7.

atrás forzadamente[20]; mantén el paso firme con el impulso adecuado y avanzando en línea recta no te harás daño». El hijo le respondió: «Lo haré, si tú me precedes y te seguiré más seguro si me muestras el camino recto, pues resulta demasiado estúpido que critiques como censor los defectos de otro cuando tú vas dando tumbos».

4

[FÁBULA DE FEBO Y BÓREAS][21]

El desapacible Bóreas[22] y el tranquilo Febo[23] entablaron una disputa en el cielo ante el gran Júpiter sobre cuál de los dos conseguía antes su propósito[24]. Por casualidad, en medio del mundo un viajero recorría su camino habitual. Llegan al acuerdo de establecer como prueba del debate quitarle el manto al hombre y dejarlo sólo con la túnica. En seguida truena el cielo agitado por los vientos y una lluvia gélida cae torrencialmente. El hombre se envuelve más en su capa de doble paño[25], protegiendo sus costados, pues el

[20] *Rursus in obliquos neu uelis ire pedes.* Evocación de VIRGILIO, *Geórg.* I 98: *rursus in obliquom uerso perrumpit aratro.*

[21] Cf. ESOPO, 46; BABRIO, 18; LA FONTAINE, VI 3. Sobre las distintas versiones de esta fábula y su relación con Aviano, cf. F. R. ADRADOS, *Historia...*, II, pág. 253.

[22] Dios del viento del Norte, hijo de Astreo y de la Aurora, que los griegos situaban en Tracia.

[23] Apelativo de Apolo, identificado con el Sol.

[24] *Quis prior inceptum peragat.* De nuevo Aviano parece ayudarse de un hexámetro virgiliano: *Quo magis inceptum peragat lucemque relinquat* (*En.* IV 452-453).

[25] El texto dice *duplicem...amictum,* aunque en la versión de Babrio no aparece tal adjetivo. La explicación puede encontrarse en la imitación del verso virgiliano *Haec fatus duplicem ex umeris reiecit amictum* (*En.* IV

viento turbulento le levanta los pliegues. Febo, por su parte, había ordenado que sus débiles rayos crecieran poco a poco para convertir su brillo en fuego abrasador hasta que el caminante, deseando dar reposo a sus miembros cansados, se sentó en el suelo agotado tras quitarse el abrigo. En ese momento el victorioso Titán[26] enseñó a las divinidades presentes que profiriendo amenazas nadie consigue la victoria.

5

[EL ASNO REVESTIDO CON LA PIEL DEL LEÓN][27]

Cada uno debe valorarse y estar contento con sus propios méritos, sin apropiarse de las cualidades ajenas[28], no sea que, privado de su maravilloso aspecto, quede en un espantoso ridículo cuando le toque quedarse a solas con sus defectos.

Un asno encontró casualmente la piel de un león de Getulia[29] y revistió su faz con el nuevo despojo; adaptó a sus miembros el inadecuado vestido y cubrió su cabeza miserable con tan gran honor. Pero cuando una terrible agitación se apoderó de su espíritu y un vigor ilusorio invadió sus

421), en el que las dos palabras aparecen en la misma posición del hexámetro. También puede deberse a que Aviano tuviera presente la versión esópica, en la que el caminante, para protegerse del viento del Norte, se pone otro manto.

[26] En la poesía latina se da a menudo este nombre al Sol por ser hijo del Titán Hiperión (cf. HESÍODO, *Teog.* 371-374).

[27] ESOPO, 188; BABRIO, 139; LA FONTAINE, V 21; SAMANIEGO, V 5.

[28] El sentido de estas palabras recuerda a FEDRO, I 3: *Ne gloriari libeat alienis bonis, / suoque potius habitu vitam degere.* Por otra parte, GAIDE señala en nota a este pasaje la imitación de HORACIO, *Epíst.* I 7, 98.

[29] Cuenta PLINIO (*Hist. Nat.* VIII 48 y 54) que Getulia, situada en el desierto al sur de Numidia, era una región llena de leones.

huesos perezosos, coceando los pastos que compartía con las bestias apacibles, perturbaba en sus campos a las vacas atemorizadas. Un campesino, después de reconocerlo por sus grandes orejas, lo sujeta, atándolo con ligaduras y azotándolo, y al tiempo que apartaba la piel dejando su cuerpo desnudo, increpa al infeliz animal con estas palabras: «Quizá engañes a quienes no te conocen[30] con ese ficticio rugido, pero para mí, ahora como antes, siempre serás un asno».

6

[LA RANA Y LA ZORRA][31]

Nacida en el fondo de las charcas y sumergida en el limo profundo, siempre amiga de las aguas pantanosas, una rana hinchada de orgullo, corriendo a las elevadas colinas y a los herbosos prados, seducía con lisonjas a las fieras infelices[32]; decía que su habilidad podía socorrerles en las enfermedades graves y que con su talento podía prolongar su vida. Y se jacta de no irle a la zaga al maestro Peón[33], aunque éste cura en el universo a los dioses inmortales. Entonces la astuta zorra, burlándose de la ingenuidad de los animales, mostró el escaso crédito de sus palabras vacías.

[30] Posible eco de FEDRO, V 2, 11: *fors possis alios ignorantes falleris.*

[31] BABRIO, 120; AFTONIO, 24.

[32] En este pasaje podemos apreciar un ejemplo del gusto de Aviano por la acumulación de epítetos que caracteriza su estilo: *superos colles, herbosa prata, miseras fieras* (cf. Introducción, págs. 232-233).

[33] Dios de la medicina. Asimilado a veces con Apolo en su calidad de sanador de enfermedades.

«¿Ésta, cuyo cetrino color denota la palidez de su rostro[34], es quien va a dar remedio a vuestros miembros enfermos?».

7

[EL PERRO MORDEDOR][35]

No es fácil que los espíritus perversos por naturaleza disciernan si merecen recompensa o castigo.

Había una vez un perro que no infundía temor a primera vista con sus ladridos ni con la ferocidad de sus fauces abiertas, sino que, mostrando sumisión con los suaves vaivenes de su cola temblorosa, mordía repentinamente con diente audaz. Su dueño, para que a nadie se le ocultase que su probidad era fingida, había ordenado colgarle una campanilla[36] en su rabiosa garganta. Ató el bronce sonoro alre-

[34] *Caeruleus,* que hemos traducido por «cetrino», es el color verdinegro, propio de la rana, similar a la palidez que tienen algunos enfermos próximos a la muerte. Si la rana no es capaz de librarse de ese color, cómo va a ser capaz de curar a alguien (cf. la réplica final de BABRIO: «Y, cómo —dijo la zorra— podrás curar a otro cuando no puedes salvarte a ti misma de estar tan amarilla»). El tema del falso médico y la denuncia de la necia credulidad del vulgo se trata también en FEDRO, I 14; aunque los personajes y el argumento son muy distintos, la estructura del relato es similar: allí un mal zapatero se dedica a ejercer la medicina hasta que es descubierto; en la réplica final dirigida a quienes se dejaron engañar se dice: «¿Cómo podéis estar tan locos que no dudasteis en confiar vuestras cabezas a quien nadie encomendó sus pies para calzarlos?».

[35] Cf. BABRIO, 104.

[36] El texto dice *nolam,* pero esta lectura, bien atestiguada en la mayoría de los manuscritos, ha sido a menudo sustituida porque tal palabra se encuentra por primera vez en Aviano. Un comentario gramatical del siglo IX apoya también esta lectura; cf. *Anecdota Helvetica* en *G. L.* (Keil) VIII, pág. 182. 29-30: *«Nola» et «campanella» unum est, idest «schilla», ut est illud Auieni de cane: «Iusserat in rabido gutture ferre nolam».*

dedor de su cuello para que con cualquier movimiento diese señales de que había que guardarse de él. El perro, sin embargo, creyó que se le había colgado un premio y, altanero, despreciaba a sus congéneres. Entonces, uno de éstos, ya viejo, se acercó al orgulloso insolente, amonestándole con estas palabras: «Desgraciado, ¿qué locura tan grande te ha arrebatado el entendimiento[37] para que pretendas presentar como premio de tus merecimientos este regalo? En ese bronce no se muestra el ornato de tu virtud, sino que llevas ese sonido como testimonio de tu iniquidad».

8

[EL CAMELLO][38]

Nuestra fábula advierte que el sabio vive contento con sus propias cosas, sin desear las de otro, no sea que la Fortuna irritada detenga su rápido giro y haga desaparecer lo que su rueda dio antes[39].

Se dice que un animal de gran tamaño marchó a través de los aires y reclamó al gran Júpiter con sus ruegos: que a todos parecía demasiado feo y risible, que los bueyes marchaban orgullosos con sus dos cuernos mientras él era el único animal que, carente de protección, estaba rendido y expuesto a todas las fieras. Júpiter, riéndose y después de negarle lo que esperaba, le arrebató, además, el peso de sus grandes orejas. «Vive merecidamente disminuido, por no

[37] *Infelix, quae tanta rapit dementia sensum.* Nueva evocación de VIRGILIO: *Infelix, quae tanta animum dementia cepit.* (*En.* V 465).

[38] Cf. ESOPO, 117.

[39] Era corriente en la Antigüedad representar a la Fortuna con una rueda entre las manos, como símbolo de su inconstancia y volubilidad.

conformarte con tu suerte», dijo, «y llora por siempre, envidioso, tu pérdida».

9

[LOS DOS COMPAÑEROS Y LA OSA][40]

Entre desconocidos montes y valles sinuosos un hombre marchaba con un compañero por angosto camino[41], seguro de que unidas sus fuerzas, ambos podrían soportar cualquier mal que la Fortuna les deparase. Mientras hacían el trayecto enfrascados en la conversación[42], una osa amenazante apareció en medio del camino. Uno de ellos, agarrándose a la rama de una encina en ágil carrera, quedó colgando en medio del verde follaje como un fardo tembloroso[43]. El otro, incapaz de dar un paso, permaneció donde estaba y, fingiéndose muerto, se tiró al suelo. En seguida, el feroz animal corrió anhelando su presa y antes de nada levantó al infeliz con sus curvadas uñas. Sin embargo, cuando el miedo llegó al punto de dejar helados sus miembros (pues el habitual calor de su alma había abandonado sus huesos), la osa, creyendo que era un cadáver maloliente[44], lo dejó, aunque estaba hambrienta, y se refugió en su guarida. Cuando ya más seguros recuperaron la conversación, el que había hui-

[40] Cf. ESOPO, 65; LA FONTAINE, V 20; SAMANIEGO, I 18.

[41] Epitetación encadenada propia del estilo de Aviano: *montibus ignotis, curuis uallibus, artum iter.*

[42] *Vario sermone,* nueva reminiscencia de VIRGILIO: *Multa inter sese uario sermone serebant* (*En.* VI 160).

[43] *Pependit onus.* Final de pentámetro típico de OVIDIO, cf. F. GAIDE, *Avianus...,* pág. 49.

[44] Relato de Historia Natural, basado en el hecho de que el oso no come cadáveres (cf. ELIANO, *Hist. anim.* V 49). El tema ha dado origen a otras fábulas, cf. BABRIO, 14.

do primero dijo con excesiva frivolidad: «Dime, compañero, ¿qué te ha contado la osa mientras temblabas?, pues durante un buen rato ha intercambiado contigo muchas palabras en privado». «Me advirtió, sin duda, grandes cosas, pero su máxima recomendación fue ésta, que he de tener siempre presente por desgraciadas que sean mis circunstancias: 'No elijas tan alegremente la compañía', dijo, 'si no quieres ser capturado de nuevo por un animal furioso»».

10

[EL JINETE CALVO][45]

Un jinete calvo, que acostumbraba a pegarse un peluquín en su cabeza y a llevar cabellos ajenos en su cráneo desnudo, vino al Campo de Marte[46] y, atrayendo la atención con sus armas resplandecientes[47], empezó a hacer cabriolas con un caballo obediente a sus riendas. Las ráfagas del bóreas[48] que soplaban en su contra descubrieron su risible cabeza al gentío circunstante; en efecto, nada más caer la peluca, brilló su frente desnuda, de color distinto a la cabellera que antes tenía pegada. El jinete, al ver que era objeto de burla de tantos miles, apagó sagazmente las risas con ayuda de su ingenio: «¿Qué hay de admirable en el hecho de

[45] Esopo, 282 Hausrath.

[46] Gran plaza o llanura de la antigua Roma, fuera del recinto de la ciudad, donde los romanos hacían ejercicios militares y gimnásticos y celebraban algunos procesos electorales.

[47] *Conspectus in armis.* Nueva evocación de Virgilio: *ipse agmine Pallas / in medio chlamyde et pictis conspectus in armis* (*En.* VIII 587-588).

[48] Cf. n. 22.

que escapen de la cabeza de un hombre los cabellos apósitos si antes la habían abandonado los naturales?».

11

[LAS DOS OLLAS][49]

Un río arrastraba a la vez en sus aguas turbulentas dos ollas que se había llevado de las orillas socavadas. La técnica y los materiales empleados en su creación las hacía distintas: una había sido fundida en bronce, la otra modelada en barro. Frágil y sólida tenían desigual armonía[50] de movimientos y el río llevaba una corriente incierta y cambiante. La de bronce juraba que se apartaba largo trecho de la trayectoria normal para no romper a la frágil vasija de arcilla. Pero ésta, temerosa porque los más fuertes causan daño a los débiles y porque no hay lealtad alguna entre el pequeño y el poderoso[51], dijo: «Aunque trates de tranquilizarme con tus palabras, el temor no debe alejarse de mi ánimo, pues tanto si el oleaje me lleva hacia ti como si te arrastra hacia mí, siempre seré la única víctima de ambas desgracias».

[49] Cf. *Paráfrasis Bodleiana* 355 y La Fontaine, V 2.

[50] *Dispar concordia;* afortunado oxímoron de Horacio *(Epíst.* I 12, 19), imitado también por Ovidio y Lucano (cf. Gaide, *Avianus...,* pág. 132).

[51] Evocación del principio fedriano, repetido en varias fábulas, que insta a no aliarse con el poderoso (cf. I 5 *Numquam est fidelis cum potente societas*; II 6 *Contra potentes nemo est munitus satis*; I 30: *Humiles laborant ubi potentes dissident;* etc.). Cf. A. Cascón, *El Pensamiento...,* pág. 281 y ss.

12

[EL CAMPESINO Y EL TESORO][52]

Un campesino, removiendo la tierra al hundir la reja de su arado, vio aparecer entre los surcos un tesoro. En seguida abandonó con ánimo exultante los indignos aparejos y espantó a los bueyes hacia mejores pastos. A continuación construyó piadoso un altar a la diosa Tierra[53] por haberle dado espontáneamente las riquezas que tenía depositadas en su seno. Mientras se alegra de su nueva situación, la Fortuna, previsora y molesta porque no la había considerado también digna del incienso, le advirtió: «Ahora no ofreces a mis templos los regalos encontrados y prefieres compartirlos con otros dioses, pero cuando estés muy triste porque te hayan robado el oro, empobrecido me llamarás con lágrimas a mí la primera».

13

[EL TORO Y EL MACHO CABRÍO][54]

Una vez un toro huía de un león enorme y buscaba en los caminos desiertos un refugio seguro, cuando encontró

[52] Cf. *Esopo* 61. Con un argumento distinto pero con el mismo tema, encontramos dos fábulas en La Fontaine (VII 14) y Samaniego (V 4), que a su vez difieren también entre sí. La versión de Samaniego, protagonizada por un labrador y la Providencia, tiene más semejanzas con la de Aviano y es posible que se haya basado en ella.

[53] Altares de hierbas y flores con que los fieles agradecían sus favores a los dioses paganos, cf. Horacio, *Od.* I 19, 13, y Apuleyo, *Flor.* I 1.

[54] Cf. Esopo, 217 y Babrio, 91.

una cueva que ocupaba por entonces el animal velloso que suele conducir el rebaño cinifio[55]. Cuando agachando la cerviz proyectaba irrumpir en ella, el cabrón le salió al encuentro y cruzándose en su camino le espantó; se marchó triste y, en su huida, habló desde la lejanía del valle —pues el miedo a pesar de haber sido expulsado, le impide sostener la pendencia—[56]: «No es a ti a quien temo, fétido y velludo animal de barba desmallada, sino a aquel que es superior a mí y viene siguiéndome; si se alejase, gran estúpido, sabrías con certeza cuánto distan las fuerzas de un toro de las de un macho cabrío maloliente».

14

[LA MONA][57]

Una vez Júpiter preguntó por todo el mundo quién podría darle como ofrenda las mejores crías. A porfía corrió ante el rey toda especie de fieras salvajes[58] y los animales cercanos al hombre se juntaron para ir también. Y no faltan al concurso los escamosos peces o cualquiera de las aves que el aire más puro arrastra[59]. Entre todos ellos, las madres

[55] En las riberas del río Cínife, en el norte de África, se criaban rebaños de cabras muy estimados por su largo pelaje. En diferentes autores latinos encontramos referencias a ellos, cf. Virgilio, *Geórg.* III 311-313; Plinio, *Hist. Nat.* VIII 203 y Marcial, VIII 50, 11-12. Cf. Gaide, *Avianus...*, pág. 133.

[56] Paréntesis explicativo del gusto de Aviano.

[57] Cf. Babrio, 56 y Samaniego, IV 1, quien otra vez parece seguir a Aviano sin el intermedio de La Fontaine.

[58] *Genus omne ferarum.* Final de verso tomado de Virgilio (cf. *Geórg.* IV 223).

[59] Una prueba más de la tendencia al lirismo de Aviano, poco frecuente en el género.

temblorosas conducían a sus crías[60], que habían de someterse al juicio de tan gran dios. Entonces, una mona de corta estatura se presentó con su hijo contrahecho[61], provocando incluso la risa del mismo Júpiter. Sin embargo, la feísima mona, queriendo borrar de esta manera la afrenta hecha a su especie, rompió a hablar[62] antes que nadie con estas palabras: «Si a alguien le espera la victoria, Júpiter ha de saberlo; en mi opinión éste supera a todos»[63].

15

[LA GRULLA Y EL PAVO][64]

Dicen que el ave de Juno[65] privó[66] a su aliada el ave de Tracia[67] de la comida que tenían en común, porque surgió

[60] *Inter quos trepidae ducebant pignora matres.* Nueva reminiscencia virgiliana: *et trepidae matres pressere ad pectora natos* (*En.* VII 518).

[61] La fealdad del mono es proverbial en el género fabulístico, cf. Esopo, 83 y Fedro, III 4.

[62] *Rumpit turpissima uocem.* Aviano se sirve de nuevo de un hexámetro virgiliano, cf. *En.* XI 377: *rumpitque hanc pectore uocem.*

[63] La intención de la fábula es rechazar la belleza como valor social, tema frecuente en la fabulística que aparece también en el apólogo siguiente. Dicha intención se cambia en Samaniego, donde la mona queda en evidencia (cf. IV 1, 25-28: «Armóse en el concurso / tal bulla y algazara, / que, corrida la mona, / a Tetuán se volvió desengañada»).

[64] Cf. Esopo, 249 Hausrath y Babrio, 65.

[65] *Iunonius ales;* la expresión aparece también en Ovidio (*Am.* II 6, 65 y *Arte de amar* I 625), quien cuenta en sus *Metamorfosis* (I 720-723) cómo Juno embelleció la cola de su ave favorita con los cien ojos de Argos, el guardián de Ío.

[66] Aceptamos aquí la conjetura de Ellis *detinuisse*, que permite una mejor interpretación del pasaje.

[67] Otros poetas latinos utilizan expresiones semejantes para referirse a la grulla (cf. Gaide, *Avianus...*, pág. 134); al parecer, abundaba en esa región de Europa, de donde emigraba todos los años a África.

una discordia sobre la belleza de una y otra, y discutieron agriamente sobre una cuestión de fácil solución, pues el pavo afirmaba que su cuerpo resplandecía con multiforme hermosura, mientras que el tono grisáceo de su lomo daba a la grulla un color plomizo. Y, mientras decía esto, desplegando en círculo el plumaje de su cola enhiesta, irradió una vez más hasta el cielo el brillo que llevaba oculto. La grulla no debatió sobre la belleza de las plumas, pero ha llegado hasta nosotros que contraatacó con las siguientes palabras: «Aunque la disposición de tu plumaje produzca un colorido tan variado, siempre tendrás tu florida cola pegada al suelo; yo, sin embargo, elevándome en los aires, me aproximo a las estrellas y a los dioses gracias a estas alas tan feas»[68].

16

[LA ENCINA Y LA CAÑA[69]]

Una encina, arrancada de raíz[70], cayó desde la cima de los montes, vencida por el furioso torbellino del noto[71]. Un torrente que bajaba con las aguas crecidas la cogió y la arrastró en su corriente embravecida. El enorme árbol, arrastrado de una orilla a otra, terminó por asentar su gran volu-

[68] Sobre la belleza frente a la utilidad y la preeminencia de ésta en el género fabulístico, cf. F. R. Adrados, *Historia de la fábula...*, I, págs. 632-633 y A. Cascón, *El pensamiento...*, págs. 163 y ss.

[69] Cf. Sófocles, *Antíg.*, 712-714; Esopo, 70; Babrio, 36; La Fontaine, I 22.

[70] *Radicitus eruta quercus.* Final de verso tomado de Virgilio, *En.* V 449: *radicitus eruta pinus.* Aunque en ambos autores algunos editores han preferido la lectura *radicibus.*

[71] Es el viento del sur.

men entre los frágiles cálamos. Entonces, allí ubicado, mientras une sus ramas con las humildes matas, se admira de que la caña se mantenga en pie en medio del oleaje: él, a pesar del grosor de su tronco, no puede resistir y, sin embargo, la caña afronta las amenazas con su fina envoltura. En seguida el silbante cálamo le responde con suave susurro y le enseña que ella está más segura gracias a su debilidad[72]: «Tú», le dice, «desprecias los furiosos vientos y las violentas tempestades y caes abatida por las fuerzas conjuntas de todos ellos; yo, sin embargo, ofrezco[73] poco a poco resistencia al austro[74] cuando se levanta y, previsora, cedo a los Notos por suaves que sean. La tormenta desencadenada hiere el vigor de tu tronco; el viento, burlado por mis movimientos, pasa».

Este relato nos advierte que es inútil enfrentarse a los grandes y que hay que superar poco a poco sus furiosas amenazas[75].

17

[EL CAZADOR Y EL TIGRE][76]

Un cazador que causaba con sus flechas heridas mortales perturbaba en las selvas a las rápidas fieras. Entonces, un

[72] F. Gaide (pág. *Avianus...*, pág.135) pone en relación estas palabras con el epimitio de la fábula II 7 de Fedro: «Según este argumento, la debilidad es la seguridad de los hombres».

[73] *Demoror austros.* Final de verso virgiliano (cf. *En.* III 480-481).

[74] Otra denominación del viento del sur.

[75] Otra vez el enfrentamiento entre humildes y poderosos que recuerda a Fedro, cf. *supra*, n. 51.

[76] Cf. Esopo, 281 Hausrath; Babrio, 1; *Parafrasis Bodleiana* 338, 2. Sobre el origen de esta fábula, cf. F. R. Adrados, *Historia de la Fábula...*, II, pág. 249.

audaz tigre que deseaba socorrer a los asustados animales le ordenó apartar de ellos las impetuosas amenazas de sus golpes. Sin embargo, el cazador, tras arrojar el dardo con el vigor acostumbrado de su brazo, dijo: «ahora este mensajero te anunciará quién soy yo». E inmediatamente el hierro lanzado le provocó una herida y la lanza ensangrentada paralizó sus veloces patas[77]. Mientras el animal herido intentaba sacar con suavidad el dardo clavado, se cuenta que una zorra temblorosa lo interrogó durante un buen rato, preguntándole quién era el que le había hecho tal herida o dónde se escondía para arrojar las flechas. El tigre, gimiendo, empezó a hablar con un murmullo entrecortado —pues la ira y el dolor le habían arrebatado el tono acostumbrado de su voz—: «Ciertamente, ninguna imagen se apareció en medio del camino que pueda ser recordada por mis ojos, pero la sangre y el dardo arrojado contra nosotros con el vigor de un brazo fuerte muestran que se trataba de un hombre».

18

[LOS CUATRO NOVILLOS Y EL LEÓN][78]

Cuentan que en otro tiempo hubo en los prados tan gran relación de amistad entre cuatro enormes novillos[79] que nin-

[77] Otro pasaje en el que son apreciables el lirismo en las imágenes y el gusto por la epitetación, como rasgos del estilo de Aviano.

[78] Cf. Babrio, 44. Quizá Aviano proceda de un modelo más antiguo (cf. F. R. Adrados, *Historia...*, II, pág. 254).

[79] El final del primer hexámetro de esta fábula, *per prata iuuencis,* está tomado de Virgilio (*En.* VII 11: *Huc... per prata iuuenci).* F. Gaide (*Avianus...*, pág. 50) considera que el hecho de que en Aviano aparezcan cuatro novillos en lugar de los tres que encontramos en Babrio, se debe a la influencia de otros pasajes virgilianos.

gún extravío los separaba cuando salían juntos y en amante compañía volvían de nuevo de los pastos. Dicen también que un león enorme de los bosques temía la fuerza conjunta de sus cuernos, el miedo le impedía tocar la presa que se le ofrecía y tenía horror a atacar la unión de los bovinos. Aunque era audaz y más que cruel por sus acciones, en solitario se sentía inferior frente a las fuerzas de tantos enemigos. Muy pronto se puso a seguirles con palabras malintencionadas, deseando romper la alianza del ganado. De este modo, después de desunir sus corazones con acerbas palabras, atacó al infeliz rebaño y lo destruyó. Entonces, uno de los novillos exclamó: «Quien desee conservar una vida tranquila, puede aprender con nuestra muerte; que no preste fácilmente oídos solícitos a palabras falaces ni abandone antes una vieja amistad».

19

[EL ABETO Y LA ZARZA][80]

Un abeto muy hermoso se rió de un espinoso zarzal cuando entablaron una gran disputa a propósito de su belleza[81], arguyendo que a todos parecía un debate sin sentido, puesto que ningún honor aproximaba al zarzal a sus merecimientos. «Mi cuerpo alargado, elevándose hasta las nubes, levanta hacia las estrellas la noble cabellera de mi copa y, cuando se me coloca en medio de las anchas popas[82], el

[80] Cf. BABRIO, 64.

[81] Otra vez la triple epitetación: *horrentes dumos, abies pulcherrima, iurgia magna.*

[82] Es decir, convertido en mástil.

viento despliega las velas colgadas en mí. Sin embargo, todos los hombres muestran su desprecio hacia ti, porque las espinas te dan un lamentable aspecto». La zarza contestó: «Ahora manifiestas alegre sólo tus ventajas y disfrutas altivo de mis males, pero cuando el hacha amenazante corte tus hermosos miembros, cuánto querrás entonces haber tenido mis espinas[83]».

20

[EL PESCADOR Y EL PEZ][84]

Un pescador que acostumbraba a colgar buenas presas de su sedal sacó la carga miserable de un pez pequeño. Después de elevar en el aire al cautivo y extraerle el anzuelo clavado en su ávida boca, «Perdóname, te lo ruego», dijo el pez suplicante con lágrimas en los ojos[85], «¿Qué beneficio[86] podrás sacar de mi cuerpo? Por ahora mi fecunda madre me parió en las cuevas rocosas y me ordenó jugar en mis propias aguas. Aparta tus amenazas de mí y deja que, tierno todavía, engorde para tu mesa; esta orilla del litoral me entregará de nuevo a ti. Muy pronto, alimentado por las cerúleas aguas del ponto inmenso[87], volveré de grado a tu caña más

[83] *Quam velles spinas tunc habuisse meas!* Tomado de MARCIAL, VIII 2: *quam cuperes pinnas nunc habuisse tuas!*

[84] Cf. ESOPO, 18; BABRIO, 6; LA FONTAINE, V 3; SAMANIEGO, II 9.

[85] *Lacrimis ita dixit obortis.* También en este final de hexámetro Aviano se ha servido de un verso virgiliano: *lacrimis ita fatur obortis* (*En.* XI 41).

[86] Aceptamos aquí la conjetura *dona* de Lachmann, pues con el *damna* de los manuscritos, que Gaide mantiene, el sentido del pasaje sólo puede interpretarse de manera forzada.

[87] Otra vez la epitetación y el lirismo.

grueso». El pescador, arguyendo que era un sacrilegio soltar a un pez capturado, se queja de las duras vicisitudes del azar: «Y es que», dijo, «es una desgracia perder la presa que se tiene y todavía más tonto perseguir las promesas que se hacen para el porvenir».

21

[EL CAMPESINO Y EL AVE][88]

Una pájaro pequeño había puesto sus crías en tierra, donde sobre el verde césped sobresalían amarillentas espigas. Sucedió casualmente que un campesino, deseando separar éstas de su frágil tallo[89], solicitaba mediante súplicas la ayuda de sus vecinos. Su voz confiada perturbó a los habitantes de los nidos, quienes, aunque no tenían plumas, estaban dispuestos a huir de sus hogares. Cuando regresó, la madre, más cauta, les prohibió moverse: «Pues», dijo, «¿qué beneficio van a sacar los que no son los dueños?». El campesino volvió a encargar la faena a sus queridos[90] amigos, y por ello la madre permaneció en el nido con más seguridad.

[88] Cf. Babrio, 88 y Ennio, *Sat. Inc.*, 21-58 (parafraseada en Gelio, II 29). Sobre esta fábula, cf. F. Menna «La ricerca dell'adiuvante. Sulla favoletta esopica dell'allodola (Enn. *Sat.* 21-58 Vahl.; Babr., 88; Avian.21», *Materiali e Discussioni per l'analisi dei testi class.* 10-11 (1983), 105-132 y C. W. Müller, «Ennius and Äsop» *Museum Helveticum* 33 (1976), 193-218, donde se apuntan algunas semejanzas entre la paráfrasis de Gelio y la versión de Aviano. Cf., también, La Fontaine, IV 22.

[89] *Hanc fragili cupiens decerpere culmo*. Este lirismo, impropio del género fabulístico, vuelve a tener su posible origen en la imitación de un verso virgiliano: *agricola et fragili iam stringeret hordea culmo* (*Geórg.* I 317).

[90] Irónico. Es el tema de la deslealtad de los amigos, que aparece también en otras fábulas (cf. *Esopo*, 23; *Babrio*, 46 y 83, etc.).

Pero, cuando se dio cuenta de que el amo cogía las curvadas hoces y que de verdad su mano se ponía sobre los frutos, dijo: «Abandonad ahora, infelices, los queridos campos, pues el campesino ha puesto su esperanza en sus propias fuerzas».

22

[EL AMBICIOSO Y EL ENVIDIOSO][91]

Desde la ciudadela de la bóveda celeste Júpiter envió a la tierra a Febo[92] para que conociera los contradictorios sentimientos de los hombres. Dos de ellos rogaban entonces a las divinidades con deseos diversos, pues uno era ambicioso, el otro envidioso. Titán[93], tras estudiar a uno y a otro, se ofreció como mediador y, presto a complacerles, les dijo para que le dirigiesen sus súplicas: «Ahora cualquier cosa que uno pida, al instante le será entregada al otro por duplicado». Entonces, aquel al que una extremada ambición le impedía saciar su corazón[94], aplazó peticiones que irían en su perjuicio esperando sacar ventaja del deseo ajeno, pues pensaba que sólo él se llevaría un regalo doble. El envidioso, cuando vio a su compañero tratando de alcanzar sus premios, optó triunfante por el castigo de su propio cuerpo, pues pidió que se le quitase un ojo para que, al duplicarse el premio, el ambicioso viviese privado de los dos. Entonces, Apolo rió, conociendo la naturaleza humana, y él mismo describió a Júpiter el mal de la envidia, una pasión desgra-

[91] Sin precedentes en la tradición fabulística, tampoco aparece en La Fontaine ni en Samaniego.

[92] Cf. n. 23.

[93] Cf. n. 26.

[94] El texto dice *iecur*, «hígado», que en la Antigüedad era considerado la sede de algunos afectos humanos.

ciada que, con tal de regocijarse con las calamidades ajenas, desea incluso con la mayor alegría su propio daño.

23

[EL VENDEDOR DE BACO][95]

Un vendedor[96] que había reproducido en mármol un Baco admirable decidió poner al dios en venta. Un individuo de noble condición deseaba comprarlo para situarlo en la fúnebre morada de una sepultura; otro lo quería para emplazar a la divinidad en los templos venerados y que concediera los debidos deseos en un lugar sagrado. «Ahora», dijo el dios, «tendrás la posibilidad de hacer con tu mercancía un doble presagio[97], pues la esperanza da un valor muy diferente a tu obra, según prefieras entregarme a los muertos o a los dioses, ya quieras que sea el ornato de una tumba o una divinidad. En efecto, tienes en tu poder la decisión reverente de procurarme un gran destino, pero también tienes en tus manos adelantar mis funerales».

---

[95] Cf. Babrio, 30. Aviano parece seguir a Babrio, aunque cambia a Hermes por Baco y su versión, demasiado seria, carece de la gracia de la del poeta griego.

[96] El texto dice *venditor,* pero en la versión de Babrio se habla de un escultor que decide vender su obra, lo que parece más lógico: «Después de haber esculpido una estatua de Hermes en mármol blanco, un escultor intentaba venderla y unos hombres andaban en comprarla» (trad. J. López Facal, B.C.G. 6, Madrid, Gredos, 1978).

[97] Mantenemos la traducción literal, entendiendo que la decisión del vendedor tendría el valor de un presagio, aunque tal vez fuera preferible una traducción como la de Gaide: «Maintenant... tu vas prononcer pour ta marchandise entre deux destinées».

Esto es aplicable a aquellos a los que se ha otorgado la posibilidad de conceder, según les plazca, ventajas o perjuicios[98].

24

[EL CAZADOR Y EL LEÓN][99]

En otro tiempo un renombrado cazador y un león mantenían un litigio que se había convertido en duradera disputa. Cuando deseaban poner fin definitivo a sus diferencias, ven un sepulcro que se levantaba con un frontal[100] todo él esculpido. Allí, una mano diestra había representado un león, que, doblando la cerviz, se recostaba en el regazo de un hombre. Estaba claro para el cazador que aquella imagen era una prueba de su superioridad, pues mostraba que el animal estaba muerto. El león, volviendo su severa mirada[101] hacia la imagen sin vida, rugió y lleno de rabia pronunció estas palabras: «Te ha invadido una vana confianza en tu especie[102], si pretendes que la mano de un artista te sirva de testimonio, pues si a nuestras capacidades naturales se añadiese un nuevo sentido, de manera que un león pudiese esculpir

---

[98] Moraleja bastante absurda, porque Aviano no parece entender la intención irónica de la fábula de Babrio.

[99] Esopo, 264 Hausrath; Aftonio, 34; Dosíteo 15; La Fontaine, III 10; Samaniego I 5, aunque en las versiones de los dos últimos el escultor se convierte en pintor. De esta fábula proviene el proverbio castellano: «Cómo se ve que el león no era el pintor».

[100] Aceptamos aquí la lectura *fronte* de Ellis preferible al *forte* de Gaide.

[101] *Ille, graues oculos... reterquens.* Aviano sigue a Virgilio (*En.* IV 688): *Illa grauis oculos...*

[102] *Irrita te generis subiit fiducia uestri.* Nueva imitación de Virgilio: *Tantane uos generis tenuit fiducia uestri* (*En.* I 132).

en piedra con ágil mano, entonces verías cómo un hombre, sorprendido por un gran rugido, entregaba el último aliento en sus furiosas mandíbulas».

25

[EL NIÑO Y EL LADRÓN] [103]

Lloraba un niño sentado al borde del agua de un pozo, haciendo falsos pucheros con rictus de fingida pena. Un astuto ladrón, al verle derramar sus lágrimas, le preguntó en seguida cuál era la causa de su tristeza. Fingiendo el niño encontrarse en un apuro por habérsele roto una cuerda, se queja también de haber dejado caer una vasija de oro. Sin demora la pérfida mano del ladrón tira del vestido que le entorpece y desnudo se lanza rápidamente a lo más profundo del pozo. El rapazuelo, rodeando con el manto [104] su cuello menudo, desapareció —se dice— adentrándose entre los arbustos. El ladrón, después de haber afrontado el peligro por una falsa esperanza, se sentó en el suelo, más triste aún por la pérdida de su vestido. Se cuenta que, escarmentado por la experiencia, rompió a hablar con estas quejas, invocando a los dioses supremos con su lamento: «Considere en adelante bien perdido su manto cualquiera que crea que en estas aguas transparentes puede hallarse una vasija».

[103] No se encuentran versiones de esta fábula en otras colecciones.

[104] El texto dice *palium,* prenda exterior del traje griego, a manera de manto, sujeta al pecho por un broche.

26

[LA CABRA Y EL LEÓN] [105]

Un león hambriento, en una de sus correrías, vio no muy lejos una cabra que pacía en una roca elevada e inició la charla: «Oye», dijo, «abandona esos altos escarpados [106]; no busques pastos en esas cimas erizadas; acércate mejor entre los verdes prados a la flor amarillenta del citiso, a los blancos sauces [107] y a los gratos tomillos [108]». La otra respondió entre lamentos: «Deja, por favor, de fingir [109] falazmente con tus persuasivos engaños que no tengo nada que temer. Aunque tus consejos sean sinceros y apartes de mí peligros más grandes, con tales frases no consigues que te crea, pues la fiereza del consejero hace sospechosa la advertencia aunque se funde en palabras veraces».

[105] Esopo, 157, aunque en esta versión aparece un lobo en lugar de un león, y Samaniego, IV 15.

[106] *Et prior: «Heus, inquit, praeruptis ardua saxis...».* Otro verso construido con la ayuda de la *Eneida* virgiliana; cf. I 321: *Ac prior «Heus», inquit...* y VIII 417: *rigitur Liparen fumantibus ardua saxis.*

[107] *Et glaucas salices et thyma grata pete;* cf. Virgilio, *Geórg.* IV 182 y Horacio, *Od.* IV 2, 29.

[108] Otra vez el encadenamiento de epítetos que aporta a la narración un lirismo muy personal de Aviano.

[109] Gaide mantiene la palabra *insimulare* que aparece en los mejores manuscritos porque en época tardía significa lo mismo que el simple *simulare.* Otros editores prefieren *insinuare.*

27

[LA CORNEJA Y EL BALDE][110]

Una corneja sedienta vio un balde enorme que contenía en su fondo un poco de agua. Intentó durante mucho tiempo derramarla en el suelo llano, sin duda para poder sofocar así su ardiente sed. Como sus esfuerzos resultaban inútiles, despechada, puso todas sus mañas al servicio de un nuevo plan: tras sumergir unos guijarros, el nivel del agua creció por sí mismo, ofreciéndole un camino fácil para beber.

Esta fábula enseña hasta qué punto es más importante el ingenio que la fuerza[111], gracias al cual el ave pudo lograr su propósito.

28

[EL CAMPESINO Y EL NOVILLO][112]

A un novillo, que rehusaba las ataduras y no quería someter su cuello rebelde al mordisco del yugo, un campesino

[110] Dosíteo, 8; *Rómulo* 87. Tal vez *Rómulo* y Aviano deriven de una fuente latina común (cf. F. R. Adrados, *Historia de la fábula...*, II, pág. 257). También encontramos versiones en Plut., *Inteligencia de los animales* 10; Plinio, *Hist. Nat.* X 125; Eliano, *Hist. de los anim.* II 48. Y *Ant. Pal.* X 272, aunque en algunas de estas versiones el protagonista es un cuervo en lugar de una corneja.

[111] El texto latino dice: *Viribus haec docuit quam sit prudentia maior*, que recuerda al epimitio fédriano de I 13: *hac re probatur quantum ingenium valet; virtute semper prevalet sapientia.*

[112] No existen versiones de esta fábula en la tradición greco-latina, aunque, como apunta, F. Gaide (*Avianus...*, pág. 41) puede estar basada en Babrio, 122. En nuestra opinión, Aviano también ha podido inspirarse en Fedro (*Ap.* 9, «El buey y el novillo»), donde se defiende que el mejor remedio contra la violencia es la mansedumbre.

le cortó los cuernos con su hoz curvada, creyendo que apaciguaría al indómito animal; lo ayuntó con precaución a un enorme arado —el animal era, en efecto, muy pronto de cuerno y de pie—[113], para salvar sus embestidas con la longitud del timón y para impedir los golpes fáciles de su cruel pezuña. Pero en cuanto consiguió liberar de las ataduras su cuello encolerizado, golpeando la tierra inocente con sus patas libres, esparció la arena removida con sus coces y con crueldad la arrojó al rostro del amo que venía detrás. Entonces, sacudiendo sus cabellos afeados por el sucio polvo, el hombre, vencido, exclamó desde el fondo de su corazón: «Sin duda me faltaba conocer lo que es una naturaleza perversa, capaz de convertirse en dañina deliberadamente».

29

[EL CAMINANTE Y EL SÁTIRO][114]

El invierno terrible se prolongaba con las nieves amontonadas y endurecía todos los campos con una espesa capa de hielo, cuando un caminante quedó atrapado en medio de la adversa tempestad, pues la pérdida del camino le impedía seguir avanzando. Se cuenta que un sátiro[115], guardián de los bosques[116], compadeciéndose de él, le invitó a refugiarse

[113] Paréntesis típico del estilo de Aviano.

[114] Esopo, 35; *Paráfrasis Bodleiana* 192; La Fontaine, V 7.

[115] En la mitología greco-romana los sátiros eran genios de la naturaleza. Se les representaba de maneras diversas: una veces la parte inferior del cuerpo era de caballo y la superior de hombre; otras, su animalidad era la de un macho cabrío. Poco a poco en las representaciones empezó a atenuarse el carácter bestial de su figura, sus miembros inferiores se convierten en humanos y sólo queda la cola como testimonio de su antigua forma.

[116] *Nemorum custos;* cf. Virgilio, *En.* IX 45 y Horacio, *Od.* III 22, 1.

en su guarida. Nada más verlo, el hijo de los campos se admira y se asusta de que el hombre tenga tantas fuerzas. En efecto, para devolver el uso vital a sus miembros ateridos, había desentumecido sus manos soplándolas con su cálido aliento. Pero cuando, alejado el frío, el caminante empezaba a disfrutar alegre de la exquisita cortesía de su anfitrión —pues, deseándole mostrar su vida agreste, le ofrecía y regalaba los mejores productos de los bosques[117]—, el sátiro le obsequió también con una crátera llena de vino caliente, para que el calor, infiltrándose en su cuerpo, relajase sus miembros helados. El hombre, temiendo tocar con sus labios la copa humeante, volvió a soplar con su boca para enfriar el vino. Su anfitrión, estupefacto y aterrado por el doble prodigio, lo expulsó y le ordenó marchar muy lejos de los bosques. «No quiero», dijo, «que entre nunca en nuestras cuevas alguien que muestra al mismo tiempo dos bocas tan diferentes»[118].

30

[EL HOMBRE Y EL JABALÍ][119]

A un jabalí que devastaba las cosechas y echaba a perder los ricos cultivos[120] un campesino le había dejado libre tras cortarle un oreja, para que, teniendo presente el recuerdo del dolor recibido, se mostrase en adelante respetuoso con los

[117] Nuevo paréntesis del gusto de Aviano.

[118] La intención de la fábula es denunciar el carácter contradictorio y doble del ser humano.

[119] La fábula parece ser original de Aviano, aunque sin duda está inspirada en Babrio, 95, «El ciervo sin cerebro».

[120] *Et pinguia culta ruentem.* El final de verso imita a Virgilio, *En.*, VIII 63: *et pinguia culta secantem.*

delicados sembrados. Apresado de nuevo bajo la acusación de haber invadido los campos, perdió el malvado la oreja que se le había perdonado. Sin tardanza, vuelve a meter en la misma mies su hirsuta cabeza, pero el doble castigo le hace reconocible[121]. Entonces, el campesino, después de cazarlo, lo entregó a las suntuosas mesas de su amo, cortándolo en muchos trozos para diversas comidas. Pero, cuando el amo, tras habérselo comido, reclamó los sesos[122] —pues se cuenta que un cocinero ansioso los había robado[123]—, el campesino, asegurando que el estúpido jabalí no tenía, calmó la justa cólera del amo con estas palabras: «Pues, ¿cómo, si no, iba a volver como un demente al lugar donde perdía sus miembros y cómo habría podido ser capturado tantas veces por el mismo enemigo?».

Este relato advierte a aquellos que se atreven con todo y nunca apartan sus manos de los delitos.

31

[EL RATÓN Y EL BUEY][124]

Se cuenta que un pequeño ratón que andaba errante se atrevió a herir a un buey de gran tamaño con sus minúsculos dientes. Tras haber infligido la herida con su mordedor hocico, se refugió seguro en sus escondrijos. El buey, aunque

[121] Nos separamos de Gaide y aceptamos aquí la conjetura *insignem* de Lachmann; el *indignum* de los manuscritos provoca traducciones tan forzadas como las del editor francés.

[122] El texto dice *cor*, «corazón», porque los antiguos creían que allí se ubicaban las facultades intelectivas; por eso hemos preferido traducir por «sesos».

[123] Otra vez el paréntesis explicativo característico de nuestro autor.

[124] Cf. Babrio, 112.

amenazó fieramente con su enorme testuz, no vio, sin embargo, a quién podía atacar. Entonces el ratón, censurando con estas justas palabras al indignado buey, esquivó con habilidad sus hostiles amenazas[125]: «No por haberte otorgado unos miembros grandes tus padres dotaron de eficacia a tus fuerzas. Aprende, sin embargo, qué confianza hay en un humilde hocico[126] y cómo la gente pequeña[127] hace lo que quiere hacer».

32

[EL HOMBRE Y EL CARRO][128]

Un campesino abandonó en una hondonada un carro que se había atascado en el barro y con él a los bueyes, ayuntados a un yugo inmóvil; confiaba en vano en que los dioses, tras haber hecho sus votos, diesen solución a sus problemas mientras él permanecía sentado. El jefe tirintio[129] le respondió desde lo más alto del cielo (pues el suplicante le había

[125] En este pasaje volvemos a apreciar el gusto por la epitetación encadenada propio del estilo de Aviano: «justas palabras», «indignado buey», «hostiles amenazas».

[126] *Brevibus quae sit fiducia rostris.* Cf. VIRGILIO, *En.* X 152: ... *humanis quae sit fiducia rebus.*

[127] El texto dice *parvula turba.* Algunos comentaristas (GAIDE, MAÑAS) lo ponen en relación con el *minuta plebs* de FEDRO, IV 6, 13, aunque la expresión de éste parece tener un trasfondo más ideológico.

[128] Cf. BABRIO, 20; LA FONTAINE, VI 18; SAMANIEGO, V 11.

[129] Se refiere evidentemente a Hércules, quien también protagoniza la fábula de Babrio. El apelativo *Tirynthius,* empleado también por otros poetas latinos (cf. VIRGILIO, *En.* VII 661 y MACROBIO, *Sat.* III 6, 9), procede de la ciudad de Tirinto, en Argólida, donde según algunas fuentes habría nacido Hércules, aunque la opinión más extendida es que había nacido en Tebas.

invocado a él en sus votos a los dioses)[130]: «Empieza a azuzar a tus esforzados bueyes con la aguijada y aprende a ayudar a las ruedas perezosas con tus manos. Cuando valiente hayas luchado hasta el límite de tus fuerzas, entonces te será permitido llamar a los dioses para tus propósitos. Aprende, además, que la divinidad no se deja ablandar por los votos perezosos y que tus propias acciones invitan a los dioses a hacerse presentes».

33

[LA OCA DE LOS HUEVOS DE ORO][131]

Un hombre tenía una oca preñada de una valiosa semilla, pues a menudo ponía huevos de oro en sus nidos. La naturaleza había impuesto como ley a la magnífica ave que no le fuera permitido ofrecer a la vez dos regalos semejantes. Pero el dueño, en la esperanza de apaciguar su ávido deseo, no soportando retrasos detestables para sus ganancias, pensó que obtendría una gran recompensa con la muerte de un ave tan generosa en su continuo regalo. Después de clavar su amenazante cuchillo en las entrañas desnudas y de ver que estaba vacía de sus acostumbrados huevos, lloró defraudado por la culpabilidad de un error tan grande, pues sufrió el castigo acorde a sus merecimientos.

Así, quienes con desvergüenza reclaman a los dioses todas las cosas al mismo tiempo, con justicia no obtienen de ellos ni siquiera sus peticiones cotidianas.

[130] Nuevo paréntesis narrativo, típico del estilo de Aviano.

[131] ESOPO, 87; BABRIO, 123; LA FONTAINE, V 13; SAMANIEGO, V 6.

34

[LA HORMIGA Y LA CIGARRA] [132]

Aquel que se permitió pasar la juventud en la inactividad y previsor no temió antes los desastres de la vida, debilitado por la vejez, a menudo rogará en vano, ¡ay!, la ayuda de otro cuando se presente la pesada edad [133].

Una hormiga guardó para el invierno los productos recogidos en los días soleados y los amontonó previamente en su pequeño granero. Pero, cuando la tierra se cubrió de blanquecina escarcha y los campos cultivados se ocultaron bajo el duro hielo, no pudiendo afrontar con tan reducido cuerpo las tempestades, recolectó con pausado esfuerzo los granos húmedos en su hogar [134]. Con la palidez en el rostro, la que no hacía mucho rompía el silencio de los campos con su quejumbroso canto [135], suplicante pedía con ruegos alimentos a la hormiga: «también ella», alegaba, «había llenado los días de verano con sus cánticos, mientras en la era se trillaban las cosechas maduras». Entonces la pequeña hormiga contestó a la cigarra riéndose (pues suelen pasar la vida en vecindad) [136]: «Me permito un descanso prolongado en medio de los fríos porque me procuré la comida con sumo esfuerzo. Pero a ti, ahora, sólo te queda el tiempo de bailar, puesto que antes te pasaste la vida cantando».

[132] Cf. Esopo, 112 (si bien aquí los protagonistas son un águila y un escarabajo); Babrio, 140; La Fontaine, I 1; Samaniego, I 3. La fábula de Fedro «La hormiga y la mosca» guarda también cierta relación, pero el argumento y las intenciones de este fabulista son distintos.

[133] *Heu frustra alterius saepe rogabit opem.* También este verso parece inspirarse en Virgilio (*Geórg.* I 158): *heu! magnum alterius frustra spectabis aceruom.*

[134] Otra vez la epitetación encadenada propia del estilo de Aviano.

[135] *Quae quondam querulo ruperat arua sono.* Cf. Virgilio, *Geórg.* III 328: *et cantu querulae rumpent arbusta cicadae.*

[136] Nueva frase parentética, típica del estilo de Aviano.

35

[LA MONA Y SUS HIJOS] [137]

Se cuenta que la mona, cuando da a luz un parto doble, otorga diferentes atenciones a los recién nacidos, pues a uno la madre lo cría con entrañable amor y rebosa de incontenible odio [138] hacia el otro. Cuando surge un peligro muy grave que aterroriza a la madre, coge a sus hijos de manera bien distinta. Al hijo querido lo lleva en sus brazos o contra su pecho amoroso, al menospreciado lo carga en su espalda. Sin embargo, cuando agotada no puede sostenerse en pie, deja caer voluntariamente en su escapada la carga delantera; la otra cría se abraza a ella rodeando con sus brazos su peludo cuello y huye con su madre, aunque ésta no quiera. En seguida, conservado como único heredero de sus viejos ancestros, sustituye también en los besos al hermano predilecto.

Así, a muchos agrada lo que antes despreciaron y, cuando cambia el curso de los acontecimientos, la esperanza vuelve a los humildes hacia una vida mejor [139].

[137] Esopo, 218; Babrio, 35.

[138] *Odiis exaturata.* Cf. Virgilio, *En.* VII 298: *odiis aut exsaturata quieui.*

[139] Esta alusión a la esperanza de los humildes, que no aparece en las versiones de Esopo y Babrio, es, como otras que hemos visto, de tono fedriano.

36

[EL TERNERO Y EL BUEY][140]

Un ternero hermoso y trotón que no había entregado su cerviz al yugo[141] vio a un buey que surcaba asiduamente los campos. «¡Hola!», le dijo, «¿no te avergüenza llevar ataduras en tu longevo cuello y no conocer el ocio sin yugo, mientras que yo correteo en libertad por la hierba de los prados o si quiero me refugio en la sombra espesa de los bosques?». Pero el viejo animal, sin dejar que tales palabras provocasen su ira, agotado volteaba como de costumbre la tierra con la reja del arado, hasta que desayuntado le fue permitido recostarse cómodamente en el lecho de hierba. Luego vio que el ternero era atado al altar sagrado, conducido al cuchillo del victimario. «Esta funesta indulgencia, que te ha librado de nuestro yugo, te ha conducido a la muerte. Sin duda, más te aprovecharía soportar estos trabajos, por duros que sean, que disfrutar de una jovial ociosidad que en seguida ha de finalizar».

Ésta es la suerte de los hombres: la muerte viene rápida para los más felices, mientras que los desgraciados han de soportar una vida demasiado larga.

[140] ESOPO, 270 HAUSRATH, y BABRIO, 37.

[141] *Pulcher et intacta uitulus ceruice resultans.* Cf. VIRGILIO, *Geórg.* IV 540: *delige et intacta totidem ceruice iuuencas.*

37

[EL PERRO Y EL LEÓN][142]

Se cuenta que un perro muy gordo se encontró con un león exhausto y entre bromas y veras le dirigió estas palabras: «¿No ves cómo se despliegan mis ijadas a ambos lados de mi espalda y cómo resplandece mi noble pechera con su musculatura[143]? Sin haber hecho nada me acerco a la mesa de los hombres para recoger con abundancia con mi boca los alimentos que ellos tiran[144]». «¿Pero por qué ese malvado hierro rodea tu gruesa garganta?» «No me está permitido alejarme de la casa que custodio. Pero tú andas errante durante mucho tiempo por las vastas llanuras muriéndote de hambre, hasta que una presa se te ofrece en la selva[145]. Anímate, pues, a poner tu cuello en nuestras cadenas con tal de que te sea lícito disfrutar de fáciles banquetes». En seguida el león, reuniendo en un gemido su ira incontenible y feroz en su ánimo, se expresó así con este noble rugido: «Márchate», dijo, «sigue llevando en tu cuello el lazo que mereces y que las duras cadenas compensen tu hambre. Sin embargo, yo, cuando mi libertad me devuelve a los antros vacíos,

[142] FEDRO, III 7; ESOPO, 294 (HAUSRATH); BABRIO 10. Aviano cambia el lobo, que aparece en estas versiones, por un león y su relato parece tener excepcionalmente algunas similitudes con el de Fedro. Cf., también, LA FONTAINE, I 5; SAMANIEGO, V 24.

[143] *Luxurietque toris nobile pectus?* Cf. VIRGILIO, *Geórg.* III 81: *luxuriatque toris animosum pectus...*

[144] Cf. FEDRO, III 7, 21-24, donde el perro recuerda las comidas fáciles junto a la mesa del amo.

[145] F. GAIDE, *Avianus...*, pág. 142, vuelve a apuntar aquí dependencias de sentido con la versión de FEDRO (cf. III 7, 11-12: *nunc patior niues / imbresque in siluis, asperam uitam trahens*).

aunque hambriento, paseo por los campos que quiero. Acuérdate, más bien, de alabar estas comidas con aquellos que postergaron su libertad en favor de la gula».

38

[EL PEZ QUE FUE A PARAR AL MAR][146]

Desde las dulces aguas de las pozas[147] un pez, forzado por la corriente fluvial, era arrastrado hacia las aguas del mar. Allí, despreciando a la escamosa tropa, el malvado se declara de una eximia nobleza. Una faneca[148] no soportó la presencia del desterrado en sus patrias profundidades y le dedicó estas duras y mordaces palabras: «Llévate de aquí tus vanas mentiras, elaboradas sin fundamento, pues pueden ser refutadas incluso en tu presencia. En efecto, si las húmedas redes nos arrastran cautivos al mismo tiempo[149], probaré ante el pueblo cuál de los dos es preferido. Entonces, un rico comprador pagará por mí un precio elevado, mientras el

[146] La fábula sólo está atestiguada en Aviano.

[147] *Dulcibus e stagnis.* Cf. Virgilio, *Geórg.* I 384: *dulcibus in stagnis.*

[148] El texto dice *phoecis*, término sólo atestiguado en Aviano con el que no sabemos con exactitud a qué pez se refiere. Phoecis parece la trascripción del vocablo griego *phykís,* que Aristóteles y Plinio describen como un pez de pequeño tamaño que cambia de color en el desove y se alimenta de algas y musgo. Gaide (*Avianus...*, pág. 143) opina que se trata del gobio y Mañas lo traduce así en su versión castellana. Sin embargo, el gobio es un pez de río que habita también las aguas marinas del litoral y el sentido del pasaje parece exigir que las siguientes palabras sean pronunciadas por un pez marino. Por ello hemos preferido la traducción por faneca, pez marino parecido al abadejo, que traduce también el griego *phykís* (cf. López Facal, *Babrio,* «El pescador y el pescadito», Madrid, pág. 306).

[149] *Si pariter captos humida lina trahant.* Cf. Virgilio, *Geórg.* I 142: *...pelagoque alius trahit umida lina.*

vulgo humilde te comprará a ti con una pequeña moneda de bronce».

39

[EL SOLDADO Y LA TROMPETA][150]

En cierta ocasión, un soldado, harto de combatir, había hecho el voto de tirar al fuego todas las armas, tanto aquellas que la multitud de sus enemigos le había entregado al morir como las que había podido arrebatarles en su huida[151]. Con el tiempo la suerte hizo que se cumplieran sus deseos y, acordándose de su promesa, empezó a arrojar las armas, una por una, a una hoguera encendida. Entonces, la trompeta, rehuyendo su culpa con ronco sonido[152], se apresuró a advertir que ella no merecía sufrir las llamas: «No podrás decir que alguna de las flechas que alcanzaron tus brazos fue impulsada por mis fuerzas. Yo sólo llamé a las armas con mis soplidos y mis sones e incluso esto lo hice —pongo a los astros por testigos— con débil sonido». El soldado, arrojando a las llamas crepitantes la rebelde trompeta[153], añadió:

[150] Esopo, 289 Hausrath; Dosíteo, 326.

[151] En las batallas de la Antigüedad era normal incluir en el botín de guerra arrebatado al enemigo los llamados *spolia,* las armas y el equipamiento militar, tanto por su valor material como por el orgullo que su posesión entrañaba para el vencedor.

[152] *Tunc lituus rauco deflectens murmure culpam.* Gaide (*Avianus...*, pág. 143) pone en relación esta verso con Propercio, III 3, 41-42, donde se alude al ronco sonido del cuerno, instrumento musical utilizado también en las empresas militares (cf. *Nil tibi sit rauco praeconia clasica cornu / flere...*).

[153] El texto latino dice *resultantem,* palabra que Aviano parece utilizar con toda intención, pues el verbo *resulto* tiene dos significados: «resistir-

«Ahora sufrirás un castigo y un dolor más grande, pues, aunque tú misma no puedas ni te atrevas a atacar nada, eres más cruel por hacer que los otros sean malvados»[154].

40

[EL LEOPARDO Y LA ZORRA][155]

Un leopardo distinguido por sus manchas y de hermoso cuerpo marchaba a los campos entre fieras salvajes de su misma especie. Pero, como los lomos de los adustos leones no variaban de unos a otros, en seguida creyó que se trataba de una especie miserable. Condenando a los demás animales por su despreciable aspecto, sólo él se tenía como ejemplo de nobleza. Mientras se alegraba por la singularidad de su piel, una astuta zorra lo puso en evidencia, demostrándole que sus manchas no tenían ningún valor: «Vete de aquí», le dijo, «y sigue confiando en exceso en esa coloreada lozanía, mientras yo pueda mantener mi agudo consejo y admire más a aquellos a los que adornan los dones de la mente que a quienes brillan por sus cualidades corporales»[156].

se» y «resonar», por eso la traducción «rebelde trompeta» nos parece la más adecuada.

[154] Aunque la intención primordial del relato es denunciar que es peor el que incita al mal que el que obra mal, en línea, por ejemplo, con FEDRO, II 6, «El águila y la corneja», la fábula tiene un tono pacifista, que merece ser subrayado, pues no tiene parangón en el género, como lo prueba el que no haya sido imitada por fabulistas posteriores.

[155] ESOPO, 12; *Paráfrasis Bodleiana* 37.

[156] Fábula de debate entre la belleza y la fuerza muy repetida en el género, cf. A. CASCÓN, *El pensamiento...*, págs. 163 y ss.

41

[LA OLLA DE BARRO SIN COCER ARRASTRADA POR EL RÍO][157]

Impulsada por los vientos y concentrada en denso nublado una terrible tempestad rompió a llover con aguas invernales[158]. Encharcando las tierras, sumergidas por la tromba de agua, arrastró una vasija de barro expuesta en el campo —pues el barro maleable es expuesto primero al tibio aire con el fin de prepararlo para la cocción cuando sea expuesto al fuego[159]—. Entonces la nube preguntó su nombre a la frágil olla. Ésta, olvidando su naturaleza, respondió: «Me llamo ánfora. Una mano diestra con ayuda del torno que da forma a las curvas me ha modelado hace poco con delicadeza para que tenga un redondeado contorno». «Hasta ahora», replicó la nube, «te ha sido lícito mantener esta forma, pero la tempestad te disolverá cuando te alcancen las aguas». En seguida, resquebrajándose ante la avenida más violenta de la corriente, se precipitó vencida en las aguas cristalinas.

¡Infeliz aquella que, usurpando para sí un gran nombre, se atrevió a dialogar con las nubes, armadas de dardos!

En adelante este ejemplo podrá advertir a los miserables, para que lloren un destino que depende de los más nobles.

[157] ESOPO, 280; y *Paráfrasis Bodleiana* 321.

[158] Otro ejemplo de la epitetación encadenada que venimos comentando.

[159] Nuevo paréntesis explicativo, peculiar de Aviano.

42

[EL LOBO Y EL CABRITO][160]

Por suerte un cabrito más rápido en la carrera había eludido a un lobo hasta alcanzar los sembrados próximos de las granjas vecinas. Desde allí, dirigiendo su huida en línea recta hacia las murallas, se detuvo entre los rebaños de corderos. El ladrón de ganado, infatigable, persiguiéndolo hasta el centro de la ciudad, intentó atraerlo con una argucia bien planeada: «¿No ves», dijo, «que en todos los templos una víctima tiñe de sangre el suelo insensible mientras llora su muerte? Si tú no consigues volver a la tranquilidad del campo, ¡ay de mí!, caerás también con la frente adornada de cintas»[161]. El cabrito le contestó: «Sólo te pido que te despreocupes de tus temores y que te lleves contigo, malvado, tus viles amenazas, pues más valdrá consagrar a los dioses la sangre derramada que saciar las fauces de un lobo rabioso».

Así, cuando funestos acontecimientos nos abocan a un doble peligro, conviene hacerse acreedor a una muerte noble.

---

[160] ESOPO, 261 y BABRIO, 132.

[161] *Vittata fronte*. Las *vittae* eran cintas o vendas que se empleaban para engalanar los altares y las víctimas antes de realizar un sacrificio.

ÍNDICE DE NOMBRES

FÁBULAS DE RÓMULO

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES UN *RÓMULO?*

Varios manuscritos guardados en diferentes bibliotecas europeas nos han conservado colecciones de fábulas en prosa latina encabezadas por una carta-prólogo que dirige un tal Rómulo a su hijo Tiberino, en la que dice haber traducido del griego al latín las fábulas que siguen. Aunque esta afirmación no sea cierta, pues su labor parece más la de un compilador que la de un traductor, se tomó la costumbre de llamar *Rómulos* a tales colecciones e incluso se hizo tal abuso del nombre que se llegó a aplicar a casi cualquier colección de fábulas escritas en latín en la Edad Media, aunque no estuviera encabezada por la carta mencionada o contuviera fábulas distintas de las que se encuentran en los *Rómulos*. Hoy es asunto menor averiguar la identidad del tal Rómulo, pero en otro tiempo fue objeto de agudos estudios[1]; hubo quien defendió su identificación con Rómulo Augústulo, el último emperador romano[2], pero en la actualidad la

[1] Cf. L. Hervieux, *Les fabulistes latins*..., I, págs. 293 y ss. y G. Thiele, *Der lateinische Aesop*..., págs. x-xviii.

[2] Despojado de la púrpura en 476.

opinión más extendida es que el autor se ocultaba tras este nombre inventado.

Estos *Rómulos*, los así llamados con propiedad, son bastante numerosos y diversos, y en una primera lectura se aprecia que en gran medida las fábulas que contienen son derivados en prosa de los apólogos de Fedro. L. Hervieux, atendiendo a las semejanzas y diferencias entre ellos —no contienen exactamente las mismas fábulas, la distribución en libros y el orden que ocupan tampoco es igual, etc.— los clasifica en cinco recensiones distintas (*Rómulo ordinario, Rómulo de Viena, Rómulo de Florencia, Rómulo de Nilant* y *Rómulo de Berna*), que derivarían de un *Rómulo* perdido, al que llama *Rómulo primitivo*. A su vez, cada una de estas recensiones se conserva en manuscritos distintos, que pueden presentar versiones diferentes de una misma fábula. Esto, que no es más que una prueba del carácter abierto del género fabulístico, hace difícil saber en ocasiones si estamos ante una colección independiente, una recensión o un manuscrito de una recensión.

La cuestión se complica todavía más por la existencia de otras dos colecciones, conservadas cada una de ellas en manuscritos únicos, el *Codex Ademari* y el *Codex Wissemburgensis*, que contienen fábulas en buena medida coincidentes con las de los *Rómulos* pero también las diferencias suficientes como para poder ser consideradas colecciones independientes. En efecto, aunque los *Rómulos*, el *Codex Ademari* y el *Codex Wissemburgensis*, tienen un número de apólogos distinto y características propias en el uso que hacen del material fabulístico tradicional, está claro que las tres colecciones tienen fuentes comunes y que en un alto porcentaje las fábulas que en ellas se encuentran son las mismas, con versiones a veces muy próximas y a veces claramente diferenciadas. Y éste es, a mi juicio, el principal

problema que plantea el estudio del material que estas colecciones y recensiones nos proporcionan: ¿debemos considerarlo como una unidad, es decir, como si fuera una única colección o hay que estudiar no sólo cada colección sino incluso cada recensión por separado? La respuesta no es fácil y una prueba de ello es el antagónico proceder de los editores: mientras L. Hervieux edita por separado las distintas recensiones de *Rómulo*, G. Thiele las edita junto con el *Codex Ademari y el Codex Wissemburgensis*. Si lo primero resulta exagerado, lo segundo, confuso. En todo caso es por aquí por donde debemos empezar y, una vez constatada la relación existente entre las tres colecciones, intentar aclarar las cuestiones que dicha relación plantea: 1) Cronología, origen e interdependencia; 2) Contenido y fuentes; 3) Derivación de Fedro y recuperación de la parte perdida de su obra. Veámoslas por separado.

1. *'Rómulo', el 'Codex Ademari' y el 'Codex Wissemburgensis': origen, interdependencia y cronología*

Ni en el *Codex Ademari* ni en el *Codex Wissemburgensis* encontramos la carta prólogo de Rómulo a Tiberino, pero en el *Codex Wissemburgensis* las fábulas van precedidas de otra carta en la que Esopo dedica las fábulas a su maestro Rufo. Esta carta aparece también en los *Rómulos*, aunque generalmente como epílogo, sin duda para evitar la aparición de dos cartas sucesivas en el comienzo. Por otra parte, todas las fábulas que aparecen en el *Codex Wissemburgensis* se encuentran también en *Rómulo* y a veces el parecido entre las versiones es tan evidente que no se puede negar el parentesco, sobre todo cuando tenemos el texto de Fedro y observamos que las variantes sobre éste son idénticas en las versiones de una y otra colección. Apoyándose en estos da-

tos, algunos críticos, entre ellos L. Hervieux[3], opinaron que tanto el *Rómulo primitivo* como la colección contenida en el *Codex Wissemburgensis* derivaban de una colección anterior perdida, a la que se dio el nombre de *Aesopus ad Rufum* por la carta que le servía de prólogo y que posteriormente sería relegada al epílogo por el tal Rómulo, cuando introdujo su epístola a Tiberino.

Las fábulas del *Codex Ademari*, llamado así por el nombre del copista, se contienen en un único manuscrito del siglo XI. Normalmente se considera que Ademar no es autor sino sólo copista de una colección compuesta anteriormente. No tiene ninguna de las cartas prólogo y de sus sesenta y siete fábulas hay quince que no están en *Rómulo* ni en *Codex Wissemburgensis* De las cincuenta y dos en que hay coincidencia hay algunas en las que su versión difiere poco de las de *Rómulo* y *Codex Wissemburgensis* y otras notablemente distintas.

Después de realizar las comparaciones pertinentes, las opiniones de los estudiosos respecto a la interdependencia de las tres colecciones ha sido muy distinta: quien, como Hervieux, considera que Ademar no puede derivar del *Aesopus ad Rufum*, fuente de *Rómulo* y del *Codex Wissemburgensis*, y que la relación entre esas dos ramas de la tradición tiene como única base la utilización del texto de Fedro; quien, como Thiele, opina todo lo contrario, sosteniendo que Ademar no es más que un fragmento del *Rómulo primitivo*, en el que se han introducido algunos cambios, y que naturalmente procedería en última instancia también del *Aesopus ad Rufum.* Una exposición más detallada de estas y otras opiniones puede encontrarse en las introducciones de las obras de estos dos críticos y en el capítulo correspondiente de la *Historia de la fabula...*[4] de F. R. Adrados, cuya opinión, la más reciente y, según creo, la más acertada, es que las tres colecciones derivan del *Aesopus ad Rufum*, aunque tanto *Rómulo* como Ademar han introducido por separado notables innovaciones en sus respectivas colecciones, eliminando algunas fábulas o añadiendo otras nuevas. Además, tanto Ademar como el *Codex Wissemburgensis* han sufrido la contaminación de los derivados del *Rómulo primitivo*; sobre Ademar ha influido la *recensio gallicana* (el *Rómulo ordinario* de Hervieux) —por eso encontramos en esa colección tres fábulas que no estaban en el *Aesopus ad Rufum*, pero sí en *Rómulo*— y sobre el *Codex Wissemburgensis,* la *recensio vetus* (el *Rómulo de Viena* de Hervieux), de donde proceden dos fábulas que tampoco estaban en la colección originaria. En efecto, los autores de las recensiones e incluso los copistas de los manuscritos podían eliminar parte del material con que se encontraban o introducir nuevas fábulas, procedentes de las colecciones clásicas, de otras ramas de la tradición o incluso inventadas.

En cuanto a la cronología, digamos que la colección de Ademar se contiene en un manuscrito del siglo XI, el *Codex Wissemburgensis* se data en el X y de los manuscritos que contienen los *Rómulos* el más antiguo, el *Burneianus*[5], data también del X. L. Hervieux considera que Ademar no era un copista sino el autor de la colección de fábulas y por tanto situa en el siglo XI dicha colección; opina, igualmente, que no es necesario buscar una fecha de aparición anterior a la del manuscrito para el *Codex Wissemburgensis*; y, en fin, sitúa el *Aesopus ad Rufum*, sin demasiados argumentos a

[3] Cf. *Les fabulistes...*, págs. 267 y ss.

[4] Cf. II, págs. 473-510.

[5] Llamado así por Charles Burney, su primer propietario. Cf. *infra*, pág. 306

princios del siglo IX o finales del VIII[6]. G. Thiele, sin embargo, opina que todas las fábulas contenidas en estas colecciones derivan de una colección perdida a la que llama *Aesopus latinus*, fechable entre el 350 y el 500 d. C. En parecidos términos se manifiesta F. R. Adrados, para quien el material básico de estas colecciones ha tomado forma definitiva entre los siglos IV y VI. Los atinados argumentos de G. Thiele y F. R. Adrados[7] basados en el estilo literario y en el análisis de fuentes hacen que nos inclinemos por su datación temprana.

2. *Contenido y fuentes*

G. Thiele, como decimos, supone que todas las fábulas que aparecen en *Rómulo*, el *Codex Ademari* o el *Codex Wissemburgensis* se encontraban en el *Aesopus latinus* y que si faltan en alguna de nuestras colecciones es porque se perdieron en el normal transcurrir de la transmisión literaria; por eso en su edición encontramos las fábulas que aparecen en las tres colecciones, numeradas del 1 al 98, con una, dos o tres versiones, en un intento de reconstrucción de lo que pudo haber en aquella colección perdida.

Sin embargo, F. R. Adrados considera que las cosas fueron de otro modo: a la colección base que llamamos *Aesopus ad Rufum*, los distintos compiladores le añadieron o suprimieron fábulas, e incluso sustituyeron unas versiones por otras. Siguiendo en líneas generales su argumentada exposición, podemos hacernos una idea de cuál era el contenido aproximado de las distintas colecciones

[6] Cf. I, *Les fabulistes...*, pág. 327.

[7] Cf. *Der lateinische...*, págs, CXII y ss. *Historia de la fábula...*, II, págs. 493-494.

El perdido *Aesopus ad Rufum* se compondría de al menos sesenta fábulas con un prólogo, la epístola en la que Esopo lega sus fábulas a Rufo, y una fábula-epílogo, que habla de la estatua que los atenienses erigieron a Esopo. La colección tendría como fuente principal el Fedro original o las paráfrasis prosaicas que de su obra se hicieron, sólo hay dos (5 y 6[8]), que tal vez procedan de una colección helenística latinizada anterior a Fedro. No sabemos si las fábulas estaban repartidas en distintos libros (como en algunos *Rómulos* y el *Codex Wissemburgensis*) o seguían simplemente una numeración correlativa (como en otros *Rómulos* y en el *Codex Ademari*).

El *Rómulo* más antiguo contó como base con el *Aesopus ad Rufum*, pero añadió nuevas fábulas y la epístola-prólogo en la que dedica sus fábulas a Tiberino. De las nuevas fábulas ocho proceden, sin duda, del Pseudo Dosíteo —una colección del siglo II d. C. compuesta por diecisiete fábulas trasmitidas en griego y latín— y las otras serían derivaciones de Fedro, excepto en tres casos en los que encontramos versiones muy antiguas que quizá procedan de colecciones helenísticas latinizadas. La colección tendría al menos ochenta y cuatro fábulas, la última sería *La estatua de Esopo*, como prólogo la espístola a Tiberino y como epílogo la epístola a Rufo. Las fábulas aparecen distribuidas en libros, cuatro (*recensio gallicana*) o tres (*Rómulo de Nilant*) o en numeración correlativa (*recensio vetus*). Es una colección bastante innovadora, tanto en los contenidos como en el uso que hace del material tradicional.

La colección del *Codex Wissemburgensis* tiene como prólogo la epístola de Esopo a Rufo y como epílogo *La es-*

[8] Seguimos aquí la numeración de Thiele, que es la utilizada comúnmente por los especialistas.

tatua de Esopo y conserva cincuenta y seis fábulas del *Aesopus ad Rufum,* a las que ha añadido otras dos (97 y 98) que con toda probabilidad proceden de la *recensio vetus* de *Rómulo*. Las fábulas están divididas en cinco libros. Se trata de una colección muy arcaizante; respecto a Fedro sus textos son más conservadores que los de *Rómulo*.

Ademar copió o recopiló una colección que tenía al menos sesenta y siete fábulas y en la que no había prólogo ni epílogo. La base de la colección es también el *Aesopus ad Rufum*, pero sustituyó veintidós fábulas de esta colección por las versiones correspondientes del llamado *Phaedrus solutus*, una colección perdida que respetaba casi en su integridad el texto de Fedro, aunque puesto en prosa; además, añadió quince fábulas nuevas, siete (2, 37, 38, 41, 81, 82 y 84) procedentes con seguridad del *Phaedrus solutus*, otras tres (7, 9 y 80) procedentes quizá de esta misma colección o de otra con paráfrasis fedrianas, y cinco más (18, 25, 26, 34 y 96), únicas dentro de la tradición fabulística grecolatina, que fueron creadas o repescadas por él en época tardo-medieval. Finalmente, encontramos también tres fábulas (86, 91 y 93) que proceden de una contaminación con la *recensio gallicana* de Rómulo. Las fábulas no están distribuidas en diferentes libros. Se trata de una colección arcaizante, pero, como vemos, innovadora en las fuentes.

No parece, por tanto, que existiera esa gran colección en prosa latina a la que G. Thiele llama *Aesopus latinus* y de la que supuestamente procedería todo el material fabulístico que encontramos en *Rómulo*, Ademar y el *Codex Wissemburgensis*, sino que es preferible suponer con F. R. Adrados que al final de la Antigüedad circulaban diferentes *corpora* en prosa latina, basados generalmente en Fedro pero no sólo en él, en los que se inspiraron los compiladores para reelaborar con diverso nivel de creatividad nuevas colecciones. No obstante, hay que admitir la existencia del *Aesopus ad Rufum*, como colección base, a la que en momentos distintos se fueron añadiendo nuevas fábulas procedentes del *Phaedrus solutus*, del Pseudo Dosíteo, de colecciones helenísticas e incluso apólogos de nueva creación.

3. *Recuperación del Fedro perdido*

Como hemos dicho, unas colecciones son más arcaizantes y otras más innovadoras, pero lo que es necesario subrayar es el papel central que tiene la obra de Fedro; en sus fábulas o en las paráfrasis que de sus fábulas se hicieron están basados la gran mayoría de los apólogos que encontramos en estas colecciones y en casi todos se deja sentir su influjo estilístico o ideológico.

Desde el momento en que se pudo comprobar la importante presencia de Fedro en estas colecciones, los especialistas trataron de averiguar qué fábulas, de las que en ellas se contienen, podían haber estado en el corpus original de Fedro y no nos han llegado en los manuscritos que nos han transmitido su obra. Igual que el *Apéndice de Perotti*[9] nos permitió recuperar un buen número de fábulas perdidas del autor romano, ahora existía la posibilidad de rescatar por esta vía algunas más.

El *Phaedrus solutus*, esa colección que con seguridad fue utilizada por el compilador del *Codex Ademari* y quizá por algún otro, era, sin duda el mejor camino para iniciar la indagación. En Ademar hay veintiséis fábulas del *Phaedrus solutus*, de ellas catorce se encuentran en el Fedro conservado y nos permiten hacer una comparación que constata, efectivamente, un gran parecido, pero no la identidad completa. Los cambios más importantes están en las moralejas, aun-

[9] Cf. FEDRO, Introducción, págs. 67-68.

que son más formales que de contenido —es decir, que las ideas de Fedro parecen haberse mantenido— y también en el relato propiamente dicho hay ligeras variantes léxicas y sintácticas. Las otras doce hemos de pensar que se encontraban en la obra de Fedro con las pequeñas variaciones que se aprecian en las conservadas en ambas colecciones. Son: *El ratón y la rana* (4), *El ratón de campo y el ratón de ciudad* (15), *El león y el ratón* (22), *El milano enfermo* (23), *El asno y el buey* (41), *El león agradecido* (51), *El caballo orgulloso y el asno* (53), *El murciélago en la guerra de los animales* (54), *Las ovejas y los lobos* (63), *El caballo y el asno* (82), *El mosquito y el toro* (84) y *La pulga y el camello* (92).

El mismo G. Thiele[10] conjeturó, apoyándose en distintos argumentos, que otras diez fábulas, de las que aparecen en las tres colecciones, podían encontrarse con toda probabilidad entre las fábulas perdidas de Fedro. Eran éstas: *Los dos gallos y el gavilán* (7), *El caracol y el espejo* (9), *El suicidio de las liebres* (35), *El cabrito obediente* (36), *El pobre y la serpiente* (39), *El lobo, la zorra y el pastor* (56), *Los árboles y el hombre* (64), *El estómago y las extremidades* (66), *Los carneros y el matarife* (76) y *La cigüeña y el ganso* (80).

Más tarde C. Zander[11] reconstruyó, basándose en criterios métricos, las que a su juicio eran las treinta fábulas perdidas de Fedro, añadiendo a las más arriba citadas otras ocho: *El asno zalamero* (21), *La golondrina y las aves* (24), *El león agradecido* (51), *El león y el caballo* (52), *El ruiseñor y el gavilán* (55), *La corte de los monos* (78), *La espada y el caminante* (94) y *Júpiter y la zorra* (97). Aunque las reconstrucciones de Zander fueron criticadas, sobre todo por basarse sólo en criterios métricos, comúnmente se admite

[10] Cf. *Der lateinische...*, págs. XLVI-LVII.

[11] C. ZANDER, *Phaedrus solutus uel Phaedri fabulae nouae XXX*, Lund, 1921.

que estas treinta fábulas pudieron estar en la colección original de Fedro.

Por nuestra parte, diremos que las ideas contenidas en estas fábulas guardan en general bastante coherencia con el pensamiento de Fedro. Llama la atención, sobre todo, la presencia repetida del conflicto entre *humiles* y *potentes*, tan personal del autor romano, que es apreciable en 22, 51, 53, 56, 76 y 92, con sentenciosos epimitios muy del estilo de Fedro: «para que nadie presuma de hacer daño a los más pequeños» o «para que los poderosos se acuerden de los beneficios del pasado». También su particular lucha contra el malvado y contra los que a ellos se unen: «el malvado puede perecer, pero antes daña a muchos» (94), «dar auxilio al enemigo es labrar la propia muerte» (64); el tema se aborda también en: 4, 23, 39, 55. En otros apólogos encontramos el ambiente y la terminología forense fedriana (7, 63 y 80), su peculiar preocupación por la verdad (52 y 78) o por la familia (36 y 66).

E. Mandruzzato añadió a las treinta de Zander dos fábulas más: *La grulla y la corneja* (18) y *La perdiz y la zorra* (34), pero pensamos que esta atribución resulta mucho más dudosa.

CARACTERÍSTICAS LITERARIAS DE LAS COLECCIONES

Aunque guardan diferencias entre sí, lo más característico de todas ellas y, por tanto, lo que más las une, es, como hemos dicho más arriba, su dependencia de la obra de Fedro. De las noventa y ocho fábulas que vamos a traducir, cuarenta y siete se encuentran en Fedro y son versiones próximas a las suyas; además, normalmente se admite, co-

mo hemos apuntado, que al menos otras treinta estaban en el Fedro perdido. Por ello, quizá pueda resultar interesante observar primero qué fábulas de Fedro no han pasado a las colecciones.

De los tipos de fábulas que veíamos en Fedro[12] han desaparecido algunos. No encontramos ya las reflexiones de autor, tan peculiares del fabulista romano, ni las numerosas anécdotas protagonizadas por personajes históricos y tampoco hay enigmas ni parábolas ni etiologías; de los mitos tan sólo se ha conservado el de *Venus y la gallina* y de las alegorías, la *Montaña de parto,* y ello tal vez porque en ambos casos aparece un animal como protagonista. En efecto, ésta parece ser la intención más clara de los compiladores de las colecciones: considerar fábulas sólo los relatos protagonizados por animales. Aunque hay algunas excepciones: de los cuentos que encontramos en Fedro se ha conservado uno, *La viuda y el soldado*, y de los chistes, otro, *La meretriz y el joven*; en ambos casos, quizá, por su contenido misógino, al que los redactores parecen adherirse gustosos. Además de éstas, sólo hay cuatro fábulas más que no están protagonizadas por animales[13].

También es evidente la intención de excluir las fábulas impúdicas, de contenido sexual o escatológico, aunque estén protagonizadas por animales, por eso quizá no aparecen en estas recensiones las fábulas III 3, IV 19 o *Ap.* 30 de Fedro. Llamativo es en tal sentido el caso de la fábula fedriana I 29, donde el asno pretende burlarse del jabalí, comparando su pene con el hocico de su antagonista: la fábula aparece en *Rómulo* (14), pero se ha suprimido este pasaje, y en Ademar (XII), siempre más conservador, el *demisso pene* de Fedro ha sido sustituido por la expresión *extenso pede.*

Desde el punto de vista estructural, las distintas colecciones presentan algunas diferencias entre sí. Las fábulas del *Codex Ademari* expresan la moraleja en el epimitio y la fábula suele iniciarse con el nombre del animal que protagoniza el relato (cf. *Gallus escam in sterquilino... Lupus et agnus ad rivum venerunt... Mus, quo transiret posset facile,* etc.), sin que encontremos ningún promitio. En las del *Codex Wissemburgensis* a veces hay promitio y a veces epimitio y en raros casos encontramos promitio y epimitio. En los *Rómulos* es apreciable el intento de estructurar la fábula con la mayor ortodoxia: normalmente hay un promitio, que anuncia la intención moral del relato, y un epimitio en el que se expresa la enseñanza que se deduce de lo narrado y que suele estar introducido por adverbios como *sic, ita, ergo*, etc. o por verbos como *monet, ammonet, debet*, etc.; en ocasiones puede faltar el promitio o el epimitio pero es muy raro.

Desde el punto de vista ideológico hay continuidad en algunos temas presentes en Fedro: la misoginia, la guerra contra el *improbus*, el rechazo de la mentira, de la vanidad o de la avaricia, la necesidad de acomodarse a la naturaleza propia, el elogio de la cautela y algunos más. Hay otros que han desaparecido casi por completo: el elogio del sabio, el impudor sexual o escatológico, el *Fatum* y la Fortuna, etc. Pero lo más interesante es observar la aparición de temas nuevos en los que es perceptible el influjo del cristianismo. Por ejemplo, la idea de la necesidad del perdón, tan ajena al mundo clásico, aparece explícitamente formulada en las moralejas de 22 y 23. En 75 se expresa la necesidad de ser benevolente con el peregrino. El epimitio de 14 establece una diferenciación entre ignorantes y estúpidos que también es

[12] Cf. FEDRO, *Introducción*, págs. 25 y ss.
[13] Cf., 26, 64, 66 y 94.

ajena al fabulista romano. Un tema tan propio de Fedro como es la denuncia de la injusticia social y el ataque contra los poderosos, aparece tratado en algunas versiones romuleanas desde una perspectiva diferente: en 3 se ataca a los que calumnian, pero ha desaparecido la invectiva contra los que injustamente dañan a los inocentes que aparecía en Fedro, I 1; en 16 tampoco encontramos la incitación a la venganza que encontrábamos en Fedro, I 28. La moraleja de 90 se dirige a los que siendo inferiores no respetan a los poderosos[14]. En fin, las moralejas de 66 y 49 hablan de las relaciones entre amos y sirvientes y la reconvención va dirigida en ambos casos a los sirvientes que no son fieles a sus amos.

Estas ideas se expresan en ocasiones con el vocabulario y las expresiones propias del sermón doctrinal: «quien blasfema continuamente, ¿por qué ruega en las situaciones críticas?» (23); «la libertad es el acto de hacer el bien. En efecto, en los libres está la crueldad, en los siervos la virtud y la gloria» (65); «Conviene que seamos benévolos con cualquier peregrino. Incluso si comete una falta, hay que perdonar al desgraciado» (75); «Así, el peligro de algunos debe constituir una enseñanza para nuestra salvación» (86); etc. Este componente cristiano es uno de los rasgos más característicos de las colecciones, y no sólo desde el punto de vista ideológico, pues trasciende en cierto modo al plano estilístico.

En el estilo[15] las colecciones son, como puede suponerse, muy fedrianas, con ese interés fundamental en expresar la enseñanza moral que desdibuja en ocasiones la comicidad de lo narrado. A veces, sin embargo, encontramos disonancias con el modelo romano, sobre todo, en las fábulas nuevas y en las moralejas, que es donde los autores se muestran más autónomos para introducir o cambiar alguna idea o simplemente para trasladar con mayor claridad el mensaje, pues la intención didáctica es prioritaria en sus autores. Este didactismo es contrario en ocasiones a la calidad literaria y a veces la preocupación por aclarar conceptos conlleva repeticiones escasamente artísticas; buen ejemplo de ello es la moraleja de 33 con su machacona insistencia en la necesidad de amar a los ancianos: «El anciano no debe ser aborrecido ni rechazado por nadie, pues en otro tiempo fue joven. Por eso, si tú quieres alcanzar estos años, ama al anciano; pero si no quieres amar al anciano, ama al menos, cuando puedas, sus acciones del pasado y escucha sobre esto la siguiente fábula.»

[14] Cf. también 51, donde se habla a favor del entendimiento entre humildes y poderosos.

[15] Sobre estilo y lengua, cf. THIELE, págs. XCII-CXV.

Encontramos también algunos apólogos no fedrianos en los que la falta de ingenio es tan notable que parecen haber sido elaborados con mentalidad infantil por un redactor de escasas lecturas literarias; es el caso de 25, 26, 85 y 88. Ahora bien, también hay fábulas no conservadas en Fedro, aunque sí atribuidas a él, de un buen nivel literario, tanto por el interés del tema que abordan —destaquemos aquí la fábula 76 con su magnífica denuncia de la insolidaridad— como por el talento con que se cuentan, ya se trate de relatos breves y con chispa (v. g. 84, 89 y 94), o de otros más extensos en los que destaca el dominio del ritmo narrativo y de los diálogos (v. g. 15, 21 y 53).

IMPORTANCIA DE RÓMULO EN EL GÉNERO FABULÍSTICO

Aunque la calidad literaria de las fábulas que componen estas colecciones pueda ser discutible, hay que valorar en su

justa medida el influjo que han ejercido en la fabulística medieval, tanto en la escrita en latín como en las nuevas lenguas. Basta para ello echar una ojeada al volumen de L. Hervieux donde se recogen las colecciones fabulísticas derivadas de Rómulo. Entre otras merecen destacarse la de Walter el Inglés, un total de 60 fábulas en versos elegíacos latinos, fechables en el siglo XII, que sirvieron de fuente entre otros a nuestro Arcipreste de Hita; o la de Alexander Neckam, coetáneo y compatriota del anterior, que puso, también en versos elegíacos, 42 fábulas romuleanas; ya en el siglo XIII Vincent de Beauvais incluyó en su *Speculum historiale* una versión prosaica de veintinueve fábulas de *Rómulo* y en este mismo siglo escribió Marie de France su traducción en verso francés de las fábulas del llamado por Hervieux *Rómulo anglo-latino*. Además de esta influencia en las colecciones, algunas fábulas aisladas alcanzaron gran difusión y sirvieron de base a obras de la llamada épica animalesca, tanto latina como francesa (*Ysengrimus, Ecbasis captivi, Roman de Renart*, etc.). Por todo ello, hemos de concluir con F. R. Adrados que «Rómulo representa el principal lazo de unión entre la fábula antigua y la medieval occidental, tanto latina como de las nuevas literaturas» [16].

TRADICIÓN MANUSCRITA

1. *Manuscritos de la «recensio Gallicana»*

Como decíamos más arriba, de las distintas recensiones de Rómulo, la más completa y la mejor conservada es la *recensio Gallicana;* es también la más copiada por compiladores y plagiarios y la más utilizada como fuente por fabulistas

[16] Cf. *Historia*..., II, pág. 476.

posteriores. Para la edición de esta recensión G. Thiele manejó los siguientes manuscritos:

B, *Codex Burneianus* 59 del British Museum. Se llama así por su anterior propietario, Charles Burney. Es del siglo X. Las fábulas aparecen distribuidas en cuatro libros, el primero tiene diecinueve, el segundo, veintiuno, el tercero, veinte y el cuarto, veintidós. La carta de Rómulo a Tiberino sirve de prólogo y la de Esopo a Rufo de epílogo, la fábula 22 del libro IV es *La estatua de Esopo*.

M, *Codex* 84 de la Biblioteca pública de la ciudad de Le Mans. Contiene las mismas fábulas que el *Burneianus* y estarían distribuidas de la misma manera y en el mismo orden sino fuera porque la fábula *El águila y la zorra* es aquí la II 8 y allí la I 13. El texto presenta variantes muy numerosas respecto a B, muchas veces se deben a errores involuntarios del copista.

F [17], *Codex Ashburnhamianus* 1555 de la Biblioteca Mediceo-Laurentiana. Recibe el nombre de su antiguo propietario, Lord Ashburnham. Contiene las mismas fábulas que B con ligeras diferencias en la redacción y el lugar que ocupan; sin embargo, las fábulas aparecen distribuidas en tres libros, el primero tiene veinte, el segundo, veinte y el tercero, curenta y dos; omite la epístola de Esopo a Rufo.

S, Edición de *Fabulae Aesopi* de Steinhöwel, publicadas en 1476 en Ulm a partir de un manuscrito hoy perdido. Contiene ochenta fábulas divididas en cuatro libros de veinte cada uno. En el último libro no están las fábulas 13 (*La corneja y la herrada*), 19 (*La cigarra y la hormiga*) y 22 (*La estatua de Esopo*) de B y tampoco la epístola de Esopo a

[17] L. HERVIEUX no cree que se trate de un manuscrito de la misma recensión. Para él éste sería el que llama *Rómulo de Florencia*, que derivaría del *Rómulo primitivo*, pues, en su opinión, contiene expresiones de Fedro que no están en otros manuscritos de la *gallicana*.

Rufo; sin embargo, sí aparece la fábula *De abiete et arundine*, que no está en B.

O, *Codex* 42 de la Biblioteca del Corpus Christi College de Oxford, fechado en el siglo XIV; contiene el mismo número de fábulas que B, pero distribuidas en tres libros: el primero tiene veinte fábulas, el segundo, veintisiete y el tercero treinta y cinco; la carta a Tiberino sirve de prólogo y la epístola a Rufo de epílogo. La única alteración en el orden es que *El águila y la zorra* ocupa el mismo lugar que en M, es decir II 8, en lugar de I 13. Las variantes respecto a B consisten más en la alteración del orden de palabras que en el uso de nuevo vocabulario, como si un copista más independiente hubiera creído poder mejorar lo que escribía.

Cri, *Codex latinus* 756 de la Staatbibliothek de Múnich; se trata de una copia de *Rómulo* realizada por el humanista florentino Petrus Crinitus en 1495. Su importancia para la determinación del texto es escasa, ya que coincide casi plenamente con B, sólo hay algunas variantes que quizá sean obra del propio Crinitus.

G, Manuscrito *Gudianus latinus* 182 de la Biblioteca de Wolfenbüttel. Se trata de una copia realizada por M. Gudes hacia 1675 de un manuscrito del siglo XII que se encontraba en el convento benedictino de Saint-Benigne en Dijon. Como el anterior contiene escasas variantes respecto de B.

2. *Manuscrito de la «recensio vetus»*

Esta recensión —llamada por Hervieux *Rómulo de Viena*— es, como la *Gallicana*, un derivado directo del perdido *Rómulo primitivo* y se nos ha conservado en un solo manuscrito.

V, *Codex Vindobonensis latinus*, 303 de la Biblioteca imperial de Viena. Tiene la epístola a Tiberino como prólogo y un doble epílogo: la carta a Rufo y otro titulado *Quid conferant fabulae;* en medio, ochenta fábulas, numeradas correlativamente sin distribución por libros. Encontramos dos fábulas nuevas que no están en los manuscritos de la *Gallicana*: *Vulpes in hominem versa* (LXIV) y *Taurus et vitulus* (LXV); sin embargo, faltan las siguientes: *El lobo y la zorra con el mono juez* (II 18), *El lobo y el asno enfermo* (IV 15), *El hombre y el león* (IV 17), *La cigarra y la hormiga* (IV 19). Además, el orden en que aparecen las fábulas no es el mismo y, sobre todo, las diferencias textuales en las versiones de una misma fábula son en general notables.

3. *El «Codex Ademari»*

Las fábulas contenidas en este *codex* fueron publicadas por primera vez por J. F. Nilant en 1709 y les dio el título genérico de *Fabulae antiquae*, que es el que les da Hervieux en su edición; también han sido conocidas durante mucho tiempo por *Anónimo de Nilant*. Hoy los críticos hablan del códice de Ademar por el nombre del copista, un monje de la abadía de San Marcial de Limoges, del que conocemos algunos datos biográficos. Al parecer nació en Chabannes, entre Angoulema y Limoges, el año 988; estuvo bastantes años en la abadía de San Marcial y en el año 1029 partió para Tierra Santa donde murió en 1034. Además de copista fue autor; escribió varias obras, entre ellas una crónica de la historia de Francia. Los datos del manuscrito que contiene las fábulas son éstos:

Ad, conservado en la Biblioteca de la Universidad de Leiden, *Codex Vossianus latinus* 8°, núm. 15. Ademar lo escribió en San Marcial en 1025. Como ya indicamos más arriba, contiene sesenta y siete fábulas, sin distribución por libros, y no hay ni prólogos ni epílogos.

NUESTRA EDICIÓN

Nos ha parecido conveniente proporcionar al lector una versión de cada una de las fábulas que aparecen en la edición de G. Thiele, la más difundida y la que hemos seguido en nuestra traducción, pero no todas las versiones que da este editor de las distintas fábulas, pues en la mayoría de los casos el parecido entre ellas es muy grande y, si para el especialista que estudia el texto latino la comparación de sus diferencias puede ser interesante, su lectura en traducción resultaría sumamente reiterativa. G. Thiele ofrece en su edición las versiones que de cada fábula dan la *recensio Gallicana* (el *Rómulo ordinario* de Hervieux), la *recensio vetus* (el *Rómulo de Viena),* el *codex Wissemburgensis* y, cuando se trata de fábulas que no aparecen en las otras recesiones, la versión de Ademar. Todo ello de acuerdo con su hipótesis de que en el primitivo *Aesopus latinus* se encontrarían todas las fábulas que encontramos en estas recensiones y en un intento de aproximarse lo más posible al contendido de aquella antigua colección.

Sin embargo, ya hemos dicho que estas colecciones, coincidentes entre sí en alto grado, han añadido o suprimido fábulas y han manejado el material disponible con distintos criterios. Teniendo en cuenta esto, nos ha parecido lo más conveniente traducir las noventa y ocho fábulas que aparecen en la edición de Thiele de la siguiente manera: primero, todas las fábulas que aparecen en la *recensio Gallicana*, la más completa y la mejor conservada, ordenadas en cuatro libros, tal como aparecen en el manuscrito *Burneianus* (un total de ochenta y una con las dos cartas-prólogo iniciales, otro prólogo al libro II y un epílogo); a continuación, hemos traducido las dos únicas fábulas que aparecen en la *recensio vetus* y no están en la *Gallicana*; finalmente hemos añadido las quince fábulas que se encuentran en Ademar y no están ni en los Rómulos ni en el *codex W*. Hemos numerado las fábulas de acuerdo al orden con el que aparecen en los manuscritos correspondientes y al lado, entre paréntesis, hemos anotado la numeración de la edición de Thiele

Como decíamos, para nuestra traducción hemos seguido el texto de la edición de Thiele, que a pesar de su antigüedad (1910) sigue siendo la edición de referencia para los estudiosos de esta obra. Como puede apreciarse revisando las notas, el texto mantiene algunas lagunas, que, salvo excepciones, no son impedimento para una buena comprensión del texto. Thiele marca en numerosas ocasiones los lugares dudosos, pero, para no resultar excesivamente reiterativos, nos ha parecido conveniente anotar en nuestra edición sólo aquellos lugares donde la posibilidad de que haya una laguna es muy alta. En las contadas ocasiones en que hemos preferido una lectura distinta a la de Thiele también lo hemos indicado con una nota.

Nuestra traducción ha procurado mantener el desigual estilo de estas colecciones, en las que predominan las fábulas de escaso valor literario. Razón ésta que quizá haya motivado el que desde Thiele no se haya vuelto a realizar una edición crítica o el que carezcamos de otras traducciones al castellano o a alguna a otra lengua moderna.

Como en Fedro y en Aviano, la primera nota de cada fábula cita versiones del mismo apólogo en otros fabulistas y autores de relevancia, pero, cuando existe versión de la fábula en Fedro o en Aviano, nos hemos limitado a indicar la cita de uno de estos dos autores, donde el lector podrá encontrar las referencias completas. Por lo demás, y aparte de indicar los problemas de establecimiento del texto, en las notas hemos señalado las reminiscencias de Fedro y de al-

gún otro autor, como Virgilio, hemos subrayado las novedades ideológicas y, naturalmente, hemos intentado aclarar conceptos poco conocidos para el lector moderno.

En general, hemos mantenido los títulos de las fábulas que da Thiele en su edición, salvo cuando la tradición haya consolidado, al menos en nuestro entorno, un título distinto; por ejemplo, Thiele titula la fábula 27 «Júpiter y las ranas», pero nosotros hemos preferido «Las ranas pidiendo rey».

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES

G. Thiele, *Der lateinische Aesop des Romulus,* Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1910.

L. Hervieux, *Les fabulistes latins depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du moyen âge,* París, 1893-1899, 5 vols. (reimprs. Nueva York, G. Olms, 1964). Vols. I y II *Phèdre et ses anciens imitateurs directs et indirects.*

C. Zander, *Phaedrus solutus uel Phaedri fabulae nouae XXX,* Lund, Gleerup, 1921.

E. Mandruzzato, *Fedro. Favole,* Milán, Rizzoli, 1979 (traducción italiana).

L. Mader, *Antike Fabeln. Hesiod, Archilochos, Äsop, Ennius, Horaz, Phädrus, Babrios, Avianus, Romulus, Ignatius Diaconus,* Múnich , DTV, 1982.

F. Bertini, *Il monaco Ademaro e la sua raccolta di favole fedriane,* Génova, 1975.

ESTUDIOS

Sobre Rómulo, Ademar y la fábula en general

P. Bádenas, M. López et alii, *Fabulae. Las fábulas latinas de Esopo,* Ars Magna-Biblioteca Universitaria di Bologna, Barcelona, 2001.

F. BERTINI, «Un perduto manoscritto di Fedro fonte delle favole medievali di Ademaro. Note a Phaedr. I 3, 9 ; I 1, 8 ; I 22, 8», *Helikon* 15-16 (1975-1976), 390-400.

S. BOLDRINI, «Fedro in Ademaro», *Maia* 43 (1991), 47-49.

—, «Il codice fedriano modello di Ademaro», *Studi M. Vitaletti*, Sassoferratto, 1990, 11-19.

P. CARNES, *Fable Scholarship. An Annotated Bibliography,* Nueva York, Garland, 1985.

G. CATANZARO, F. SANTUCCI (eds.), *La favolistica latina in distici elegiaci.* Atti del convegno internazionale, Asís, Accademia Properziana del Subasio, 1991.

P. GATTI, «Le favole del monaco Ademaro e la tradizione manoscritta del Corpus fedriano», *Sandalion* 2 (1979), 247-256.

TH. A. P. KLEIN, «Der 'Nouus Esopus' des Alexander Neckam in der Tradition der spätantiken Phaedrus-Paraphrase Romulus». *Maia* 52 (I) (2000), 127-151.

M. NOJGAARD, *Le fable antique* I-II, Copenhague, Buskc, 1967.

—, «La moralisation de la fable, d'Ésope à Romulus», *La fable,* Vandeoeuvres-Ginebra, Fondation Hardt, 1984, págs. 225-251.

A. PÉREZ JIMÉNEZ, G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *«Así dijo la zorra». La Tradición Fabulística en los pueblos del Mediterráneo,* Madrid-Málaga, Ediciones Clásicas-Charta Antiqua, 2002.

O. REVERDIN-B. GRANGE (eds.), *La fable,* Vandeoeuvres-Ginebra, Fondation Hardt, 1984.

F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Historia de la fábula greco-latina,* Madrid, Editorial de la UCM, 1979-1987, 3 vols. (especialmente, vol. 2, págs. 470-510).

E. SÁNCHEZ SALOR, *Fábulas latinas medievales,* Madrid, Akal, 1992.

Sobre fábulas y pasajes concretos

F. R. ADRADOS, «La fábula de la golondrina de Grecia a la India y la Edad Media», *Emerita* 48 (1980), 185-208.

—, «Más sobre la fábula de la golondrina», *Emerita* 50 (1982), 75-80.

—, «*Las ranas pidiendo rey*. Origen y evolución de una fábula política», *Emerita* 52 (1984), 25-32.

—, «Sobre el origen de la fábula del águila y el escarabajo (H. 3)» *Cuadernos de Filología Clásica* 21(1988), 261-266.

—, «Versiones medievales del tema de la serpiente desagradecida», *ExcPhil* 1 (1996), 739-746.

G. J. M. BARTELINK, «Vulpes et corvus. De lotgevallen van een fabel uit de oudheid», *Kleio* 15 (1985), 18-36.

F. BERTINI, «Fortuna medievale e umanistica della favola dell'asino e del cinghiale», en AA. VV., *Letterature comparate. Problemi e metodo. Studi in onore di E. Parattore,* III, Bologna, 1981, págs. 1063-1073.

A. BISANTI, «Fortuna di un epimythion fedriano nella favolistica mediolatina», *Pan* 8 (1987), 105-119.

A. E. CURDY, «The Versions of the Fable of the Peacock and Juno», *Studies in Honor of A. Marshall Elliot,* I, Baltimore, 1911, págs. 329-346.

S. CURLETTO, «Il lupo e la gru da Esopo a La Fontaine». *Favolisti latini medioevali,* I, Génova, 1984, págs.11-24.

A. M. FINOLI, «La volpe e il corvo nei rifacimenti medievali di Fedro, in Maria de Francia e nel 'Roman de Renart' de Pierre de Saint-Cloud», *Acme* 23 (1970), 317-328.

P. GATI, «Note al testo di alcune favole della raccolta di Ademaro», *Sandalion* 10-11 (1987-1988), 165-170.

M. NOJGAARD, «Le cerf, le cheval et l'homme. Étude sur la transmission des fables antiques», *Classica & medioevalia* 24 (1963), 1-19.

D. PEIL, *Der Streit der Glieder mit dem Magen. Studien zur Überlieferungs und Deutungsgeschichte der Fabel des Menenius Agrippa von der Antike bis ins 20. Jahrhundert.* Frankfurt-Berna-Nueva York, Mikrokosmos. Beiträge zur Literaturwissenschaft und Bedeutungsforschung 16, 1985.

FÁBULAS DE LA RECENSIÓN GALICANA

CARTA DE RÓMULO[1]

Rómulo a su hijo Tiberino. Esopo, de la ciudad de Atenas[2], un hombre griego e ingenioso, enseña a sus sirvientes qué principios deben respetar los hombres[3]. Pero para mos-

---

[1] Esta carta prólogo y la siguiente contienen numerosas reminiscencias de los prólogos de Fedro, que G. Thiele ha señalado en su edición. Nosotros hemos puesto en nota sólo las más claras.

[2] *Romulus Tiberino filio de civitate Attica Aesopus quidam, homo Graecus*... Esta primera frase de la carta aparece puntuada de diferentes formas en los manuscritos: en algunos la puntuación fuerte se pone detrás de *Attica* y en otros detrás de *filio*. L. Hervieux (*Les fabulistes*..., págs. 299-302) discute los distintos sentidos que puede tener la frase y considera como más probable que la expresión *de civitate Attica* no es indicativa de la nacionalidad de Esopo, ni de Rómulo ni de Tiberino, sino que únicamente indica que Rómulo se encontraba en Atenas cuando remitió las fábulas a su hijo Tiberino. Aunque probablemente Hervieux esté acertado en su apreciación, nosotros hemos preferido traducir de acuerdo con la edición de Thiele con el sentido que generalmente suele darse a estas palabras, si bien colocando la coma detrás de *Aesopus* y no detrás de *quidam*, como aparece en su edición.

[3] «Enseña a sus sirvientes» parece que tiene que ver con Fedro, III 33 y ss: «Ahora, explicaré brevemente por qué se ha inventado el género fa-

trar la vida de los hombres y sus costumbres, introduce aves, árboles, animales salvajes y domésticos que dicen lo que una fábula cualquiera intenta probar[4]. Para que los hombres supieran por qué se había inventado el género fabulístico, narró con claridad y brevemente. Propuso la verdad a los malos, compuso cosas íntegras para los buenos, escribió críticas contra los malvados y argumentos contra los pérfidos, enseñando que los humildes son débiles, que es preferible precaverse de las palabras aduladoras y otras muchas cuestiones y miserias en estos ejemplos ofrecidos por escrito. Yo, Rómulo, traduje esto del griego al latín. Ciertamente, si lo lees, hijo Tiberino, y lo observas con plena atención, encontrarás bromas propuestas para multiplicar tus risas y aguzar considerablemente tu ingenio[5].

CARTA DE ESOPO

Esopo a su maestro Rufo. Te entregaré mis ideas[6], queridísimo Rufo. Las tendrás escritas en los pergaminos con la lealtad que mereces de mí. Recibe el regalo como un precioso labio adornado con piedras de diverso colorido[7]. Ojalá

bulístico. Un esclavo subyugado, como no se atrevía a decir lo que quería, trasladó a los apólogos sus propios sentimientos…»

[4] Cf. FEDRO, III, pról. 50: *verum ipsam vitam et mores hominum ostendere* y I, pról. 6: *quod arbores loquantur, non tantum ferae.*

[5] Cf. FEDRO, I, pról. 3: *duplex libelli dos est, quod risum movet* y II, pról. 4: *acuatque sese diligens industria.*

[6] *Memoriam tibi tradam meam.* Literalmente: «Te entregaré mi memoria». La expresión *memoria tradere* es muy utilizada en latín clásico con el sentido de «llevar al recuerdo, transmitir»; aquí el posesivo *meam* le da un sentido diferente.

[7] *Ut pretiosum labium saxis diversi coloris ornatum.* La comparación resulta bastante desafortunada literariamente. Parece una variante torpe de

tengas[8] una vida alegre, esperando en tu edad madura los años de la vejez, ojalá bondadoso vivas en compañía de los amigos, ojalá compartas con tu mujer una ociosidad llena de lujos[9], ojalá instruyas en la disciplina a tus sirvientes, ojalá seas complaciente con los deseos de los tuyos y leas atento las fábulas. Y para que el lector no considere, por ventura, que he caído en la imprudencia, comprobarás que en tus siervos hay facultades para la narración. Ciertamente, las fábulas de antaño no son sólo antiguas sino también escasas, pero, para que la colección fuese más grande, he añadido también algunas nuevas, inventadas por mí, escritas con claridad y brevemente. Propuse la verdad a los malos, compuse cosas íntegras para los buenos. Mostré los caminos de los malvados, aprobé los de los buenos[10]. Que cada cual siga lo que quiera; por todas estas normas este trabajo mío no es pequeño para el hombre docto e inteligente[11]. Para que cada uno conociera por qué se ha inventado el género de las fábulas, instruí a los que quisieran leerme, mostrando las costumbres y la vida misma de los hombres[12].

la metáfora que compara las palabras sabias o elegantes con las perlas. En todo caso, parte de un error de interpretación por parte del copista, como podemos apreciar observando la variante del *Codex Wissemburguensis*: *Ut pretiosa libia saxa diversis coloribus* («como preciosas piedras de Libia de diversos colores»).

[8] Posible laguna en el texto.

[9] Cf. FEDRO, III, pról. 12: *reddas amicis tempora, uxori vaces.*

[10] Nótese que estas frases se encuentran también en la epístola a Tiberino: *apposui vera malis, composui integra bonis…*

[11] Cf. FEDRO, II, epíl., 15: *sin autem ab illis doctus occurrit labor.*

[12] Cf. FEDRO, III, pról., 50: *verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.*

I 1 (1)

EL GALLITO Y LA PERLA[13]

El propio Esopo contó en primer lugar una fábula sobre él[14].

Un gallito, mientras buscaba alimento, encontró en un estercolero una perla en lugar inapropiado. Cuando la vio, habló así: «a pesar de ser un objeto valioso, yaces en el estiércol. Si un ambicioso te hubiese encontrado, ¡con qué alegría te hubiese cogido para que recuperaras el antiguo esplendor de tu hermosura! Yo te he encontrado tirada en este lugar, pero para mí busco comida. Ni yo te soy de provecho a ti ni tú a mí».

Esto lo cuenta Esopo para aquellos que le leen y no le comprenden.

I 2 (3)

EL LOBO Y EL CORDERO[15]

Esopo contó esta fábula acerca del inocente y el malvado.

[13] Cf. Fedro, III 12. Como indicamos en la Introducción, cf. pág. 311, la primera nota de cada fábula cita las versiones del apólogo en otras colecciones, pero cuando existe versión en Fedro o Aviano damos sólo la referencia de uno de estos autores, donde el lector podrá encontrar las citas de otras versiones. Sobre los títulos de las fábulas, cf., también, *Introducción*, pág. 312.

[14] No es Esopo sino Fedro, quien cierra su versión de esta fábula con la siguiente moraleja: «Esto se lo cuento a los que no me entienden». Es un buen testimonio de que el nombre de Fedro se borró pronto en la tradición fabulística latina.

[15] Cf. Fedro, I 1.

Un lobo y un cordero sedientos llegaron desde lugares diversos a un arroyo. El lobo bebía arriba y bastante más abajo el cordero. Tan pronto como el lobo vio al cordero, habló así: «Me has enturbiado el agua mientras bebía». El cordero con calma dijo: «¿Cómo te he enturbiado un agua que corre desde el lugar donde estás hasta mí?». El lobo no enrojeció ante la verdad y añadió: «Me hablaste mal». El cordero dijo: «No te hablé mal». El lobo replicó: «Así pues, tu padre estuvo aquí hace seis meses y me hizo esto a mí». El cordero respondió: «¿Acaso yo había nacido, entonces?». El lobo habló de este modo con su perversa garganta: «¿Y todavía hablas, bandido?». Y al instante se arrojó contra él y arrebató la vida al inocente.

Esta fábula se cuenta contra aquellos que calumnian a los hombres[16].

I 3 (4)

EL RATÓN Y LA RANA[17]

Quien maquina contra la vida de otro, no escapa al castigo. Sobre esto escuchad la siguiente fábula.

[16] La moraleja suaviza el contenido de la versión fedriana, que denuncia la injusticia social: «Esta fábula se ha escrito a causa de aquellos hombres que con fingidos pretextos oprimen a los inocentes». Sin embargo, la versión de Ademar (III) conserva mejor esta idea: *qui fictis causis inocentes opprimunt.*

[17] Cf. Esopo, 302 Hausrath; *Vida de Esopo* 133; Ps. Dosíteo, 12; V. de Beauvais, 2; Walter el Inglés, 3; María de Francia, 3; La Fontaine, IV 11. El origen del apólogo puede encontrarse en la *Batracomiomachia* (1-99); cf., también, Dante, *Inf.* XXIII 4-9. Sobre este fábula, *vid.* E. Mandruzzato, *L'apologo della rana e del topo, Studi danteschi,* XXXIII, fasc. II. Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

Un ratón, que quería cruzar un río, pidió auxilio a una rana. Ésta buscó un hilo resistente, ató al ratón a su pata y empezó a nadar. Sin embargo, la rana se sumergió en medio del río para quitar la vida al infeliz ratón. Mientras éste intentaba mantenerse a flote con todas sus fuerzas, un milano llegó volando por el otro lado, cogió al ratón con sus uñas y junto con él se llevó a la rana colgando.

Así ocurre también a aquellos que maquinan contra la vida de otro.

I 4 (5)

LA OVEJA CALUMNIADA [18]

La siguiente fábula se cuenta a propósito de los hombres que calumnian, porque los calumniadores siempre maquinan mentiras contra los buenos y llevan consigo a quienes les apoyan, pues también compran falsos testigos. Por eso se propone esta fábula sobre ellos.

Un perro calumniador dijo que una oveja le debía un pan que le había dado prestado. La oveja, por su parte, sostenía que ella nunca había recibido un pan de aquél. Pero cuando llegaron ante los jueces, el perro dijo que él tenía testigos. Introducido el lobo ante el tribunal, dijo: «Yo sé que el pan fue entregado a la oveja». Igualmente el milano afirmó: «Lo recibió delante de mí». El gavilán dijo cuando se presentó: «¿Por qué niegas que lo recibiste?». Vencida la oveja por los tres falsos testigos, se sentenció que debía pagar rápidamente. Obligada por las circunstancias, dicen que vendió su lana a destiempo para pagar lo que no había recibido.

[18] Cf. FEDRO, I 17.

Los calumniadores provocan así la desgracia a los inocentes e infelices.

I 5 (6)

EL PERRO AMBICIOSO [19]

Todo ambicioso que desea coger lo ajeno pierde lo propio. De semejantes personajes habla de este modo la fábula de Esopo.

Un perro que cruzaba un río tenía en la boca un trozo de carne. Como viese su reflejo en el agua, abrió su boca para intentar cogerlo. Enseguida el río se llevó la carne que antes tenía y no pudo alcanzar la que creía bajo el agua [20].

Así, todo aquél que busca lo ajeno, cuando pretende más, pierde lo suyo.

I 6 (8)

EL REPARTO DEL LEÓN [21]

En un proverbio se dice que nunca es leal el reparto del poderoso con el pobre. Veamos a tal propósito qué narra esta fábula a todos los hombres.

Una vaca, una cabra y una oveja se hicieron al mismo tiempo compañeras del león. Como fuesen a cazar al bosque y capturasen un ciervo, hechas las partes, el león habló así: «Yo, como león, me llevo la primera; la segunda parte es

[19] Cf. FEDRO, I 4.

[20] G. THIELE introduce a partir de S ⟨*at illam quam ferebat, similiter perdidit*⟩, pero a nuestro juicio resulta redundante y, por tanto, innecesario.

[21] FEDRO, I 5.

mía porque soy más fuerte que vosotros; la tercera también la reclamo para mí, porque he corrido más que vosotros; pero quien toque la cuarta, me tendrá como enemigo». Así, él solo, con su maldad, se llevó todo aquél botín.

Esta fábula aconseja a todos no aliarse con los poderosos.

I 7 (10)

LAS BODAS DEL SOL [22]

La naturaleza no cambia a nadie, sino que el peor nace del malo; la siguiente fábula es testimonio de ello.

Los vecinos de un ladrón asistían a sus bodas. Como el sabio[23] estuviera presente, cuando vio congratularse a los vecinos, empezó a hablar: «Reparad», dijo, «en vuestros gozos. El Sol quiso tomar esposa, el pueblo entero lo prohibió y con gran clamor no cesaron en sus protestas a Júpiter. Éste, conmovido, les preguntó por las razones de la ofensa. Entonces, uno de ellos dijo a Júpiter: 'Ahora el Sol es uno solo y con su calor perturba todo, de modo que toda la naturaleza se resiente al mismo tiempo. ¿Qué será de nosotros en el futuro, cuando el Sol tenga hijos?'».

Este relato advierte que no hay que congratularse con los hombres malos.

[22] Cf. FEDRO, I 6.

[23] Forma habitual de referirse a Esopo en la obra de Fedro.

I 8 (11)

EL LOBO Y LA GRULLA [24]

Todo aquél que quiere hacer bien al malvado se equivoca gravemente. Sobre ello yo escuché una fábula como ésta.

Estaba un lobo devorando huesos, cuando uno de ellos quedó profundamente atravesado en su garganta. El lobo animó con una gran recompensa a quien le librase de tal desgracia. La grulla fue requerida a causa de su largo cuello para que procurase curación al lobo, es decir, para que metiese su cabeza y remediase el mal de su garganta. Tras haber curado al lobo, la grulla rogó a quienes la llamaron que le dieran los premios prometidos, y se cuenta que el lobo dijo: «Es ingrata esa grulla, que sacó la cabeza incólume, sin haber sido herida por mi diente, y encima reclama para sí un premio. ¡Qué injusticia para mis virtudes!».

Este ejemplo advierte a aquellos que pretenden hacer bien a los malos.

I 9 (12)

LA PERRA EN LA POCILGA [25]

Las palabras suaves del hombre malvado provocan graves injusticias; para que todos las evitemos nos advierten los siguientes versos.

Una perra de parto rogaba a una cerda que la dejara parir en su pocilga. Ésta, accediendo a sus ruegos, le permitió el

[24] Cf. FEDRO, I 8.

[25] Cf. FEDRO, I 19.

acceso. Después de parir, volvió a rogarle que le concediera poder marcharse con sus cachorros ya robustos. La cerda accedió también a estos ruegos. Poco tiempo después, empezó a reclamar su pocilga y a obligarla por la fuerza a marcharse. Entonces, la perra dijo enfurecida: «¿Por qué me perturbas? ¿Por qué me asaltas con esa insolencia? Ahora bien, si eres más fuerte que nosotros te devolveré el lugar».

De este modo, algunas veces los buenos pierden lo suyo, por confiar en las palabras suaves de otros.

I 10 (13)

EL HOMBRE Y LA SERPIENTE[26]

Quien presta auxilio al malo sepa que se equivoca gravemente y sepa también que, aunque le favorezca, será perjudicado por él. A propósito de esto oigamos esta fábula.

En medio del rigor del frío y del hielo un individuo, movido por la piedad, recogió una serpiente, la mantuvo bajo su regazo y la protegió durante todo el invierno. Cuando se recuperó, empezó a ser nociva y a ensuciar muchas cosas[27] con el veneno, y por no salir por su graciosa voluntad, prefirió ser expulsada por su injusto comportamiento.

[26] Cf. FEDRO, IV 20. Cf., también, F. R. ADRADOS, «Versiones medievales del tema de la serpiente desagradecida», *Excerpta philologica* 1 (1996), 739-746.

[27] Posible laguna en el texto. Tal y como indicamos en la Introducción (cf. pág. 311), THIELE señala en numerosos pasajes la posibilidad de una laguna, pero en esta traducción se indican únicamente los lugares en que tal probabilidad es muy alta y puede afectar a la comprensión del texto.

Conozcan esta fábula muchos que voluntariamente protegen a algunos ingratos, que, cuando quieren marcharse, hacen daño.

I 11 (14)

EL ASNO Y EL JABALÍ[28]

El sabio[29] nos transmitió la siguiente fábula a propósito de los que hacen bromas a destiempo.

En verdad, hay bastantes hombres que, haciendo bromas para sí, ofenden a otro, pero forjan su desgracia. Así, cuando el asno se encontró con el jabalí, dijo: «Hola, hermano». El jabalí, indignado, se calló disimulando y moviendo la cabeza. «Apártate de mí», dijo, «no vaya a manchar mis dientes con la sangre de un inútil». Pues convenía también dejar humillado al injurioso.

Esta fábula advierte que se debe ser considerado con los ignorantes[30], pero hay que rechazar a los estúpidos que se atreven a insultar a los mejores.

[28] Cf. FEDRO, I 29. Cf., también, F. BERTINI, «Fortuna medievale e umanistica della favola dell'asino e del cinghiale», en AA. VV., *Letterature comparate. Problemi e metodo. Studi in onore di E. Parattore,* III, Bologna, 1981, págs. 1063-1073.

[29] Cf. *supra*, n. 23.

[30] Esta diferenciación entre *insipientes* y *stulti* es completamente ajena a Fedro y a la fabulística clásica. Puede verse aquí, como en otros pasajes, el influjo del cristianismo con su característica moral más comprensiva con los débiles.

I 12 (15)

EL RATÓN DE CAMPO Y EL RATÓN DE CIUDAD[31]

El autor demuestra por medio de esta breve fábula que es mejor vivir seguro en la pobreza que padecer la inquietud del rico.

Un ratón urbano iba de camino y por ello fue recibido en hospedaje. Le invitó un ratón de campo que en una chocilla cualquiera le ofreció una bellota[32] y un poco de cebada. Luego el ratón de ciudad, al regresar, invitó al ratón de campo a venir con él para almorzar. Así se hizo y regresaron juntos. Entran los dos en una casa distinguida en la que había una despensa llena de todo tipo de manjares para ellos. El ratón de ciudad, mostrándole a su compañero todo aquello, habló así: «Disfruta conmigo, amigo, lo que diariamente nos sobra». Y, mientras gozaban de muchos alimentos, llegó corriendo el despensero y empujó la puerta de la despensa. Los ratones, aterrados por el ruido, buscaron la huida por diversos lugares. El ratón de ciudad se escondió rápidamente en los agujeros ya conocidos por él. Sin embargo, el infeliz campestre, que desconoce el lugar, huye por las paredes, pensando que está próximo a la muerte. Pero cuando el despensero se marchó tras cerrar la puerta de la despensa, el ratón urbano dijo al campestre: «¿Por qué lo

[31] Cf. BABRIO, 108; PS. DOSÍTEO, 16; LA FONTAINE, I 9; SAMANIEGO, I 8. También HORACIO, *Sát.*, II 6, 80-117 y MARCO AURELIO, XI 22. Sobre esta fábula, cf. A. CASCÓN, «El ratón de campo y el de ciudad: historia de una fábula» (en prensa). Considerada por Zander una de las fábulas perdidas de Fedro.

[32] Alimento mítico de la edad de oro y símbolo de frugalidad para los filósofos que rechazan el lujo.

pasaste tan mal al escapar? Disfrutemos, amigo, de estos manjares; nada temas, no te preocupes». El campestre respondió: «Disfruta tú de todas estas cosas, ya que no tienes miedo, ni te asustas, ni te aterra la inquietud diaria. Yo disfrutaré de la vida del campo, donde, contento con cualquier cosa, ningún temor ni sobresalto me aterra. Tú vives angustiado y no tienes hartura, pero serás capturado por un cepo extendido o devorado por un gato».

Esta fábula censura a aquéllos que se unen a los mejores para disfrutar de bienes que la fortuna no les dio. Amen los hombres la vida frugal y estarán seguros en su choza.

I 13 (16)

EL ÁGUILA Y LA ZORRA[33]

Los poderosos deben temer a los humildes, como atestigua esta fábula.

Un águila capturó a los cachorros de una zorra y los llevó a su nido para alimentar a sus polluelos. La zorra, persiguiendo al águila, le pedía que le devolviera sus cachorros. El águila despreció a la zorra como si fuera inferior. La zorra, llena de dolor, robó el fuego de un altar, esto es, una tea ardiendo[34], y, amontonando rastrojos, rodeó el árbol. Cuando salió humo y las llamas empezaron a crepitar, el águila, conmovida por el dolor de sus hijos, con súplicas devolvió intactos los cachorros a la madre para que no perecieran en medio de las llamas.

[33] Cf. FEDRO, I 28.

[34] Esta aclaración (*id est faculam ardentem*) sólo tiene sentido si los posibles lectores de la fábula eran niños o adultos muy poco familiarizados con el mundo clásico.

Esta fábula aconseja a muchos, para que nadie insulte a un inferior y sea quemado por alguna llama.

I 14 (17)

EL ÁGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA[35]

Quien está protegido y seguro puede ser destruido por un mal consejero. Sobre este tema el autor habló así:

Un águila capturó una tortuga y voló a lo alto del cielo. La tortuga se replegó dentro de sí para que no pudiera ser tocada por ninguna parte. Una corneja voló a su encuentro, alabando al águila con sus palabras: «Has capturado», dijo, «una presa magnífica. Pero yo voy a descubrir su artimaña, pues llevas la carga inútilmente y nada conseguirás con tus fuerzas». El águila le prometió una parte. Entonces la corneja le aconsejó de este modo: «Has de volar hasta las estrellas ***[36], donde haya parajes rocosos debajo, entonces desde el alto vuelo dejarás caer la presa, para que, roto el caparazón, podamos servirnos del alimento». Se dice que el águila lo hizo así y aquella, a la que la naturaleza había protegido, murió por un malvado consejo.

I 15 (19)

LA ZORRA Y EL CUERVO[37]

Los que se alegran de ser alabados con palabras falaces, se arrepienten de su error. Sobre ellos se ha escrito esta fábula:

[35] Cf. Fedro, II 6.
[36] Hay una laguna en el texto.
[37] Cf. Fedro, I 13.

Un cuervo, tras coger un trozo de queso de una ventana, se posó en lo alto de un árbol. Cuando una zorra lo vio, habló así con el cuervo: «Oh cuervo, ¿quién es semejante a ti?, ¡qué grande es el brillo de tus plumas! Qué encanto tendrías, si tuvieras una voz clara; ningún ave te aventajaría». Entonces el cuervo, al intentar complacer a la zorra y mostrarle su voz, gritó con fuerza levantando su pico hacia arriba y, al abrir la boca, olvidándose del queso, lo dejó caer. La astuta zorra lo cogió rápidamente con sus ávidos dientes. Entonces el cuervo gimió y se arrepintió, decepcionado por su estupidez.

¿Pero de qué sirve arrepentirse tras haber realizado un daño irreparable?

I 16 (20)

EL LEÓN ENFERMO[38]

Quien pierde su dignidad debe abandonar su antigua audacia para no sufrir injurias de cualquiera, como muestra esta fábula.

Cuando un león, avanzado en años y sin fuerzas, yacía agotado prolongando su último aliento, un jabalí encolerizado llegó hasta él y, echando espuma por sus fulmíneos colmillos, se vengó del viejo herido. Un toro atravesó con sus cuernos el cuerpo enemigo del león. Cuando el asno vio así a la fiera, le abrió la frente de una coz; y el león, suspirando con un gemido, dicen que habló así: «Mientras conservaba mis fuerzas, tuve honor y respeto, de manera que todos huían al verme y mi fama aterraba a muchos. Aunque[39]

[38] Cf. Fedro, I 21.
[39] Posible laguna en el texto.

mostrándome benévolo no les hice daño y acudí en su ayuda, ellos se portaron mal conmigo y, como ya no tengo fuerzas, nada queda de mi antigua consideración[40]».

Enseña esta fábula que muchos en la cima de su dignidad[41] se muestran apacibles.

I 17 (21)

EL ASNO ZALAMERO[42]

¿Por qué se mezcla con los mejores el que no es digno de hacer la función de aquéllos? Sobre este tema el autor nos ha trasmitido una fábula.

Un asno veía diariamente que un perrito acariciaba a su amo y se saciaba de su mesa y que muchas cosas le eran ofrecidas por la servidumbre; entonces dicen que habló así: «Si mi amo quiere de tal modo a un animal tan inmundo e igualmente toda la servidumbre, ¿cuánto me querría a mí, si le hiciera alguna caricia? Ciertamente soy mucho mejor que un perro, pues soy útil para muchas cosas. Me sustento de agua de las sagradas fuentes y se me da un alimento puro[43]; puedo disfrutar de una vida mejor y tener el máximo ho-

---

[40] En la versión de Fedro se pone el énfasis en el hecho de que un animal necio como el asno se atreva también a golpear al león; al león no le importa tanto que le zahieran otros animales como que lo haga el torpe asno.

[41] Si en lugar de leer *in dignitate*, como hace THIELE, leyésemos *indignitate,* la moraleja resultaría, tal vez, más acorde con el sentido de la fábula: «Muchos se amansan cuando se ven en una situación indigna».

[42] Cf. ESOPO, 91; BABRIO, 129; WALTER EL INGLÉS, 17; MARÍA DE FRANCIA, 15; LA FONTAINE, IV 5. Según Zander una de las fábulas perdidas de Fedro.

[43] Se refiere al pasto, que surge directamente de la naturaleza sin ser manipulado por el hombre.

nor». Meditando el asno estas cosas, vio entrar a su amo. Corrió con celeridad, saltó gritando y se abalanzó sobre él; elevándose colocó las patas delanteras en los dos hombros de su amo y lamiéndole con la lengua llenó su vestido de manchas y le cansó con su peso. A los gritos del dueño acude toda la servidumbre; cogen palos y piedras y se arrojan sobre el asno hasta reducirle; tras quebrarle patas y costillas lo devuelven al establo, agotado y medio muerto.

Esta fábula nos advierte para que nadie que no sea digno se meta a hacer el papel de otro mejor.

I 18 (22)

EL LEÓN Y EL RATÓN[44]

Si el inocente comete una falta y suplica, conviene otorgarle el perdón, no sea que la casualidad le dé ocasión de vengarse. Por eso oigamos la fábula que hemos incluido sobre este asunto.

Mientras un león dormía en el bosque y unos ratones jugaban, uno de ellos saltó inadvertidamente por encima del león. El león espabilado capturó al infeliz ratón con su rápida garra. Éste pedía que le fuera otorgado el perdón, porque no lo había hecho a propósito; explicó el motivo de su falta y entre súplicas confesó que muchos eran los que jugaban y que entre ellos sólo él se había equivocado. Pero el león pensaba en el ratón, en tal caso ***[45] qué venganza habría que aplicar, si mataba al infeliz ratón sería un crimen y no

---

[44] Cf. ESOPO, 150; BABRIO, 107; V. DE BEAUVAIS, 9; WALTER EL INGLÉS, 18; MARÍA DE FRANCIA, 16; LA FONTAINE, II 11; SAMANIEGO, IV 12. Para Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[45] El editor señala una laguna en el texto.

tendría ninguna gloria. Entonces le perdonó y le dejó marchar. Después de unos pocos días, el león cayó en una trampa. Cuando se dio cuenta de que estaba cautivo, empezó a rugir cuanto podía y entre grandes dolores se quedó inconsciente. El ratón, cuando lo reconoció ***[46] corrió hacia él, preguntándose qué le habría ocurrido al león, qué desgracia podía haberle acontecido. Cuando advirtió que había sido capturado, dijo: «Ya no tienes nada que temer, te devolveré el favor, pues yo no me olvido de tu servicio». Después de hablar así, empezó a examinar las ataduras de aquél, comprendió qué lugares debían ser roídos y emprendió el trabajo con su boca; empezó a cortar las cuerdas con sus dientes y a soltar los ingenios de aquel artificio[47]. Así, el ratón devolvió libre a la selva al león cautivo.

Esta fábula aconseja que nadie perjudique a los pequeños.

I 19 (23)

EL MILANO ENFERMO[48]

Quien blasfema continuamente, ¿por qué suplica en las situaciones críticas? Veamos la fábula que ha dejado nuestro autor sobre este asunto.

Como un milano enfermo yaciera ya muchos meses y no viera que hubiese para él esperanza de vida, suplicaba a su madre con lágrimas para que fuera a los lugares sagrados e hiciese grandes promesas por su salvación. «Haré lo que

[46] Nueva laguna en el texto.

[47] *Sc.* «Desatar los nudos de la red»

[48] ESOPO, 288 HAUSRATH; BABRIO, 78; WALTER EL INGLÉS, 19; MARÍA DE FRANCIA, 86; SAMANIEGO, III 5. Considerada por Zander una de las fábulas perdidas de Fedro.

quieres hijo mío», dijo, «pero temo que no lo voy a conseguir, pues tengo miedo, hijo, y mi temor es serio. Si perturbaste todos los templos y manchaste todos los altares y no respetaste los sacrificios, ¿por qué ahora quieres que yo rece?».

Oigan esto quienes tras cometer un delito se atreven en sus desgracias a acercarse manchados a los lugares sagrados. Deben, sin embargo, poner manos a la obra y esforzarse para que sus malas acciones se borren[49].

I 20 (24)

LA GOLONDRINA Y LAS AVES[50]

Quien no escucha un buen consejo encuentra la desgracia, como demuestra esta fábula.

Unas aves que estaban reunidas vieron un hombre sembrando lino y no dieron importancia al hecho; la golondrina, sin embargo, entendió el problema y, tras convocar a las aves, les dijo a todas que era una desgracia. Sin embargo, todas se rieron sin hacerle caso. Después, cuando la semilla fructificó, la golondrina les dijo de nuevo: «Esto es una desgracia, venid, arranquémoslo, pues, cuando el lino crezca, se harán redes con él para las trampas de los hombres con las que podamos ser capturadas». Todas se rieron de las palabras de la golondrina y, desdeñándola, despreciaron su consejo. Cuando la golondrina vio esto, se unió a los hombres

[49] Este epimitio parece corregir la intención de la fábula, introduciendo la idea cristiana del perdón, que siempre ofrece una ocasión para rectificar; un mensaje ajeno a las ideas de la fabulística clásica.

[50] Cf. *Esopo*, 39; *Pap. Rylands*, 4; BABRIO, 12; WALTER EL INGLÉS, 20, MARÍA DE FRANCIA, 17. Según ZANDER, una de las fábulas perdidas de FEDRO.

para estar segura bajo sus techos[51], y las aves, por haber despreciado sus advertencias sin querer escuchar sus consejos, siempre caen en las redes.

PRÓLOGO AL LIBRO II (26ª)

Todo el género de las fábulas es un testimonio contra los hombres. En efecto, ¿quién es malo sino el hombre y quién es bueno sino el hombre? Para nosotros es bastante comprender la vida y las costumbres de los hombres. Sin embargo, yo me he atrevido a escribir con brevedad tales fábulas. Contaré los hechos de los buenos y de los que hacen daño ***[52].

II 1 (27)

LAS RANAS PIDIENDO REY[53]

Los atenienses estaban demasiado bien, eran libres, no temían a nadie y se gobernaban a sí mismos mutuamente con buena voluntad; entonces concibieron el estúpido proyecto de reclamar para sí a uno más fuerte que rechazara y castigara las costumbres de los malvados[54]. A partir de entonces muchos pasaban miedo, unos sufrían la rapiña, otros, en cambio, eran castigados y se lamentaban de que les hicieran estas cosas como para corregirlos, porque eran perjudi-

[51] Fábula etiológica, que intenta explicar el carácter doméstico de la golondrina.

[52] Pasaje con lagunas.

[53] Cf. FEDRO, I 2.

[54] Recordemos que en la versión de Fedro se alude a la tiranía de Pisístrato.

cados con demasiada desdicha y porque abrumados con esta ley, temían un grave peligro, no porque el poderoso fuese cruel, sino porque era una pesada carga para ellos acostumbrarse a cumplir la ley o a someterse a una voluntad ajena; y arrepentidos lloraban. Entonces, Esopo les contó la siguiente fábula:

«Las ranas», dijo, «que vivían libres en las charcas y pantanos, tras llamar a Júpiter con gran clamor, le pidieron un jefe que las guiara en su errabundo caminar. Júpiter se rió ante tal pretensión, pero gritaron de nuevo. Como no viesen ninguna señal, empezaron a pedir con más fuerza. El piadoso Júpiter metió en el estanque de las inocentes un gran leño, del que huyeron todas espantadas. Pero luego, una sacó la cabeza de la charca, queriendo conocer al rey de la manada; cuando vio el leño, llamó a todas a conocerlo. Algunas, llenas de miedo, nadan para saludar al gran jefe. Otras se acercan temerosas al mismo tiempo. Como no había ningún espíritu en el leño, se suben encima de él, comprenden que no es nada y la emprenden a patadas. De nuevo empezaron a reclamar a Júpiter y el dios les envió una hidra que empezó a devorarlas una a una. Entonces, todas elevan a los astros sus lacrimógenos llantos[55]: «Socórrenos, Júpiter, morimos». El Altisonante les contestó: «Cuando me lo pedisteis, yo no quise; cuando yo quería, vosotras me reclamasteis otro con más encono y, como no habéis querido soportar el bien, aguantad la desgracia».

Porque ha de vivir seguro quien no tiene a quien temer.

[55] *Tunc voces cum lacrimis omnes tollunt ad sidera.* Reminiscencia virgiliana (cf. *En.* IX 637: *Teucri clamora secuntur/ laetitiaque fremunt animisque ad sidera tollunt*).

II 2 (28)

LAS PALOMAS Y EL GAVILÁN[56]

Quien se entrega para ser protegido a un hombre malvado pierde de mala manera el auxilio que buscaba, como narra la fábula siguiente.

Como las palomas huyeran a menudo de un duro y cruel milano, nombraron defensor y patrono suyo a un gavilán, pensando que bajo su protección estaban seguras. Éste, que fingía haberse corregido, empezó a devorarlas una a una. Entonces, una de ellas dijo: «Para nosotras fue una molestia más llevadera soportar al peligroso milano. Ahora perecemos bajo el imperio del gavilán. Pero merecidamente padecemos esto, por habernos entregado a tal defensor».

II 3 (29)

EL PERRO FIEL Y EL LADRÓN[57]

Oigamos una fábula acerca de los hombres corruptores.

Aprovechando la oscuridad un ladrón arrojó pan a un perro guardián dicen que entonces éste habló así: «No se da pan por nada; así que me lo das para perjudicarme. Por eso voy a cumplir mi obligación para con el amo de la casa y toda nuestra servidumbre. Si te llevases todo contigo, ¿me arrojarías un trozo de pan? ¿Acaso me darías algo después o te mostrarías misericordioso conmigo, cuando estuviera muerto

[56] Cf. Fedro, I 31.

[57] Cf. Fedro, I 23.

de hambre? No quiero que cierres mis fauces con pan, ni quiero recibir alimento a cambio de que mi lengua se calle; sino que, al contrario, yo mismo ladraré; voy a llamar al amo y a la servidumbre y les diré que hay un ladrón. No me preocupa la vida presente[58], sino que pienso en la futura. Marcha o te denuncio.»

Comprendan esta fábula aquellos que por una sola comida pierden lo que tienen.

II 4 (30)

EL LOBO Y LA MARRANA DE PARTO[59]

Tenga la mente dispuesta quien ***[60] para que no confíe en el malvado; en relación con este tema se nos ha trasmitido una fábula como esta.

Como una marrana a punto de parir yaciese gimiendo de dolor, un lobo llegó hasta ella y le dijo: «Descarga con seguridad, hermana, el feto en esta hora, yo cumpliré el oficio de partera, manteniéndome junto a ti para tu consuelo». La cerda, cuando vio al malvado, rechazó su ayuda. «Descargaré el feto segura, hermano», dijo, «si te alejas. Te pido que me concedas esa gracia. También tú tuviste una madre». Cuando aquél se marchó, soltó su carga al instante, pues si hubiese confiado en el malvado, habría muerto de infeliz manera.

[58] Posible laguna en el texto.

[59] Cf. Fedro, *Ap.* 19.

[60] El editor señala aquí una laguna.

II 5 (31)

LA MONTAÑA DE PARTO[61]

Donde hay miedo, incluso pánico agobiante, a menudo no hay nada, como atestigua esta fábula.

Una montaña estaba de parto y profería grandes gemidos. Toda la gente de aquella región se conmovió al punto cuando lo oyó. Y el pánico lo llenó todo al mismo tiempo. Ninguno se acordaba de sí mismo y turbados por el horror de un ruido tan fuerte y poderoso, se olvidaron de sus cosas. Aquella montaña que estaba de parto, dando grandes gemidos, parió al fin un ratón. La noticia del suceso vuela y aquellos, a los que había invadido el temor, respiraron aliviados, y lo que consideraban un mal, se convirtió en nada para todos.

II 6 (32)

EL CORDERO Y LA CABRA MADRE[62]

La bondad hace a los padres y no, como se dice, el nacimiento. Para que supiéramos esto, el autor ha escrito esta fábula.

Se dice que un perro dijo a un cordero que andaba entre las cabras: «No está aquí tu madre», y le mostró a lo lejos a las ovejas dispersas. «No quiero a aquella», dijo el cordero, «que me concibió en el útero, me llevó algunos meses y al

[61] Cf. Fedro, IV 24.
[62] Cf. Fedro, III 15.

parir me arrojó a la luz; es ésta la que me alimenta, me ofrece sus ubres y engaña a sus hijos para que no me falte la leche». El perro respondió así al cordero: «Sin embargo, para ti es más importante la madre que te dio a luz». Y el cordero dijo: «Así es, tal como dices, pero mi madre cedió a la naturaleza, como es lícito[63], sin saber qué iba a ser, un macho o una hembra. ¿De qué sirve una cría al rebaño si no es para ser la ganancia del carnicero o, como creen, ser de utilidad a los hijos de los hombres?, y entre estos es rara la lealtad de conservar a alguien consigo».

II 7 (33)

EL CAZADOR Y EL PERRO VIEJO[64]

El anciano no debe ser aborrecido ni rechazado por nadie, pues en otro tiempo fue joven. Por eso, si tú quieres alcanzar estos años, ama al anciano; pero si no quieres amar al anciano, ama al menos, cuando puedas, sus acciones del pasado y escucha sobre esto la siguiente fábula.

Un perro que de joven siempre satisfacía a su amo cazando, entumecido por las dolencias, lento ya a causa de su edad y con los dientes enfermos, cogió un conejo[65]; entonces el gazapo sacó su cuerpo de la boca del perro gracias a su habilidad. Y, como no estaba herido, agotó al perro corriendo campo a través. El dueño se enfadó con el perro, re-

[63] El texto dice: *sed, ut licitum est, naturae concedit*, que parece traducir púdicamente el *quae, cum libitum est, concipit* de Fedro, III 15, 4.
[64] Cf. Fedro, V 10.
[65] El texto dice *auritum*, «orejudo», y en la línea siguiente *lepusculus*, «gazapo». Esta forma de designar a los animales, a través de sus cualidades físicas más evidentes, es muy del gusto fedriano, cf. Fedro, I 1, n. 8.

prochándole su ineptitud para la caza. Dicen que el perro le respondió de este modo: «Tengo valor, pero no fuerzas; también tengo los dientes podridos; en otro tiempo fuimos fuertes; alabaste lo que fuimos y ahora condenas lo que somos. Acuérdate del pasado y que lo que hoy soy capaz de hacer sea para ti grato y bueno».

Por consiguiente, esta fábula nos demuestra que si alguno obró bien en su juventud, no debe ser despreciado cuando es anciano.

II 8 (35)

EL SUICIDIO DE LAS LIEBRES[66]

Los tiempos deben tolerarse y los hombres ceder ante los tiempos. Todo aquel que no soporte la desgracia que mire los males de otros, pues yo oí una fábula sobre este tema.

Como un gran estrépito conmoviese a las liebres, tomaron juntas la decisión de suicidarse a causa de sus continuos temores. Llegaron a la orilla de un río donde había muchas ranas. Pero cuando la multitud de las liebres llegó, las ranas se espantaron y se arrojaron al río. Al ver esto las liebres, una de ellas dijo: «También hay otros que tienen miedo como nosotros. Sigamos viviendo como los demás; soportemos los males que nos ocurran, pues la desgracia no durará todo el tiempo».

[66] Cf. Esopo, 138; Babrio, 25; V. de Beauvais, 12; G. Ánglico 28; M. de France, 22; La Fontaine II 14; Samaniego, IV 13. Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

II 9 (36)

EL CABRITO OBEDIENTE[67]

Escuchar los consejos de los padres es la salvación de los hijos, como enseña esta fábula.

Una cabra, que acababa de parir y quería ir a por comida, aconsejó a su inexperto cabrito que no abriese a nadie, pues sabía que muchas fieras rodeaban los establos del ganado. Le dio el consejo y después se marchó. Vino el lobo, fingiendo la voz de la madre, y le ordenó abrir. El cabrito, mirando por las rendijas, habló así: «Oigo la voz de mi madre, pero tu eres falaz y enemigo, y con la voz de mi madre pretendes beberte nuestra sangre y comerte nuestra carne.

Así, quien es prudentemente aconsejado conserva la vida.

II 10 (39)

EL POBRE Y LA SERPIENTE[68]

Debe estar siempre prevenido quien alguna vez hizo daño a alguien, porque hay que temer sobre todo congraciarse con el enemigo, como prueba esta fábula.

En la casa de un pobre solía acudir siempre a la mesa una serpiente, para aprovecharse de las migas. No mucho

[67] Original y no imitada, aunque el cambio de voz del lobo para engañar a su presa lo encontramos en más de un cuento popular. Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[68] Esopo, 51; Walter el Inglés, 30; María de Francia, 72. Para Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

tiempo después, el pobre se hizo más rico y empezó a encolerizarse con la serpiente, a la que hirió con un hacha. Pasado algún tiempo, el hombre volvió a su pobreza. Comprendió que esto había ocurrido por la suerte que la serpiente le proporcionaba[69] y que por su causa se había hecho rico antes de que fuese herida por él. Vino, entonces, rogándole que le perdonase por su error. La serpiente le respondió así: «Puesto que te arrepientes, perdonaré tu mala acción *** [70] hasta que la cicatriz se haya cerrado, no confíes en mi total lealtad, pues me reconciliaré contigo, si consigo olvidar la perfidia del hacha».

Por eso debe estar poco confiado quien alguna vez hirió a alguien.

II 11 (40)

LA OVEJA, EL CIERVO Y EL LOBO [71]

Los defraudadores, cuando reciben un préstamo, dan malvados fiadores, como narra esta fábula.

Un ciervo pedía a una oveja que le prestase un modio de trigo, tras fijar el día en que debía ser devuelto y presentando al lobo como garante. La oveja por el momento le dijo que sí, asustada ante la presencia de su enemigo. Cuando el ciervo acudió a ella, la oveja le dijo: «Cuando llegue el día, ¿quién me devolverá lo que te presté? Tú 'golpeas el campo

[69] En la antigua Roma se tenía la creencia de que el *draco,* la serpiente común, protegía a lugares, familias o individuos, como símbolo de la protección bienhechora de la divinad. Cf. E. Portier en *Dictionnaire des antiquitès grecques et romaines* (Ch. Daremberg, E. Saglio, eds.), *s.v. draco,* Paris, 1969, pág. 412.

[70] El editor señala aquí una laguna.

[71] Cf. Fedro, I 16.

con tus pezuñas' [72] y el lobo se marcha donde quiere. Son grandes vuestras falacias».

Esta fábula enseña a confiar con cautela en cualquiera.

II 12 (42)

EL CALVO Y LA MOSCA [73]

Quien se ofende a sí mismo mientras rechaza a otro no debe ser objeto de burla[74].

Tal como la mosca que quería injuriar al calvo y le daba continuos picotazos en su cabeza desprovista de pelos. El hombre no se perdonaba las tortas, intentando coger a su enemiga. Ésta, riéndose, hacía más *** [75] y el calvo le habló así: «Buscas la muerte, malvada, pues yo fácilmente me perdono, pero tú morirás con mis bofetadas».

Esta fábula se cuenta a propósito de los insolentes, que se crean a sí mismos enemigos.

II 13 (43)

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA [76]

No hagas a otro lo que no quieras que se te haga a ti. El autor nos ha trasmitido una fábula con tal principio.

[72] *Tu quatis ungula campum*, es decir, «correrás». La metáfora esta tomada de Virgilio (cf. *En.* XI 875: *quadrupedumque patrem cursu quatit ungula campum*). Se repite en III 19 (49).

[73] Cf. Fedro, V 3.

[74] Thiele introduce la expresión *ut haec fabula narrat*, «como narra esta fábula», aunque sólo aparece en F; a nosotros nos ha parecido mejor mantener la lectura del resto de los manuscritos.

[75] Hay una laguna en el texto.

[76] Cf. Fedro, I 26.

Una zorra invitó primero a una cigüeña a cenar y le puso en un plato un caldo del que no se pudo saciar. La cigüeña se marchó hambrienta, pero[77] con respeto. Pocos días después también ella pedía a la zorra que viniese a cenar, y se dice que la cigüeña hizo lo siguiente: en una botella de vidrio puso los más ricos manjares; la cigüeña empezó a comer la primera y después invitó a la zorra. Enseguida la zorra se dio cuenta de la añagaza y la cigüeña dijo a la zorra: «Si te portaste bien conmigo, recibe lo mismo; si me hiciste un desprecio, no me preocupa; si quieres, perdóname».

Esto se dice a propósito de aquellos que se burlan con palabras y a su vez son injuriados.

Esta fábula aconseja no engañar a nadie[78].

II 14 (44)

EL LOBO A LA MÁSCARA DE LA TRAGEDIA[79]

El autor contó esta fábula sobre los que son poco inteligentes.

Un lobo encontró en el campo la máscara de un actor trágico, a la que volteó una y otra vez. «¡Oh cuánta hermosura!», dijo, «pero no tiene cerebro».

Esto se dice a propósito de aquellos que tienen honor y gloria, pero carecen de buen juicio.

[77] El texto no es seguro.
[78] En esta fábula aparecen dos epimitios claramente diferenciados.
[79] Cf. Fedro, I 7.

II 15 (45)

EL GRAJO Y LOS PAVOS[80]

Nadie debe vanagloriarse de bienes que no le son propios, sino que es conveniente adornarse con lo propio, aunque sea de poca importancia, no vaya a ser que quede avergonzado cuando se le despoje; sobre este asunto escuché una fábula del autor.

Un grajo, hinchado de soberbia y necia osadía, recogió las plumas de un pavo que se habían caído y se adornó con ellas. Empezó a despreciar a los suyos y se mezcló con la bandada de pavos. Estos, ofendidos, arrebatan las plumas a aquel desvergonzado que no conocían y lo maltratan a picotazos y pisotones. Abandonado por estos, medio muerto y herido lastimosamente de gravedad, temió el desgraciado volver con los de su especie, pues cuando estaba adornado atemorizó ofensivamente a muchos. Entonces uno de ellos le dijo: «Háblanos, si no te avergüenza, pues si hubieses amado tus ropajes y hubieses tenido suficiente con lo que la naturaleza te dio, ni habrías soportado la ofensa de otros ni habrías sido expulsado de nuestro lado. Lo bueno para ti habría sido que vivieses con lo que tenías».

II 16 (46)

LA MOSCA Y LA HORMIGA[81]

Todo el que se alaba a sí mismo a menudo se queda en nada, como muestra esta fábula.

[80] Cf. Fedro, I 3.
[81] Cf. Fedro, IV 25.

Una hormiga y una mosca disputaban agriamente sobre cuál de ellas era mejor. La mosca dijo primero: «¿Acaso puedes igualar mis méritos? Cuando se hace un sacrificio, yo soy la primera en probar las entrañas; me siento en la cabeza del rey y doy dulces besos a todas las matronas. De todas esas cosas tú no haces ninguna». La hormiga le replicó de este modo: «¿Eso dices, maldita peste?, ¿te vanaglorias de tu insolencia?, ¿acaso tu llegada es deseada?, ¿hablas de reyes y castas matronas? Tú te presentas inoportunamente y dices que todo es tuyo, cuando tienes que huir de cualquier lugar al que te acercas. Eres fuerte en el verano, pero cuando viene el invierno mueres. Yo, sin embargo, amo los placeres. Estoy segura en el invierno y las estaciones del año no me afectan. Las alegrías me acompañan. Tú, asquerosa, eres espantada con un ligero abanico».

Esta fábula es apropiada para los litigantes: tú dices, yo digo; tú alabas, yo alabo; tú criticas, yo critico.

II 17 (47)

LA MOSCA Y LA MULA [82]

Algunos, aunque no son nada, se encolerizan con los mejores y les amenazan gravemente, aunque nada puedan hacer.

Tal es el caso de la mosca, que se sentó en la lanza de un carro, y le dijo a la mula que estaba uncida: «Qué lenta andas. Anda o te pico en el pescuezo». Cuentan que la mula replicó de este modo: «No temo tus palabras, sino las de ese que se sienta en el primer asiento, el que me dirige con los

[82] Cf. Fedro, III 6.

frenos y sacudiendo el látigo marca el trayecto con las riendas. Es a él a quien principalmente debo temer. Tú, sin embargo, eres insolente e inútil, pues nunca serás capaz de hacer nada a los más fuertes.»

II 18 (48)

EL LOBO Y LA ZORRA CON EL MONO JUEZ [83]

Quien una vez se delató en un engaño vive siempre vergonzosamente y, aunque diga la verdad, no se le cree, como atestigua esta breve fábula de nuestro autor.

Un lobo encolerizado acusaba a una zorra del delito de robo. Ella decía que no era culpable. Entonces un mono justísimo y veraz se sentó como juez para reconocer al culpable entre los comparecientes. Ellos, por su parte, hacen sus alegaciones, descubren sus engaños y se echan en cara mutuamente sus verdaderas faltas. Entonces, el juez, justo y veraz, juzgó [84] entre ambas partes y de sus notas leyó la sentencia: «Tú», dijo, «buscas lo que no has perdido; y tú, en cambio, creo que has robado algo porque lo niegas hábilmente en el juicio. De esta forma os absuelvo; marchad los dos igualmente conformes».

Conoced todos por qué razón el que está acostumbrado al engaño vive siempre desgraciadamente.

[83] Cf. Fedro, I 10.

[84] Respetamos en la traducción la que parece intencionada reiteración del texto: *iudex, iustus...iudicavit*.

II 19 (49)

LA COMADREJA APRESADA[85]

Aquellos amos, a los que sirven esclavos benevolentes, corresponden a menudo a los merecimientos de éstos, pero rechazan en gran manera las falsedades en sus servicios, como nos demuestra esta fábula[86].

Una comadreja, que capturaba ratones, fue apresada por un hombre. Como no pudiese escapar, le dijo: «Perdóname, pues yo siempre he limpiado tu casa de molestos ratones[87]». Pero él le replicó de este modo: «Esto no lo haces por mi causa; me serías grata si lo hubieras hecho por mí y yo te habría otorgado el perdón. Pero tú matas ratones para comer las migajas nuestras que ellos iban a roer. Tú devoras todo y todo te lo llevas contigo. No arguyas un beneficio hacia mí». Dijo y dio muerte a la inocente.

II 20 (50)

LA RANA QUE REVENTÓ[88]

Si un pobre quiere imitar al poderoso, revienta; el autor introdujo una fábula sobre este asunto.

[85] Cf. FEDRO, I 22.

[86] Esta moraleja contra los malos sirvientes es ajena a la ideología fedriana y no aparece en la versión de ADEMAR (XXIX) (cf. «Para aquellos que, mientras dicen estar a disposición de alguien, se acuerdan antes de hacer daño»).

[87] Aunque falta en algunos manuscritos, admitimos aquí la lectura *muribus*.

[88] Cf. FEDRO, I 24.

Una rana vio a un buey paciendo en un prado. Pensaba que podría hacerse igual a él, si inflaba su arrugada piel. Se infló con todas sus fuerzas y preguntó a sus hijos: «¿Soy tan grande como el buey?» Dijeron: «No». De nuevo se infló más y dijo a los suyos: «¿Y ahora qué?» Respondieron: «No te asemejas en nada». Al inflarse por tercera vez, murió tras reventar su piel.

Quienquiera que seas tú, que pretendes obrar por encima de tus fuerzas, sé prudente siguiendo este ejemplo.

Se dice comúnmente: «No quieras inflarte, no sea que revientes».

III 1 (51)

EL LEÓN AGRADECIDO[89]

Los poderosos deben pagar el favor a los humildes y, aunque el tiempo sea largo, el olvido no debe existir; que así se hizo lo prueba esta fábula.

Un león, que vagaba en la selva, al apresurarse pisó una astilla y, debido al coágulo, empezó a cojear. Al encontrarse con un pastor, intentó acariciarle con la cola mientras alzaba su pezuña. El pastor, asustado, cuando vio venir hacia él al león, se puso delante de su rebaño, pensando que el león

[89] El episodio al que se refiere la fábula nos ha sido trasmitido por GELIO (V 14) y ELIANO (*Hist. anim.* VII 48). El pastor sería un tal Androclo, esclavo del procónsul de la provincia de África, que tras haber curado a un león, herido en una zarpa, fue condenado a las fieras, y, ya en la arena del anfiteatro, habría sido reconocido por el animal. El hecho provocó que el pueblo y el Emperador concediesen la libertad al hombre y al león. Androclo entró en la leyenda cristiana y a veces su figura es confundida con la de San Jerónimo. G. B. SHAW escribió una obra con este tema *Androcles y el león* (1915). Para Zander una de las fábulas perdidas de Fedro.

buscaba comida. Pero el león, que no buscaba comida sino que le curase, puso su pezuña en el regazo del pastor. Éste, cuando vio la herida y la gran hinchazón, reflexionando encontró un remedio, cogió una lezna afilada y lentamente abrió la herida. Al abrirse el coágulo, expulsó al mismo tiempo la sangre y la astilla. El león sintió alivio y, correspondiendo a su curación, lamió con la lengua la mano del pastor; se sentó a su lado un momento, recuperó sus fuerzas y se marchó ileso. Poco tiempo después, el león fue capturado para ir a la arena del anfiteatro y[90] correr allí; el pastor, apresado por un delito, es destinado a las fieras en el mismo lugar al que había sido enviado el león. Se deja al pastor en la arena y al león fuera. El león, que siempre acudía con ímpetu cuando se le soltaba, anduvo poco a poco hasta que llegó junto al pastor. Al verlo, lo reconoció y levantó su rostro y sus ojos al pueblo con un enorme rugido. Después, rodeó la grada, y se sentó junto al domador; éste le incita a volver a su guarida, pero no abandonó al hombre. El pastor comprendió que el león se mantenía allí más tiempo por su causa; intuye que era aquél al que conoció en la selva, al que había abierto la herida. Sueltan a un león y luego a otro para llevárselo del lado del hombre, pero el león no se alejó, sino que protegió al pastor. El pueblo, cuando vio esto, empezó a admirarse y a preguntar la causa al condenado. Cuando la contó al pueblo, todos pidieron por aclamación el perdón para ellos y los dos fueron liberados al mismo tiempo, el león marchó a la selva y el pastor a sus propiedades.

Este ejemplo debe ser conocido para que todos los hombres se devuelvan entre sí los buenos favores ***[91].

[90] Pasaje con lagunas.

[91] Esta moraleja parece poco fedriana; en la *recensio vetus* encontramos otra que, caso de no ser suya, Fedro subscribiría de buen grado: *ne potentes immemores sint praeteritorum beneficiorum* («Para que los poderosos no se olviden de los beneficios pasados»).

III 2 (52)

EL LEÓN Y EL CABALLO[92]

Todos los que se olvidan de su oficio, se traicionan a sí mismos, como esta fábula nos refiere.

Un león muy fuerte vio en un prado un caballo paciendo. Con el fin de engañar a éste con sutileza, se aproximó amistosamente, fingiéndose médico. El caballo presintió el engaño, pero, a pesar de ello, no rechazó sus servicios. Finalmente, imaginó con rapidez un plan para la ocasión. Levantando su pezuña, fingió que tenía una astilla clavada. «Hermano, ayúdame», dijo, «me alegro de que hayas venido; sálvame, pues me he clavado una astilla». El león se acercó como de mala gana, disimulando su engaño; el caballo rápidamente le propinó violentas coces. El cuerpo enemigo del león cayó y permaneció inconsciente en tierra durante mucho tiempo. Mas, cuando volviendo en sí, no vio al caballo por ninguna parte, se dio cuenta de que había sido herido en la cabeza, el rostro y en todo el cuerpo y dijo: «Merecidamente me ha ocurrido esto, a mí, que siempre acudía como un carnicero y en esta ocasión me acerqué como amigo y falso médico, cuando debí venir, como acostumbraba, como un enemigo».

Por eso tú, quienquiera que seas que escucha esto, sé lo que eres y no quieras engañar.

[92] Cf. Esopo, 187; Babrio, 122; Walter el Inglés, 42; J. Ruiz, 1167-1322; La Fontaine, V 8; Samaniego, V 3. Según Zander una de las fábulas perdidas de Fedro.

III 3 (53)

EL CABALLO ORGULLOSO Y EL ASNO[93]

Oigamos una fábula escrita a propósito de tiempos y fortunas. Quienes se saben felices no injurien a nadie y recuerden que es dudoso lo que está puesto en manos de la fortuna, como esta fábula narra.

Un caballo adornado con freno de oro y plata, con silla y correaje fastuoso y sus miembros embellecidos por su juventud[94], se encontró en un lugar estrecho a un asno que venía de lejos y cargado, y, como al cruzarse el asno le cediese el camino con algún retraso porque estaba cansado del viaje, se dice que el caballo habló así al asno: «Mucho me contengo», dijo, «pues debería molerte a patadas, ya que al encontrarte conmigo ni te retiraste ni te detuviste mientras yo pasaba». El asno infeliz calló por temor a la cólera de aquél. No mucho tiempo después, el caballo se lesionó mientras corría, y no contando ya con ninguna protección ni cuidado se quedó enjuto. El dueño ordena que sea trasladado a una finca y transporte el estiércol para los campos. Le pusieron los arreos de labranza y cargado marchaba por los caminos. El asno, mientras pacía en un prado, reconoció al caballo en su triste situación y le increpó con este rebuzno: «¿De qué te sirvieron aquellos preciosos adornos, cuando tenías tal osadía? Ahora realizas las mismas tareas rústicas que yo, ¿por qué todavía mantienes tu osadía?».

---

[93] La fábula parece original, aunque tiene cierta relación con ESOPO 267 CHAMBRY y SAMANIEGO, II 17. El tono del relato es muy propio de Fedro; Zander opina que es una de sus fábulas perdidas.

[94] *Et decorus membra iuventa*. Imitación de VIRGILIO (cf. *En.* IV 559: *et crinis flavos et membra decora iuventa*).

Advierte esta fábula a todos para que nadie quiera atemorizar a otros cuando tiene poder.

III 4 (54)

EL MURCIÉLAGO EN LA GUERRA DE LOS ANIMALES[95]

Esopo compuso la siguiente fábula acerca de los hombres de dos caras. Quien culpablemente se entrega a dos bandos en uno y otro vive sin ser querido, y será más bien reo de sí mismo.

Los cuadrúpedos llevaban a cabo una gran guerra con las aves y ningún bando cedía al otro, sino que luchaban con fuerza, haciendo muchas pausas. Pero un murciélago, dubitativo y temiendo graves resultados, como el ejército de los cuadrúpedos era superior y más numeroso, se refugió junto a éstos, creyendo que iban a vencer. De repente, presentándose un águila en el ala derecha del ejército[96] batió sus alas y se mezcló con los pájaros. Los cuadrúpedos se retiraron y la victoria fue de las aves. Las aves y los cuadrúpedos volvieron a la antigua paz, pero el murciélago, por haber abandonado a los suyos, fue condenado por una sentencia de las aves a huir siempre de la luz y fue despojado de sus plumas para volar desnudo por las noches.

Ciertamente, conviene que padezcan de este modo quienes marchan hacia otros abandonando a los suyos.

---

[95] El origen de la fábula puede estar en *Esopo* 172, aunque en su versión la ambigüedad proporciona el éxito al murciélago y no el fracaso como aquí. Según ZANDER, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[96] En el texto dice: *In manu dextera Martis*. El nombre del dios de la guerra se utiliza en ocasiones en latín clásico con el sentido de tropa, ejército, ala del ejército, etc. Cf., p. ej., LUCANO, VII 220: *tibi... dextri frons tradita Martis*.

III 5 (55)

EL RUISEÑOR Y EL GAVILÁN [97]

Quien trama asechanzas contra otros conviene que él mismo tema que su propia maldad le puede tomar la delantera, como prueba esta fábula.

Una vez que un gavilán se posó en el nido de un ruiseñor para vigilar a una liebre [98], encontró allí unos polluelos. Rápidamente vino el ruiseñor y le pedía que perdonara a los suyos. «Haré lo que quieres», dijo, «si cantas bien para mí» [99]. El ruiseñor, aunque falto de ánimo, cantó sin embargo, obligado por el miedo, cohibido y lleno de dolor. El gavilán, que inesperadamente había encontrado una presa y no quería dejarla, dijo: «No has cantado bien», y cogiendo uno de los polluelos empezó a devorarlo. Por otra parte llegó un cazador y, levantando la vareta [100] en silencio, abatió al gavilán, atrapado en la liga.

Así, quien trama asechanzas contra otros, debe tener miedo de ser capturado.

[97] Cf. La Fontaine, IX 18, y Samaniego, IX 10, aunque en estas versiones se ha suprimido la intervención providencial del cazador. Para Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[98] Prefiere Thiele la lectura *auritum*, «orejudo», que traducimos aquí por liebre; Hervieux y Mandruzatto prefieren *auras*, «brisas».

[99] Mandruzzato (*Fedro...*, pág. 360) observa con acierto el sadismo sorprendente del relato. En su opinión, quizá pueda ocultar una alusión a Calígula, quién, como cuenta Suetonio (*Cal.* 27 y 33), experimentaba un gran placer cuando obligaba a los padres a asistir al suplicio de sus hijos.

[100] *Calamus*. La vareta es el palo delgado o junco que, untado con liga, sirve para cazar pájaros. Este método, hoy en desuso, era el más utilizado en la Antigüedad y en España se empleaba hasta mediado el siglo xx.

III 6 (56)

EL LOBO, LA ZORRA Y EL PASTOR [101]

La fortuna ayuda a los buenos y a los malos, pero es rival de aquellos a los que no ayuda. Y a los que llevan en su corazón la envidia contra los afortunados su propia maldad los arruina después. Contra ellos el autor compuso esta fábula.

Un lobo guardaba en su cubil un buen número de presas reunidas a lo largo de mucho tiempo, de manera que tenía muchos meses para poder vivir espléndidamente. Una zorra, en cuanto se enteró de esto, llegó al cubil del lobo e, imitando su voz, le dijo: «¿Por qué no has tenido la atención de venir a verme durante tantos días? He estado triste también porque no me has visitado». El lobo, cuando percibió su envidia, le dijo: «No has venido porque estés preocupada por mí, sino para llevarte algo. No me eres grata porque vengas, pues sé que intentas engañarme». Encolerizada sobremanera por tales palabras, la zorra fue a buscar a un pastor de ovejas y le dijo: «¿Me darías las gracias», dijo, «si hoy pusiese en tus manos al enemigo de tu rebaño, de manera que ya no tuvieras más de que preocuparte?» El pastor respondió: «Me pondré a tu servicio y si quieres algo te lo concederé». Entonces le mostró al lobo escondido; el pastor lo mató con su jabalina y la envidiosa se hartó de las viandas que no eran suyas. Después ella misma, cuando se topó con un cazador, apresada y herida por los perros, habló

[101] Los protagonistas de esta fábula recuerdan a los inmortales Ysengrin y Renard del famoso *Roman*. Según Zander, ésta es una de las fábulas perdidas de Fedro.

apresada y herida por los perros, habló así: «Yo obré mal entonces y ahora perezco porque he dañado a otro».

Por eso los hombres deben temer hacer daño a alguien.

III 7 (57)

EL CIERVO VANIDOSO [102]

Algunas veces alabamos las cosas inútiles y rechazamos las buenas y las que son más necesarias, como atestigua esta fábula de Esopo.

Un ciervo que bebía en una fuente, cuando vio sus grandes cuernos, empezó a alabarlos en exceso, pero lamentó la delgadez de sus patas. Mientras hacía esto junto a la fuente, oyó la voz del cazador y ladrar de repente a los perros. Dicen que el ciervo escapó a los perros huyendo en campo abierto, pero cuando el bosque lo acogió, la dimensión de sus cuernos lo retuvo [103] para los cazadores. Entonces, viendo su muerte, dijo: «Critiqué lo que me era útil y alabé lo que me ha defraudado».

Así, también nosotros alabamos a menudo las cosas inútiles y rechazamos las buenas.

III 8 (58)

VENUS Y LOS DIOSES [104]

El autor introdujo una fábula acerca del carácter de las mujeres.

[102] Cf. FEDRO, I 12.
[103] *Scilicet*: «los cuernos se enredaron en las ramas de los árboles».
[104] Cf. FEDRO, *Ap*. 11.

Estando presentes los dioses y las diosas, Juno alababa la castidad y trataba de convencerlos de que era mejor que la mujer estuviese unida a un solo hombre y tuviera suficiente con su pareja. Entonces, Venus contó en broma unos dichos de las gallinas. Al preguntar a una de sus gallinas, paciente y taciturna, con cuánta comida podía saciarse, ella contestó: «Lo que recibo me sobra y, sin embargo, escarbo». Dicen que entonces Venus dijo a la gallina delante de todos: «Yo te doy un modio de trigo para que no escarbes». Y la gallina contestó así a Venus: «Aunque me abras un hórreo, escarbaré no obstante». Cuentan que entonces Juno se rió de lo dicho por la gallina de Venus y a través de ella los dioses supieron que las mujeres hacían cosas similares. Y así Júpiter empezó después a cortejar a muchas mujeres; ninguna se negó al desenfrenado. Después también Venus con Marte y luego con Vulcano y, como pudieron, todas las demás.

Así, también hoy muchas mujeres aprendieron a engañar a sus maridos.

III 9 (59)

LA VIUDA Y EL SOLDADO [105]

Es casta la mujer que no tolera al impertinente. A partir de aquí el autor de esta sentencia desarrolla la siguiente fábula.

Una mujer, que había perdido a su marido, se recogió en el mausoleo donde su esposo había sido enterrado, para pasar allí los días de luto. Ocurrió que alguien cometió un delito y, de acuerdo con la ley, recibió como sentencia ser colgado en una cruz. Se le puso como guardián un soldado,

[105] Cf. FEDRO, *Ap*. 15.

para que no fuera robado por los suyos aprovechando la noche. Mientras vigilaba, agobiado por la sed, se acercó al mausoleo a pedir un poco de agua, la cogió, la bebió y después se marchó. Al ver allí a la mujer, volvió para consolarla. Lo mismo hizo otra vez y luego una tercera. Mientras la amiga le llamaba con frecuencia a su lado, se llevaron al que estaba colgado en la cruz. Al volver, el soldado no encontró al crucificado y refugiándose a los pies de la mujer comenzó a revolverse, hablándole de esta manera: «¿Qué puedo hacer, qué haré? Ayúdame, necesito tu consejo». Ella, compadeciéndose del soldado, levantó al marido de su sitio[106] y lo colgó de noche en la cruz. El criminal robo fue tapado con dos grandes obras de misericordia[107]: el soldado pudo hacer un favor a la mujer, y la mujer no hizo ascos a hacérselo ella a él[108]; así, la que fue casta mucho tiempo, aceptó los dos crímenes.

Tengan los muertos de qué dolerse y los vivos de qué temer.

III 10 (60)

LA MERETRIZ Y EL JOVEN[109]

El autor nos cuenta la siguiente fábula sobre las meretrices, porque las mujeres desvergonzadas engañan a los hombres con su talento.

Una meretriz, que había engañado a muchos, acariciaba a un joven, al que a menudo había afligido con sus ofensas

[106] Pasaje con posibles lagunas.
[107] Sentido irónico.
[108] Posible juego de palabras con el verbo *officere* y el sustantivo *officium*.
[109] Cf. FEDRO, *Ap.* 29.

mientras él, llevado por la costumbre, se mostraba condescendiente; luego le habló así: «Aunque muchos me atosiguen con sus regalos, en realidad yo te quiero mucho y te prefiero a ti». Y el joven, aunque se acordaba de cuántas veces había sido engañado por ella, le respondió, sin embargo, con benevolencia: «Y yo también a ti, luz de mi vida», le dijo, «no porque me seas fiel, sino porque me eres grata». Así se engañaron mutuamente con sus palabras.

Pues a los hombres ingenuos los despojan de este modo, aunque por casualidad los encuentren desnudos.

III 11 (61)

ESOPO Y EL HIJO INDÓMITO[110]

A algunos conviene dominarlos de jóvenes, porque resulta difícil hacerlo de mayores.

Un padre de familia tenía un hijo indómito, pues estaba fuera de casa habitualmente y golpeaba a los siervos. Entonces valiéndose de una fábula el autor habló así:

«Un campesino unció un ternero con un buey viejo, pero el ternero con las patas y los cuernos sacudía el yugo de su cerviz. Como el ternero amedrentase al buey, se dice que el rústico le habló así: 'No os unzo para que trabajéis, sólo quiero domar al joven, pues, como él antes ha dejado inválidos a algunos con sus coces y cornadas, ahora es quebrantado a golpes y palos'»[111].

[110] Cf. FEDRO, *Ap.* 12.
[111] El sentido de la fábula no se entiende bien. La idea básica en la versión fedriana es que el viejo buey debe domeñar al joven ternero con su mansedumbre; sin embargo, aquí no está claro el papel que debe cumplir el buey.

Por eso conviene a todo el mundo dominar a sus hijos cuando son jóvenes.

III 12 (62)

LA VÍBORA Y LA LIMA [112]

El autor incluyó esta fábula sobre dos malvados. El malo no hace daño al que es peor ni el injusto supera al injusto y el duro no se junta con el duro.

Se cuenta que una víbora entró en el taller de un artesano. Buscando algo de comer, empezó a roer una lima. Entonces, la lima riéndose dijo a la víbora: «¿Qué pretendes, malvada, dañar tus propios dientes? Soy yo misma la que tiene por costumbre roer toda clase de hierro. Además, si por casualidad encuentro alguna aspereza, frotando la suavizo; y, si al torcer un ángulo, hay algo, lo corto».

Por eso no hay que disputar nada con el que es más fuerte.

III 13 (63)

LAS OVEJAS Y LOS LOBOS [113]

No es conveniente abandonar al defensor y protector. Sobre esto el autor contó esta fábula.

[112] Cf. FEDRO, IV 8.

[113] ESOPO, 153; *Vida de Esopo* 97; BABRIO, 93; WALTER EL INGLÉS, 52; LA FONTAINE III 13. Según PLUTARCO (*Dem.* 23) este apólogo lo contó Demóstenes a los atenienses, cuando Alejandro puso como condición para la paz, entre otras, la entrega de los principales miembros del partido antimacedonio. Cf. también CICERÓN, *Filípicas* III 11, 1. Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

Las ovejas y los lobos hacían la guerra entre sí, sin que ninguna de las dos partes cediese a la otra. Las ovejas eran más numerosas y tenían con ellas a los perros y los carneros. Pareció que el signo de la victoria pertenecía a las ovejas. Los lobos se dieron cuenta de ello. Entonces, envían embajadores que piden la paz mediante juramento, a condición de que les entreguen a los perros como rehenes y reciban a cambio a sus cachorros. Así lo hicieron y los entregaron como garantía del juramento. Cuando las ovejas estaban ya en paz[114], los cachorros de los lobos empezaron a aullar. Los lobos, pensando que sus crías eran maltratadas, acudieron de todas partes al mismo tiempo, afirmando que las ovejas habían roto la paz y, tras decir esto, empezaron a despedazarlas sin que ningún protector les prestase ayuda y ningún patrono las defendiera.

III 14 (64)

LOS ÁRBOLES Y EL HOMBRE [115]

Dar auxilio al enemigo es labrar la propia muerte, como prueba la siguiente fábula.

Tras fabricar el hacha, el hombre pedía a los árboles que le diesen un mango de madera que fuese fuerte. Todos le remitieron al acebuche. El hombre cogió el mango y armado con su hacha empezó a cortar con firmeza las ramas y todos los grandes troncos que quiso. Entonces la encina dijo al fresno: «Digna y merecidamente sufrimos porque, como si

[114] *Ovibus in pace positis*, posible reminiscencia virgiliana (cf. *En.* I 249*: nunc placida compostus pace quiescit*).

[115] Emparentada con BABRIO, 38 y no imitada. Una de las fábulas perdidas de Fedro.

fuéramos ciegos, hemos dado un mango a nuestro enemigo cuando lo pedía»[116].

Por eso cada uno debe pensar con cautela para no prestar nada al enemigo.

III 15 (65)

EL PERRO Y EL LOBO[117]

El autor nos cuenta brevemente en esta fábula cuán dulce es la libertad. Toda libertad es el acto de obrar bien. En efecto, en los libres está la crueldad, en los siervos la virtud y la gloria, pues a menudo vemos que los siervos son poderosos y los libres no valen nada[118].

Como el perro y el lobo cuando se encontraron en el bosque. El lobo le dijo al perro: «¿Por qué, hermano, estás tan rozagante y bien alimentado?». El perro respondió de esta manera al lobo: «Porque soy el guardián de la casa contra los ladrones que vienen. Ninguno entra sin permiso; por la noche, si viene algún ladrón, doy el aviso. Me dan pan; el dueño me da huesos y también los demás. Toda la servidumbre me quiere y me echan lo que les sobra. Cada cual me da la comida que no le gusta. De este modo se llena mi panza. Me recuesto dentro de la casa para que me acaricien; tengo agua en abundancia. Así paso la vida sin hacer nada».

[116] E. Mandruzzato (*Fedro...*, pág. 361) recuerda a propósito de esta fábula los versos de R. Tagore: «El hacha del leñador pidió un mango al árbol y el árbol se lo concedió».

[117] Cf. Fedro, III 7.

[118] La última parte de la moraleja cambia la intención de la fábula, que desde las más antiguas versiones pretendía ensalzar al hombre que no vende su libertad a cambio de ventajas materiales.

El lobo contestó: «Hermano, te va bien, yo quisiera que a mí me sucedieran estas cosas para hartarme de comida en la ociosidad y vivir mejor debajo de un techo». Luego el perro dijo al lobo: «Si quieres que te vaya bien, ven conmigo; nada tienes que temer». Mientras andaban juntos, el lobo vio el cuello del perro desgastado por una cadena y dijo: «¿Qué es eso, hermano? ¿Qué yugo ha desgastado la piel de tu cuello?». El perro contestó: «Como soy muy inquieto, me atan de día y me sueltan de noche; dentro de la casa voy de un sitio a otro y duermo donde quiero». Entonces el lobo replicó al perro: «No necesito disfrutar de esas cosas que has alabado ***[119] quiero vivir para lo que pueda acaecerme *** ando libre por donde quiero; ninguna cadena me ata, ninguna causa me lo impide. Los caminos se abren ante mí en la llanura y adentrado ya en los montes no tengo ningún temor. Pruebo primero el rebaño y engaño a los perros con mi ingenio. Vive tú, como has acostumbrado; yo llevo la vida a la que me acostumbré».

III 16 (66)

EL ESTÓMAGO Y LAS EXTREMIDADES[120]

Quien estúpidamente abandona a los suyos, debe saber que más bien se engaña a sí mismo.

Nadie vale algo sin los suyos, como ocurrió con las partes del cuerpo humano; de ellas se cuenta que las manos y

[119] Pasaje con lagunas.

[120] Cf. Esopo, 130; V. de Beauvais, 22; Walter el Inglés, 55; María de Francia, 27; La Fontaine, III 2. También en D. Halicarnaso, *Historia antigua de Roma* VI 86; Tito Livio, II 32, 9-12; y Plutarco, *Coriolano* VI 3. Es una de las fábulas perdidas de Fedro.

los pies estaban enfadadas y no quisieron dar alimento al vientre, porque sin ningún esfuerzo se llenaba diariamente descansando en la ociosidad. El estómago gritaba hambriento, pero las extremidades durante algunos días no quisieron darle nada. Entonces, desfallecieron todos los miembros a causa del ayuno del vientre. Después, cuando las manos quisieron darle alimento, el estomago lo rechazó, pues ya había cerrado sus vías. Así, miembros y estómago murieron desfallecidos al mismo tiempo.

Aconseja esta fábula que los sirvientes sean fieles, porque por esto son fuertes y subsisten[121].

III 17 (67)

EL MONO Y LA ZORRA[122]

Esta fábula se cuenta sobre lo ocurrido entre un rico y un pobre.

Un mono pedía a una zorra que le diese una parte de su cola para cubrir sus feísimas nalgas, «¿Pues de qué te sirve a ti», le dijo, «ir cargado sin motivo con una cola tan larga, que arrastras por tierra?». Dicen que la zorra le respondió: «Ojalá fuese más larga y más grande para que la arrastrase por la tierra o por las piedras y las zarzas y el barro, con tal

[121] Según Dionisio de Halicarnaso, este apólogo lo ideó Menenio Agripa, quien lo habría contado a la plebe romana durante la secesión del Monte Sacro en 494 a. C., en un intento de convencerla para que depusiera su actitud revolucionaria. Su presencia en las *Fábulas Anónimas* griegas parece indicar, sin embargo, que el relato tiene su origen en la literatura helénica. A partir de esta fábula los miembros del cuerpo humano se han utilizado como alegoría del organismo social, aunque en esta versión la moraleja lo reduce al ámbito familiar, al dirigirse a los sirvientes.

[122] Cf. FEDRO, *Ap.* 1.

de que tu no parezcas más hermoso con la cobertura de mi cola».

¡Oh rico y avaro, esta fábula te increpa a ti, que no das lo que te sobra!

III 18 (68)

EL ASNO APALEADO[123]

Muchos son maltratados después de la muerte, como prueba la siguiente fábula.

Había en un camino un comerciante que marchaba deprisa al mercado con su asno; arreaba al animal cargado con la fusta y el látigo para llegar más pronto por afán de lucro. En cambio, el asno deseaba la muerte pensando que después de morir estaría seguro. Exhausto y golpeado, murió. Enseguida se hicieron con su piel tamices y tambores, que eran golpeados continuamente, y el que pensaba que iba a estar seguro después de la muerte, incluso muerto es golpeado.

III 19 (69)

EL CIERVO Y LOS BUEYES[124]

Los que huyen no están seguros por sí mismos, sino que son salvados por la fortuna, como cuenta la siguiente fábula.

Un ciervo, asustado por el estrépito de unos cazadores y tembloroso, huyó a una finca próxima para escaparse de ellos y se refugió en un establo, donde contó a un buey por

[123] Cf. FEDRO, IV 1.

[124] Cf. FEDRO, II 8.

qué razón había llegado hasta allí. Entonces, el buey le habló así: «¿Por qué, infeliz, quisiste correr hacia tu propia muerte, viniendo aquí? El bosque te ocultaba mejor o deberías haber golpeado el campo con tus pezuñas[125] antes que venir aquí». El ciervo, suplicante, respondió: «Vosotros únicamente ocultadme durante algún tiempo. Más tarde, me iré seguro a donde quiera ir». Mientras decía esto, se refugió en un lugar oscuro. Cuando los boyeros repusieron en el establo el heno, el forraje y los demás pastos, no vieron al ciervo. También cruzó el establo el capataz de la finca, que pasaba por allí revisándolo todo, y tampoco él vio al ciervo. Entonces, el animal, alegrándose, dio gracias a los bueyes porque le habían ocultado en su huida. A continuación uno de ellos replicó al ciervo: «Te mantendremos a salvo, si no te ve el que tiene cien ojos, pues, si él te ve, enseguida te quitará la vida». Mientras el buey decía esto al ciervo, entró el amo y, como acababa de ver que los bueyes estaban flacos por la falta de cuidados, se acercó a mirar el pesebre. Cuando se percató de que el pesebre estaba vacío y el pasto fuera de su sitio, mientras se encolerizaba con los boyeros y él mismo cogía el forraje, sorprendido vio al instante los cuernos erguidos del ciervo y dijo: «¿Qué es esto?». Llamó a los boyeros y les preguntó de dónde había salido el ciervo. Pero todos los criados juran con absoluta seguridad que no lo saben. El amo se alegra de la presencia del ciervo; nadie viene a reclamarlo. Durante algunos días se admira con los suyos del asunto.

Esta fábula demuestra que el amo es el que más puede atender todas sus cosas.

[125] Es decir, «deberías haber corrido». Evocación de VIRGILIO (cf. n. 72).

III 20 (70)

EL MONO Y EL LEÓN REY[126]

Hablar con los tiranos es un castigo y callar una tortura, como lo prueba la siguiente fábula.

Las fieras hicieron rey a un león muy fuerte y éste con buena idea quiso seguir las costumbres de los reyes. Tras renunciar a su vida anterior, cambió de hábitos: no haría daño a ningún rebaño y buscaría alimentos sin hacer sangre. Juró guardar este juramento sagrado e incorruptible. Después, en cuanto empezó a arrepentirse de esta decisión y no pudo mudar su naturaleza, comenzó a llevar a algunos a un lugar apartado y a preguntarles con malicia si le olía mal la boca. Tanto a los que decían «sí» como a los que decían «no», a todos los despedazaba, saciándose con su sangre. Después de haberse comportado así con muchos, llamó al mono y le preguntó si le olía mal la boca. Éste le respondió que olía más suavemente que el cinamomo y de forma parecida a los altares de los dioses[127]. El león respetó al adulador, pero con el propósito de hacerle daño. Para engañarle cambió de táctica tendiéndole una trampa. Fingió desfallecer y enseguida vinieron los médicos, quienes después de examinar sus venas y comprobar que el pulso era normal, le aconsejaron tomar algún alimento que fuese ligero y eliminase las náuseas, pues a los reyes todo les está permitido. El león, entonces, dijo: «No conozco la carne de mono y me gustaría probarla». Después de decir esto, al instante se dio

[126] Cf. FEDRO, IV 14.

[127] El cinamomo, árbol de la canela, tiene la madera dura. Su combustión en los altares de los dioses era duradera y desprendía un agradable olor.

muerte al mono, que tan bien había hablado, para tomar rápidamente su carne como alimento.

Pues el castigo del que habla y del que guarda silencio es el mismo.

IV 1 (71)

LA ZORRA Y LAS UVAS [128]

Quien no puede con sus fuerzas, amenaza de palabra con una maldad, como narra esta fábula.

Apremiada por el hambre, una zorra vio encima de ella un racimo de uvas que colgaba de una parra; quería llegar hasta ella, impulsándose con un gran salto. Cuantas veces lo intentó, no logró llegar tan arriba. Se dice que airada comentó: «No te quiero verde y ácida». Y se marchó como si no quisiera tocarla.

Así, quienes no son capaces de hacer nada con sus fuerzas, muestran con sus palabras que pueden pero no quieren.

IV 2 (72)

LA COMADREJA Y LOS RATONES [129]

Esta breve fábula nos enseña a hacer con talento lo que no somos capaces de hacer con la fuerza.

Una comadreja que era vieja y ya no perseguía a los ratones se envolvió en harina y se ocultó en un lugar oscuro, intentando apresar a los incautos sin esfuerzo. Llegó un ratón infeliz e ignorante, pensando que era un hierbajo, y pe-

[128] Cf. FEDRO, IV 6.
[129] Cf. FEDRO, IV 2.

reció siendo inocente y sin merecerlo. Otro fue capturado del mismo modo y luego también un tercero. Luego llegó uno de más edad y cauto, pues conocía ya todas las ratoneras, jaulas, lazos apresantes y demás ingenios del engaño, y cuando vio la emboscada del enemigo, dicen que le dirigió estas palabras: «Atraes a los ratones y devoras a los incautos, sin embargo a mí no me atraparás, malvada, pues conozco todas las trampas».

IV 3 (73)

EL LOBO Y EL VAQUERO INFIEL [130]

Quien tiene palabras lisonjeras y es desleal peca a conciencia, como cuenta esta fábula.

Un lobo impío[131] huía a toda velocidad de su perseguidor y un vaquero vio hacía qué parte huía y en qué lugar se ocultaba; entonces, lleno de miedo, pedía al vaquero: «Te ruego por todas tus esperanzas que no me entregues al que me persigue, a quien juro que no he hecho nada». El vaquero dijo al lobo: «No temas, estate tranquilo. Le diré que has huido a otra parte». Llegó el perseguidor, pidiéndole que le mostrase al lobo, diciendo: «Te pido, vaquero», dijo, «que si has visto venir aquí un lobo me muestres dónde está». Y el vaquero respondió: «vino, ciertamente, pero se marchó por la izquierda. Búscalo allí abajo»; pero con sus ojos señaló al perseguidor la parte derecha. Y aquél, al no entenderle, se marchó a toda prisa. Entonces el vaquero habló así al lobo: «¿Qué favor obtendré por haberte ocultado?». Y el lobo re-

[130] Cf. FEDRO, *Ap.*28.
[131] Sorprende el calificativo *impius* aplicado al lobo, ajeno por completo al desarrollo posterior del relato.

plicó: «Doy gracias a tu lengua, pero deseo gran ceguera a tus ojos falaces».

Esta fábula censura a aquellos que parecen tener dos lenguas.

IV 4 (74)

JUNO Y EL PAVO[132]

Que cada uno utilice lo que le fue otorgado, como narra esta fábula del autor.

Un pavo llegó ante Juno airado y colérico, no soportando que el ruiseñor cantase y conociese los asuntos[133] de los hombres y a él no se le hubiese otorgado esto, sino que era objeto de burla por su ronca voz. Entonces Juno para consolarle le habló con palabras lisonjeras: «La vista que tú tienes supera su canto y tu belleza es superior a la del ruiseñor. Estás salpicado del color y del brillo de la esmeralda; ninguno es semejante a ti y, coloreado en las plumas, en tu cola y en tu cuello refulgen piedras preciosas». El pavo habló así a Juno: «¿Qué me importan a mí esas cosas? Soy vencido en el canto». Y Juno replicó: «Según el designio de los hados, los dioses os han otorgado a todos vuestras peculiaridades. A ti, el brillo, el color y la belleza, al águila una fuerza más grande, al ruiseñor el canto, el cuervo se ocupa de los augurios, a la paloma le fue dado zurear, la torcaza siempre se queja, la grulla anuncia el tiempo, el tordo se cría en el olivo, el papafigo mereció[134] las manzanas, la golondrina se alegra con el lucero del alba, el murciélago vuela desnudo al anochecer,

[132] Cf. FEDRO, III 18.

[133] Posible laguna en el texto.

[134] Posible laguna en el texto

el gallo conoce las horas de la noche. Cada uno es rico en lo que le es propio. Tú no pretendas lo que no te ha sido otorgado por los dioses».

IV 5 (75)

LA PANTERA Y LOS CAMPESINOS[135]

Conviene que seamos benévolos con cualquier peregrino. Incluso si comete una falta, hay que perdonar al desgraciado, no vaya a ser que tenga ocasión de devolver el favor, como esta fábula enseña.

Nos cuenta que una pantera, que a nadie había hecho daño, cayó en una fosa. Cuando los campesinos la vieron, unos la hirieron con palos y otros le tiraron piedras riéndose. Algunos, por el contrario, dijeron: «Perdonad a la inocente, que a nadie ha herido», y, diciendo esto, impidieron a muchos darle muerte. Otros, por su parte, le arrojaron pan y otros pretextaban[136] su inocencia, de acuerdo con sus distintos deseos. Cuando llegó la noche se marcharon todos a casa, pensado que moriría por la noche. Después, cuando recuperó sus debilitadas fuerzas, se liberó de un gran salto y corrió a su cubil. Algunos días después, recordando lo que había padecido, llegó al lugar y mató allí al ganado, ahuyentó a los pastores, atacó a los labradores y campesinos y destruyó muchas cosas destrozándolas malvadamente. Todos tienen miedo, no se ocupan de los daños, sólo ruegan por su vida. Entonces, se dice que la pantera les habló calmadamente de este modo: «Recuerdo quién me hirió con su vara, quién me dañó con las piedras, quién se comportó mal y

[135] Cf. FEDRO, III 2.

[136] Posible laguna en el texto

quién me arrojó pan. Pero vuelvo hostilmente contra aquellos que buscaron mi muerte».

Escuchen este relato los malvados e injustos y tengan cuidado de no hacer daño a nadie.

IV 6 (76)

LOS CARNEROS Y EL MATARIFE [137]

Los parientes o amigos, que entre sí no tienen buenas relaciones, acaban mal, lo que nos cuenta la fábula siguiente de este modo.

Se hacinaban los carneros en compañía de los moruecos, cuando, viendo que el matarife pasaba entre ellos, hicieron como que no lo veían. Pero aunque se daban cuenta de que uno de ellos era capturado, arrastrado y sacrificado por la mano mortífera del matarife, ni siquiera así tuvieron miedo, sino que imprudentemente entre sí decían: «a mi no me toca, a ti no te toca, dejemos que se lleve al que se lleva». Finalmente, quedó uno solo. Cuando vio que era atrapado igual que los demás, dicen que habló así al matarife: «Merecidamente somos sacrificados uno por uno los que acabamos de ver esto, pues, cuando estábamos todos juntos y te vimos situado en medio del rebaño, no te matamos tras golpearte y despedazarte embistiéndote con nuestros cuernos».

Esta fábula prueba que el que no sabe protegerse mientras está vivo es destruido por el malvado [138].

[137] Cf. MARÍA DE FRANCIA, 33; Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[138] Evidentemente la moraleja suaviza el contenido de esta fábula, que contiene un motivo netamente fedriano. Una vez más encontramos los avisos al humilde para reaccionar contra el poderoso.

IV 7 (77)

LOS PÁJAROS Y EL CAZADOR [139]

El autor nos advierte con la fábula siguiente de que de ningún modo se debe pasar por alto el consejo del sabio.

Mientras las aves de diversas especies se alegraban en primavera y, ocultas por la fronda, se asentaban en sus nidos, vieron a un pajarero legañoso preparar sus cañas y mezclar la paja con la liga. Aquellas aves ignorantes e ingenuas empezaron a hablar entre sí de este modo: «¡Cuán piadoso es este hombre que vemos!, pues por su excesiva bondad, cada vez que nos ve, fluyen lágrimas de sus ojos». Una de aquellas aves, más astuta y que había experimentado todas las trampas del cazador, dicen que habló de esta manera: «¡Ay!, huid aves ingenuas e inocentes y libraos de este engaño; por eso os aconsejo que sin tardanza levantéis rápidamente el vuelo hacia el aire libre con el plumaje de vuestras alas, pues, si os place conocer la verdad, observad y ved sus acciones con cautela, porque a las que haya cogido en su trampa, tras matarlas a mordiscos o ahogarlas las pondrá en la barca [140]».

Esta fábula advierte que no se debe poner en duda que muchos son liberados del peligro por el consejo de uno solo.

[139] Esta fábula es, en realidad, una variante de I 20 (24).

[140] *In cumbam reponit* («las pondrá en la barca») parece referirse a la barca de Carón o Caronte, que trasladaba las almas de los muertos de un lado a otro de la laguna Estigia. O quizá el término *cumba* tuvo también una acepción desconocida para nosotros que designaba la cesta o capacho donde el cazador portaba sus capturas.

IV 8 (78)

LA CORTE DE LOS MONOS [141]

Desde antiguo los hombres malvados suelen aceptar la mentira y la adulación, pero reprueban la honestidad, la verdad y la bondad; sobre ello nos instruye la siguiente fábula.

Dos hombres, uno mentiroso y otro sincero, hacían juntos el camino. Andando llegaron al país de los monos. Cuando los vio uno de la multitud de los monos, el que se había erigido en jefe de los otros, ordena que se les retenga y pregunte qué opinión tenían de él los hombres y manda que todos los monos se coloquen en hilera delante de él, a derecha e izquierda, y que le preparen un trono, como había visto hacer una vez al emperador; de este modo hizo que se presentasen ante él. Se ordena que los hombres sean conducidos al centro. El jefe de los monos dijo: «¿Quién soy yo?» El mentiroso replicó: «Tú eres el emperador». De nuevo preguntó: «¿Y estos que ves que están ante mí, qué son?» El mismo mentiroso respondió: «Éstos son tus cortesanos, chambelanes, mariscales de campo [142] y oficiales del ejército». Y el que fue alabado junto con toda su gente con engaño ordenó por esto que aquél fuese premiado, porque les aduló y engañó a todos. En cambio, el hombre sincero meditaba junto a él: «Si este mentiroso, que no ha dicho más que falsedades, es recibido y pagado así, ¿qué ocurrirá si digo la verdad?». Mientras así meditaba, el mono, que quería ser

[141] Cf. Fedro, IV 13. Una de las fábulas perdidas de Fedro.

[142] *Comites, primicerii, campiductores*. Este léxico, propio del Bajo Imperio o de época medieval, parece una amplificación más del compilador que no excluye el posible origen fedriano del apólogo, pues el tema es afín al autor romano.

llamado emperador, dijo: «Di tú también quién soy yo y estos que ves ante mí». Pero aquel hombre, amante de la verdad y que nunca acostumbraba a decir mentiras, respondió: «Tú, sin duda, eres un mono y todos estos monos son semejantes a ti». E Inmediatamente se ordena despedazarlo a dentelladas y arañazos por haber dicho lo que era verdad.

Esto es lo que suelen hacer los hombres malvados: amar la maldad y la mentira y desdeñar la honradez y la verdad.

IV 9 (79)

EL CABALLO Y EL CIERVO [143]

Es mejor dejar a un lado las enemistades que arrepentirse después de ellas, cuando no hay posibilidad de vengarse, como prueba la presente fábula.

Un caballo y un ciervo estaban enemistados. Como el caballo viese al ciervo dotado en todos los sentidos: esbelto, más ligero, hermoso de cuerpo y adornado con sus enramados cuernos [144], movido por la envidia se fue a ver a un cazador. Le dijo: «Tengo a la vista un ciervo, admirable de ver en todos los aspectos; si pudieses atravesarlo con un venablo, tendrías abundante carne de magnífica calidad con la que alimentarte. Venderás su piel, sus cuernos y osamenta por no poco dinero». El cazador, estimulado por la codicia, dijo: «¿Cómo podremos capturar al ciervo?». Y el caballo dijo al cazador: «Te mostraré que el ciervo tendrá que ser capturado con mi esfuerzo; en cambio tú siéntate encima de mí y cuando yo le haya seguido, tras arrojar el venablo con tu mano y una vez alcanzado y muerto el ciervo, ambos nos

[143] Cf. Fedro, IV 4.

[144] *Et arboreis cornibus ornatum*, imitado quizá de Virgilio (cf. *En.* I 189: *capita alta ferentis cornibus arboreis*).

alegraremos, acabada ya la cacería». Dicho esto, cuando el cazador se subió al caballo, el ciervo se alejó del lugar. Se esforzaba en la carrera, sin olvidar sus dotes naturales, extendía sus rápidas patas, cruzando colinas y campos y con su veloz carrera logró llegar ileso al bosque. El caballo, por su parte, como se viese empapado de sudor y agotado, se dice que habló así al jinete: «No he podido alcanzar al que perseguía. Baja y ve a pasar tu vida como acostumbrabas». Y el jinete sin bajarse le respondió: «No puedes correr porque tienes el freno en la boca, ni dar un salto porque la silla te pesa. Si intentas dar coces, yo tengo el látigo en la mano».

Esta fábula reprende a aquellos que, cuando quieren dañar a otros, más bien se ponen bajo el yugo.

IV 10 (83)

EL ASNO Y EL LEÓN[145]

Muchos creen aterrar con su voz a los fuertes, como si fueran débiles, y por esto es conveniente oír la fábula siguiente.

Un asno se encontró con un león, al que empezó a hablar de este modo: «Subamos a la cima de la montaña y te mostraré por qué también a mí muchos me tienen miedo». El león, respondió riéndose a las palabras del asno: «Vayamos». Habiendo llegado al lugar, el asno, situándose en un sitio elevado en compañía del león, empezó a gritar haciendo oír sus rebuznos. Las zorras y las liebres al oírle empezaron a correr. Dicen que el león le contestó de este modo:

[145] Cf. FEDRO, I 11.

«También a mí me podría aterrar tu voz, si no supiera quién eres».

Esta fábula advierte que se debe uno burlar más bien de quien no es capaz de hacer nada con sus fuerzas y cree aterrar a cualquiera con vanas palabras.

IV 11 (85)

EL CUERVO Y LAS AVES[146]

Un cuervo, fingiendo celebrar su cumpleaños, invitó a cenar a las aves. Después de que entraran, cerró la puerta y empezó a matarlas una a una.

Esta fábula se ha hecho contra aquellos que marchando a una alegre invitación ***[147], sufren lo contrario.

IV 12 (86)

LA ZORRA Y LA GUARIDA DEL LEÓN[148]

Un león de avanzada edad se fingía enfermo y aprovechando este engaño las demás fieras acudían a visitarlo; el león las devoraba al instante. Sin embargo, la zorra, pasando delante de su guarida, se detuvo y le saludó. Interrogada por el león acerca de por qué no había entrado, respondió: «porque veo las huellas de los que entran, pero no veo las de los que salen».

[146] Cf. PS. DOSÍTEO, 5; SAMANIEGO, IX 5.

[147] Posible laguna en el texto.

[148] Cf. ESOPO, 142; BABRIO, 103; V. DE BEAUVAIS, 12; WALTER EL INGLÉS, 28; MARÍA DE FRANCIA, 22; LA FONTAINE, VI 14 y SAMANIEGO, I 13. También en ARQUÍLOCO, *Ep.* IV; TEOGNIS, 293-294; LUCILIO, 1074-1080; HORACIO, *Epístolas* I 1, 73-76.

Así, el peligro de algunos debe constituir una enseñanza para nuestra salvación, porque hay quien entra fácilmente en casa del poderoso, pero le resulta tarde salir.

IV 13 (87)

LA CORNEJA Y LA HERRADA[149]

Una corneja sedienta se acercó a una herrada medio llena de agua e intentó verterla, pero, como se mantenía fuertemente asentada, no era capaz de moverla. Cuando se dio cuenta de ello, tuvo una idea: cogió unas piedrecillas, las metió en la herrada y por la gran cantidad de ellas el agua se salió de la herrada y de este modo apagó su sed.

Así ocurre con los malvados que no comparten sus bienes con sus amigos[150].

IV 14 (88)

EL MUCHACHO Y EL ESCORPIÓN[151]

Un muchacho, tratando de obtener un augurio[152] en el bosque, se subió encima de una piedra, debajo de la cual yacía un escorpión, al que el muchacho intentaba sacar. El escorpión le habló así: «Ten cuidado, infeliz, no sea que mientras intentas capturarme tú mismo te pierdas[153]».

Esta fábula aconseja no atreverse a nada que sea peligroso.

IV 15 (89)

EL LOBO Y EL ASNO ENFERMO[154]

Nunca se debe otorgar confianza al hombre malvado. A propósito de esto yo escuché esta fábula.

Un lobo visitaba a un asno enfermo y empezó a palpar su cuerpo y a preguntarle qué partes le dolían más. El asno respondió: «Las que tú tocas».

Así, los hombres malvados, incluso cuando fingen ser útiles y pretenden hablar dulcemente con fingidas palabras, más se apresuran a hacer daño.

IV 16 (90)

LOS TRES CABRONES Y EL CABALLO[155]

Algunas veces los pequeños suelen menospreciar entre sí a los más grandes; sobre ello yo he oído esta fábula.

*** donde estaban ***[156] tres cabrones vieron a un caballo temeroso y que huía de un león y se reían de él; éste les respondió: «¡Oh estúpidos e ignorantes!, si supierais de quién huyo, no os reiríais de mí».

---

[149] Cf. AVIANO, 27.

[150] La moraleja resulta un tanto absurda. En la versión de la *recensio vetus* leemos otra mucho más apropiada: «Se supera con maña, lo que con las fuerzas se nos niega». De todos modos, cabría una posible interpretación: a los que tienen bienes y no los quieren compartir les pasa lo que a la herrada, que sólo tirándoles piedras ceden.

[151] Cf. ESOPO, 199; Ps. DOSÍTEO, 10.

[152] Pasaje con lagunas. El sentido es oscuro. Dosíteo dice *lucustas capiens* «cogiendo langostas».

[153] No parece conveniente admitir el *vivus pereas* que THIELE introduce a partir de los manuscritos M y F.

[154] Ps. DOSÍTEO, 13.

[155] Cf. AVIANO, 13.

[156] Hay una laguna en el texto.

Así pues, a menudo las personas poderosas suelen ser menospreciadas por los inferiores.

IV 17 (91)

EL HOMBRE Y EL LEÓN [157]

Es tarea de la virtud probar las palabras con hechos. Por esto escuché esta fábula.

Como un hombre y un león disputasen entre sí sobre quién de ellos era superior y buscasen pruebas en su disputa *** [158], tras llegar a un monumento donde una pintura representaba cómo un hombre estrangulaba a un león, el hombre mostró al león la pintura como prueba. El león le dijo: «Esto ha sido pintado por un hombre, pues si el león supiese pintar, verías a menudo pintado cómo el león estrangulaba al hombre; pero yo», dijo «te daré una prueba verdadera». El león condujo al hombre al anfiteatro y le mostró con toda fidelidad cómo un león mataba a un hombre, y le dijo: «Aquí no hay pruebas de colores, sino hechos de verdad».

Esta fábula demuestra que la mentira aderezada con el color es rápidamente superada por la verdad, cuando hay una prueba fehaciente.

IV 18 (92)

LA PULGA Y EL CAMELLO [159]

Algunos, aunque por sí mismos no son nada, se magnifican, como narra esta breve fábula del autor.

[157] Cf. Aviano, 24.

[158] El editor señala aquí una laguna.

[159] María de Francia, 38; Samaniego, VI 7; Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

Una pulga marchaba en las alforjas de un camello y, como éste iba cargado, se vanagloriaba de ser superior. Después de hacer un largo camino, llegaron juntos al establo cuando atardecía. Al instante la pulga se arrojó ante los pies del camello y se cuenta que le habló así: «Hice bien», dijo, «en abstenerme de agravar tu peso durante más tiempo». Y el camello le dijo a la pulga: «Te doy las gracias, pero ni me molestaste cuando estabas encima ni me siento aliviado ahora que te has bajado».

Escuchen esta fábula los que no pueden molestar ni agradar en ninguna ocasión a los mejores.

IV 19 (93)

LA CIGARRA Y LA HORMIGA [160]

El autor contó la siguiente fábula sobre los vagos y perezosos.

En la estación invernal la hormiga, tras sacarlo del hormiguero, ponía a secar el trigo que había amontonado recogiéndolo en verano. La cigarra, sin embargo, le pedía hambrienta que le diese algo de comer para subsistir. La hormiga le respondió: «¿Qué hacías en el verano?»; y la cigarra replicó: «No estaba ociosa, erraba por los cercados cantando». La hormiga, riéndose y cerrando el granero, le dijo: «Si cantaste en el verano, baila en el invierno».

Esta fábula enseña al perezoso que debe trabajar un tiempo determinado, no sea que, cuando no tenga y pida, no reciba.

[160] Cf. Aviano, 34.

IV 20 (94)

LA ESPADA Y EL CAMINANTE[161]

El hombre malvado pierde a muchos y él mismo muere solo; por eso escucha esta fábula.

Un caminante mientras andaba encontró una espada tirada en el camino, a la que preguntó: «¿Quién te ha perdido?» Y la espada le replicó: «A mí uno solo, pero yo he echado a perder a muchos»[162].

Esta fábula cuenta que el malvado puede perecer, pero antes daña a muchos.

IV 21 (95)

LA CORNEJA Y LA OVEJA[163]

Esopo cuenta esta fábula sobre las injusticias que sufren los inocentes.

Una odiosa corneja se subió encima de una oveja, golpeando sus lomos. Como hiciese esto durante mucho tiempo, se dice que la oveja le habló así: «Si intentases esto con el perro, no soportarías su ladrido ni la rabia de sus fauces». Y la corneja respondió esto a la oveja: «Yo me siento en un cuello fuerte, sin duda, y me doy cuenta cuando me voy a sentar y sé a quién debo hacer daño. Como soy entrada en

[161] Original y no imitada. Según Zander, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[162] El texto juega con el doble significado del verbo *perdo*: «echar a perder» y «perderse».

[163] Cf. FEDRO, *Ap*. 26.

años, me muestro malvada con los inofensivos y amistosa con los severos. Así quisieron crearme los dioses».

Esta fábula se cuenta contra aquellos que injurian a los débiles y a su probidad.

LA ESTATUA DE ESOPO[164]

Esopo y los ciudadanos, a propósito de su estatua[165].

Cuando conocieron los escritos y el talento de Esopo, porque había hecho caminos anchísimos de muchas sendas[166] y había respetado a los humildes mientras sujetaba a muchos que eran los más importantes de los atenienses, los ciudadanos elevaron una estatua a Esopo, bajo la cual había unas inscripciones: «Una vez que comprendí con mi talento los caminos del arte, enseguida escribí fábulas». «Por eso los ciudadanos le hemos elevado una estatua, lo que constituye un buen reconocimiento del trabajo de alguien, sabiendo así atender sus quejas[167]».

[164] Cf. FEDRO, II, epílogo.

[165] Cf. FEDRO, II, epíl. 1-4: «Los atenienses erigieron una estatua a Esopo…»

[166] Cf. FEDRO, III, prol. 38.

[167] Parece referirse a las repetidas quejas de Fedro sobre lo poco que se apreciaba su talento. Cf. FEDRO, *Introd.*, pág. 12, y notas 5, 6 y 7.

FÁBULAS DE LA RECENSIÓN *VETUS* AUSENTES EN LA RECENSIÓN GALICANA

LXIV (97) [168]

JÚPITER Y LA ZORRA [169]

Ninguna fortuna oculta una naturaleza maligna.

Júpiter se convirtió a la especie humana e hizo que la zorra se acostase con él, como si fueran legítimas nupcias. Ella vio un escarabajo que bajaba por un árbol y rápidamente saltó sobre su acostumbrada presa *** de aquí los dioses [170] y el padre Júpiter se avergonzó; repudió a la zorra, expulsándola de su tálamo y añadió estas palabras: «Vete inmediatamente al lugar que te corresponde, pues no puedes ser digna de nuestros méritos».

---

[168] En romano el número de la fábula en la *recensio vetus;* entre paréntesis la numeración de Thiele.

[169] Esta fábula parece una contaminación de ESOPO, 50 y 107.

[170] Hay una laguna; en el *Codex Wissemburgensis* leemos: *superi gradu risere magnis* («los dioses se rieron a carcajadas de la situación»).

LXV (98)

EL TORO Y EL NOVILLO [171]

Ningún discípulo está por encima del maestro.

Un toro forcejeaba con sus cuernos en una puerta estrecha porque no podía entrar en el establo, entonces un ternero le mostró cómo debía inclinarse. «¡Calla!», replicó el toro, «antes de que tú nacieras ya sabía yo eso».

Así pues, quien corrige al profesor desvaría.

[171] Cf. FEDRO, V 9.

FÁBULAS DEL *CÓDICE DE ADEMAR* AUSENTES EN LAS RECENSIONES ANTERIORES

II (2) [172]

LOS PERROS HAMBRIENTOS [173]

Unos perros vieron en un río una piel sumergida y, para poder sacarla más rápidamente, empezaron a lamer el agua. Así, perecieron reventados antes de poder tocar lo que habían buscado.

Para aquellos que de forma irreflexiva desean coger algo a lo que no pueden llegar.

VI (7)

LOS DOS GALLOS Y EL GAVILÁN [174]

Un gallo que mantenía frecuentes peleas con otro gallo buscó un gavilán como defensor [175]. Esperaba que el gavilán,

[172] En romano el número de la fábula en el *Codex Ademari*; entre paréntesis la numeración de Thiele.

[173] Cf. FEDRO, I 20.

[174] Original y no imitada. Según ZANDER, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[175] Fábula de ambientación forense, como otras de FEDRO (I 16-17, etc.).

cuando los dos se presentasen ante él, devorara al que él le indicase. Cuando llegaron ante el juez para exponer su causa, el gavilán apresó al que antes había pedido su protección. El gallo gritaba: «No soy yo sino aquél que emprende la huida». El gavilán le dijo: «No creas que hoy vas a librarte de mis uñas, porque lo que tú buscaste para otro, es justo que tú mismo lo sufras».

Para los que maquinan la muerte de otros e ignoran qué se puede hacer con ellos mismos.

VIII (9)

EL CARACOL Y EL ESPEJO [176]

Un caracol encontró un espejo y se enamoró de él al verlo brillar de manera extraordinaria. En seguida, subiéndose en el cerco, empezó a lamerlo, pero no le pareció conseguir nada, sino manchar su brillo con sus salivas y excrecencias. Una mona encontró el espejo ensuciado de tal modo y dijo: «Quienes se dejan pisotear por tales individuos merecen soportar tales cosas».

Para las mujeres que se unen a los hombres estúpidos y más inútiles [177].

[176] Una de las fábulas perdidas de Fedro.

[177] La colección mantiene la misoginia propia del género. Cf., también, 58-60 y 96.

XIX (18)

LA CORNEJA Y LA GRULLA [178]

La grulla y la corneja se fortalecieron entre sí tras firmar una alianza, de manera que la grulla defendiese a la corneja de las otras aves y la corneja le anunciase el futuro con sus predicciones. Como iban frecuentemente al sembrado de un campesino y habían arrancado de raíz los granos sembrados en otro tiempo, el dueño del campo al verlo se lamentó y le dijo al criado: «Dame una piedra». La corneja advirtió a la grulla y cautamente se marcharon. Otro día, al oír la corneja que el campesino pedía una piedra, avisó a la grulla para que nada malo les ocurriese. El hombre se percató de cómo adivinaba la corneja y dijo al criado: «Cuando yo te diga, dame un bocado, alárgame una piedra». Cuando llegó, dijo al muchacho que le diera un bocado y éste le dio una piedra con la que golpeó a la grulla rompiéndole las patas. La grulla herida dijo a la corneja: «¿Dónde están tus divinos auspicios? ¿Por qué no me advertiste de que esto me iba a ocurrir?» La corneja respondió: «No es culpable mi conocimiento, sino los engañosos consejos de todos los malvados, que dicen una cosa y hacen otra» [179].

Para los que inducen con promesas a los inocentes, a quienes después no tardan en hacer daño.

[178] Original y no imitada. Considerada por MANDRUZZATO una de las fábulas perdidas de Fedro.

[179] Fábula contra la adivinación; uno de los temas presentes en FEDRO (III 3, A 8) y en la tradición fabulística clásica (cf. F. R. ADRADOS, *Historia*, I, págs. 642-643).

XXIV (26)

EL CALVO Y EL HORTELANO [180]

Un calvo pidió a un vecino hortelano que le diese unos melones. Éste, riéndose, contestó: «Vete calvo, vete calvo, no quiero darte mis melones, porque tú ya eres campesino. Que tu cráneo padezca los males siempre en invierno y en verano, moscas y tábanos sobre tu frente, para que coman y beban sangre de tu cabeza calva y después abonen el campo con sus excrementos». El calvo, encolerizado, sacando su espada lo cogió por los pelos para matarlo. El hortelano, cogiendo un melón, golpeó al calvo en la frente. El calvo, más fuerte, le cortó la cabeza.

Para los que ni conceden sus bienes a quienes los piden ni se muestran condescendientes con buenos diálogos o respuestas.

XXV (25)

EL GATO, LA LECHUZA Y EL RATÓN [181]

Una lechuza pidió a un gato que le permitiese ser su jinete y que buscasen juntos qué relaciones tendrían entre ellos. El gato la llevó a la casa del ratón. La lechuza pidió al gato que le llamase. Así lo hizo. El ratón, cuando escuchó su voz, salió a la puerta de la casa y dijo: «¿Qué buscáis o qué decís?». Y ellos: «Queremos hablar contigo». El ratón se dio cuenta de que maquinaban algún mal plan contra él y les

[180] Original y no imitada.
[181] Original y no imitada.

dijo: «Maldito seas, gato, tú que eres mi amo, y ese que está encima de ti y vuestra casa y vuestros hijos e hijas y maldita sea toda vuestra parentela. Mal habéis venido hasta aquí y con mal os vayáis de este lugar».

Para aquellos que no pueden dialogar con sus enemigos, porque les imponen su enemistad o traman entre ellos la desgracia [182].

XXX (34)

LA PERDIZ Y LA ZORRA [183]

Una perdiz se había posado en un lugar elevado, cuando se acercó una zorra y le dijo: «¡Qué hermoso es tu aspecto!, tanto tus patas como tu pico; tu boca es como el coral, pero si durmieras serías más hermosa». Confiando en ella, la perdiz cerró los ojos y la zorra la capturó al instante. La perdiz, por su parte, mezclando el llanto con sus palabras, dijo: «Te pido por las virtudes de tus artes que pronuncies primero mi nombre y luego me devores». Cuando la zorra quiso nombrar a la perdiz, abrió la boca y la perdiz se escapó. La zorra, quejándose, dijo: «¡Ay de mí!, ¿qué necesidad tenía yo de hablar?». La perdiz respondió: «¿Y qué necesidad tenía yo de dormir, si no tenía sueño?».

Para los que hablan, cuando es necesario callarse, y duermen, cuando tendrían que vigilar [184].

[182] Esta fábula y la anterior, que no aparecen en otras colecciones, mantienen la estructura agónica propia del género, pero parecen insuficientemente elaboradas y su intencionalidad no queda clara.

[183] Original y no imitada. Según Mandruzatto, una de las fábulas perdidas de Fedro.

[184] Esta moraleja es netamente fedriana, no sólo por su contenido sino también por la forma: una sentencia breve con una admonición rotunda.

XXXI (37)

EL PERRO Y EL COCODRILO [185]

Los perros beben corriendo en el río Nilo para no ser capturados por los cocodrilos. Pues bien, como un perro empezase a beber en el Nilo corriendo a toda prisa, el cocodrilo le dijo: «No te abstengas de lo que place a tus labios». El perro respondió: «Haría lo que dices, si no supiera que tú estás deseoso de mi carne».

Los que dan malos consejos a los sabios no sólo malgastan sus esfuerzos sino que sufren la burla más vergonzosa de parte de éstos.

XXXII (38)

EL PERRO Y EL BUITRE [186]

Un perro encontró un tesoro mientras desenterraba huesos humanos y *** [187] se infundió en él la codicia de riquezas, para pagar así la penitencia por su sacrilegio. Mientras custodiaba el oro, olvidándose de los alimentos a causa de las riquezas, murió de hambre. Un buitre se presentó ante él y dijo: «Oh perro, merecidamente sufres, tú, que tirado en el arroyo [188] y criado entre el estiércol, deseaste riquezas propias de reyes. ¿De qué te ha servido encontrar estas riquezas?».

Para los avaros, que son capaces de morir de hambre antes de ver saciada su ansia de riqueza.

[185] Cf. FEDRO, I 25.

[186] Cf. FEDRO, I 27.

[187] Pasaje lagunoso, en el que se leen las palabras *violatus manens*. Recordemos que el texto de FEDRO (I 27) dice: *et violarat quia Manes deos*, «y como había ofendido a los dioses Manes».

[188] El texto dice *trivio contentus* y THIELE señala una posible laguna. Recordemos que Fedro dice: *trivio conceptus*, «concebido en el arroyo».

XXXIV (41)

EL ASNO Y EL BUEY [189]

Un asno y un buey estaban uncidos al mismo yugo. Mientras el buey intentaba avanzar con un poco más de fuerza a pesar de tener un cuerno enfermo, el asno se negaba a tomar ningún descanso. Sin embargo, el buey *** [190] solo murió enseguida a causa del cuerno herido. El boyero cargó al asno con la carne del buey. Éste, extenuado, mientras era apaleado una y otra vez, cayó y murió derrumbado por el peso en medio del camino. Llegaron volando los buitres hasta su presa y dijeron: «Si te hubieses mostrado benevolente con el buey que te pedía ayuda, tu temprana muerte no nos proporcionaría ahora la ocasión de alimentarnos».

XXXVI (84)

EL MOSQUITO Y EL TORO [191]

Como un mosquito provocase a un toro a pelear, todos los pueblos vinieron a ver el espectáculo. Entonces el pequeño mosquito dijo: «Es suficiente para mí que te hayas

[189] Cf. ESOPO, 181; BABRIO 7; LA FONTAINE, VI 16; y SAMANIEGO, V 2.

[190] Pasaje con lagunas.

[191] Una de las fábulas perdidas de FEDRO, conservada sólo en *Ademar*. Basada quizá en ESOPO, 255. Cf. también LA FONTAINE, II 9.

presentado. Según tu opinión, resulto pequeño para ti[192]». Se elevó en el aire con sus alas ligeras, burló a la multitud y dejó plantado al toro con sus amenazas. Pues si éste hubiera tenido en cuenta la fuerza de su testuz, habría despreciado a un enemigo deshonroso y no habría contribuido a la gloria de una cosa insignificante.

Porque aquél que se compara con los indignos hace que disminuya su propia fama.

LIII (80)

LA CIGÜEÑA Y EL GANSO[193]

Mientras la cigüeña acudía a su estanque acostumbrado, se encontró al ganso que salía de las aguas fangosas. Le preguntó por qué hacía tal cosa. «Es nuestra costumbre», respondió, «pues encontramos nuestro alimento en el limo y así nos libramos del ataque del gavilán cuando viene hacia nosotros». La cigüeña le respondió: «Soy más fuerte que el gavilán. Mantén tu amistad conmigo y haré que tú le insultes a él». Lo creyó y muy pronto le pidió auxilio. Cuando esto ocurrió, como la cigüeña saliera fuera, al campo, enseguida el gavilán voló y devoró al ganso, apresado entre sus uñas. Al que ***[194] el ganso respondió: «Quien se une a un protector tan débil, debe morir con la peor muerte».

Para quienes desean ser defendidos por aquellos que no pueden prestar defensa[195].

---

[192] Posible laguna en el texto.

[193] Fábula original y no imitada. Una de las fábulas perdidas de Fedro.

[194] Pasaje lagunoso.

[195] MANDRUZATTO (*Fedro*..., pág. 361) pone en relación está fábula con 54, apreciando en ambas alusiones a las particulares características de la clientela social en Roma. El murciélago representaría en 54 a los clientes deshonestos y la cigüeña simbolizaría aquí a los patronos irresponsables. Añadiríamos que el mismo trasfondo para apreciarse en la fábula 63.

LVII (81)

EL ÁGUILA Y LA LIEBRE[196]

Una liebre censuraba a un águila que había sido apresada y estaba sollozando: «¿Dónde está tu agilidad? ¿Por qué has dejado de utilizar las patas que te permitían mantenerte al acecho y sostenerte?». Mientras hablaba de tal modo, un gavilán la apresó cuando no lo esperaba y le dio muerte, a pesar de sus inútiles gemidos. Entonces el águila dijo: «¡Oh consuelo!, porque tú que te reías segura de nuestras desgracias, deploras tus acciones con semejantes lamentos».

Para los estúpidos, que no cuidan de sí mismos y dan consejo a otros.

LVIII (82)

EL CABALLO Y EL ASNO[197]

Un asno pedía a un caballo un poco de cebada. «Si pudiera», le contestó, «te lo daría de buen grado y con la generosidad propia de mi posición; pero cuando lleguemos al establo esta tarde, te daré un saco lleno de trigo». El asno le

---

[196] Cf. FEDRO, I 9. El texto de Ademar ha cambiado respecto a Fedro el papel que juegan los protagonistas en la fábula. Hay, además, problemas de interpretación que se manifiestan en los intentos de HERVIEUX de corregir el texto del códice. Seguimos en nuestra traducción el texto de THIELE, aunque a veces se presta a interpretaciones diversas.

[197] Original y no imitada.

replicó: «Si ahora me niegas tan poca cosa, ¿por qué he de creer que más adelante harías algo más grande?».

Para los que prometen grandes cosas y dicen que no a las pequeñas. Es renuente en dar el que es tenaz en prometer.

LXVII (96)

EL ÁGUILA Y EL MILANO [198]

Un águila se posó triste en un árbol donde estaba un milano; el milano le dijo: «¿Por qué veo tu cara tan triste?». El águila respondió: «¿Cómo no voy a estar abatida si busco un semejante para casarme y no puedo encontrarlo?». El milano contestó: «Acéptame a mí, pues soy superior a ti, tal como tú buscas». Ella le dijo: «¿Qué podrías tú cazar?», y el milano contestó: «A menudo he devorado un avestruz capturado con mis uñas». El águila, escuchando esto, se sintió conforme y le aceptó en matrimonio. Transcurrido el tiempo consagrado a las bodas, el águila le dijo: «Ve y tráeme una presa, como habías prometido». Y volando al cielo le trajo una rata enorme, pero ablandada por la más completa putrefacción. El águila le dijo: «¿Ésta es tu promesa?». Entonces el milano contestó: «Para poder conseguir un matrimonio tan anhelado, si tú hubieses querido obtener de mí cosas imposibles, de ningún modo yo habría podido negarme a cumplirlas para ti».

Para las mujeres, que, buscando para sí a los más ricos, se unen después a los más inútiles.

---

[198] Original y no imitada.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

FEDRO

FÁBULAS

AVIANO

FÁBULAS

FÁBULAS DE RÓMULO